

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA CENTRAL DE BIBLIOTECAS

CO  
22

MEROUVEL.

RICOS Y POBRES

2

RAID

PO2625

B53

R58

v. 2



1020027071



RICOS Y POBRES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Autor M 5671 Sm  
Núm. Arg. 3055P  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó [Signature]

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

# RICOS Y POBRES

NOVELA ORIGINAL DE

CHARLES MEROUVEL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

«EL COSMOS EDITORIAL.»

TOMO SEGUNDO



MADRID

«EL COSMOS EDITORIAL»

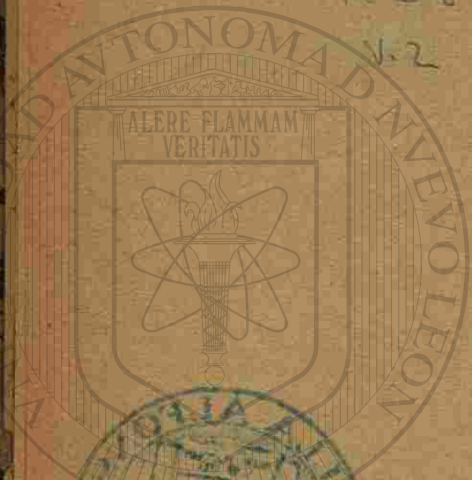
MORÓN, PASTOR Y COMPAÑÍA  
63, Cardenal Cisneros, 65.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO X EL SABIO  
85587  
CALLE 25 MONTERREY, MEXICO

30553

843  
M.  
PA 2625  
E 53  
R 58  
V. 2



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Prohibida toda traducción y reproducción. Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.*

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

## TERCERA PARTE

### TIEMPOS DIFÍCILES

I

#### Un asunto delicado.

Al día siguiente de su excursión á Fontaine, Teresa Montarón se levantó con la cabeza pesada y los nervios excitados.

Era un triste despertar al salir de un hermoso sueño.

Había tenido algunas horas de alegría, turbadas por las amenazas del guarda de Fontaine y las inquietudes á que no podía sustraerse, pero en fin, había gozado de un día de sol, de bienestar y de libertad.

La alegría había desaparecido; solo quedaba la inquietud.

Pero se resignaba.  
¿No había escrito á su amigo el cazador de topos que estaba resuelta á todo lo que el cariño de un hijo puede exigir á una madre?

Había llegado la hora.  
No podía esperar más.  
Se vistió cuidadosamente, recogió el pelo con una elegancia de artista, se puso el vestido del Louvre, se miró en un espejo pequeño, único de que disponía para contemplar su imágen, y

rozagante, graciosa, siempre un poco pálida, bajó y entró en una lechería, donde se hizo servir un par de huevos fritos y una taza de café con leche, muy animada, haciéndose cargo de su situación de joven lanzada sobre el piso de París, tan duro para los pobres.

Allí, en aquel local, ancho como un pasillo, había un poco de todo: obreros, jóvenes en traje de mañana, estudiantes, y cerca de ella, tomando muy de prisa una taza de chocolate, una modista de unos treinta años de edad, bien puesta, con su caja de sombreros á su lado, en el suelo.

El mozo de almacén que la acompañaba se desayunaba también en una mesa vecina.

La modista, una rubia, alta, ajada, que había debido ser guapa, miraba á su vecina con admiración.

—¿No sois?... —la preguntó vacilando.

—¿Quién?

—No; me engaño... Es admirable cómo os parecéis... pero es imposible... Os tomaba por una de nuestras compañeras de la calle de la Paz, Angela, una joven que nos ha dejado...

—Yo hace poco tiempo que estoy en París, y no he estado en ningún almacén —dijo Teresa. Y añadió suspirando:

—¡No he tenido esa suerte!

—¡Oh! —dijo la otra.— Hace quince años que estoy en uno, y no creo que sea tanta suerte; ¡para lo que se gana!... Angela ha tenido suerte; vive con un ricachón, y no la falta nada sin trabajar... De hacer locuras, que la valgan á una.

Y concluyó diciendo:

—¡Os pido perdón!... ¡Me he equivocado!... No os ofendáis por eso... Angela es también muy guapa... Las muchachas como ella encuentran siempre medios de no pasar la vida metidas en un taller. Vos tenéis una ventaja sobre ella... ¡sois más joven!... Aprovechaos de eso...

La modista se expresaba con una gran sequedad, una pesadumbre que se notaba en sus menores palabras, en el gesto que las acompañaba, en su mirada dura.

Se levantó.

—¿Estais colocada? —preguntó familiarmente.

—Busco colocación.

—¿Habéis venido á París para eso?

—Sí.

—Pues bien, os compadeceo... No os distraeréis mucho...

Echó setenta y cinco céntimos sobre la mesa, hizo una seña al mozo de almacén que la acompañaba, cogió éste la caja de sombreros, y en el momento de salir, dirigiéndose á Teresa, añadió:

—Si yo tuviera los atractivos que vos, bien se lo que haría... De una manera ó de otra, es siempre á eso á lo que se va á parar, á menos...

—¿A menos?... —preguntó Teresa con curiosidad.

—A menos de un milagro... Pero por mi parte, no creo en ellos.

Sonrió á su vecina, saludó con un movimiento de cabeza, y salió.

Eran cerca de las diez y apare un <sup>mañana</sup> <sub>por la mañana</sub>  
Teresa no tardó en salir de su habitación.

Se había prometido ponerse en busca de una colocación e iba á dar los primeros pasos para cumplir su promesa.

A la salida de la lechería se paró un momento, vacilando hacia donde se había de dirigir; pero esta vacilación duró poco; se volvió á la calle del Echaudé.

Una secreta esperanza la advertía que encontraría allí al señor Quillet.

El propietario de la casa estaba, en efecto, á la puerta, rebosando salud, con la cara muy colorada, apoplética, muy elegante, y un clavel en el hojal de la americana.

Al ver á Teresa expresó su cara una verdadera alegría.

—¿Cómo va?—la preguntó.

—Así, así... Me duele la cabeza... me zumban los oídos...

—¡La debilidad!... ¡No os alimentáis!... ¡No coméis nada!... ¡Os preocupáis demasiado!...

Teresa replicó sonriendo:

—¿Puedo hacer otra cosa?

—Eso depende...

—¿De qué?

—Del estado de vuestros fondos. Están muy en baja, ¿eh?

—Muy en baja. ¡Y comprenderéis!...

—Ya comprendo.

—La señora Guinard me ha aconsejado que me dirija á vos.

—¿Para que os ayude á buscar una colocación?

—Sí, señor.

Estaban en el portal, y el señor Quillet, dirigiéndose hacia la habitación de la portera, dijo á Teresa:

—Entremos aquí que estaremos mejor para hablar. La señora Guignard ha ido á hacerme un recadito.

Entró él primero, sin ceremonia, dió una silla á Teresa y tomó otra para él.

—Bueno, hablad con franqueza; ¿qué es lo queréis?—preguntó á la joven.

—Colocarme.

—¿Pero cómo? ¿Como doncella? ¿como cocinera? ¿como señorita de almacén ó de compañía? ¿como modista, florista, costurera, señorita de mostrador, cajera? ¿ó dependiente de casa de Duval? Elegid.

Rectificó:

—Al decir elegid, he querido decir: ¿Cuál de esas ocupaciones os gusta más?

Teresa contestó muy indecisa, más inquieta aún:

—No lo sé. Todo lo que sé es que necesito ganar dinero para pagar el alquiler de la casa, para vestirme, para vivir, en una palabra...

Y añadió más bajo:

—Y para mi hijo...

—No nos enternezamos... Hablemos con serenidad... Estamos aquí para hablar razonablemente... No quisiérais poner os á servir...

—Mientras sea posible...

—Decid que no quisiérais.

—Es verdad.

—Os felicito, desde luego, porque ninguna



ama de casa os admitiría... No sois de esas que, á menos de estar loca, introducen en su casa una mujer casada... Pásemos. Florista, no sabéis el oficio; modista, tampoco; costurera, lo mismo. Se necesita aprendizaje, y eso se paga. No podéis esperar... Señorita de almacén... la misma historia... á menos de entrar en una de esas tenduchas donde no se gana nada. Cajera, eso tal vez pueda ser... ¿Tenéis buena letra?

—Regular.

—Lo intentaremos; pero es muy escabroso. Hay mucha competencia y los sueldos van siendo cada vez menores... Nos queda, como tabla de salvación, la de señorita de compañía.

El señor Quillet se mordió los labios.

—Hay dos clases—dijo—las que se colocan en casa de una señora anciana, impotente, sorda, avara, enferma, ó de una solterona de mal carácter, caprichosa, mala como la sarna. Esas son mártires, infortunadas que pasan el purgatorio en este mundo y que deberán ir francas de porte al Paraíso, purificadas por los años de tortura que han sufrido.

El señor Quillet acercó su silla á la de la joven y tomó un tono más bajo.

Hay cosas que no pueden decirse más que rodeándose de misterio.

—Tenemos también las que entran en casa de un caballero viudo ó soltero para cuidarse de la casa, vigilar sus asuntos, acompañarle en sus viajes y hacer, en fin, que no se aburra su amo.

No os oculto que es la única colocación ver-

daderamente agradable y ventajosa que una mujer joven y pobre puede desear. Ahora bien, para las otras colocaciones de que acabamos de hablar, no presentáis ninguna de las condiciones necesarias; para esta, tenéis todas.

Y aun me atrevo á decir que es raro que una persona las reúna en tan alto grado.

El antiguo comerciante avanzó una de sus manos hacia la mano derecha de Teresa. Ella la retiró suavemente.

El señor Quillet no se inmutó y continuó:

—Sois joven; sois hermosa; dentro de pocos días estaréis fresca como una rosa, sobre todo si conseguís desechar las preocupaciones que os atormentan y, os encontraréis en fin en una situación que permite hablaros un lenguaje del que ciertas ingenuidades se espantarían.

Teresa no desplegó los labios, pero se había puesto pálida.

El señor Quillet no se detuvo por eso.

—No habéis sido casada y sin embargo tenéis un hijo.

—¡Oh! señor!

—¿Por qué callarlo?... Habéis tenido que abandonar el país á consecuencia de una falta... ¿No creáis que os lo crítico?... Expongo un hecho y os digo. El propietario se aprovechó del decaimiento de ánimo de su inquilina y apoderándose de las dos manos con las que ella se había tapado la cara repitió:

—Os digo que soy rico, más rico que cree la señora Guignard; yo no gasto casi nada y amontoño grandes economías; me gustais y puedo hacer vuestra felicidad... ¿Queréis colo-

cación? No la encontraréis... No la hay para las jóvenes tan hermosas como vos, ó las pagan con complacencias que no necesito explicar. París es así. Ni vos ni yo cambiaremos su manera de ser. En lugar de luchar contra lo imposible, aceptad lo que os ofrezco... No es una fortuna... No soy un inocente para hacer locuras... Sin embargo, si hiciera alguna sería solo por vos. Lo que os propongo es que vivais con desahogo, en una habitación confortable, con algunos cientos de francos al mes, la libertad de poder ver á vuestro hijo, de procurarle toda especie de pequeñas distracciones, el derecho de dedicaros á la pintura con vuestro amigo Krug, por mero pasatiempo—porque la pintura no es otra cosa—en una palabra, todo lo que una joven que ha sufrido tanto como vos, la huida de su país, el miedo de la miseria, el hospital, en fin, debe de ser tan feliz en encontrar. ¿Comprendéis?

Teresa inclinó la cabeza.

El señor Quillet pudo creer que la había convencido y llegaba á su objeto.

Y como ella seguía pensativa y no contestaba.

—¿Y bien—la preguntó, que decís.—Os ofrezco seriamente lo que os he dicho.

—¿De veras?

—Como os lo digo.

Se detuvo.

Las gruesas lágrimas que salían de los ojos de Teresa humedecían sus manos.

—¿Llorais?—preguntó con tono cariñoso.

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Os cuesta mucho resignaros al pequeño sacrificio que os pido?

Teresa se encogió de hombros con indiferencia.

El repuso:

—Ya no soy joven, lo sé, no soy guapo tampoco. Un hombre no tiene necesidad de serlo... Lo que necesita son rentas, y yo las tengo... No adquiero compromisos, pero á quien dejaría yo lo que tengo sino á vos si me amabais un poco, no digo mucho... Me conozco... no tengo derecho á pedir grandes cosas... ¿Queréis á vuestro hijo?

—¡Oh, sí!

—No necesitaré recordaros lo que en la pobreza pasa un muchacho que no tiene los recursos de una joven. Al tomar una determinación, pensad en vuestro hijo. ¿No es nada para él un apoyo como el mío?

El reloj de la portería dió la media.

—¡Diablo!—exclamó interrumpiéndose—¡Se acerca la hora del almuerzo! ¡Los otros van á poner el grito en el cielo si les hago esperar!... ¡Concluyamos este asunto!... Por otra parte, ¿qué más podría yo deciros? Jamás he hablado tanto tiempo... ¡Eso prueba lo que os quiero! ¿Aceptáis?

—¡No puedo!

—¿Qué decís?

—Digo que no puedo hacer lo que queréis...

—¡Pero, desgraciada criatura, reflexionad!...

—He reflexionado.

—¿Qué va á ser de vos?

—¡Lo que Dios quiera!

—Si habláis con El como conmigo, conoceríais tal vez sus intenciones, pero no es fácil.

—Trataré de colocarme...

El señor Quillet se levantó.

—Intentadlo—dijo.—Tengo curiosidad por saber lo que pasará... ¿Y por dónde vais á comenzar?

—No lo sé—dijo Teresa.—Había contado con que me ayudaríais á buscar colocación.

El antiguo comerciante separó los brazos, haciendo un gesto de despecho.

—Pero ya sabéis cuan inútiles serían nuestras gestiones... ¿Qué esperáis, pues?

—Vivir honradamente de mi trabajo. Si eso es imposible, como vos pretendéis, entonces veré... Habré hecho al menos todo lo que he podido hacer...

—¿Estáis bien decidida?

—Sí.

—¡Id pues! Ya volveremos á vernos.

Dió algunos pasos por la habitación con las manos cruzadas atrás, pero sin incomodarse y mirando á la joven con lástima más bien que con cólera.

En aquel momento entró la portera con una cesta al brazo.

Miró sucesivamente al propietario y á Teresa, y dijo:

—Y bien, ¿qué hay?

El señor Quillet fué quien la contestó:

—Hay que esta criatura se hace grandes

ilusiones... Quiere hacer experimentos... No me opongo á ello. De todos modos, colóquese ó no, que viva en su habitacioncita... La quiero bien y no la pido nada por eso... Tengo la seguridad de que no encontrará colocación... Ella volverá al redil, y no tardando. Salud, señoras.

Y salió bruscamente.

La portera quedó con Teresa.

—¡Oh! ¡oh!—dijo,—¿qué es lo que ha pasado? ¡Contádmelo!

Teresa, que se había levantado, se dejó caer de nuevo sobre su silla.

Se sentía perdida.

En su desamparo, había puesto su esperanza en el señor Quillet.

La bondadosa cara del antiguo comerciante era de esas de que no se desconfía.

Jamás había pensado Teresa que de la boca de aquel hombre pudieran salir las proposiciones que acababa de oír.

Su ánimo había decaído de pronto por completo.

Le parecía que en todos los sitios que se presentara sería rechazada sin piedad.

No contestó á las preguntas de la portera.

Estaba absorta en sus reflexiones, que eran muy amargas.

La señora Guignard la dejó un instante de reposo, se ocupó de los preparativos del almuerzo, vació su cesta sobre una mesa, y volviendo al lado de su inquilina:

—Vamos á ver—dijo,—¿por qué estáis triste? ¿Ha sido la causa el señor Quillet?

—Sí.

—¡El, Dios clemente! ¿Y cómo? El pobre hombre es bueno como el pan.

Teresa necesitaba desahogar su corazón.

Contó todo á la portera: su desayuno en la lechería, lo que le había dicho la modista, y por fin su conversación con el señor Quillet y la necesidad en que se encontraba, sin embargo, de colocarse para ganar con qué vivir para ella y su hijo.

¿Cómo arreglarse, puesto que no conocía á nadie?

La portera se encogió de hombros varias veces sin manifestar gran admiración.

—¿Os habéis negado?—preguntó.

—¿No debía hacerlo?

La señora Guignard la volvió la espalda y se puso á arreglar sus provisiones de patatas, cebollas, legumbres, cerrando los labios y murmurando entre dientes.

—Sí, sin duda, querida, sin duda. Tenéis razón. No seré yo quien aconseje mal á una joven tan buena... No, seguramente.

Pero hablaba sin convicción y se veía bien claro que no pensaba una palabra de lo que decía.

—Es preciso ensayar, tratar de buscar alguien que os recomiende... pero eso es muy aventurado.

Para animarla añadió:

—¡De todos modos no os comerán sin vuestro consentimiento! Ya sois espigadita.

Y de pronto, plantándose en jarras delante de Teresa, se decidió á contarla su propia historia, diciendo:

—¡Antes de que os vayais oid esto!

Entonces hizo un relato que muchas parisienses pobres podrían hacer si quisieran; una existencia empleada en tiendas de poca importancia, mal pagada, mal alimentada, alojada en una guardilla imposible, maltratada por la patrona, celosa de ella, etc., etc., etc.

Concluyó diciendo:

—Yo también he sido joven: también yo he sido bien parecida. Me lo han repetido muchas veces, y lo he creído algunas... He aquí lo que Paris ha hecho de mí, una vieja portera que no tiene más que la portería para vivir y conozco algunas que no tienen esa suerte! ¿Qué vais á hacer?

—No lo sé. Veré, lo pensaré... Buenos días señora Guignard.

Teresa subió á su cuarto.

La portera se quedó sola, puso la mesa y se sentó ante ella murmurando:

—Bien sé lo que yo haría. El señor Quillet está bien conservado... Tiene buenas rentas... Procuraría dominarle; pero no se puede dar esos consejos... Y cuando se es joven se tienen otras ideas.

Teresa estaba desanimada.

Se sentía enferma, cansada, tanto en lo moral como en lo físico.

Indecisa, maldiciéndose por la resolución que había tomado, pensando en su habitación-cita de la Boca del Lobo, en su madre, en sus hermanos y en todos aquellos á quienes tanto quería, estuvo en su cuarto hasta las cuatro de la tarde.

En el momento en que se disponía á salir, registrando el saquito que había traído de Sologne, encontró en él una tarjeta que había dejado olvidada.

Era la de su compañero de viaje desde Cour-Cheverny á Blois, el representante de la casa Renard, Bresse y Compañía, Próspero Gombault.

En efecto, ¿por qué no dirigirse á él?

Se había mostrado con ella bueno y complaciente, aunque algo brusco y al separarse la había dicho que si algún día le necesitaba para algo no vacilase en recurrir á él.

Este recuerdo la reanimó.

Bajó la escalera más de prisa que la había subido.

La calle del Puente Nuevo no estaba lejos de allí.

Se dirigió hacia ella y al aproximarse á la casa se decía, como si su compañero de viaje hubiera de ser su salvador.

— ¡Con tal que esté en casa!

La casa Renard, Bresse y Compañía es de las más importantes.

Al entrar en el almacén, Teresa se encontró perdida en una especie de pasillo formado por piezas de lona, impregnadas de un fuerte olor á cáñamo.

Avanzó tímidamente por entre una porción de mozos y de empleados que estaban ocupados en hacer paquetes y que no se fijaron en ella.

Por fin en un rincón vió un escritorio en el que un hombre grueso conversaba con otro

que estaba escondido detrás de una verdadera muralla de libros.

El grueso decía al otro, sacando el reloj:

— Las cinco menos diez: os dejo, Burard: nos veremos en casa de Rausset. No faltéis.

— No, no.

Tomó su sombrero, cogió una porción de papeles que metió en el bolsillo, y se dispuso á salir diciendo:

— No faltéis, cuento con vos: necesito divertirme un poco, después de tres meses que no estoy en París. Os ofrezco una pequeña huelga.

— Aceptada.

Al volverse lanzó una exclamación de sorpresa.

— Pero si, no me engaño; es mi joven compañera de Blois... Tomasteis el tren en Cour-Cheverny, ¿no es verdad?

— Sí, señor.

— ¿Qué hacéis aquí?

— Vengo á veros.

— ¿No me habéis olvidado, pues?

— No... Me disteis vuestra tarjeta... La he conservado.

— Enhorabuena... Sois ordenada... ¿Y qué es lo que queréis?

— Que me hagáis un favor...

— Si puedo hacéroslo... — dijo.

Y en seguida añadió:

— Vámonos, porque se burlarán de nosotros. Ya hay allí una caterva de habiecas que nos mira.

En efecto, los dependientes y los mozos de almacén comenzaban á reirse y á cuchichear.

—Ese gordote de Gombault tiene conocimientos admirables.

—¡No es moco de pavo la pequeña!

—¡Imbéciles!—dijo el viajante;—no la conozco más que vosotros... Es una pobre joven que busca colocación.

En la calle examinó á su compañera de viaje, y la dijo:

—Veo con gusto que os habéis transformado, que parecéis una verdadera parisiense. ¿Qué colocación queréis pretender?

—No me he fijado en ninguna. Cualquiera...

—¿Con tal que sea buena, eh?

Dieron algunos pasos, entraron en la calle de Rivoli, marchando juntos, sin hablar, y se encontraron enfrente de un café bastante grande.

—Entremos—dijo Gombault,—hablaremos mejor dentro.

Entraron en un gran salón lleno de gente, en medio de un gran ruido de conversaciones y del producido por las fichas del dominó sobre el mármol.

Un hombre bajito, de unos cuarenta años, pálido, seco, sin barba, en Smoking, en resumen, bien puesto, muy bien peinado, vigilaba el servicio con ojo avizor.

Este hombre era el dueño del establecimiento.

Al ver á Gombault le salió al encuentro y le tendió la mano con cariño.

—¿Va bien?—le preguntó.

—Bien. Siempre de viaje... ¡Un verdadero Judío Errante! No he hecho más que atravesar París para ir al Norte.

—¿Y ahora?

—Estoy aquí por dos días... Principio á cansarme de esta vida,

El dueño del café, mientras que hablaba con el viajante, examinaba con extrema atención á Teresa.

Gombault vió sentada en una mesa cerca del mostrador á una mujer ya de edad.

—Toma—dijo;—¿habéis cambiado de cajera?

—No me habléis de eso...

—¿La señorita Rosa?

—Marchó... Estoy desesperado... Ese bribón de la casa de cambio, á quien conocéis, es el que se la ha llevado.

El patrón mostró la vieja con un gesto de desdén.

—Tengo á esa que está interina... pero no me sirve... Busco.

—Tal vez tenga yo lo que necesitáis.

—¡Vos!

—Yo.

—En verdad que me hariais un favor.

—Pues bien; sentaos un momento.

—¿Qué vais á tomar?

Un ajeno.

—¿Y la señora, ó señorita?—preguntó:

—Yo no sé...

—¿Algo dulce?

—Como queráis.

—¿Una copa de Maderá? Es lo mejor antes de comer.

—Sea.

Teresa estaba como aturdida al verse en aquel café.

Era la primera vez en su vida que entraba en un establecimiento de ese género.

Aun las palabras que oía la eran desconocidas.

Pero veía bien que el viajante era muy amigo del patrón; que este patrón necesitaba una cajera y su protector de azar iba á proponerla para esa plaza que ella se creía incapaz de desempeñar.

Entretanto Gombault y Rousset hablaban en voz baja, y Teresa comprendía que hablaban de ella.

Por fin Gombault tuvo un argumento decisivo.

—¿Qué os cuesta ensayar?

El patrón levantó la voz.

—Os aseguro—decía—que es preciso que seáis vos quien me habléis de eso para que me ocupe de ello... Os debo mucho... Me habéis servido muchas veces y no lo olvido.

Volviéndose á Teresa:

—¿Queréis colocaros?—la preguntó.

—Por necesidad.

—¿Qué edad tenéis?

—Diez y ocho años.

—¿Os llamáis?

—Teresa...

—¿De apellido?

Teresa dijo muy bajo:

—Montarón.

—¿De dónde sois?

—De las inmediaciones de la Mota-Osenyron.

—¿Subprefectura?

—De Romorantin.

—¿Bonito puerto de mar!... Conozco allí á un juez.

Los ojos de Teresa se agrandaron con una expresión de admiración y temor.

Rousset continuó:

—El señor Robinier... ¡Supongo que no os habréis asustado por eso!

Teresa contestó estremeciéndose:

—No, señor.

—Se creería. He aquí cuáles serán nuestras condiciones. Tendréis, por ahora, cincuenta francos mensuales, casa y mesa. La habitación está en el quinto piso.

Teresa, de pálida que estaba, se puso como la púrpura.

—¡Oh!—dijo el patrón—tranquilizaos. Estaréis perfectamente. Necesitaréis un traje elegante, pero sin lujo: negro, más serio que ese... ¿No tendréis dinero, tal vez?

—Muy poco.

—Yo os adelantaré doscientos francos... Todo esto lo hago por mi amigo Gombault, pero creo que hago mal...

—¡Oh, señor!

—¿Cuándo podeis venir?

—Cuando queráis.

—Entonces, mañana... Necesito una cajera absolutamente... He visto cincuenta... Ninguna me conviene. La vieja no puede hacer todo. ¡Hasta mañana!

—Sí, señor.

El patrón estrechó la mano á Gombault y se marchó á sus asuntos.

El café estaba completamente lleno.

El sitio que el patrón dejó libre fué ocupado inmediatamente por el tenedor de libros de la casa Renaud, que acudía á la cita.

—Amigo mío, te presento la futura cajera del café Rousset—le dijo Gombault.

El tenedor de libros se inclinó.

—Y bien, ¿ya estareis contenta?—dijo el viajante dirigiéndose á Teresa.—¡Ya veis que es preciso no desesperarse por nada! ¿Qué me vais á dar por mi trabajo?

Y como ella no contestase más que con una sonrisa de agradecimiento:

—Un buen apretón de manos—repuso—es todo lo que necesito.

Cogió las dos manos que Teresa le alargaba y atrayéndola cerca de él:

—Un consejo—dijo.—Trabajad, cumplid con vuestro deber escrupulosamente y sed rígida como la justicia, con todo el mundo, ¿entendéis?

—Sí, señor.

Repitió por segunda vez:

—¡Con todo el mundo!

Y después se ocupó de otras cosas con su amigo.

Cuando Teresa volvió á casa dijo muy alegre á la señora Guignard:

—Pues bien... ya estoy colocada.

Y al día siguiente, el señor Quillet, á quien la portera contó todo lo que le había dicho Teresa, contestó:

—¡Sí, pero por cuanto tiempo!

## II

**Marcelo Montarón al señor Jacobo Mertens, casa Barker, Nueva York.**

«Querido maestro:

»Ya está arreglado todo.

»Gracias á vuestra recomendación, he sido protegido sin dificultad por el señor Muller y el burgomaestre, que tiene también voz en el Capítulo como presidente del Consejo de fábrica de la Hofkirche, por otro nombre la iglesia de Saint-Leger.

»He tenido una acogida cordialísima por estos señores, que han llegado á ser los árbitros de mi destino.

»He aquí cómo han pasado las cosas:

»A las dos horas de haber llegado á Lucerna, me presentó en casa del venerable cura de Saint-Leger y le entregué vuestra carta.

»Ví bien que había recibido ya otra, pues me esperaba.

»En seguida me hizo una porción de preguntas.

»—Ese pobre Mertens—me dijo el señor Muller,—es mi mejor amigo. Somos oriundos de pueblos cercanos. Nuestros padres fueron amigos desde niños. Nuestros abuelos estuvieron en la batalla de Sempach.

»El señor Muller me contó una multitud de anécdotas y de recuerdos respecto de vos.



»No concluía, y en su alegría de ver á alguien que podía hablarle de vos, me invitó á comer con él.

»Me contó que desempeñaba el curato de la Hofkirche desde hace cuarenta y siete años; que piensa celebrar dentro de tres años el quincuagésimo de su destino, y quiere que asistiáis á esa ceremonia.

»Estuvimos hasta las ocho en el gran comedor, que conocéis bien, porque habéis comido en él con frecuencia en otros tiempos.

»Cuando estábamos concluyendo de comer, llegó el burgomaestre, señor Waldmann.

»El señor Waldmann, de unos diez años más joven que el señor Muller, es un hombre cuya bondad se lee en su cara.

»Debo empezar por deciros que su salud es perfecta, que á pesar de sus sesenta y cinco años, no tiene apenas canas, que tiene buen color y que nadie creería que tiene esa edad.

»Aquí tenéis al señor Marcellus—dijo el cura presentándome—el discípulo y protegido de Mertens.

»El señor Waldmann me tendió la mano con gran cordialidad, diciéndome:

»¡Sed bienvenido! Gracias á esa recomendación, tenéis abiertas todas las puertas. ¿Queréis ser nuestro organista?

»Si puedo, ¿Puedo tener alguna esperanza?—Me atreví á preguntar.

»Ciertamente, y los que salen ganando somos nosotros. Estáis admitido desde luego.

»¡Oh!

»—Presentado por Mertens, ¿qué más podríamos pedir nosotros?

»He aquí, querido maestro, cual ha sido la recepción que os debo.

»Pasamos al salón.

»Está tal como vos le habeis conocido.

»Lo que ví en él de más notable fué un organo de la casa Barker y uno de nuestros magníficos pianos de cola que pueden tener rivales, los de Erard, por ejemplo, pero que no tienen quien los supere.

»—Es un regalo de Mertens—me dijo el cura con verdadera emoción.—Nada en el mundo me agradaría más.

»En seguida se sentó al organo, en el que había un volumen de vuestras composiciones, y tocó la *Oración de la tarde*.

»Cuando se volvió hacia mí, estaba conmovido, y el burgomaestre, más resistente, se frotaba el pecho en el lado del corazón, diciendo:

»—En verdad, cura, eso conmueve.

»El señor Muller me cedió el puesto.

»—Ahora os toca á vos—me dijo.

»Yo heché el resto. Quería honrar á mi maestro.

»Durante dos horas el burgomaestre, que se había acereado á la ventana, y fumaba tranquilamente en su pipa, no hizo un movimiento.

»Permaneció tendido en su butaca sin manifestar su opinión, y yo tenía verdaderamente no merecer su aprobación, cuando de pronto se levantó, vino á mí, me cogió las manos y me dijo:

—Me habéis hecho olvidar la hora... Tenía una cita y soy conocido por mi exactitud... He perdido mi reputación. ¡Cincuenta minutos de retraso!... Es la primera vez que me ocurre esto. Hasta lá vista. Sois nuestro. Voy á escribir á Mertes dándole las gracias...

»Y salió acompañado por el señor cura.

»Cuando volvió el Sr. Muller, me dijo:

»Habéis hecho su conquista y eso no es fácil... Adora la música... Está entusiasmado.

—¡Oh! señor.

—Sí, sí... ¡A mí me pasa lo mismo! Mertens nos ha hecho un gran servicio, ¿pero cómo os vais á arreglar?

»Me explicó sus condiciones.

»Tendré tres mil francos de sueldo y el diez por ciento de lo que se recande en la iglesia, que es bastante importante.

»Todas las noches, de seis á siete y media, habrá concierto de órgano en la Hofkirche y el público pagará un franco de entrada.

»Durante el verano, la afluencia de extranjeros es considerable.

»Los conciertos de órgano gustan á los ingleses de una manera extraordinaria.

»Puedo, pues, contar con cinco ó seis mil francos.

»—Es más que lo que necesito—dije al señor Muller.

»Tendréis además lecciones.

»—No las daré—dije.

»No pareció admirarse.

»—Mertens me ha dicho que sois un verdadero artista y un filósofo—me dijo.

»Y añadió con vacilación:

»—Me ha dicho también que tenéis grandes penas...

»—Es verdad.

»—Procuraremos hacéros las olvidar.

»Y con gran delicadeza me habló de otra cosa; de mi instalación.

»No salí de casa del señor Muller hasta muy avanzada la noche.

»El me acompañó hasta mi hotel y se separó de mí citándome para el día siguiente, con el fin de ver el célebre órgano de la iglesia, que es uno de los más completos que existen en el mundo.

»Tiene registros de una dulzura y de una vibración extraordinarias.

»Sus voces, celestes y humanas, son de un timbre conmovedor.

»El señor Muller hizo que me fijara en estas cualidades.

»Ayer tarde he dado mi primer concierto.

»Hubiera preferido esperar ocho días todavía; pero la estación está ya avanzada, y los hoteles están llenos de extranjeros.

»La iglesia estaba de bote en bote.

»Se habían repartido anuncios con profusión diciendo que debutaba el señor Marcellus, nuevo organista de la Hofkirche.

»La hora de los conciertos está bien elegida.

»Principian á la caída de la tarde, cuando la sombra desciende á las naves de la iglesia y las presta una especie de misterio y de tristeza religiosa.

»Yo mismo sentía una profunda emoción

»Sin embargo era preciso comenzar.

»Comencé.

»Había un programa que principiaba por vuestra marcha nupcial.

»Querido maestro, puse mis cinco sentidos en su ejecución.

»Cuando vibraron los últimos acordes bajo las bóvedas de la iglesia, á pesar del respeto debido á ese santo lugar, se oyeron aplausos, que fueron reprimidos con trabajo por los golpes que el Suizo daba con su alabarda en el suelo.

»¿Qué os diré?

»Os envío ese programa excepcional.

»El señor Muller fué quien lo compuso y ya sabeis la admiración que tiene por vos.

»Después de *La oración de la tarde*, antes de tocar el último trozo, me incliné sobre el balaustre de la tribuna y paseé una prolongada mirada sobre la concurrencia.

»Ya sabeis que felizmente tengo una vista excelente.

»Cual no sería mi admiración al ver en una de las primeras filas, en un sitio donde la luz de una ventana sin cristales caía á plomo sobre ella, á Miss Minnie Barker y su madre.

»¿Qué de recuerdos debió llevar á su imaginación aquella *Oración de la tarde*, que ella había oído tocar tantas veces y que ella misma había tocado á miles de leguas de la ciudad donde se encontraba?

»Yo la vi, sí, la vi distintamente llevar su pañuelo á los ojos y enjugar sus lágrimas.

»Su cabeza se inclinó sobre su pecho; pero

su madre la dijo algunas palabras y levantó la cabeza.

»Cuando hube acabado la improvisación que terminaba el concierto, permanecí algunos instantes con la frente sobre las manos, apoyado en el balaustre de la tribuna, pensativo, esperando á que se extinguieran los ruidos de la iglesia y que las bóvedas cesasen de vibrar bajo el torrente de armonías deseneadenado por vuestro discípulo.

»Cuando me decidí á salir, la iglesia estaba vacía.

»No quedaban en ella más que el cura y el burgomaestre, que querían felicitarne.

»Que el honor de sus alabanzas llegue hasta vos, querido maestro. Que sus elogios atraviesen los mares como la expresión de mi agradecimiento, de mi cariño y de mi respetuosa amistad.

»El señor Muller quería que me quedase á comer con él.

»No acepté.

»El excelente sacerdote y el burgomaestre llevaron su amabilidad hasta el extremo de acompañarme hasta la casa que me han buscado, y que reúne todas las condiciones que yo deseaba para mi retiro.

»Está situada en el extremo del muelle Nacional, á media ladera, á la orilla de un paseo de castaños, oculta entre una porción de arbustos y de plantas de todas las especies.

»Es una casa baja, de un solo piso y da acceso á ella una escalinata de diez escalones.

»La situación es admirable.

»En frente de las ventanas, el lago estiendo sus aguas azules surcadas por barquillas, y en lontananza, el monte Pilate se eleva en una masa compacta con sus flancos cubiertos de oscuros bosques y verdes pastos hasta sus cimas, que se desgarran y forman un conjunto de grietas, antros y picos descarnados.

»Es soberbio.

»La casita es pequeña, se compone solo de bodega, cocina, comedor, sala y un despacho.

»La sala es bastante grande.

»Los muebles de más valor que en ella figuran los conocéis bien vos.

»Es á vos á quien se los debo.

»A propósito, querido maestro, el señor Waldmann me ha hecho una confidencia.

»Antes de mi llegada á Lucerna, estaba el asunto arreglado entre vos y vuestros dos amigos. ¡Cuánto os lo agradezco! ¡Sabeis cuán desgraciado soy!

»¡Yo os he confiado todo!

»¡Vos habeis podido comprender que el desastre que sobre mí ha caído no tiene remedio!

»Quiero á mis hermanos á pesar de lo que ha pasado.

»En esto hay todo un drama cuyo misterio es incomprensible.

»Para comprenderlo sería preciso conocer sus detalles y las causas que lo han motivado.

»No puedo creer en la indignidad de los que no he dejado de querer, y aunque fueran culpables, el móvil de esa explosión no podría ser vil ó infamante.

»¡Los conozco!

»Sin embargo, el hecho existe, terrible, implacable, mortal para nosotros y nuestro honor.

»Un Montarón está en presidio.

»No estará mucho tiempo en él, ¡lo presiento!

»Antes que sufrir vergüenza y humillación tal, se hará matar, tratando de escaparse.

»Pero lo que más siento es no saber qué es de mi pobre hermana Teresa.

»A mi paso por París hice todos mis esfuerzos por encontrarla.

»Fueron inútiles.

»Está perdida en esa inmensidad, ahogada en ese abismo donde me la figuré agonizante como un viajero extraviado en la nieve ó caído en las grietas de esas neveras, color rosa y azules al ser bañadas por el sol, que veo desde mis ventanas.

»Pero mis ambiciones son bien limitadas, querido maestro.

»Si mis hermanos fuesen rehabilitados por cualquier feliz circunstancia, por un rayo de luz que iluminase el tenebroso asunto que los ha deshonrado; si viviesen modestamente bajo el techo que nos cubrió en nuestra infancia; si pareciera Teresa y pudiera estar á mi lado en esta casita ignorada y tranquila donde no podré gozar de verdadero reposo sin ella; si en fin, me fuera dado volver á veros, aunque no fuese más que unos días, en el país espléndido que habéis abandonado, dejando en él recuerdos tan vivos y amistades tan profun-

das, mi alegría no tendría límites y mi felicidad sería completa.

»Fuera de eso, os juro que no deseo nada, ni honores, ni fortuna.

»Si alguna vez tenéis ocasión de hablar de mí con el señor Silas Barker, sin despertar en él penas que desaparecerán, yo lo espero, decidle hasta qué punto agradezco sus bondades y los votos que hago, desde el fondo de mi alma, por su felicidad y la de su familia.

»En cuanto á vos, mi querido maestro, ¿qué podría yo añadir á lo que acaba de deciros!

»Os debo lo que soy y esto que soy haría mi dicha si circunstancias independientes de vuestra voluntad, y casi fatales, no destruyesen en parte el efecto del inoquible servicio que me habéis hecho.

»Vuestro agradecido y respetuoso discípulo y amigo.

»MARCELO MONTARÓN.

»Lucerna, 18 junio, 188...»

### III

*Juan Montarón al señor vizconde de Fleuse, hotel de Halifax, en Brisbane (Australia).*

«Querido señor de Fleuse:

»He llegado felizmente á Paris después de una travesía que no ha carecido de incidentes que no os cuento, puesto que desembarcamos sanos y salvos en Inglaterra, donde tomé el vapor para el Havre.

»Durante el viaje, el honorable señor Turner se ha mostrado excelente conmigo. No hay atención que no haya tenido: quiso que me tratasen como á él, y ya veis cómo le trataría á él siendo uno de los principales socios de esa compañía de vapores.

»Me afirmó varias veces que habeis hecho hecho un excelente negocio, y que en muy pocos años podreis imitarle y pasarlo á otras manos, si vuestras ambiciones no son immoderadas.

»Quería que me quedara con él y me aseguraba que tendría ocasión de hacer fortuna poniéndome al frente de una de sus propiedades de la Australia.

»En una palabra, me tomó cariño.

»Pero yo no podía aceptar sus proposiciones.

»Yo tenía mi idea.

»De otro modo no me hubiera separado de vosotros.

das, mi alegría no tendría límites y mi felicidad sería completa.

»Fuera de eso, os juro que no deseo nada, ni honores, ni fortuna.

»Si alguna vez tenéis ocasión de hablar de mí con el señor Silas Barker, sin despertar en él penas que desaparecerán, yo lo espero, decidle hasta qué punto agradezco sus bondades y los votos que hago, desde el fondo de mi alma, por su felicidad y la de su familia.

»En cuanto á vos, mi querido maestro, ¿qué podría yo añadir á lo que acaba de deciros!

»Os debo lo que soy y esto que soy haría mi dicha si circunstancias independientes de vuestra voluntad, y casi fatales, no destruyesen en parte el efecto del inoquible servicio que me habéis hecho.

»Vuestro agradecido y respetuoso discípulo y amigo.

»MARCELO MONTARÓN.

»Lucerna, 18 junio, 188...»

### III

*Juan Montarón al señor vizconde de Fleuse, hotel de Halifax, en Brisbane (Australia).*

«Querido señor de Fleuse:

»He llegado felizmente á Paris después de una travesía que no ha carecido de incidentes que no os cuento, puesto que desembarcamos sanos y salvos en Inglaterra, donde tomé el vapor para el Havre.

»Durante el viaje, el honorable señor Turner se ha mostrado excelente conmigo. No hay atención que no haya tenido: quiso que me tratasen como á él, y ya veis cómo le trataría á él siendo uno de los principales socios de esa compañía de vapores.

»Me afirmó varias veces que habeis hecho hecho un excelente negocio, y que en muy pocos años podreis imitarle y pasarlo á otras manos, si vuestras ambiciones no son immoderadas.

»Quería que me quedara con él y me aseguraba que tendría ocasión de hacer fortuna poniéndome al frente de una de sus propiedades de la Australia.

»En una palabra, me tomó cariño.

»Pero yo no podía aceptar sus proposiciones.

»Yo tenía mi idea.

»De otro modo no me hubiera separado de vosotros.

«Al separarnos me dejó sus señas, encargándome mucho que si alguna vez renunciaba á mis proyectos y me decidía á expatriarme, recurriera á él, que me colocaría.

«Debó deciros que he perdido la mitad de mi apellido.

«No he querido sacrificarlo todo.

«Me llamo Juan Arón.

«Al desembarcar, ni los carabineros, ni los gendarmes, ni las autoridades, me han preguntado nada.

«El viaje me ha dado un pequeño aire exótico, que hace que tengan conmigo todos los miramientos debidos á los extranjeros.

«Lo que me inquietaba un poco era la manera de buscar trabajo; pero en el barco de Southampton al Havre he hecho un conocimiento que me ha sacado de apuros.

«Yo me había fijado en un pasajero de mi edad, poco más ó menos, bien vestido, pero sin lujo, como el hombre que vive de su trabajo.

«Sus manos anunciaban que manejaba más las herramientas del artesano que la pluma del escribiente.

«Entablamos conversaci6n un día y me dijo que venía de Londres, adonde había ido á estudiar un nuevo modelo de invernaderos; que estaba al servicio de unos horticultores célebres de los alrededores de París; que sus amos tienen un gran negocio, y que cuidan los jardines y las estufas de muchos hoteles particulares.

«—¡Qué casualidad!—le dije yo.—Yo vengo justamente de la Australia de estudiar horti-

cultura. Allí se puede hacer una fortuna en Melbourne, Sidney ó Brisbane, pero necesito hacer mi aprendizaje trabajando, porque estoy lejos de ser rico.

«Yo conocía al menos los útiles del oficio. En la Boca del Lobo, estaba encargado de nuestra huerta, que no estaba mal cuidada.

«Sin duda agradé á mi compañero de viaje, porque me dijo en seguida:

«—Si no sois demasiado exigente, podré colocaros.

«¿Exigente? Yo no tenía derecho á serlo.

«Me puse desde luego á su disposición.

«Y he aquí cómo he entrado en calidad de peón en la casa Morard hermanos, cuyos jardines y estufas ocupan entre Passy y Bolonia un terreno magnífico.

«Esta casa tiene también un almacén de flores en el boulevard de los Capuchinos.

«Es una de las más considerables de París.

«Mi compañero de barco es una especie de contra maestro en casa de los Morard, en la que está encargado de la direcci6n de los invernaderos y un poco de todo, según me ha parecido.

«Se ha hecho muy amigo mío y me ha señalado en seguida sueldo. No es una gran cosa, pero me basta para cubrir mis necesidades.

«He aquí, por el momento, mi posición social.

«Estos son los informes que puedo daros respecto á mí.

«Lo que sigue interesa más particularmente á mi hermano.

»Pero como no tenéis secretos el uno para el otro, escribo para los dos.

»No he entrado en esta casa hasta después de ocho días de estar en París.

»Estos ocho días los he empleado en pesquisas, que desgraciadamente han sido inútiles.

»No he encontrado á nuestra pobre Teresa, y sin embargo estoy más tranquilo por su suerte.

»Estoy cerca de ella, y me parece que si necesitase auxilio lo sabría yo.

»Además, no desespero y creo seguro verla un día ú otro, cuando yo menos lo piense.

»Lo malo es que estoy ocupado todo el día en mi trabajo, que no me desagrada.

»Samson, que es el empleado de esta casa que tuve la suerte de encontrar en el barco, me demuestra cada día más amistad.

»Me lleva casi siempre con él en las salidas que hace á casa de los clientes de los Morard.

»Se ve que merece toda la confianza de los patronos.

»Ocupo una habitacioncita en una casa de Passy, donde estoy muy bien.

»No pongo hoy esta carta en el correo.

»Esperaré algunos días.

»Tal vez para entonces tenga algo nuevo que deciros.

»No siento haber venido.

»Me parece que no estamos más que á pocas leguas de distancia, puesto que podemos escribirnos y casi hablarnos.

»Hasta muy pronto.

»Cuando os decía que tal vez tuviera algo

nuevo que deciros, no me equivocaba.

»Sin embargo, lo que he descubierto hasta el presente, no tiene gran importancia.

»Ayer fui con Samson á llevar á una encantadora villa de la avenida de los Príncipes, en Bolonia, cerca del establecimiento de Morard, dos palmeras que una señora joven había venido á comprar la víspera, y que quería hacer instalar en su estufa con algunas otras plantas.

»Esta señora es extremadamente hermosa.

»Cuando nosotros llegamos, estaba paseando con un caballero á quien al pronto no conocí, y que tampoco me reconoció él á mí, lo que era desde luego más difícil, porque me ha visto pocas veces y no debía esperar encontrarme en Bolonia, disfrazado de mozo de jardín.

»Además la barba que me he dejado y que llevo cortada á la moda de Brisbane, me desfigura, hasta el punto de que yo mismo me desconozco.

»Cuando se volvió hacia mí, no pude disimular un pequeño movimiento de sorpresa.

»Era el conde Gabriel de Corbière.

»Pregunté á mi compañero:

—¿Se ha casado?

—¡Ah, qué!— me contestó Samson,— es su querida. Todos estos ricos no se privan de nada; no tengáis cuidado.

»El conde me miró, pero distraidamente, como se mira á un indiferente, á un obrero, por ejemplo, que va á vuestra casa para hacer un trabajo cualquiera.

»La mujer examinaba con interés las plan-



tas que colocábamos, y dejándonos después en nuestro trabajo, se fué á dar una vuelta por la estufa, cogiéndose del brazo del conde y hablándole con tanta libertad como si hubiesen estado solos.

»El parece quererla mucho.

»Daban vuelta por la estufa y la oí que repetía con frecuencia:

»—Pues yo lo quiero, yo lo quiero.

»El se encogía de hombros diciendo:

»—Espero que eso pasará... Es una chiquillada... Además yo no sé cómo dar principio. Y sobre todo, ¿para qué?

»Y un momento después dijo:

»—Estoy seguro de que la mujer que fué á la alcaldía ha muerto.

»—Me lo has prometido y yo lo quiero. Irás á casa de la señora Julien... Ella hablará, eso depende de ti.

»El la cogió en sus brazos y estrechándola contra sí la dijo:

»—Bueno, puesto que lo exiges, iré.

»Todo esto había pasado detrás de un mazo de adelfas y mirtos y sin hacer caso de que nosotros estábamos del otro lado.

»—Si tanto se aman, ¿por qué no se casan?— pregunté á mi compañero.

»—Porque hay un impedimento, según se dice,— me contestó— ella es casada; pero mutis, los asuntos de los parroquianos no nos interesan á nosotros.

»—Tenéis razón.

»Nos marchamos, y al salir dirigí una mirada á la casa.

»Los dos estaban asomados á una de las ventanas y la mujer daba sin duda las gracias al conde por su promesa, porque tenía una de sus manos puesta sobre el hombro de él y le miraba con ojos de una infinita dulzura.

»Un hombre de unos treinta años, bajito y grueso, mal vestido, les expiaba desde la calle, oculto por las parras y la yedra de la verja.

»Samson me dijo:

»—Lo malo que tienen estos barrios para los ricos es eso, que andan siempre por ellos muchos merodeadores.

»Yo no contesté, me pareció que aquel hombre no estaba allí con la intención que mi compañero parecía atribuirle.

»Me parecía que había en su mirada un ardor extraño.

»Su fisonomía no era la de un individuo que acecha la ocasión para hacer una mala obra.

»De pronto miró su reloj, abandonó el puesto y se dirigió de prisa hacia Paris.

»Yo ignoraba en absoluto lo que aquel hombre era, pero no puedo decidirme á tomarle por un simple merodeador.

»¿Quién era, pues? ¿Sería el marido!

»No sé por qué os cuento este incidente, que para vosotros y para mí no tiene otro interés que el nombre del conde de Corbiere.

»Pero esta mañana ha ocurrido otro, mientras que yo esperaba en la puerta de un hotel de la plaza de Vendôme, donde Samson me había dejado custodiando un carro lleno de plantas, hasta que él acabase de arreglar no sé qué asunto.

30558

»El hotel á cuya puerta estaba yo, está á pocos pasos del ministerio de Justicia, como supe después por una rara coincidencia.

»Estaba yo en pie al lado del caballo sin pensar en nada de lo que pasaba á mi alrededor.

»Es verdad que mi imaginación no estaba en París, sino en la Boca del Lobo, al lado de mi madre, de mi hermano Pedro y de los pocos amigos que allí tenemos, cuando fui interpellado por un caballero, que con voz ahogada y singular me dijo:

»—¡Vos!

»Me volví con viveza y no me quedé menos estupefacto que el caballero que acababa de pararse delante de mí.

»Me miró con ojos asustados.

»Era nuestro defensor, el señor Letanneur de la Gigonniere.

»—¡Vos!—repitió con admiración tan extraordinaria, que no pude menos de echarme á reír.

»—Pues bien, sí, yo soy—le dije tranquilamente.

»—¡Qué imprudencia!

»—¿Vos me habéis reconocido?

»—En seguida.

»—Yo creía que eso era imposible.

»—¿Cómo estáis aquí?

»—Como veis.

»—Desgraciado! ¿Queréis que os prendan?

»—No hay peligro.

»—No tardareis dos horas en estar preso.

»—¡A menos que vos vayais á denunciarme!

»—¿No me supondreis capaz de eso?

»—Me sorprendería mucho, en efecto.

»—Yo que he venido á París solo para ocuparme de vos, y este es el décimo viaje que hago para eso.

»—¿Qué pretendéis?

»—Obtener vuestro indulto... Y el asunto está en buen camino...

»Después me dijo que había visto á la condesa de Carbière para eso, que había hablado con el ministro y hasta con el Presidente de la República, á quien había expuesto el asunto.

»—He hecho una tontería y quiero repararla—me dijo.

»Le dije que le daba las gracias, pero que no se molestara, no hay necesidad—añadi.

»—¿Por qué?—me preguntó.

»—Porque no existe ya.

»—¿Cómo?

»—No... he muerto.

»Debeis suponer que me supuso loco ó que creía estarlo él. Se quedó mirándome con ojos asustados y la boca abierta.

»—Sí—continuó, tal como me veis, he sido fusilado cerca de Nonnea, en un sitio que se llama Mandu, y devorado por los tiburones.

»Y como no quería prolongar esta funebre broma, añadió:

»—En pocas palabras, me escapé una noche. hicieron fuego sobre mí, creyeron haberme matado y que los tiburones habían dado buena cuenta de mis huesos, así es que extendieron mi acta de defunción y no hay peligro de que se ocupen de mí. No querrán confesar ja-

más que hicieron una tontería. Estoy, pues, tranquilo. Me llamo Juan Aron, gano mi vida honradamente. ¿Qué es lo que podrían reprocharme?

»Se cruzó de brazos, lanzó un gran suspiro y se preguntó:

»—¿Qué es lo que voy á hacer ahora?

»—Nada—dije yo.—Esto es lo mejor. Además el ministro llegará á saber mi muerte. Le direis que lo sabíais antes que él; que habíais recibido carta de Nueva Caledonia en que os lo decían... y el asunto terminará en eso.

»—Sí—dijo;—pero, á pesar de todo, vivid con cuidado.

»Me dió la mano y se fué.

»Adiós. Abrazo á Guillermo; y en verdad, ¿por qué no abrazaros á vos? ¿No somos buenos compañeros de peligros y aventuras?

»Me lo permitiréis, ¿no es verdad?

»Vuestro hermano y amigo.

»JUAN.

»Cuando me escribáis, dirigid la carta al señor Samson, en casa de los señores Morard, horticultores, carretera de Saint-Cloud, en Bولonia, Sena. Para entregar á Juan Aron.

»Y no temáis nada. Está advertido y me las entregará.

»La casa Morard es muy conocida en París.

#### IV

#### Hacia el abismo.

Juan Montarón había oído bien al conde Gabriel de Corbiere y había comprendido bien quién era el merodeador que daba vueltas alrededor de la «villa» de la avenida de los Campos Elíseos.

Era Paulino Escoubere, el marido de la querida del conde.

Escoubere, desde el día en que había conocido el nombre del amante de su mujer, sabía lo que le quedaba que hacer.

No tenía más que acechar al conde Gabriel, seguro de que un día ú otro el enamorado iría directamente á su nido y se haría traición él mismo.

Esto había llegado.

Emboscado detrás de los muros del jardín, oculto por las yedras y las plantas de toda especie que obstruían la verja, había ya visto más de una vez asomada á la ventana á la querida del conde.

Este descubrimiento había producido en su alma el efecto de un calmante.

Había mitigado la fiebre que le devoraba.

Ya sabía adonde ir para encontrar á la que había perdido y á quien amaba tanto, á pesar de la traición, que entreverla un momento era para él una especie de descanso, un goce mezclado de pesadumbre, pero al fin un goce, y

más que hicieron una tontería. Estoy, pues, tranquilo. Me llamo Juan Aron, gano mi vida honradamente. ¿Qué es lo que podrían reprocharme?

»Se cruzó de brazos, lanzó un gran suspiro y se preguntó:

»—¿Qué es lo que voy á hacer ahora?

»—Nada—dije yo.—Esto es lo mejor. Además el ministro llegará á saber mi muerte. Le direis que lo sabiais antes que él; que habiais recibido carta de Nueva Caledonia en que os lo decian... y el asunto terminará en eso.

»—Sí—dijo;—pero, á pesar de todo, vivid con cuidado.

»Me dió la mano y se fué.

»Adiós. Abrazo á Guillermo; y en verdad, ¿por qué no abrazaros á vos? ¿No somos buenos compañeros de peligros y aventuras?

»Me lo permitiréis, ¿no es verdad?

»Vuestro hermano y amigo.

»JUAN.

»Cuando me escribáis, dirigid la carta al señor Samson, en casa de los señores Morard, horticultores, carretera de Saint-Cloud, en Bولonia, Sena. Para entregar á Juan Aron.

»Y no temáis nada. Está advertido y me las entregará.

»La casa Morard es muy conocida en París.

#### IV

#### Hacia el abismo.

Juan Montarón había oído bien al conde Gabriel de Corbiere y había comprendido bien quién era el merodeador que daba vueltas alrededor de la «villa» de la avenida de los Campos Eliseos.

Era Paulino Escoubere, el marido de la querida del conde.

Escoubere, desde el día en que había conocido el nombre del amante de su mujer, sabía lo que le quedaba que hacer.

No tenía más que acechar al conde Gabriel, seguro de que un día ú otro el enamorado iría directamente á su nido y se haría traición él mismo.

Esto había llegado.

Emboscado detrás de los muros del jardín, oculto por las yedras y las plantas de toda especie que obstruían la verja, había ya visto más de una vez asomada á la ventana á la querida del conde.

Este descubrimiento había producido en su alma el efecto de un calmante.

Había mitigado la fiebre que le devoraba.

Ya sabía adonde ir para encontrar á la que había perdido y á quien amaba tanto, á pesar de la traición, que entreverla un momento era para él una especie de descanso, un goce mezclado de pesadumbre, pero al fin un goce, y

no le quedaba más que un deseo: el de hallarla, oírla, hablar con ella libremente á fin de tratar de convencerla para volverla á su casa.

¡Cómo si esto hubiera sido posible!

Suponer que sin amor renuncie una mujer á las ventajas que el conde ofrecía á su querida para descender á la vida de otros tiempos, de la que no conservaba más que un recuerdo lleno de rencores y de disgustos, era conocer mal el fondo ingrato de la naturaleza humana.

—Además, si Escoubere hubiese estado más al corriente de lo que pasaba en el hotel de Corbiere y en la villa de Bolonia, hubiese perdido la sombra de esperanza que abrigaba aún.

El conde Gabriel tomaba cada día más afecto á su querida.

Cada día apreciaba más Elena á aquel hombre de aspecto frío, altivo, escéptico, que parecía haber reservado para ella todas sus ternuras y todas sus atenciones.

La joven tenía tanto encanto, tanta gracia; sabía plegarse tan bien á los caprichos de su amante; había adquirido sobre él tanto ascendiente, que al solterón empoderado le había ocurrido la idea de perder su libertad.

Quería casarse con Elena.

Para conseguirlo era necesario un divorcio, puesto que estaba casada.

Aquí surgía una dificultad.

El marido.

El conde esperaba triunfar de su resistencia.

Al siguiente día de su conversacion con ella en la villa de Bolonia, á cosa de las nueve de la mañana, se dispuso á dar principio al cumplimiento de su promesa.

Fué á la alcaldía del octavo distrito y allí vió que, en efecto, Elena Noel estaba inscrita como nacida de padres desconocidos.

La declaración había sido hecha por una tal señora Durand, muerta algunos años después.

De esto no se podía sacar aclaración alguna. Quedaba la directora del colegio Julién en donde Elena había vivido tanto tiempo como una abandonada.

Se hizo conducir á Passy, á donde no tardó en llegar.

El colegio Julién es uno de los más conocidos de París.

Ocupa en el viejo Passy un espacio considerable.

Es un antiguo convento vendido revolucionariamente hace un siglo, fué dedicado á colegio desde luego y sigue con este destino.

El conde entró con la seguridad del hombre convencido de que ha de ser perfectamente acogido, y preguntó al portero:

—¿Está visible la señorita Julién?

—Si el señor quiere decirme su nombre.

El conde entregó al portero una tarjeta, y éste leyó el nombre que iba en ella inscrito.

—¿Si el señor conde quiere seguirme?—dijo encorvándose como un arco.

Y hechó á andar seguido del conde.

El llavero le dejó cinco minutos en un gran vestíbulo, que tenía por todo mueblaje unas

banquetas, y de las paredes pintadas de amarillo, pendían á guisa de cuadros algunos mapas, y reapareció diciendo:

—Si el señor conde quiere entrar.

La señorita Brigida Julián era una persona relativamente considerable.

Poseía grandes rentas en valores y tenía dos casas en la calle de Passy.

En lo físico, era una solterona de sesenta y siete años, de aspecto monástico, de cara repugnante y cuya boca destilaba miel ó veneno, según convenía á sus intereses.

Ofreció una silla á su visitante.

El conde se sentó y comenzó diciendo:

—Señorita, ¿habéis tenido entre vuestras discípulas, hace largo tiempo, á una joven llamada Elena Noel?

Gabriel de Corbière esperaba que este nombre causara alguna sorpresa, aunque ligera, á la directora y que él podría notarlo.

No fué así.

La solterona pareció buscar en su memoria, y repitió:

—¿Decís Elena Noel?

—Sí, señorita.

—Debe hacer mucho tiempo... porque mi memoria, que me sirve de ordinario bastante fielmente... ¡Esperad!... ¡Elena Noel!... Sí, cierto... ¿Nos dejó hace unos cinco años?...

—¡En efecto!

—¡Ya lo creo, caballero! ¡Una joven encantadora, muy guapa, de una gran dulzura!... Estuvo aquí catorce ó quince años... Hicimos de ella una excelente profesora de música...

Pero era muy taciturna... Su natural era triste, su carácter altivo, muy reservada... lo que dependía sin duda de las circunstancias particulares con que se había criado.

—Precisamente.

—Era, yo creo, hija natural...

—¿Vos creéis solamente?... ¿No estáis segura?...

—No...

—¿Es posible?...

—Profeso el principio de no tratar de penetrar los secretos de que me hacen misterio... ¿Os interesaba esa joven?

—Infinitamente.

—¿Sería indiscreción preguntaros con qué título?

—¡Dios mío!—dijo el conde.—No tengo razones para ocultároslo, tanto menos, cuanto que viniendo á pedir os un favor, debo merecerlo por una confianza absoluta.

—¿Conque sois el conde Gabriel de Corbière Latouche... hijo del general del Imperio?...

—Nieto, señorita—dijo el conde sonriendo.

—¡Ilustre familia, caballero!

—Tengo una cierta fortuna; soy independiente y dueño de mis acciones, pues soy soltero como vos. Ahora bien, he conocido á vuestra antigua discípula, Elena Noel. Tengo ciertos proyectos respecto á ella; pero antes de ponerlos en ejecución, quisiera asegurarme de su origen, saber de dónde proviene. ¡Ya comprenderéis con qué intención!

—Tal vez.

—He pensado que habiéndos sido confiada

esa joven desde muy pequeña, no podéis ignorar su origen; que hoy ya no puede haber, tal vez, nada que os impida revelar un secreto cuyos interesados ya no existirán: que no os negaréis á confiármelo, si yo os jurase por mi honor no abusar de él. No os oculto que me importaría poco hacer un sacrificio razonable para obtener la luz que busco y que mi posición me permite ser generoso con el que me la da. Hé aquí señorita, claramente expuesto el objeto de mi visita. ¿Qué podéis hacer por mí?

Brigida Julien, se mordió los labios y respondió:

—Con mucho sentimiento mío, bien poca cosa, caballero:

—¿Qué decís?

—Que me es imposible revelar un secreto que no conozco.

—¡Me admiráis!

—Mis relaciones con los padres de Elena Noél tuvieron lugar con la ayuda de un intermediario... ¡una mujer!... Pero ni aun el nombre de esa persona me es permitido revelaros. Esta persona me hizo prometer un silencio absoluto.

El conde examinaba con atención á la directora.

El tiempo que había pertenecido á la diplomacia ántes de la herencia de su tía Bauvillars, le había inspirado un gran desprecio de los hombres, y lo que oía decir no era á propósito para mejorar su opinión.

Sin embargo se preguntaba hasta que punto podría proponer á una mujer vieja y rica, di-

rectora de un colegio, llamada á enseñar á los demás en que consiste el honor de un hombre ó de una joven, que le vendiera un secreto que no la pertenecía.

El caso era dudoso.

El conde quemó sus naves.

—Quisiera insistir—dijo con tono insignificante,—y no sé si me lo permitiréis. Sin embargo, puedo siempre haceros observar que al decirme lo que sabéis, haréis un bien, no un mal; que, en efecto, se trata de un casamiento brillante para ella, el que no se llevará á cabo si yo no averiguo lo que deseo sobre su nacimiento; que yo no obedezco á la ambición de herencias que no necesito, sino á un sentimiento de honor, y que, en fin, si os decidís á hablar, resultará de esto un gran beneficio para vuestras pobres, porque vos fijaréis el precio del servicio... ¿Puedo esperar que persistáis en vuestro silencio?

En la fisonomía de la directora se operó un cambio.

La llama de la avaricia iluminó sus ojos grises.

El conde dijo para sí:

—Ya es mía.

Se equivocaba.

La vieja pensaba:

—¡Qué lástima no saber más! ¡Le hubiera sacado una buena suma y hubiera comprado un tercer inmueble!

Se rascó la punta de la nariz, que era extremadamente delgada y puntiaguda.

—Eso es muy delicado—dijo,—infinitamente

te delicado; pero vos me tentáis... y hacéis muy mal.

—¿No redime la limosna todas las faltas?

—Tenéis razón... ¡Pero hacer traición á la confianza que en mí han depositado!

—Creedme; todo el mundo os lo aplaudirá.

—Pero si ya os lo he dicho: yo no sé casi nada.

—Pero sabéis al menos el nombre de la persona...

—¿Con quien traté?... Sin duda.

—Ese nombre es todo lo que os pido...

—Esperad; os diré cómo pasaron las cosas. Hace de esto diez y nueve años: una mujer joven vino á buscarme aquí, á esta misma sala en donde estamos. No busquéis. No era la madre. Esta había muerto hacía algunos años, y el padre también. La criatura quedaba sola en el mundo con un protector que no quería darse á conocer.

La mujer que venía á casa era simplemente una de esas mediadoras á quienes su profesión designa naturalmente para esta clase de asuntos. Debo decir, haciéndola justicia, que en todas nuestras relaciones se mostró de una conveniencia y de una corrección á las que rindo homenaje. Me dijo que estaba encargada de cuidar de una niña, por la que tenía un verdadero interés, que esa criatura no tenía familia ni nada que esperar en el porvenir; que era preciso, pues darla una instrucción seria, de tal modo que pudiese ganarse ella la vida. Me preguntó si consentía yo en encargarme de ella. Contesté afirmativamente y convinimos

en los honorarios. Estos me fueron abonados siempre por adelantado, con religiosa escrupulosidad. Cuando me trajeron á la niña, ésta tenía seis años. No puedo deciros hasta qué punto era interesante. Yo no tengo el corazón tierno, no lo oculto. La experiencia me lo ha endurecido. Pero la tomé cariño. Durante catorce años permaneció en esta casa, que no tiene nada de alegre, os lo concedo. Jamás recibió una visita, ni aun la de la mujer que venía á pagar la pensión; no vió á nadie que se interesara por ella; sus compañeras la llamaban la niña sin padre. Durante las vacaciones permanecía aquí encerrada como una oveja sarnosa. Me daba compasión, á mí, que no la tengo de nadie. Por fin, cuando la supusieron ya en edad de poder ganarse la vida, á los diez y ocho años, la dieron cuatro mil francos, sus ropas y un piano, el único regalo que recibió, y la dejaron en libertad de obrar como mejor la pareciera, sin guía, sin consejos, sin amigos, sin conocer á nadie. He aquí su historia, caballero... La encontraréis horrible, tal vez... ¡Es cierto!

La directora mostró la mesa ante la que estaba sentada.

—Aquí fué donde la conté los cuatro mil francos, su supremo recurso. La estoy viendo aún con su trajeito de colegiala, mirando aquel dinero con gran indiferencia. Y con mucha tristeza me dijo:

—¿Es para mí?

—Sí.

—¿Entonces es preciso que me vaya?

—Sin duda, puesto que no quieren hacer



nada más por vos. Además, ya tenéis edad para poder ganaros la vida trabajando.

Ella no contestó más que:

— ¡Está bien! Os doy las gracias. ¿Pero á dónde iré?

— Es preciso que os mováis, que busquéis una colocación, lecciones...

En el momento de salir me miró, como habia mirado á su dinero, y me dijo:

— Hay momentos en que me pregunto si no habria ganado mucho con morirme y si no habrian obrado más humanamente arrojándome al agua el día que nací.

Os juro que mis ojos se llenaron de lágrimas.

Esta fué su única queja.

Me hizo un ligero saludo, dijo en voz muy baja adiós, y salió.

Después ni la he vuelto á ver ni he oído hablar de ella. Esta es la verdad.

— ¿Qué queréis ahora?— añadió.

— El nombre de esa intermediaria.

— ¿Creéis que ella sabe mucho más que yo?

— Es posible. Y en todo caso seguiré el hilo y llegaré á mi objeto, no lo dudéis.

— Pues bien, ¿queréis que hablemos del precio?

— Sí. ¿Cuánto?

— ¿No me habéis dicho que sois rico?

El conde sonrió.

Bastante para satisfacer mis caprichos y los vuestros— dijo.

— Voy á asustaros.

— Entonces discutiremos,

— Pues bien, no, no discutiremos. Me horro- rizan las discusiones sobre el dinero:

— ¿Cuánto?— repitió el conde.

— Veinte mil francos.

El conde dijo con la mayor serenidad:

— Dadme ese nombre.

Sacó de su bolsillo un cuadernito, arrancó de él una hoja y puso en ella:

«Vale por veinte mil francos».

Y lo firmó.

La directora tomó el papel y le dió otro en cambio.

En el que la directora entregó al conde decía:

«Señora Firmin, comadrona, calle de Richelieu.»

— No sé el número— dijo— pero la encontraréis con facilidad. Es hacia el medio de la calle.

El papel firmado por el conde era un cheque sobre el Banco de Francia.

El conde, al montar en su victoria para ir á casa de la comadrona se decía:

— Es un poco caro; solo que creo tener el hilo; pero, ¿qué alhaja es la directora, vaya una institutriz! ¡Tiene talento pero que sanguinea! ¡Canalla! ¡bah!

El viaje fué corto.

Quando el coche hubo llegado á la mitad de la calle de Richelieu el conde, tocando en el brazo al cochero, le dijo, parad.

Habia visto en el primer piso de una casa vieja, los atributos ordinarios que anuncian á las mujeres que están en estado interesante la presencia de una partera que les ofrece sus servicios.

Un cuadro pegado á la fachada, entre dos ventanas, representaba una mujer vestida con cierta pretensión y teniendo entre sus brazos una criatura rolliza que acababa de operar su entrada en la vida.

Se apeó, entró en un portal estrecho llegó á la portería y preguntó:

—¿La señora Firmin?

—En el primero, la puerta de la derecha, contestó la portera.

El señor de Corbiere se orientó con trabajo en la oscuridad de la escalera, pero llegó á la puerta indicada y llamó.

Se abrió la puerta y, en la semi-oscuridad, se encontró enfrente de la joven que había servido con tanto interés á Teresa Montarón en el asunto de la nodriza para su hijo.

—¿La señora Firmin?

—Aquí es, caballero.

—¿Está, visible?

—Sí, señor.

—¿Queréis anunciar al conde Gabriel de Corbiere?

—Sí señor. Hacedme el favor de pasar.

La joven introdujo al conde en una sala empapelada de colorado y amueblada con butacas y alfombra del mismo color.

Y después de haber ofrecido una silla al señor de Corbiere, pasó á una pieza inmediata, dejándole entregado á la contemplación de aquella sinfonía del rojo que no dejaba de aturdir un poco á un hombre acostumbrado á todas las elegancias del refinamiento del lujo moderno.

La espera del conde fué corta.

Casi en seguida volvi6 á abrirse la puerta y una mujer de unos cincuenta años, vestida de negro, bien formada, á fé mia, y de cara estremadamente inteligente y distinguida, se presentó.

El conde hubiera podido notar que le miró con mucha atención y que una viva curiosidad se pintó en sus finas facciones.

Pero la hora del almuerzo se acercaba y tenía prisa por concluir cuanto antes.

—¿Sois la señora Firmin?—preguntó saludando.

—Sí, señor.

—¿Hace mucho tiempo que ejercéis vuestra profesión?

—Cerca de veinte años.

—¿Habeis vivido siempre en este barrio?

—En este barrio y en esta misma casa, sí, señor.

—Entonces sois vos á quien busco.

—¿Para qué?

—Vais á comprender. Voy derecho al objeto, porque no quiero abusar de vuestros momentos. Son cerca de las doce y no es hora á propósito para tales visitas.

—¡Oh! caballero—dijo la señora Firmin,—si es por mí haceis mal en precipitaros. Nosotras estamos á la disposición del público noche y día, y no se debe temer molestarnos.

—¿Es tal vez, hija vuestra esa señorita que acabo de ver? Os pido perdón por esta curiosidad.

—Sí, señor, es mi hija. Estudia medicina y

probablemente ejercerá la profesión de su madre, aunque no tenga nada de seductora; pero es preciso vivir, y todas las profesiones tienen sus inconvenientes.

Hablando así, el conde examinaba á la comadrona, á fin de darse cuenta de su carácter, de lo que podía esperar de ella y de lo que debía decir, y se admiraba de la franqueza de aquella cara, de la probidad que en ella estaba impresa, de la honradez que se veía en sus ojos á la vez vivos y sinceros, penetrantes y dulces.

Por fin el conde abordó la cuestión, pero con cierta timidez.

Evidentemente no se encontraba enfrente de la mujer que él se había figurado.

El se había imaginado que sería una especie de marimacho habituado á las transacciones dudosas, á las operaciones oscuras y brutales, dispuesta á todo, con tal que se la ofreciese una buena suma, y se encontraba con una verdadera señora, á la que no faltaba más que un título y rentas para figurar en la alta sociedad más elegante, más distinguida, más reservada y más imponente que las tres cuartas partes de las marquesas.

La comadrona comprendió que el conde no se atrevía á abordar la cuestión que allí le llevaba, y dijo sonriendo :

—¡Dios mío, señor conde, no toméis tantas precauciones para decirme lo que deseáis! Desde luego, por profesión, somos personas de una discreción á toda prueba; después no vais á contarme nada nuevo, porque en veinticinco años que hace que ejerzo, he conocido muchas

historias. Explicaos sin cuidado. Yo os contestaré con toda sinceridad, si puedo hacer ó no lo que me pidáis. ¿De qué se trata?

—De un servicio que vengo á pedir que me hagáis.

—¿De qué naturaleza?

—Primero, dejadme decir que estoy dispuesto á reconocerlo con toda la generosidad posible.

—Sea, veremos, ¿pero qué servicio es ese?

—Un simple informe que necesito. Vos estuvisteis encargada, hace más de veinte años, y debíais ser muy joven entonces, de una niña cuyo nombre no debéis haber olvidado.

—Decíldo.

—Elena Noel.

La mirada del conde se cruzó con la de la comadrona.

Hubo un choque entre ellas.

La señora Firmin oprimió sus labios como para contener un secreto y no respondió:

Repitió como si hubiese huscado en su memoria.

—¡Elena Noel!

Y en seguida añadió con una indiferencia hábilmente disimulada:

—En efecto, Elena Noel, me acuerdo... Tengo una excelente memoria; pero me he ocupado de muchas criaturas, algunas de las cuales han tenido un origen novelesco.

—¿Y esa es una de ellas?

—Hasta cierto punto, sí. Debe tener hoy veinticuatro ó veinticinco años.

—Perfectamente. Hace mucho que no la veis?

—Cerca de veinte años y no la conocería ya ciertamente. Me parece que debe ser muy guapa...

—No os equivocáis.

—¿Sabéis qué ha sido de ella?

—Sí.

En solo esta palabra pronunciada por el conde y en la sonrisa que la acompañó había toda una confidencia.

La señora Firmin comprendió.

El conde quería decir:

—Sí, es muy guapa, y yo lo sé mejor que nadie, porque la amo.

El rostro de la comadrona se oscureció.

—¿Será posible?— pensó.

Sus recuerdos la llevaban muy lejos en el pasado, á aquellos días en que sus entrevistas primero con el conde de Corbiere, padre de Elena Noel, le aconsejaba ella que asegurase el porvenir de su hija, recordándole que la muerte llega cuando menos se piensa y podía sorprenderle, como sucedió: después con la condesa viuda, que se mostraba cruel con aquella hija del adulterio, inocente de la falta de los demás.

Se acordaba de las observaciones que ella había hecho á aquella mujer, cuyo orgullo y avaricia eran inflexibles y la indignación que no había podido menos de demostrarla.

¡Si lo que ella presentía era verdad, qué castigo!

—¿Decís que conocéis á esa joven— preguntó.

—La conozco y me intereso con pasión en todo cuanto á ella concierne.

Hubo un silencio. La comadrona repuso:

—¿Querriais hacerme comprender que estáis en relaciones con ella? Podéis decírmelo todo con la seguridad de que nada traspilará fuera de las cuatro paredes de esta habitación.

—Tenéis razón y yo no debo ocultaros nada. La historia de esa desgraciada es desgarradora, ó al menos lo ha sido hasta que yo la encontré. Esto fué por casualidad una noche en la Opera. Me fijé en ella y quise saber quien era. Paso por alto los detalles de nuestro encuentro. Estaba casada. La apremié para que rompiera la cadena, indigna de ella, á que se había sujetado en un momento de miseria y de desesperación. Había querido suicidarse. Un joven, un vecino, había entrado en su cuarto á tiempo para salvarla. Se había casado con él y vejetaban en una miseria de que no podían salir. Hice el papel de tentador y al fin se decidió á aceptar mis proposiciones. ¿Necesito deciros que hoy tiene todo lo que la faltaba? Hago todo lo que puedo para satisfacer todos sus caprichos... pero hay uno de ellos que no me es posible satisfacer sin vuestro auxilio...

—¿Y es?

—Elena quiere conocer su origen.

—¿Para qué?

—Tal vez sea un capricho, pero nada nuevo os diré al afirmar que las mujeres los tienen algunas veces. Además, yo mismo me alegraría de penetrar ese misterio. Amo á Elena, como os he dicho. Antes de conocerla era enemigo del matrimonio pero me he reconciliado con él y mi mayor deseo es casarme con Ele-

na. Se presentan dificultades para realizar ese proyecto, pero cuento con poder vencerlas. Su matrimonio puede ser roto por un divorcio... Entonces podría presentarla en el mundo y la aborrraría la humillación de no atreverse á confesar públicamente nuestras relaciones. ¿Me comprendéis?...

—Sí, señor.

—Ese secreto que conocéis nada puede hoy impedir que vos lo reveleis.

La señora Fermín guardó silencio.

El conde insistió.

Los escrúpulos que hubieran podido contenernos en otros tiempos no deben existir ya. En veinticinco años han pasado muchas cosas, muchos hombres han desaparecido. Los que os exigían ese misterio tal vez no existan ya.

—Perdonad... existen algunos...

—Si yo comprometiese mi palabra de hombre de honor de no pronunciar jamás una frase que pudiese dar á entender que poseo vuestro secreto, ¿estaríais satisfecha?

—No.

—¿Qué será preciso, pues?

—Solo la autorización de los que me han exigido el silencio puede desligarme de mi promesa... ¿No haríais vos lo mismo?

—Sin duda, pero... vos debéis apreciar las circunstancias, pesar los motivos que me hacen obrar... deciros que no me mueve ninguna mira interesada, que no hay ante vos más que una mujer desgraciada, inquieta por las tinieblas que rodean su nacimiento, y un hombre en demasiado buena posición para pensar en el

dinero, deseando solo saber si el honor no le impide dar su mano á la que ama...

—¿No habéis dicho que es ya vuestra querida?

—Eso es verdad, pero convendréis en que hay gran diferencia entre el matrimonio y unas relaciones duraderas sin duda, serias, pero que no tienen para los ojos del mundo las mismas consecuencias...

—Comprendo vuestras razones, pero es inútil insistir... Debo callar y callaré.

—¡Sois inflexible!

—Soy leal. He hecho una promesa y la cumplo.. Reflexionando sobre esto seréis el primero en aprobármelo.

El conde se levantó y dió algunos pasos por la sala.

Estaba muy agitado.

Enjugó su frente con el pañuelo.

—¡Qué desgraciado!—pensó la señora Fermín.—¡No sabe que es su tranquilidad lo que defiende!

El conde volvió hacia donde estaba sentada la comadrona, volvió á coger su silla, la acercó á la que ella ocupaba, y muy bajo, con voz alterada, dijo:

—Vamos á ver, no os ofendais por mi insistencia. Voy á abordar un punto difícil de tratar. Os juzgo profundamente honorable y honrada y lo que voy á añadir no tiene más que un objeto: probaros hasta qué punto me interesa la revelación que me negais. ¡Yo os prometo el secreto! Os juro no abusar jamás de lo que podais confiarme, no tocar un céntimo

de los padres de Elena, sean quienes quieran, posean la fortuna que posean y me comprometo á eso en el nombre de ella y en el mio.

La comadrona movió la cabeza.

—Tratareis en vano de hacerme hablar— dijo.

—Reflexionad. Vos podeis despreciar el dinero, pero tenéis una hija á quien quereis, esto es seguro de ello.

—¿Más que la vida!

—Pues bien, su dicha en el porvenir dependerá de una suma que no poseereis, de un dote que no podreis darla... No os propongo que vendais nuestro secreto. Me basta leer en vuestra mirada recta y altiva para saber que no lo venderiais, pero en agradecimiento del servicio que me hariais, sin perjudicar á nadie, os entregaría cien mil francos... Os hago esta promesa con toda lealtad... Será el dote de un amigo á una amiga. ¡No refuseis! Lo que os ofrezco es tal vez la felicidad de vuestra hija... No podeis ofenderos por esto.

—No.

—¿Acceptais?

—No puedo... Dejarme reflexionar... Más tarde veré... Pensaré en lo que me decís... Pensaré las razones que tenga para hablar y las que tenga para callar... Estad seguro de que lo que examinaré y me decidirá será, sobre todo, mi deber.

—¿Conocéis al padre de Elena?

—Le he conocido.

—¿Vive aún?

—No.

—¿Y su madre?

—Ya no existe.

—Pensad cuán doloroso es para una mujer cariñosa no saber siquiera donde está la tumba de una madre que la hubiera querido tal vez.

—La quería ciertamente.

—¿No podía, pues, hacer nada por su hija?

—Nada. Únicamente el padre era rico; diez, veinte veces millonario, tal vez.

—¿Y no hizo nada por su hija?

—Hubiera querido hacerlo... sin duda... La muerte se lo impidió... pero ya he dicho demasiado...

—¿Por qué no acabar?

La comadrona se levantó.

—Me preguntáis por qué callo, señor conde, y voy á contestaros— dijo.— Me callo porque he prometido el silencio; pero por vuestras instancias, por vuestras promesas, hablaría sin duda si no temiese provocar desgracias peores que las del abandono de esa pobre Elena, y si, al revelar el secreto, no la expusiese á penas más dolorosas que las penas que ha pasado y á peligros más terribles que esos de que ha triunfado. ¿Decís que la amáis?

—¿Con toda mi alma!

—Guardadla pues... No dejéis llegar hasta ella á ninguno de los que pudieran descubrir la el secreto que queréis pagar tan caro, y sobre todo no les preguntéis vos mismo. No les tentéis con vuestro oído, porque la mayor desgracia que os puede ocurrir es arrancarles una contestación... ¡Adiós! No volváis por aquí, porque tengo una hija á quien quiero, vos lo ha-

béis dicho, y hay obsesiones á las que la mujer más valiente no sabe resistir.

El conde, indeciso, la miró un instante; pero en presencia de aquella cara de labios cerrados, de ojos fijos, de facciones convulsas por una lucha interior, no se atrevió á insistir.

Se inclinó profundamente y salió.

Cuando se quedó sola la comadrona, cayó sobre la silla y quedó un momento pensativa. La sacaron de sus meditaciones dos brazos que la rodearon el cuello y una voz dulce que la preguntó:

— ¿Qué hay?

Ella contestó:

— Hay que acabo de cumplir con mi deber, y que esto es á veces terriblemente difícil.

Y atrayendo hacia ella á su hija, la dió en la frente un beso apasionado.

## V

## Madre é hija.

Cuando Teresa Montarón había visto á la señorita de Corbiere en la calle de Juan-Jacobo-Rousseau, yendo á buscar el paquete que un empleado la entregó, Fernanda hacía su peregrinación anual á aquel sitio y era el cuarto viaje que allí hacía después de la partida de Marcelo Montarón.

Pero si en las otras excursiones que allí había hecho nadie la había vigilado, no sucedía lo mismo aquel día.

Oculto detrás de las cortinillas de un coche de alquiler, la vieja Lauhay observaba todos los movimientos de la joven.

Ella vió entrar en el correo y salir de él, montar en un coche, dirigirse hacia la calle de Santa Dominica, pagar el coche, que dejó á cierta distancia del hotel de Corbiere, franquear la puerta monumental, y cuando dos minutos después entró ella en el hotel por una de las puertas del jardín, vió á Fernanda sentada cerca de una ventana y sumergida en la lectura de un protocolo, que debía ser interesante, á juzgar por la atención que Fernanda prestaba.

Pocos días después de su visita al correo, á cosa de las tres de la tarde, se encontraba Fernanda en el gran salón del hotel de Corbiere, sola, delante de un piano de Erard, al que to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

béis dicho, y hay obsesiones á las que la mujer más valiente no sabe resistir.

El conde, indeciso, la miró un instante; pero en presencia de aquella cara de labios cerrados, de ojos fijos, de facciones convulsas por una lucha interior, no se atrevió á insistir.

Se inclinó profundamente y salió.

Cuando se quedó sola la comadrona, cayó sobre la silla y quedó un momento pensativa. La sacaron de sus meditaciones dos brazos que la rodearon el cuello y una voz dulce que la preguntó:

— ¿Qué hay?

Ella contestó:

— Hay que acabo de cumplir con mi deber, y que esto es á veces terriblemente difícil.

Y atrayendo hacia ella á su hija, la dió en la frente un beso apasionado.

## V

## Madre é hija.

Cuando Teresa Montarón había visto á la señorita de Corbiere en la calle de Juan-Jacobo-Rousseau, yendo á buscar el paquete que un empleado la entregó, Fernanda hacía su peregrinación anual á aquel sitio y era el cuarto viaje que allí hacía después de la partida de Marcelo Montarón.

Pero si en las otras excursiones que allí había hecho nadie la había vigilado, no sucedía lo mismo aquel día.

Oculto detrás de las cortinillas de un coche de alquiler, la vieja Lauhay observaba todos los movimientos de la joven.

Ella vió entrar en el correo y salir de él, montar en un coche, dirigirse hacia la calle de Santa Dominica, pagar el coche, que dejó á cierta distancia del hotel de Corbiere, franquear la puerta monumental, y cuando dos minutos después entró ella en el hotel por una de las puertas del jardín, vió á Fernanda sentada cerca de una ventana y sumergida en la lectura de un protocolo, que debía ser interesante, á juzgar por la atención que Fernanda prestaba.

Pocos días después de su visita al correo, á cosa de las tres de la tarde, se encontraba Fernanda en el gran salón del hotel de Corbiere, sola, delante de un piano de Erard, al que to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



caba melancólicamente, por matar el tiempo, las melodías de Schubert, tan tristes y al mismo tiempo tan amorosas á veces y tan apasionadas, cuando entró el marqués de Sauves y fué á ponerse de codos sobre el piano.

Fernanda quiso dejar de tocar.

—No la dijo el marqués, —continual; podremos hablar lo mismo.

—¿Qué tenéis que decirme?

—Que vais á abandonar París y que ya no os veré, porque no tengo todavía derecho á seguirlos á todas partes, como desearía... ¿Cuándo consentiréis en concedérmelo?

Fernanda eludió la pregunta.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—¿Lo ignoráis?

—En absoluto.

—¡Me admiráis!

—Debo deciros que mi madre y yo estamos muy indiferentes y que, desde hace algún tiempo, apenas me dirige la palabra más que para elogiarnos.

—No la querréis mal por eso, Fernanda.

Esto fué dicho con un tono encantador, discreto, con una sonrisa fina.

Francamente, era preciso hacer justicia al marqués.

Era difícil mostrarse más paciente, más cortés ni más atento.

La señorita de Corbiere respondió:

—No, y puedo hacer os una promesa, y es que, suceda lo que quiera, seguiremos siendo los mejores amigos del mundo.

—¿Por qué decís «sucedá lo quiera»?

—¿Quién puede prever el porvenir?

Hasta entonces Fernanda había continuado tocando sus melodías, muy bajo; de pronto se detuvo, cerró el piano y, poniéndose también ella de codos sobre la tapa del teclado, dijo:

—¿Por qué no hemos de hablar en serio los dos? Habéis pedido mi mano á mi madre...

—Con entusiasmo.

—¿Ella os la ha concedido?

—Al menos todo lo que ella puede hacer en este caso.

—Es decir, excepto mi consentimiento.

—Sin duda alguna. Vos sois quien debe resolver.

Fernanda quedó pensativa.

El marqués se acercó un poco más á la joven, y con tierno acento la dijo:

—¿Queréis permitirme defender un instante mi causa cerca de vos?

—Hacedlo.

—¿De qué puede provenir esa preocupación que noto en vos? La cuestión para vos se reduce á dos términos: mi pretendiente, ó más bien, el aspirante á mi mano, ¿puede inspirarme confianza ó no? ¿Está en estado de hacer mi felicidad, ó no es capaz? En una palabra, me agrada ó no?... Es sencillo; á vuestra razón y á vuestro corazón es á los que debéis consultar.

—Hablais como un libro. ¿Y me amais según creo?

—¿Lo habéis dudado alguna vez? Sí, os amo y he aquí por qué: Es que he apreciado desde hace mucho tiempo todo el buen sentido que

hay en vos, el sentimiento de honor que os dirige en todas las circunstancias, vuestra generosidad, vuestra bondad, en una palabra. Vuestra alma, Fernanda, es tan pura, tan hermosa como vuestra cara. Así es que os amo lealmente, con un deseo profundo de unir mi vida á la vuestra. Si aceptáis, haremos la vida que queráis, viviremos en la alta sociedad ó lejos de ella. Esto es lo que tenía interés en deciros antes de vuestra partida.

— Yo también os profeso una gran amistad y os aprecio mucho, pero...

— ¿Pero? — preguntó el marqués sonriendo.

— No puedo contestaros todavía...

— ¿Por qué?

— Esperad... No digo no...

— ¿Pero no decís si tampoco?

— Tengo una idea en mi cabeza y quiero primero desembarazarme de ella. Tengo un remordimiento sobre la conciencia.

— ¿Un remordimiento, no lo creeré jamás!

— Una inquietud al menos, un escrúpulo, si queréis.

— ¿Y con qué motivo, si se puede saber?

— Ese es mi secreto... Para curarme de él necesito ese plazo que os pido... ¿Podéis concedérmelo?

— ¿Será muy largo?

Fernanda hizo un gesto de incertidumbre.

— Un año, dieciocho meses tal vez...

— ¡Oh!

— ¿Es demasiado?

— ¡Ya lo creo!...

Fernanda se sonrió.

— Dentro de un año no tendré aun veinte.

— ¡Pero yo tendré treinta y cuatro!

— ¡Qué importa si yo os quiero lo mismo!

— ¿Entonces me prometéis?...

— No os prometo nada más que mi amistad. Fernanda se levantó.

El marqués la retuvo, cogiéndola por la mano.

— ¡Fernanda! — dijo, — hay en el fondo de vuestro corazón un sentimiento que se parece al amor!

— ¿Por quién? — preguntó Fernanda.

— ¡Eh, qué sé yo!

La joven movió la cabeza.

— Os equivocáis — dijo con viveza.

— ¿Pero entonces?... — repuso el marqués medio desconcertado.

— No es amor, es un sentimiento de justicia lo que me detiene.

— ¿Qué pasa? — murmuró el marqués.

— Cosas que vos no podéis comprender. Esperad.

— ¡Sea, puesto que vos lo exigís!

En el tono con que el señor de Sauves pronunció estas palabras, había un átomo de despecho.

Este misterio le sorprendía causándole una secreta inquietud.

Sin sentir por Fernanda una de esas pasiones ardientes, había hecho de aquel matrimonio el objeto de su vida, y á sus ojos la señorita de Corbiere era una de esas mujeres que no se reemplazan.

Ahora bien, ella no quería comprometerse.

Tenía un secreto, y el secreto del corazón de una joven levanta siempre una ola de celos en el alma del que la quiere.

El marqués acompañó á Fernanda al jardín.

—Me causáis un gran sentimiento—la dijo.

—Yo había esperado otra cosa de nuestra entrevista.

—Eso no puede ser—amigo mio,—ahora al menos, no en verdad.

Y cambiando bruscamente de asunto:

—¿De modo que abandonamos París?—preguntó.

—Parece.

—¿Y vamos?

—A Sologne, creo.

—Nunca hemos marchado tan tarde... Yo no sé qué es lo que ha podido retener á mi madre en París... Yo pensaba que ella hubiera preferido Fontaine este verano.

—Y yo lo hubiera deseado.

—¿Por qué?

—Por estar más cerca de vos. Tal vez hubiera conseguido convenceros.

Fernanda no contestó más que con un suspiro.

El conde se despidió y salió.

Fernanda volvió á su habitación, sacó del pupitre el voluminoso pliego que antes había guardado, y lo leyó de nuevo.

Lo había leído tantas veces desde que había llegado á su poder, que casi se lo sabía de memoria.

¿Por qué se complacía tanto en aquella lectura?

¿Por qué la interesaba en tan alto grado la historia de Marcelo Montarón?

En su corazón no había nada que se pareciese á una pasión ni aun á un capricho.

Pero en la intriga misteriosa en que su bondad la había comprometido, encontraba un interés del que no quería ser distraída.

La insistencia de la condesa en querer casarla, contribuía á hacerla odioso el matrimonio con el marqués, á pesar de que siempre había sentido por él una viva simpatía.

Le tenía por un verdadero hidalgo, y á sus ojos, esta cualidad le hacía superior á los demás.

Tenía razón.

El marqués conservaba en el fondo del alma ese viejo sentimiento del honor que tiende cada vez más á desaparecer; pero que en él presidía todos los actos de su vida.

Fernanda, sumergida en la lectura de la carta de Marcelo, se había detenido en esta frase, de la que la incluía del señor Silas Barker, dirigida al joven Montarón. «¡Mi hija os ama!» y se decía que puesto que Miss Minnie Barker, á quien se representaba como una de esas brillantes y en realidad admirables americanas de las que había visto algunos ejemplares, amaba á Marcelo, era que él estaba dotado de las cualidades que apasionan á las mujeres, tanto más notables cuanto que la señorita Barker se había fijado en él ocupando, como él ocupaba, un puesto modesto.

La puerta de la habitación se abrió y Fernanda no tuvo tiempo para poder ocultar las

hojas de la voluminosa carta. No pudo más que renunciarlas conservándolas en la mano.

—¿Qué es eso?— preguntó una voz agria é imperiosa.

Era la de la condesa de Corbiere.

—¿Esto?— repitió tranquilamente Fernanda es un trabajo muy interesante, de que me ocuparé.

Al mismo tiempo guardó el precioso cuaderno en un cajón, cerró con llave, lo sacó de la cerradura y se lo echó en el bolsillo sin ninguna afectación de misterio.

La condesa llegaba profundamente irritada. Pero tenía bastante experiencia y astucia para no ceder á los consejos de la cólera.

Tomó una silla, se colocó al lado de su hija, cuya calma era una advertencia para ella y dijo:

—¿Era Huberto quien estaba aquí hace un momento?

—Sí.

—¿Habéis hablado?

—Claro.

—¿Te ha dicho que te ama, que no tiene más que un deseo, el de obtener tu mano, lo antes posible?

—¡Oh!— dijo Fernanda sonriendo, —ese es siempre su tema.

—¿Y tú le has contestado?...

—Lo que os he contestado á vos misma, querida madre...

—¿Siempre pretextos, retrasos, incertidumbres?

Fernanda dijo con voz melosa:

—Vamos, madre, tú debieras felicitarme por eso.

—¿Por qué?

—¿No te prueba eso el gran deseo que tengo de estar contigo el mayor tiempo posible?

—Bueno— dijo la condesa.— Te agradezco lo que dices, pero es preciso reflexionar.

—No hago otra cosa, te lo aseguro.

—Debes pensar que el marqués es un excelente partido.

—¡Bah! yo lo soy mejor aún.

—¡Oh!

—Esto es lo que tú decías no hace muchos días á la señora Reville, quien me lo ha repetido.

—Bien, pero los gentes del carácter de Sauvage van siendo raras.

—Por eso yo no le desaliento...

—Pero eso llegará, sin embargo.

—Tanto peor... Será que le falte perseverancia y que su interés por mí no sería muy vivo... Si no se presentan otros partidos, permaneceré soltera.

—No hablas en serio.

—Te aseguro que sí.

—Confiesa que tienes un propósito, algún proyecto, ideas que ocultas á tu misma madre... Y haces mal.

—¿Qué propósito? ¿Qué ideas?

—Si lo supiese, no te lo preguntaría; pero convengamos en que tu conducta desde hace algún tiempo es de las más extrañas.

Fernanda dirigió al rostro de la condesa una mirada extremadamente pura y límpida.

—Explicáte—dijo.

—¿Qué significan, por ejemplo, tus visitas á la avenida de la Opera, en casa del notario?

—¡Ah! ¿sabéis?—preguntó Fernanda sorprendida.

—Perfectamente.

—¿Es él quien os ha enterado, madre?

—Eso importa poco; yo lo sé. Esto es lo principal.

—Tengo asuntos y le consulto. ¿Qué cosa más natural?

—¡Una joven!... ¿No estoy yo aquí?

—Sin duda; pero vos misma me habéis repetido cien veces que el señor Dubrenil es un excelente consejero... Además es un amigo de la familia, vuestro y mío.

—¿Qué tenías que preguntarle?

—Apenas si me acuerdo.

—Bueno... Lo del notario se puede explicar; ¿pero y tus otras excursiones?

—¿Adónde?

—Al Correo, sola, en un coche de punto.

Fernanda se puso violentamente colorada.

Comprendió que no había sido el notario quien la había vendido.

Era incapaz de esto.

Su madre acababa de denunciarse á sí misma. Luego se entregaba á un indigno espionaje.

Una sonrisa amarga plegó sus rosados labios.

—¿Es á Launay á quien has encargado el servicio de informes?—preguntó, tratando de sonreír.

—A Launay ó á otros, poco importa. ¿Osarás pretender que me han engañado?

La joven movió la cabeza.

—No, dijo.

—¿De modo—repuso la condesa cambiando de tono severamente—que habéis ido sola de ocultis al correo?

—He ido sola, pero sin ocultarme.

—¿Qué podíais hacer allí?

—Tratar de hacer un servicio...

—¿A quién?

—Permitid que me calle.

—¿No queréis hablar?—dijo la condesa cuya irritación apenas podía contenerse.

Fernanda intentó un último esfuerzo para evitar una escena que ella veía venir.

—Vamos madre, cálmate—la dijo en tono sumamente cariñoso...—¿Puedes quejarte de mi conducta? ¿No te he demostrado siempre un respeto sin límites y un tierno afecto? ¿Por qué me prohibes hoy lo que siempre me has permitido? ¿Es necesario, para tranquilizarte, que te jure que estoy sin reproche, que mi corazón está tan tranquilo como el agua que duerme?... ¿Quiéras que te afirme que no me encuentro en ninguna parte tan bien como aquí y que mi único deseo es estar á tu lado lo más posible? Pues bien, te lo ruego no insistas... Sí, he ido al correo, para una buena acción... No tengo otras sobre mi conciencia.

Fernanda estaba adorable.

La señora de Corbière hubiera debido ser desarmada por aquella ternura y por aquel respeto.

Se acercó á su hija, y tocándola en el brazo:  
—¿Te niegas á decirme todo?—exclamó con una ira que no pudo dominar.

—¿Por qué tienes tanto interés en conocer un hecho tan insignificante?

—¿Porque tengo dudas!...

—¿Sobre qué?

—¡Veo demasiado que te complaces en contrariar mis deseos, en obstinarte en no sé qué piedad mal empleada!

—¿Por quién?—preguntó Fernanda.

—Por gentes que no merecen más que tu odio.

—Eh, madre mía! ¿Queréis hablarme todavía de los Montarón.

—¡Ciertamente!

—¡Mucho los odiáis!

—¡Sí, no lo oculto! ¿Pero no tengo para ello mil razones?... ¡Rolando!...

—Está vengado... demasiado vengado tal vez.

—¡Exageras!... Los Montarón no tienen más que lo que merecen... Uno de ellos está en presidio... Lo mereció... Los otros han partido en busca de una fortuna... Su suerte es como la de otros muchos... La madre y el hermano mayor estaban, en efecto, expuestos á una ruina cierta... ó al menos á verse arrojados de una casa que quisiera hacer desaparecer por las escenas de que ha sido teatro... Un protector desconocido les ha salvado de ese desastre.

La señora de Corbiere había pronunciado estas últimas palabras lentamente, fijándose con atención en el dulce rostro de su hija. No

pudo ver en él más que la misma sonrisa triste, y continuó teniéndola, por decirlo así, bajo su mirada fija y dura:

—Han cesado las persecuciones... El protector desconocido ha reembolsado á los acreedores.. Ese protector ha ido de París.

—¿Y bien?—preguntó Fernanda.

—Convendréis que todo esto es muy extraño.

—¡Dios mío! Todos los días pasan cosas más extraordinarias.

—Corriente—dijo vivamente la condesa, exasperada por la sangre fría de su hija...—En cuanto á esa Teresa Montarón no debe encontrarse en apuros. Parece que es bonita y sin escrúpulos... Encontrará fácilmente protectores de otro género que el que ha preservado á esa odiosa Boca del Lobo de la destrucción que yo la reservaba.

—¡Oh! ¡madre mía!

—Yo digo las cosas como son... No me gusta ocuparme de esa familia, y me ofendería que hubiera en mi casa quien se ocupara de ella...

—Sin embargo, si Teresa se encontrase en el estado que dicen?

—¿Qué queréis decir?

—Si se hubiera refugiado en París para evitar á su madre el espectáculo de una vergüenza que ella no pudiese disimular.

—¿Cómo lo sabéis?

Fernanda, herida por las sospechas y los implacables rencores de su madre, se animaba poco á poco.

—¿Creéis—dijo—que los criados se callan?  
—¿Era de Teresa de quien ibais á ocuparos al correo?

Fernanda se irguió.

Y aun cuando eso fuera, madre mía, ¿ten-  
dríais valor para reprochármelo?

—¡Cierto!

—¿Que una joven... una de nuestras parien-  
tes... hubiera sido seducida... engañada por  
mi hermano... por Rolando, á quien yo queria  
y quiero aún!... ¿Que se hubiesen amado!...  
¡Cualquiera que sea el drama de la noche si-  
niestra en que fué muerto, nada puede hacer  
que esa joven, casi una niña, no haya sido la  
querida de mi pobre hermano!... Si lo que se  
dice es verdad... Si ella ha venido á París pró-  
xima á ser madre... sin dinero, sin recursos, sin  
amigos, ¿no sería por nuestra parte una indig-  
nidad sin excusa, dejarla entregada á todos los  
horrores y á todas las tentaciones de la miseria?

—¿Entonces... sabéis?

—Yo no sé nada más que... que yo quisiera,  
en efecto, socorrer á esa pobre Teresa, de quien  
habláis con tanto desprecio...

—¿Era la ayuda del señor Dubreuil lo que  
ibais á solicitar para ella?

—No hubiera necesitado á nadie para soco-  
rrerla... Lo hubiera hecho en secreto. Puesto  
que me interrogáis, puesto que os habéis to-  
mado la molestia de vigilar mi conducta, he  
aquí la verdad... Si es de esa desgraciada de  
quien me ocupaba...

—¿Y vuestras gestiones han sido coronadas  
por el éxito?

—No, y lo siento amargamente.

—¿No sabéis nada de ella?

—Nada.

—¿Ignoráis qué ha sido de Marcelo, el más  
joven de los hermanos?

—Lo ignoro.

—¿Y Guillermo, el que iba en la Ferté á  
amenazarme hasta en mi propia casa?

—No sé nada de él.

—¿Y Juan, esa fiera con faz humana?... ¿Ig-  
noráis también adónde ha ido?

—Sé que ha sido transportado á la Nueva  
Caledonia, en donde debe estar en estos mo-  
mentos, y no dudo que buscará el medio de  
fugarse.

—¿Creéis eso?

—Juan Montarón, á quien en mi vida he  
dirigido la palabra, está dotado de una ener-  
gía poco común. Se hará matar antes que re-  
solverse á una vida repugnante y de sufrir  
la vergüenza del presidio; estoy segura de  
ello.

—Pues bien, lo habéis adivinado.

—¡Ah!

—Leed esto.

—¿Se ha fugado?—exclamó Fernanda.

—No; ha muerto.

La condesa pronunció estas palabras con  
un tono que arrancó á su hija esta exclama-  
ción:

—¡Ah, madre mía!

Al mismo tiempo la señora de Corbiere pre-  
sentaba á Fernanda una carta abierta.

La carta decía así:

«Señora condesa:

«Es para mí un deber informaros del fin de un hombre, cuya existencia constituía un verdadero peligro para vos y vuestra familia.

«El ministro acaba de saber por telegrama la muerte del llamado Juan Montarón ó de Montarón.

«Parece resultar que este condenado ha sido muerto en el momento en que intentaba una evasión imposible arrojándose al mar, á fin de ganar las rocas, demasiado lejanas de la isla para que un hombre pueda llegar á ellas á nado.

«No olvido los favores que recibí en otros tiempos del señor conde de Corbiere, vuestro marido, quien tuvo á bien protegerme en los comienzos de mi carrera, y os ruego recibáis, señora condesa, la expresión de mis más respetuosos sentimientos.»

(Firma.)

(Legible, como la de todos los funcionarios.)  
La carta tenía un membrete que decía:

MINISTERIO DE JUSTICIA

DIRECCIÓN GENERAL

Secretaría general.

Fernanda se la devolvió á su madre sin pronunciar una palabra.

Se había puesto densamente pálida.

La señora de Corbiere la examinó un instante con atención, y dulcificándose algo, dijo:

—Verdaderamente, te has hecho demasiado sensible. Esta noticia parece entristecerte de un modo extraordinario.

—En efecto, compadezco á ese desgraciado.

—Era un enemigo para nosotras.

—Por culpa nuestra. ¿Quién sabe si con un poco de complacencia no hubiéramos conseguido ganarle?

—Dejemos eso—dijo la condesa, sentándose cerca de su hija,—y hablemos seriamente. Huberto te ama.

—¿Tenéis gran interés en esa boda?

—Por interés tuyo creo útil insistir, tratar de convencerte de que nos será difícil encontrar otro partido mejor.

—Y aunque me quedase soltera, ¿en qué está el mal?

—Tú te arrepentirás pronto de una determinación que parecerá inexplicable, á no ser que tengas otras miras.

—¿Cuáles?

—¿Qué sé yo? Sueños de soltera; sueños imposibles.

—¡Pero madre!...

Hablando así, la condesa fijaba ávidamente sus ojos en el rostro de Fernanda, tratando de sorprender en él sus impresiones.

Había un secreto entre ellas, una falta de confianza al menos: la señora de Corbiere hubiera querido penetrar este secreto á cualquier precio.



—Los Montarón han encontrado siempre en ti un ardiente defensor de su causa. Ni aun el horrible asesinato de Rolando ha podido enfriar tu celo en su favor... Temo, ¿por qué callarlo? que te intereses por ellos en todos sentidos y que un sentimiento que no te atreverías á confesar te lleve á abandonarte á ideas imposibles y falsas.

—¡Oh! madre...

—¿Qué quieres! ¡me veo obligada á temer que ese protector que les defiende cuando se les acusa y les sostiene cuando caen en la ruina esté en mi propia casa!

—¡Oh!

—Esas visitas á casa del señor Dubreuil, esas excursiones al correo, esas correspondencias que tanto cuidado tienes en no dar á conocer me producen inquietudes.

—¿Queréis que yo las disipe?

—Sí.

—Pues bien, he aquí la verdad. Sí, soy yo quien, sabiendo que iban á echarles de su finca por una miserable suma, he prestado el dinero que se necesitaba... Así les he conservado el último asilo que les quedaba... He querido que su anciana madre muera en paz en esa ruina que se llama la Boca del Lobo... Yo hubiera querido ayudar á los otros... No he podido... No se donde están... ¿Qué me hubiera costado? Un poco de dinero.... ¿Qué me importaría á mi tener unos cuantos billetes de mil francos menos? ¡Si yo pudiese encontrar á esa desgraciada Teresa, la ayudaría, no os lo ocultol! Pero los esfuerzos de un verdadero amigo,

honrado, en quien vos misma tendríais la más completa confianza, han fracasado...

—¿El señor Dubreuil?

—No. El señor Dubreuil es vuestro notario... Ignora mis ideas... Se trata de otra persona, muy segura, muy honorable..

—Continuad vuestras investigaciones... Eso es interesante. ¡Se verá á la hermana de Rolando correr al socorro de una joven causa del asesinato de su hermano!...

—¿No ha dicho Dios que se devuelva bien por mal?

—Yo no tengo tanta religión.

—Tal vez hagáis mal... ¡Si quisieráis!

—¿Qué?

—Yo calmaría vuestros temores... ¿Vos me aconsejáis que me case con de Sauves?

—Sí, con toda mi alma.

—Bueno, consiento en ello.

—¿Es verdad?

—Con una condición.

—La esperaba... ¿Cuál?

—Teresa Montarón está en París.

—Es posible.

—Tiene un hijo.

—Lo ignoro.

—Ese hijo es de mi hermano.

—¿Qué?

—No hay duda que uniendo nuestros esfuerzos conseguiríamos encontrarla.

—Tal vez.

—Puesto que tiene un hijo y ese hijo es el de Rolando...

—¡Suposición!

—¡Verdad!

—Continúa.

—¿No es justo que ese niño recoja los bienes de su padre, en lugar de ser entregado con su madre á todos los horrores de una pobreza que prevéo y que me asusta?...

—Ese es un admirable exceso de generosidad.

—¡Yo conocía á Rolando! Rolando, madre mía, tenía corazón... Estoy segura de que antes de morir ha tenido esta idea de justicia, y que solo la muerte le impidió realizarla... ¡Hagamos lo que él hubiera hecho!

—¡Jamás! ¿Es eso todo lo que tenías que decirme?

—Sí.

—Sin embargo, eso no enriquecería más que á uno solo de vuestros protegidos, ¿y los otros?

—Lo que pertenece á uno de ellos es de todos... El primer cuidado de Teresa sería poner á sus hermanos al abrigo de la necesidad y levantar de sus ruinas la casa paterna... Para nosotros eso no sería ruinoso...

—No tendrá necesidad de tomarse ese trabajo.

—¡Está bien! Seguiré soltera y esperaré.

—Y más tarde, ¿qué haréis?

—Lo que mi conciencia me dicte.

—Ya lo pensareis mejor.

—No lo creo.

Las dos mujeres se habían levantado. Fernanda estaba muy emocionada.

—Madre mía—dijo.—¡El porvenir nos dirá quién de nosotras tiene razón! ¡Vos rehusais

ver y conocer á una criatura que os recordaría á Rolando! ¡Yo, si me llamase la condesa de Corbiere, querría quererle como un recuerdo viviente del hijo que habia perdido! ¡Atraer á mi á los extraviados y admirarles por la grandeza de mis buenas acciones y la sublimidad del perdón! ¡Yo no puedo creer que estéis en el buen camino! ¡No me casaré con el marqués de Sauves, por ahora al menos... Me contentaré con profesarle una verdadera amistad...

—Tus ideas cambiarán...

—No lo creo...

—¡El mundo!...

—¡Eh! ¿qué me importa el mundo! ¿Y además qué tendrá que reprocharme? Luego—añadió con dulzura,—continuando á vuestro lado, espero haceros cambiar de sentimientos.

—No cuentes con eso!

—¡Sí, poco á poco!

La condesa movió la cabeza.

—No hablemos más de eso—dijo.—¿Qué debo decir al señor de Sauves?

—Nada... yo le hablaré.

La condesa se retiró sin pronunciar una sola palabra.

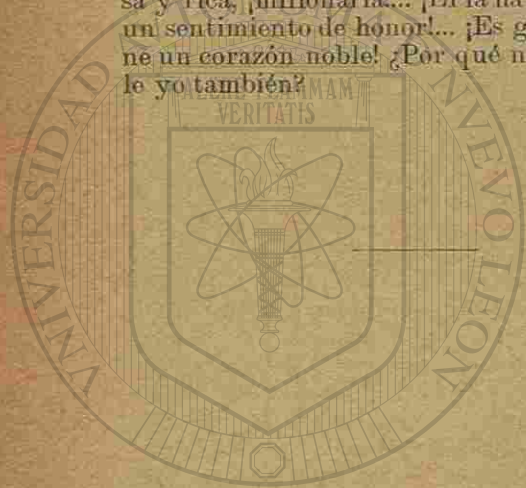
La tranquilidad de su hija, la serenidad de sus confesiones, la imponian un religioso respeto.

¡Fernanda hablaba como el ángel de la caridad!

Cuando se quedó sola, la joven se sentó de nuevo delante del escritorio, ocultó la cabeza entre las manos y, volviendo á los pensamien-

tos de que la llegada de su madre la había distraído.

— Esa joven le amaba — dijo; — ella es hermosa y rica, ¡millonaria!... ¡El la ha rechazado por un sentimiento de honor!... ¡Es generoso y tiene un corazón noble! ¿Por qué no he de amarle yo también?



## VI

## El vizconde Felipe de Fleuse á Juan Arón.

«Mi querido Juan:

« Hemos recibido vuestra carta con verdadero placer.

» Ella nos trajo un poco de ese buen aire del país que tanto nos alegraremos de respirar más tarde, cuando estemos en estado de volver á pasar los mares.

» Tengo el sentimiento de deciros que no será tan pronto como sería de desear.

» Sin embargo, Guillermo, que se da cuenta mejor que yo del estado de nuestros negocios, tiene buenas esperanzas, pero por ahora su estado no es brillante.

» Vuestro hermano os hubiera escrito; pero le reemplazo yo, bajo el pretexto de que tengo más facilidad para escribir.

» Principiaré por deciros que vuestra carta nos proporcionó una nueva satisfacción.

» En el primer momento, vuestra partida nos había causado un poco de sorpresa y mucha pena.

» Después, pensando en ella, he reconocido que habéis hecho bien.

» He pensado que en vuestro lugar hubiera hecho lo que vos. ¿Cómo hubiera podido resistir á la idea de que la desgraciada Teresa, sola en París, necesitara mi apoyo? Y, además, es

»Tenemos dos negros, que han venido no se sabe de dónde, y cuatro australianos que estaban al servicio del respetable señor Turner.

»Los animales, de toda especie, son aquí soberbios.

»Los hombres son infinitivamente menos notables que los animales.

»Pero montan á caballo como centauros, y son extremadamente enérgicos y dispuestos.

»Nuestros productos serán los beneficios que resulten de la venta de las lanas y de una cierta cantidad de bueyes, de caballos y de corderos, que llevaremos á Brisbane todos los años, es decir, cerca de sesenta leguas de aquí.

»Nuestros gastos consisten en la cantidad que debemos pagar al Estado, el sueldo de los seis hombres, que nos cuestan unos tres mil francos, y la comida, que no es espléndida.

»El río está poblado de unos pescados excelentes, de los que el más exquisito es una especie de bacalao de agua dulce, que uno de nuestros negros coge con gran destreza.

»Guillermo manda nuestro personal; él es quien dirige todo, conoce todo y nos sirve de factotum.

»Si salimos bien, será á él á quien se le deba, y me felicitaré toda mi vida de haberle encontrado.

»Con él yo no tengo que ocuparme más que de cazar, beber, comer y dormir.

»Nuestros hombres le adoran, y jamás hemos tenido con ellos el menor disgusto.

»En resumen, á pesar de las dificultades de un debut, yo debo reconocer que todo va bien;

pero es preciso acostumbrarse á esta vida de salvajes, tan diferente de la que estábamos acostumbrados á hacer en Francia.

»Al ver nuestra casa os quedaríais estupefacto.

»Es una gran barraca de madera, como todos nuestros edificios, y que se compone de media docena de habitaciones, de las que la más grande sirve de cocina y de comedor.

»El tejado es de corteza de eucalyptus, las paredes de tablas: enredaderas de todas clases la rodean, trepan y cubren esta singular casa, hasta el punto de que se la podría tomar por un montón de verdura escondido bajo árboles inmensos.

»Nuestros vecinos más próximos están á seis ó siete leguas de distancia, y me alegro de esto, porque al salir de nuestros prados se entra en la región de las minas.

»Aquí nos tenéis en una cabaña de Pielas Rojas, en compañía de negros y mestizos de tres ó cuatro razas, en medio de un llano interminable, en el que acá y allá se elevan algunos árboles.

»No soñaba yo con una vida tal cuando jugaba al billar, en el colegio de Tours, con nuestro defensor el señor Letanneur de la Gigonniere.

»Pero hay que hacerse á todo.

»Puesto que estáis en París, mi querido Juan, seríais muy amable si os encargáseis de una comisión que exige cierta diplomacia.

»He aquí la cosa:

»Hace cinco años, en uno de mis numerosos

viajes á París, conocí á una joven encantadora.

»Se llama Angela Duprat.

»No vayáis á creer que se trata de una princesa.

»Angela Duprat era, en la época en que la conocí, una simple modista del arrabal Montmartre que corría por las calles con una caja al brazo.

»Era morena, alegre y vivaracha.

»Muy joven; tenía diez y siete años no cumplidos.

»Guapa, tal vez.

»Yo no me di jamás bien cuenta de esto.

»Todo lo que puedo deciros es que á los pocos días de conocerla estaba prendado de ella.

»La saqué del almacén; la amueblé un cuarto y la pasé una cantidad suficiente para atender á sus necesidades.

»Estoy seguro de que ella me apreciaba y que me estaba agradecida.

»¿Por qué ocultaros mi debilidad?

»La amo.

»Por ella es, sobre todo, por quien he querido restablecer mi fortuna á toda prisa.

»Cuando vi mi ruina precipitarse, mi mayor sentimiento fué no poder continuar sosteniéndola y que me veía obligado á abandonarla expatriándome. Sin embargo, ella no debe encontrarse en la necesidad.

»Ella tenía, antes de mi partida, economías de una cierta importancia, y yo la dí además bastante dinero para que pudiese esperar lo menos dos años mi vuelta ó envío de fondos, que no dejaré le mandarla.

»Me prometió serme fiel.

»No os riáis, os lo suplico.

»Este sentimiento es el único que deja en mi alma un sitio vulnerable,

»Ahora que estamos, vuestro hermano y yo, establecidos para largo tiempo en esta propiedad, me propongo escribir á Angela y preguntarla si consentiría en expatriarse á su vez y compartir nuestra modesta estancia, que yo haré más confortable tan luego como tenga medios.

»En ese caso me decidiría á casarme con ella.

»Entretanto me alegraré mucho de tener noticias de ella, si podéis procurármelas, directamente, sin comprometeros.

»Vive en la calle Verneuil, el número lo encontrareis en la tarjeta que acompaño.

»Los porteros son buenas gentes, se alegrarán mucho de poder daros informes.

»He aquí, mi querido Juan, el favor que espero me hagáis.

»Os agradeceré mucho me digáis algo respecto á ella en vuestra próxima carta.

»Dirigirla al hotel de Halifax, á Brisbane. El dueño la hará llegar á mi poder.

»Esto es cuanto puedo deciros por ahora.

»En este momento regresa Guillermo de su excursión de seis horas á caballo por nuestros prados.

»Parece encantado.

»Nuestros ganados son magníficos y el año promete ser abundantísimo.

»Los carneros prosperan y Guillermo está

satisfecho de nuestros criados negros, amarillos y blancos.

»Vuestro hermano os abraza con el afecto que le conocéis y espera que un día nos encontraremos reunidos los tres.

»Guillermo me dice que debemos hacer un envío de bueyes á Brisbane al mismo tiempo que llevamos las lanas, que son muy buenas.

»Esto nos proporciona de cuarenta á cuarenta y cinco mil francos, lo que es una regular cantidad para un debut.

»Pienso enviaros algún dinero de esta primera venta para vos y algo para Angela.

»Todos estamos, querido amigo, en un momento penoso de nuestra vida, pero si á veces me desespero, con más frecuencia tengo horas de esperanza y me digo, como Guillermo, que el porvenir es nuestro.

»Os abrazo de nuevo por él y por mí.

»Vuestro amigo.

»FELIPE DE FLEUSE.»

El pobre enamorado había añadido por tercera vez en la posdata:

»Pensad en Angela.

Y además:

»Guillermo os recomienda que no os desaniméis. ¡Encontraréis con seguridad á Teresa y tal vez la hayais visto ya! ¡Cuanto más frecuentemente nos escribáis, más nos alegraremos!»

## VII

### Sin misterio.

Fernanda de Corbiere, desde su conferencia con su madre, no tomaba ya ninguna precaución para ocultar sus gestiones.

Al día siguiente, á cosa de las diez de la mañana, fué á la avenida de la Opera, entró en casa del Sr. Dubreuil y fué recibida al instante por el notario.

El anciano la acogió con paternal bondad.

—Habéis estado á punto de encontrar aquí á uno de vuestros conocimientos—la dijo.—Hace cinco minutos que se marchó.

—¿Mi madre?

—La misma.

—¿Ha estado aquí?

—Hace un momento.

En la cara de la joven se veía una resolución y una firmeza que llamaron la atención del notario.

Toda la noche se había estado repitiendo, con una emoción de vergüenza y de despecho, mezclada de tristeza.

—Se bajan hasta espiarme! ¡Me creen débil, tal vez crean que he cometido alguna falta. ¡Y es mi madre quien sospecha de mí!

Este descubrimiento la molestaba mucho.

Jamás, hasta entonces, había mostrado la condesa tales desconfianzas.

Por el contrario, Fernanda estaba habituada

satisfecho de nuestros criados negros, amarillos y blancos.

»Vuestro hermano os abraza con el afecto que le conocéis y espera que un día nos encontraremos reunidos los tres.

»Guillermo me dice que debemos hacer un envío de bueyes á Brisbane al mismo tiempo que llevamos las lanas, que son muy buenas.

»Esto nos proporciona de cuarenta á cuarenta y cinco mil francos, lo que es una regular cantidad para un debut.

»Pienso enviaros algún dinero de esta primera venta para vos y algo para Angela.

»Todos estamos, querido amigo, en un momento penoso de nuestra vida, pero si á veces me desespero, con más frecuencia tengo horas de esperanza y me digo, como Guillermo, que el porvenir es nuestro.

»Os abrazo de nuevo por él y por mí.

»Vuestro amigo.

»FELIPE DE FLEUSE.»

El pobre enamorado había añadido por tercera vez en la posdata:

»Pensad en Angela.

Y además:

»Guillermo os recomienda que no os desaniméis. ¡Encontraréis con seguridad á Teresa y tal vez la hayais visto ya! ¡Cuanto más frecuentemente nos escribáis, más nos alegraremos!»

## VII

### Sin misterio.

Fernanda de Corbiere, desde su conferencia con su madre, no tomaba ya ninguna precaución para ocultar sus gestiones.

Al día siguiente, á cosa de las diez de la mañana, fué á la avenida de la Opera, entró en casa del Sr. Dubreuil y fué recibida al instante por el notario.

El anciano la acogió con paternal bondad.

—Habéis estado á punto de encontrar aquí á uno de vuestros conocimientos—la dijo.—Hace cinco minutos que se marchó.

—¿Mi madre?

—La misma.

—¿Ha estado aquí?

—Hace un momento.

En la cara de la joven se veía una resolución y una firmeza que llamaron la atención del notario.

Toda la noche se había estado repitiendo, con una emoción de vergüenza y de despecho, mezclada de tristeza.

—Se bajan hasta espiarme! ¡Me creen débil, tal vez crean que he cometido alguna falta.

¡Y es mi madre quien sospecha de mí!

Este descubrimiento la molestaba mucho.

Jamás, hasta entonces, había mostrado la condesa tales desconfianzas.

Por el contrario, Fernanda estaba habituada

á una libertad casi sin límites; la joven tenía su servidumbre particular, sus troneos, su doncella y sus habitaciones.

Desde hacía tres años que había salido del Sagrado Corazón, entraba y salía sola sin que nadie se enidara de lo que hacía.

Y aun la misma condesa se informaba raras veces del objeto de sus paseos y de sus visitas.

Ahora, su odio á los Montarón la inspiraban otras ideas.

¡Fernanda era seguida, espía por Launay!

La señorita de Corbiere, cuya alma no conocía el odio, concibió una verdadera aversión por aquella horrible Launay.

Al mismo tiempo se sentía sublevada y con más energía para llegar al fin que se había propuesto.

El señor Dubreuil observaba con curiosidad el cambio que se había operado en la expresión de aquel rostro tan franco.

—¿De modo que habeis visto á mi madre!— repuso Fernanda con tono un poco agresivo, que hizo sonreír al anciano.

—Sí,—contestó.

—¿Y qué dice?

Desea ardientemente que os caseis con vuestro primo de Sauves.

—Lo sé, pero estoy completamente decidida...

—¿A qué?

—A no casarme, tan pronto al menos.

—¿Lo habeis pensado bien?

—Sí, ¿me lo criticareis?

El señor Dubreuil extendió los brazos como

el oficiante que va á bendecir á la multitud.

—Dios no lo permita—dijo.—Es para vos para quien tomáis marido y no para los demás.

—Así lo creo.

—Sin embargo, puedo deciros que el señor de Sauves es un joven muy bueno.

—Lo sé.

—Distinguido.

—Tenéis razón.

—De familia excelente.

—¿Me permitís seros franca?

—Os ruego que lo seais.

—Pues bien, no hablemos más de matrimonios, querido amigo; Prefiero hablar con el señor Boissier. ¿Está ahí?

—Sí. ¿Le necesitáis?

—Por un momento.

—Una palabra más, el señor de Sauves tiene muy buenas cualidades, lo reconocéis vos misma.

—Seguramente, pero tiene un defecto... El de ser demasiado calurosamente patrocinado por mi madre. Se creería, en verdad, que trata de imponérmelo.

—Eso es lo que me he permitido hacerla observar; pero de todos modos, eso no es culpa de ese pobre joven.

—Tanto peor. Yo estoy decidida, no hay prisa, no tomaré una determinación sino más tarde...

—¿Cuándo?

—Lo más tarde posible... ¿No os molestará que os deje para ir á hablar al señor Boissier?

—De ningún modo.



Fernanda hizo un saludo encantador al notario, fué á la puerta del despacho del pasante mayor y dió dos golpecitos.

Oyó decir: ¡Adelante! y desapareció.

El anciano oprimió los labios y se preguntó:

¡Eh! ¿Qué pasa en esa hermosa cabeza?

Fernanda ni aun se sentó en el despacho del pasante.

—Y bien, ¿á qué altura estamos? — preguntó con viveza.

—Creo que hemos adelantado algo. Guillermo Montarón ha debido irse á Nueva Caledonia. Se ha visto al vizconde de Fleuse en Rochefort, donde también estaba Guillermo en el momento de la partida de su hermano.

—Eso es ya antiguo, querido señor.

—Esperad... Pocos días después, el vizconde de Fleuse, que debía partir solo, se embarcó en Marsella en un vapor de las Mensagerías con un compañero que en el registro de pasajeros figura como pariente del vizconde. Ahora bien, el vizconde de Fleuse no tiene parientes. Ese compañero no podía ser otro, al menos yo así lo supongo, que Guillermo Montarón. Sé todos estos detalles por el señor Lelannent de la Gigonnière, antiguo amigo del vizconde. De vuelta á Marsella el capitán del vapor de las Mensagerías, ha dado, del compañero del vizconde, unas señas que convienen con la descripción que me habéis hecho de Guillermo. Mi convicción es que él no ha ido á Caledonia más que para proteger la evasión de su hermano. Sería pues muy imprudente llevar más lejos nuestras averiguaciones, porque

sería dar la voz de alerta á las autoridades de Nueva Caledonia y hacer fracasar sus planes.

—¡Ay de mí! ya no tenéis nada que temer por esa parte. Juan Montarón ha intentado evadirse y ha sido muerto. Mi madre me lo ha dicho ayer.

—¿Qué me decís?

—La verdad.

—¿Cómo lo ha sabido la condesa?

—Por el ministerio.

—Eso sería horrible, ¿pero es cierto?

—Veremos. ¿Y Marcelo?

—Marcelo ha dejado la casa Barker y Nueva-York. No se sabe á donde ha ido. Los Transatlánticos no han traído á Francia ningun viajero de ese nombre...

—¿De modo que, por esa parte, no tenemos aun nada nuevo?

—Poca cosa.

—No os hablo de los habitantes de la Boca del Lobo.

—Gracias á vos, esos están tranquilos... Nadie les atormentará.

—¿Y Teresa?

—Por mucho que se la ha buscado ha sido imposible descubrir nada. Es una fatalidad. Ninguna huella, después de su partida de Sologne.

—Sin embargo, es probable que esté en París.

—Es casi seguro; pero ¿dónde? ¿Qué hace?

—¿Vive aún? Son otros tantos problemas... Un agente muy activo y bien pagado ha registrado por todas partes, al menos él así me lo

ha afirmado... Sigue buscando todavía; pero hasta hoy sin resultado...

—Continuad... No descuidéis nada.

—¿Marcháis al campo?

—Es probable?

—¿Iréis á la Ferté?

—A menos que el poder personal á que debo sometirme cambie de parecer, lo que es posible... Pero estad tranquilo... Os escribiré...

—Bien.

—No os ocultaré que he tenido ayer una explicación bastante viva con mi madre... La he dicho todo... pero sin hablar de vos... que soy yo quien hizo pagar los quince mil francos; que es en nosotros un deber ayudar á esos desgraciados; que, en fin, los Montarón son nuestros parientes, y que si, en particular Teresa, se encuentra en la desgracia, la culpa de esto la tiene alguien cuya memoria nos es querida...

—Y qué ha contestado la condesa?

—Es inflexible!... Así es que yo me considero libre ahora, y trato de hacer bien á esas pobres gentes, si puedo, porque mi conciencia me dicta que tengo razón... y que ese deber de familia de que os hablo, soy sola á cumplirlo.

Se encogió de hombros diciendo:

—No tenemos ya bastantes desgracias!

Trató de sonreír.

—Hasta la vista, señor Boissier—dijo con su gracia encantadora.

Dió al joven un amistoso y cordial apretón de manos y se marchó.

Aquella noche, á las nueve, Fernanda y su madre tomaron el express de Tours, en cuya

población debían pasar dos días, en casa de unos amigos, para irse después á la Ferté.

Fernanda se alejaba de París con el sentimiento de haber fracasado en sus gestiones hechas en busca de Teresa, á quien empozaba á querer, en recuerdo de su hermano Rolando, y á quien compadecía con toda su alma.

El cinco de julio el landó que la conducía de la estación con su madre atravesó á cosa de las once de la mañana la verja del parque de la Ferté-Montarón.

Fernanda llevaba consigo las cartas que habia recibido de América, las que se complacía en leer sin cesar y sobre las que meditaba con frecuencia.

Ellas debían ser las compañeras de su soledad, mecér sus sueños y dar cuerpo á sus ilusiones.

## VIII

## Por amor.

Aquel mismo día, á cosa de las diez de la mañana, un hombre bastante mal vestido, bajito y grueso, atravesaba la verja entreabierta de la villa del conde Gabriel, en la avenida de los Príncipes, en el momento en que el jardinero, parado á la puerta de una casa vecina, hablaba con uno de sus colegas y daba la espalda á la verja.

El hombre mal vestido tuvo un momento de vacilación al verse solo en un vasto parque admirablemente arreglado, en cuya entrada se encontraba á consecuencia de una maniobra que promeditaba, sin duda, desde hacía largo tiempo, y que el azar acababa de favorecer.

Por fin se animó y avanzó algunos pasos.

Un grupo de castaños, ya viejos, de follaje vigoroso y espeso, se elevaba hacia la derecha entre un invernadero y un paseo, en medio del que se quedó inmóvil como una estatua.

Un ligero ruido que oyó, el de una puerta que se abría en la villa, detrás de las altas persianas del perrón, le recordó de pronto los peligros, ó al menos la difícil situación en que se encontraba.

Ganó el maeizo de castaños y se ocultó detrás de uno de los troncos más gruesos de aquellos árboles.

La persiana se abrió. Una mujer apareció en el perrón.

Llevaba un peinador de seda color crema, adornado con encajes.

Bajó lentamente los peldaños del perrón y se dirigió hacia el invernadero.

Pasó á muy corta distancia del hombre oculto, quien cuando la vió entrar en el invernadero, respiró á plenos pulmones.

Su ancha cara, floreciente en otros tiempos, pero ajada por un dolor prolongado, agudo, devorante, se iluminó.

Aquella mujer estaba sola.

Iba á poder acercarse á ella, verla y hablarla.

Dirigió una mirada hacia la verja.

Permanecía abierta, pero el jardinero no había aparecido.

Las persianas de la casa estaban cerradas.

La joven había cerrado tras de sí el vestíbulo.

Escoubere, porque era él, el hombre que se había escondido detrás del tronco del castaño, de un salto llegó al invernadero.

Un espectáculo turbador le esperaba allí.

La joven estaba recostada en una ancha butaca de mimbre, tenía los ojos cerrados y parecía estar entregada á la meditación ó al sueño.

No se hubiera podido adivinar si dormía ó pensaba.

Su respiración levantaba, con un movimiento suave y regular, la tela del peinador; sus hermosos brazos desnudos estaban tendidos, en una postura adorable, uno sobre la butaca, el otro sobre su cabeza, hechada hacia atrás.

Escoubere se acercó de puntillas.

Ella abrió los ojos y no hizo un movimiento, pero dijo:

—¿Eres tú?

Escoubere no contestó y siguió avanzando.

Llegaba muy cerca de ella.

Entonces la joven lanzó una exclamación.

—Vos! — dijo.

Escoubere hizo un gesto para tranquilizarla, y dijo con bondad:

—Pues bien, sí, soy yo... Pensabas en el otro... ¿Es que te doy miedo yo ahora?

Y como ella seguía despavorida, con los ojos muy abiertos, llenos de sorpresa más bien que de espanto, tomó una silla baja, la acercó á la butaca, y sentándose en ella, dijo:

—Vamos, cálmate... yo no puedo hacerte daño... ¿Podría hacértelo?... ¿Temes eso?

—¿Qué quieres, pues?

—Hablar contigo un momento como un amigo, saber lo que tienes en el corazón, lo que debo esperar ó temer para el porvenir...

Por fin ella se atrevió á mirarle y vió que en los ojos del pobre hombre brillaban las lágrimas.

De pronto cambió de aspecto y le dijo:

—Veamos, tienes mucha pena, ¿no es verdad?

—¡Lo has dudado jamás! — le dijo, dando rienda suelta á su llanto.

—No era mi intención hacerte sufrir tanto, mi pobre Paulino... Solo que... ¿qué quieres? no estábamos hecho el uno para el otro. Yo no podía vivir en las condiciones en que estaba,

siempre en la miseria, sufriendo humillaciones á cada instante y mezclada en una sociedad que odio.

—¿Y que desprecias!

—No; yo no tengo el derecho de despreciar á nadie; pero no estaba á gusto en ella, estaba descontenta... ¡Yo no te he hecho feliz jamás!

—¡Oh, sí!

—No... Por mí, tú sabes que hubiera preferido morir á vivir en la pobreza. Te lo he probado... Fue una gran desgracia que acudieras en mi socorro... Ahora el mal no tiene remedio.

—¡Ah!

—Debo decirte por qué.

—¿Amas á ese señor de Corbiere?

—Seré franca... Sí.

Escoubere se puso pálido.

—Sus facciones se descompusieron; no hubo un músculo de su cara que no vibrase, por decirlo así, por un estremecimiento doloroso; parecía que estaba herido de muerte.

Sus labios se agitaban sin poder proferir un sonido.

Por fin murmuró:

—¿Por qué me lo dices?

Elena contestó:

—¿No es más digno confesar la verdad que tratar de engañarnos? Y además, yo no quiero que sacrifiques tu porvenir por una mujer como yo... Yo me conduzco indignamente. Merezcó el desprecio de las gentes y el tuyo, pero cedo á una fuerza irresistible. Me sería imposible volver ni por un solo día á nuestra antigua vida... Sin embargo...

Vaciló un instante.

Escoubere repitió maquinalmente, mirándola con ansiedad:

—¿Sin embargo?

—Me alegro verte y me felicito por la casualidad que te ha traído. Vamos á poder explicarnos con claridad, por tu interés como por el mio.

—¡Oh! por mi interés—dijo él con aire desgrador.

—Sí, por tu interés—repuso ella.—Es imposible que puedas seguir entregándote á sentimientos que te han cambiado hasta el extremo de no reconocerte, mi pobre Paulino. ¿Para qué obstinarte en una pena que es fácil curar?

—¿Crees tú?

—Estoy segura. Mira lo que pasa á tu alrededor... ¿Qué ves? Gentes que se aman algún tiempo, que se incomodan y cambian de afecto... relaciones que se rompen... otras que comienzan... Yo no te he amado jamás.

Escoubere repitió como un eco:

—¿Jamás?

—No. No era amor lo que yo sentía por tí; era amistad, pero sincera, profunda, y esa amistad, que me ha hecho vacilar largo tiempo, subsiste siempre. ¿Pero por qué no imitar á los demás? Mi dicha sería ser libre, romper, no nuestra amistad—ésta durará tanto como mi vida,—sino el lazo que nos une y nos priva de nuestra libertad...

—¿Porque te casarías con tu amante?

—Ese es mi más ardiente deseo.

Escoubere exclamó:

—No consentiré jamás en divorciarme.

—Entonces lo que conseguirás será hacer mi desgracia, como yo hago la tuya.

Elena hablaba con una tranquilidad y una seguridad perfectas.

Hubo un silencio.

Se oyeron pasos en el invernadero.

Apareció el jardinero.

Se quedó con la boca abierta al ver á su ama en conversaci6n con un desconocido.

—Está bien, Anselmo—dijo Elena contestando á una muda interrogaci6n del criado.—Dejadnos.

Escoubere se mordía los labios.

La sangre fría con que su mujer le exponía sus deseos, su firmeza, su frialdad, le causaban una sensaci6n casi semejante á la que debe experimentar el histérico á quien el médico duerme.

Por fin balbució:

—Ya sabes que yo no puedo consentir en lo que me pides.

—¿Por qué?

—Por mil razones.

—¿Cuáles?

—El mundo, los compañeros que se reirían de mí...

Elena se encogió de hombros.

—¿Qué importa eso—dijo—en comparaci6n de la dicha de toda una vida, de la libertad reconquistada para los dos?...

—¡Yo no la necesito!

—¿Qué error! Piénsalo. Otra mujer te hará olvidarme.

Escoubere objetó con desdén:

—La arrojaría por la ventana el día que entrara en mi casa.

Elena continuó con la misma calma:

—¡Pobre Paulino! Te complaces en crearte tormentos... ¡Ensayá mi remedio!

—No quiero.

—¿Entonces quieres que yo siga siendo tu mujer?

Escoubere no hizo un movimiento.

—¿Que continúe llevando tu apellido?

Escoubere guardó silencio.

—¿Para qué serviría eso?—añadió.

Entonces él contestó:

—Mientras te llames la señora Escoubere me parece que no ha concluido todo entre nosotros, y esto es un consuelo para mí.

—¿De modo que te niegas?...

Escoubere la miró con ojos un tanto extravíados.

—¿Tanto te quieres... que insistes con tanto empeño, á pesar del daño que me hace?—la dijo.

—Sí, pero también á ti te quiero.

Escoubere movió la cabeza diciendo:

—¡Oh, no de la misma manera!

Elena contestó cruelmente:

—Es verdad.

Quedaron un momento mirándose en silencio.

Escoubere estaba sin fuerzas.

Se acordada de los consejos de su amigo Brossois, la imposibilidad que había para él de volver á coger aquella mujer á la que otro

había dado lo que ella deseaba, el absurdo de proponerle recomenzar una vida de miseria y de privaciones que solo el amor podría hacer soportable.

Ella no le amaba, y amaba al otro con una pasión que confesaba únicamente, sin consideraciones con aquel hombre en quien ella veía un esclavo.

El la escuchaba con el corazón desgarrado; pero no podía menos de reconocer que Elena tenía razón.

Para un marido engañado, abandonado, no hay más que dos caminos: el desprecio y la renuncia voluntaria á una vida común que se ha hecho imposible... ó el asesinato de la mujer infiel y culpable... ¡asesinato que la ley declararía excusable!

Escoubere lo sabía.

Pero amaba demasiado á Elena para hacerla el menor daño.

Y Elena lo comprendía tan bien, que pasado el primer momento de sorpresa, se había encontrado ante él tan tranquila como si se hubiese encontrado ante el más indulgente de los amigos.

Elena le cogió las manos y le dijo:

—¡Te lo suplico!... ¡Dime que consientes!...

—¡Es una tortura que me impones!

—Estaremos siempre unidos por el más sincero afecto... Tú me escribirás... Yo te consolaré... Tú verás... Te querré como una hermana... Te bendeciré toda mi vida...

Escoubere estaba vencido.

Sin embargo, todavía discutió.

—Pero se necesitan motivos—dijo.—Tú sabes bien que no existen, por mi parte al menos.

—Esa es cuestión de los abogados, de las gentes de leyes: nosotros no nos mezclamos en eso... Ellos harán lo que quieran... ¡Qué me importa!... ¿Quieres?

Escoubere se cruzó de brazos y se echó sobre el respaldo de la silla.

Elena vió que el sudor corría por su frente y que apretaba los dientes, como el herido que es presa de un ataque del terrible mal que llaman tétano.

—¡Pues bien, sea!—dijo levantándose de pronto.—Te he salvado la vida y es la mía lo que me pides! ¡Tómala!

Y añadió con amarga sonrisa:

—Además, no te hago una gran concesión. Sin este consentimiento que me arrancas, tu amante hubiera conseguido también el divorcio que tanto deseas. ¿Qué hay imposible para él?... ¡Es rico!... ¿Es él quien te ha dado esa idea?

—No.

—¿Qué importa que haya sido él! Haz lo que quieras; yo sé lo que me espera.

—¿Qué?

—Me volveré loco.

—¿Por qué pensarlo?

Escoubere contestó con voz extraña:

—Desde que un imbécil de sabio, una especie de doctor de drama, con largos cabellos y una cara que parecía la hoja de un cuchillo, me encontró en la calle de Rennes, pocos días

después de tu huida, y dijo á media voz á uno de sus colegas, mirándome: «¡Ese está loco ó se volverá!» esta idea no se separa de mi imaginación, y creo que el buen hombre tenía razón.

Elena se encogió ligeramente de hombros y se levantó á su vez.

—Tú te engañas—dijo.—Tienes más energía que la que se necesita para desechar tales ideas. Cuando pienses en mí, será para decirte que no tienes mejor amiga.

—¡Palabras!...

—Te lo juro...

—Pero al amor no se le manda, ¿eh?—dijo ensayando una sonrisa abortada.

Elena no contestó.

¿Qué hubiera podido decirle?

Dió algunos pasos por la estufa, se acercó á él, y cambiando de asunto le preguntó sobre lo que iba á hacer.

La Opera Comica estaba cerrada desde hacía algunos días.

La anunció que partía para Aix-les-Bains, donde estaba contratado hasta la reapertura de su teatro; marchaba con su amigo Brossois, quien le demostraba un gran afecto y le daba consejos.

Pero no podía seguirlos.

Era más fuerte que él lo que le ocurría.

Elena le acompañó hasta la verja.

Allí le dió la mano, que él estrechó entre las suyas con furor.

—¡Me haces daño!—murmuró Elena.

El se excusó diciendo:

—Es verdad, ¡soy un bruto!

La dirigió una mirada suplicante, á la que ella contestó moviendo la cabeza dulcemente, y diciendo:

—Lo roto, roto está. ¿Estamos de acuerdo? Hasta la vista y ánimo.

—No puedo tenerlo ya.

Y dicho esto, la dirigió una prolongada mirada y se alejó.

A las doce se reunía con su amigo Brossois, que llegaba de hacer algunas compras para abandonar París durante el verano. Se había comprado un terno de dril color lila, á rayas más claras que el fondo, lo que le daba un aspecto extraordinario.

El gascón necesitaba consuelo, así es que en cuanto se encontró con su amigo Brossois le contó la admiración de Elena al verle, después su tranquilidad, la amistad con que ella se había expresado, sus peticiones y por fin el consentimiento que él la había dado.

El otro le escuchaba con atención.

Cuando Escoubere hubo concluido de contar lo ocurrido preguntó á su compañero:

—Y bien, ¿qué piensas de todo eso?

Brossois contestó:

—Pienso que ha representado á las mil maravillas una escena de comedia. Pero en el fondo nada hay que hacer... Tiene razón.

—¿Entonces tú crees?...

—¿Eh? Sí, divorciados... Cuanto antes mejor. Sí, tu mujer tiene razón, y la mejor manera de probarse es...

—¿Es?—preguntó Escoubere.

—Hacer lo que ella dice: tomar otra... La

buscaremos juntos. ¿Tú sabes que salimos esta noche?

—Sí.

—¡No vas á ir con esa ropa tan usada!

El gascón hizo un gesto para indicar que le era indiferente.

Pero, después del almuerzo, le llevó Brossois al Puente Nuevo, de donde salió Escoubere, un cuarto de hora después, con un traje de lánilla gris.

Por la noche tomaron el tren.

A juzgar por el exterior, el desgraciado corista estaba alegre.

Pero su alma estaba triste y más sombría que nunca.

Al mirarle, Brossois comenzaba á creer, como el sabio de la calle de Rennes, que si no estaba loco se volvería.



## La piedra de toque.

Nadie encontraba á Teresa.

Sin embargo, ella no se ocultaba.

Al contrario, estaba siempre en sitio muy visible.

Su escritorio de palisandro esculpido, con un adorno muy moderno, de metal blanco, y pequeñas estatuas, se elevaba en el fondo del café Rousset.

Las mesas cercanas al escritorio eran muy apetecidas y no holgaban.

El dueño del café estaba muy reconocido al viajante de la casa Renand Bresse y C.<sup>ia</sup>

Su protegida no era de las que ahuyentan á los parroquianos.

Teresa los atraía como el imán atrae al acero.

Los amigos de Rousset, dándole cachetitos en el vientre, le decían:

—¡Vamos, que no nos aburrirnos!... Se tienen proyectos ¿eh? ¡picarillo!

Rousset los tenía tal vez, pero lo disimulaba.

Alguna que otra vez iba á ponerse de codos en el mostrador, pero ¿qué cosa más natural que las estancias del patron cerca de su caja?

El se mostraba con Teresa perfectamente correcto, digno para con ella, con un punto de amistad protectora y paciente compasión para sus errores.

Porque Teresa los cometía.

En seis semanas ó dos meses, no puede uno familiarizarse con un oficio tan complicado y asientos tan rápidos y tan diversos.

Hay una variedad de nombres que registrar, que hay que perder la cabeza: cognac, chartreuses, jarabes, ajenos, café, té, sifones, copas, etc., etc., etc.

Simplemente, para conocer los nombres de esos venenos variados, se necesita un estudio casi horrible.

Felizmente, el patrón velaba solícito, complaciente, deshaciendo los errores con tono paternal, sin incomodarse nunca y diciendo, inclinado al oído de su dependiente, muy cerca de ella:

—Veamos; no os embrolleis... Os molestais demasiado... La cosa es más sencilla que todo eso... Solo que tenéis miedo y perdeis la cabeza...

Y añadía con tono afectuoso:

—No os desanimeis... ¡Todo irá bien!

Teresa le daba las gracias con una mirada en la que procuraba poner toda su gracia y su agradecimiento.

¡Sinceramente!

Porque ella sabía agradecerle los cuidados y atenciones que tenía con ella: en el almuerzo, por ejemplo, en el que se sentaba al lado de ella, en una mesa cerca de la caja, en un rincón, á la hora en que los parroquianos no son numerosos todavía.

La mesa era abundante y buena. El cafetero no se privaba de nada.

Teresa estaba contenta.

Se creía en vías de salvación.

Decididamente tenía un oficio entre las manos y cuando el grueso viajante se había puesto de nuevo en camino, ella le había dado las gracias calurosamente.

El se había contentado con estrecharla la mano cordialmente, diciéndola, no sin cierta compasión inquieta:

—Sí, está bien, está bien... Mejor es eso que nada, pobre niña; pero no olvidéis lo que os he dicho... vivid alerta.

La joven cajera había escuchado, retenido e consojo.

Ella lo tenía presente, según la recomendación de Próspero Gombault; pero en el fondo, en su inexperiencia estimaba que no la costaba trabajo defenderse.

No la atacaban.

Todos tenían con ella atenciones y buen comportamiento.

Algunos parroquianos iban á saludarla y la decían palabras amorosas, pero ella se sonreía vagamente y volvía á ocuparse de su trabajo.

Varias veces la había ocurrido sorprender, en la cara flacucha y descontenta de la cajera á quien ella había destronado y á quien no veía más que á las horas de las comidas, sonrisas irónicas, movimientos de labios burlones, ojeadas picarescas dirigidas al patrón; ¿pero eso qué importaba?

¡Rivalidad de influencia! ¡Celos del oficio! ¿Qué otra cosa se podía pensar?

El patrón se había portado con ella muy

bien, la daba más que lo que había prometido.

Le daba lecciones con una paciencia admirable; se tomaba el trabajo de enseñarla; la había vestido como convenía á su posición.

Teresa estaba muy bien con sus dos vestidos de seda el uno y el otro de lana, de formas distintas; el uno Enrique II, con una pequeña gola muy baja que la daba el aire de una dama de Monsereau muy apetitosa; el otro más moderno, escotado, dejando descubierto un poco de su cuello y de su garganta fresca y sólida y algo de su dorada nuca.

Más de un viejo verde había dicho á sus compañeros al oído, mostrando á Rousset:

—Siempre saldrá de aquí algo original... No se separa mucho de ahí, teme que se la lleven.

Aquel hombrecito vivaracho, de ojos de ave de rapaña, que inspeccionaba todo, veía todo y manejaba todo en su casa, era ciertamente el mejor guardián de su caja y de su cajera.

Pero no decía á Teresa palabra alguna inconveniente, ni gesto que pudiera revelar sus intenciones, si las tenía.

¿Por qué había de inquietarse la pobre joven?

Ella veía que el patrón se mostraba generoso y atento.

Había pagado los vestidos y los objetos de *toilette* que ella había necesitado, sin pestañear, más de trescientos francos de anticipo sobre su sueldo, que él se proponía ya aumentar.

—Dentro de un mes ó mes y medio os aumentaré el sueldo. Tendréis setenta ú ochenta

francos mensuales—la habíadicho.—Mas tarde, si estoy contento de vos, no miraré nada.

Así era que Teresa se había tranquilizado y estaba casi alegre.

A veces se entretenía en trazar con la pluma la silueta de los viejos que la hacían la rueda, y sus caricaturas, artísticamente hechas, hacían reír á carcajadas.

Una mañana escribió dos líneas al cazador de topos para decirle:

«Mi buen amigo:

»Espero poder daros pronto buenas noticias y no necesitar ya andar con misterios.

»He encontrado una colocación que creo que será buena.

»Por el momento no os digo más; pero os escribiré de nuevo pronto. Hoy estoy muy cansada.

»¡Cuánto desearía acertar!

»Os abraza cariñosamente,

»TERESA.»

Aquel día, en efecto, veía ella todo de color de rosa, y sin embargo la tormenta estaba próxima.

A eso de las seis de la tarde, el patrón se acercó á su cajera y la dijo:

—Hoy tenemos un convidado.

—¿Quién?

—Un caballero de vuestro país.

—¡Ah!—dijo Teresa poniéndose colorada.

—Sí, el juez de quien os he hablado.

—No me acuerdo.

—¡El señor Robinier!

Felizmente, al ruido de una pila de platos que se derrumbó en un rincón del salón, el patrón se volvió con viveza.

Teresa se había puesto verde.

Pero el estrago providencial hecho por un mozo imprudente atrajo al dueño hacia el lugar de la catástrofe.

Cuando volvió, la joven cajera se había re-  
puesto de su angustia.

—¡Ah!—dijo al patrón—¿sois amigo del señor Robinier?

—Sí, somos del mismo pueblo, y cuando viene á París, no deja jamás de venir á verme.

Rousset añadió con vanidad:

—Me necesita... Yo le guío. Conozco hasta el último rincón de París, y cuando viene echamos una cana al aire.

Teresa apenas le escuchaba. Le oía, pero no se daba cuenta de lo que decía: estaba muy preocupada.

El señor Robinier diría todo al árbitro de sus destinos; su aventura de la Boca del Lobo, su pasado, el de sus hermanos, el proceso de Blois, la condena, el presidio.

¡Qué desastre!

El patrón se había marchado á sus negocios.

La desgraciada había quedado sola y veía pasar entre sus ojos y su registro millones de chispas.

Se sentía aturdida por el golpe imprevisto.

que la hería cuando se creía en plena seguridad.

A las siete y media entró el señor Robinier acompañado del patrón que le esperaba á la puerta.

Entonces Teresa se quedó positivamente sorprendida.

El señor Robinier parecía haber cambiado de corazón y de porte.

Parecía muy amable, muy deferente, muy atento.

Vestía una americana azul turquí, pantalón á cuadrillos grises y negros, chaleco blanco, corbata de última moda y un sombrero de copa, gris, con cinta negra.

Durante la comida estuvo tan amable y tan fino con Teresa, que la pobre joven se tranquilizó.

El patrón estuvo también muy atento con ella.

Al marcharse la dió las buenas noches con afabilidad.

Evidentemente no sabía todavía nada.

Y aun en el momento de salir en compañía del juez, se inclinó al oído de su empleada y la dijo con aire de aburrimento:

—Preferiría quedarme á vuestro lado, pero esta tarea es obligatoria. Voy á pasear mi tipo. Desaparecieron.

En el café no hubo novedad.

A media noche, cuando los últimos parroquianos se retiraron, la cajera no había vuelto á ver aun al patrón ni al juez, cansa para ella de secretos temores.

Hizo sus cuentas y subió á su cuarto.

Las habitaciones del cafetero estaban en el quinto piso. A pesar de que eran muchas, sólo tres estaban ocupadas. La del patrón estaba en uno de los extremos, las de las dos cajeras en el otro y casi se tocaban.

Una especie de guardamuebles las separaba.

La habitación de Teresa era muy coqueta. Rousset había hecho algunos gastos para su arreglo.

La cajera precedente, la que se había marchado, había sido evidentemente bondadosa para con el patrón, porque no se cuelgan las paredes con tela de Jouy y no se compra un mobiliario de palisandro y servicio de tocador de porcelana con filetes dorados por los hermosos ojos de una simple empleada.

Teresa se aprovechaba de aquellos esplendores, que no habían sido creados para ella, sin concederles ninguna atención.

Aquella noche estaba preocupada. Hubiera querido pasar en un sueño cuarenta y ocho horas, que se hubiera marchado ya el señor Robinier á Romorantin y oír al patrón hablarla como de ordinario.

Temía el efecto de las revelaciones del juez, y tenía miedo de que el severo Rousset se apresurase á echar de su casa á una joven cuya permanencia en ella podía temer fuera para él un compromiso.

Quedó pensativa algunos instantes, mientras que con negligencia iba desnudándose y dejando caer una á una las prendas que se quitaba, turbada por el contratiempo que sobre-

venía en el momento en que el horizonte se aclaraba para ella.

Su habitación tenía un balconcito en la esquina que enfilaba la calle de Rivoli. Salió á él un momento.

Después medio cerró las maderas del balcón, dió vuelta á la llave y se acostó. A los pocos momentos dormía profundamente.

Cuánto tiempo hacía que estaba sumergida en aquella especie de aniquilamiento, ella no hubiera podido decirlo.

El ruido de una llave que rechinó en la cerradura la despertó bruscamente.

Se incorporó sobresaltada y dirigió una mirada desfavorada á su alrededor.

Se abrió la puerta, y un hombre, con la cabeza descubierta, entró en la habitación, sin cuidarse de cerrar.

Ella le distinguía muy claramente en la oscuridad atemperada por ese resplandor del gas que, en las noches de París, sube de las calles á los tejados de las casas.

Teresa lanzó un grito, al que contestó una carcajada.

Al mismo tiempo una voz seca, que ella reconoció en seguida, la dijo:

—Diablo, que susto os he dado! ¡Cualquiera diría que no habeis visto nunca las orejas al lobo! No temais nada. Soy yo.

La cama estaba en medio de la habitación, enfrente de la chimenea.

Teresa saltó del lado opuesto á aquel por donde se verificaba la invasión, cogió una falda y se la puso á toda prisa.

Rousset, porque era él, no se intimidó por aquellos preparativos de defensa.

El patrón sacó del bolsillo una caja de cerillas, encendió una y se orientó.

Viendo una bujía sobre la chimenea, la encendió con la mayor tranquilidad.

Teresa había aprovechado aquellos momentos para echar sobre sus hombros una esclavina que tenía á mano.

—¡Oh!—dijo el patrón cuando hubo encendido—hacéis vuestra toilette para recibirme. No vale la pena.

Cogió una butaca, se sentó, y haciendo una seña á su cajera.

—Vamos—dijo—venid aquí y no seáis chiquilla... ¿De qué os servirá hacer aspavientos?

—Caballero, os lo ruego,—balbució Teresa—esta no es hora...

—Por qué, no es lo mismo que otra? Estamos en nuestra casa, libres, tranquilos... No hay nadie en casa más que vos y yo. La señora Laurent no está. No vendrá hasta dentro de dos días... La he dado permiso con pretexto de que Robinier, mi amigo Robinier, debe ocupar su habitación. Estamos solos, perfectamente solos... Esto es adorable... Os doy un miedo atroz, ¿eh?

Teresa estaba pálida, en pie al lado de la cama, temblando como una azogada.

El patrón se la aparecía bajo un nuevo aspecto.

Hasta entonces le había juzgado voluntarioso, activo, imperioso, duro para sus subalternos, únicamente ocupado en los negocios de su

fortuna, pero sin malicia, correcto y más bien reservado en sus propósitos.

Ahora le parecía cruel; descarado, despechado y sus ojos la miraban con una desfachatez asombrosa.

El repuso:

—Vamos! ya ha pasado el susto; ¿no es verdad? Comprenderéis que yo no os he recibido en mi casa por el solo gusto de hacer vuestra educación... Me gustáis y os lo digo. Además, habéis debido comprenderlo ó seriais demasiado torpe... Supongo que esta pequeña comedia no durará más que horas...

—¡Caballero!

—Comprendería la emoción si fuerais novicia en esto... pero conozco vuestra historia!... Ese pícaro Robinier me la ha contado mientras cenabamos. Yo no creía tener á mi servicio una persona tan distinguida. ¡No, mil truenos! no es brillante la familia, no á fé mía.

A Teresa la hicieron aquellas palabras y el tono con que se las decía Rousset, el mismo efecto que si hubiera recibido en pleno pecho una descarga eléctrica.

No encontró palabras para contestar.

Rousset continuó:

—Después de todo, yo hago tanto caso de eso como del año cuarenta, y esto es bueno, para vos. Yo comprendo que nová á ser una princesa de sangre quien me lleve los libros... No impide que no falten gentes que os diran que vayais á buscar fortuna á otra parte... A mí, eso me es igual... ¡Me convenis tal como sois! ¡Una joven que ha tenido unorro! ¿Está bien

el Bebé? ¿Le tenemos en nodriza, he?... ¿Y el hermano Juan, se tienen noticias de él?

Trató de sonreír, pero su risa no era más que una mueca, como la de la fiera que vá á morder.

Se levantó y dió un paso hacia adelante.

Entonces Teresa murmuró:

—¡No os acerquéis!

Rousset lanzó un juramento y siguió avanzando.

—¡Bah! ¡Grita, si quieres— dijo, —nadie te oirá!

Pero Teresa, ligera como un pájaro, se dirigió al balcón, abrió las puertas y entró en él.

La calle de Rivoli se extendía bajo sus pies con sus faroles, que alumbraban de trecho en trecho.

Rousset, sorprendido por la brusca partida de Teresa, se acercó al balcón y cogió por los brazos á su empleada.

Pero ella parecía tan valiente ahora como abatida estaba momentos antes.

—¡Si me tocáis, llamo!— dijo rechazándole.

Al mismo tiempo se agarraba á los hierros del balcón.

Rousset, temblando de cólera, se colocó al lado de ella, se inclinó hacia la calle y vió dos guardias de la paz que se paseaban melancólicamente por la acera.

—¡No te atreverás!— dijo.

—¿Por qué?

—Porque te plantaria en la calle.

—No me importa.

—¡Está bien!... Pero piénsalo... Será preciso

que mañana mismo, á primera hora, dejes el campo libre.

Y enfureciéndose, lanzó un diluvio de groserías y de obscenidades á la pobre joven.

Después empezaron las promesas.

Y como tanto por los insultos como por las promesas, Teresa seguía desdenosa, se arrojó sobre ella y trató de arrancarla del balcón.

Pero ella siguió agarrada y lanzó un grito estridente, involuntario tal vez.

En la casa de enfrente se abrieron dos ventanas.

La escena tenía ya testigos, y Rousset se retiró del balcón.

—¿Vais á quedaros ahí?—dijo.

—Sí.

—¿Toda la noche?

—Mientras no hayáis salido de la habitación.

—¿No cederéis?

—Jamás!

—Está bien.

Entonces, furioso, presa de un verdadero acceso de locura, abrió los cajones de la cómoda, echó al suelo los vestidos que en ellos había, los pisoteó, los hizo pedazos y salió por fin diciendo en lenguaje digno del célebre padre Duchesne:

—¡Mañana temprano te marcharás! Te pongo en la calle... ¿Lo entiendes?... Y no te daré un cuarto... Tengo que cobrar lo que te he anticipado, y aun me deberás; pero te lo perdono, aunque sé que no te aprovechará mucho.

La lanzó otra andanada de indecencias y salió, cerrando la puerta con furia.

Teresa continuó en el balcón hasta que no oyó ruido alguno, y entonces se decidió á entrar en la habitación.

Todos sus miembros temblaban y, temiendo que el patrón volviera á entrar en ademán agresivo, no se atrevía á acostarse.

Al resplandor de la bujía contemplaba con mirada triste el desastre de sus ropas hechas girones y pensaba en su posición perdida.

El señor Quillet tenía razón cuando la decía: «¿Yo ú otro?»

Próspero Gombault había previsto también el peligro.

—¿Luego, una joven pobre no podía vivir honradamente en aquel París, ganar su pan, sin estar expuesta á vergüenzas y ultrajes inevitables?

Se decía esto con desesperación.

Había tenido algunas semanas de ilusión y de confianza.

Estas habían pasado; la luz se hacía para ella.

—¿Qué iba á ser de ella?

—¡Estaba despedida!

Además, aunque no la hubiera despedido el patrón, ella no podía permanecer un minuto más en semejante casa.

Pasó el resto de la noche en arreglar sus ropas.

Hizo de ella dos lios.

Uno se componía de los vestidos que debía á los anticipos del patrón: el otro de lo poco que tenía cuando había entrado tan contenta en el café Rousset.

El patrón ébrio de lujuria y de vanidad, no había dejado ninguno en buen estado.

Sin embargo, Teresa, en algunas horas de trabajo, consiguió reparar los desperfectos hechos en el traje bien sencillo que había comprado en el Louvre la mañana del único día de dicha que había tenido después de largo tiempo.

A las siete, vestida como lo estaba el día de su ida á Fontaine, bajó, y, sin pasar por el café, se dispuso á salir.

Rousset, que estaba á la puerta á pesar de ser tan temprano, la salió al encuentro.

—¿De modo que es en serio?—la preguntó.

—¿Qué queréis decir?

—¿Partís?

—¿No estoy despedida?

—De vos depende quedar.

—Después de lo que ha pasado?...

—Ya sabéis mis condiciones.

Teresa no contestó más que con un pliegue desdeñoso de labios.

—¿Si preferís morir de hambre!...

Hizo como que no lo oía.

—No hevo más que lo que tenía cuando entré aquí—dijo.

—Ya lo veó.

Se inclinó y continuó su camino.

—Adiós, pues—dijo Rousset muy vejado.

Y se entró en el café.

Al ver el escritorio de palisandro, suspiró y dijo:

—¿Qué bien hacía ella ahí!

Su cólera se aplacó.

Tuvo un sentimiento tardío y murmuró involuntariamente.

—¡Pobre desgraciada!

Salió de nuevo á la acera y la vió alejarse con su saquito en la mano.

Teresa marchaba lentamente, con paso incierto, hacia el Louvre.

—¡Ese bribón de Robinier ha sido la culpa de todo, me hizo creer que sería tan fácil! ¡Con un poco más de paciencia, tal vez lo hubiera conseguido!... El golpe fué en vago... ¡A otra!



## X

¡En el arroyo!

Teresa no sabía donde refugiarse ni que hacer.

No tenía más que diez francos.

Con diez francos, en París, no se va lejos.

Lo sabía.

¿Y cómo ganar más?

¿A quién recurrir?

El señor Quillet la había predicho demasiado bien el porvenir.

Subió la calle de Rivoli, y cuando llegó enfrente del puente de las Artes, se acordó de sus amigos, los Krüg, á quienes no había tenido tiempo de volver á ver en el jaleo de su aprendizaje de un oficio que ella conocía tan poco.

Pasó el Sena y llegó al boulevard Montparnasse, prolongando todo lo posible su excursión, por miedo de llegar demasiado temprano á casa de su antiguo profesor.

A las ocho y tres cuartos llamaba á la puerta del taller de su maestro.

El suizo fue quien salió á abrir.

El pobre hombre estaba sumamente delgado.

¡Vos! —dijo alegrándose.

—Sí, yo, que me alegro mucho de volver á veros.

Teresa había ido á buscar consuelo: desde la

primera ojeada comprendió que era ella quien tenía que dárselo á los demás.

Y engañando al pintor por medio de una mentira generosa, le dijo:

—Tengo permiso hoy y me aprovecho de él para dar una vuelta por aquí.

Teresa paseaba su mirada con inquietud por las paredes del pobre alojamiento, que parecía más vasto á causa de su desnudez,

Casi todos los objetos que antes había allí, habían ido desapareciendo poco á poco,

—¿No marcha bien esto? —preguntó la joven con acento de ternura.

—¡Oh, no!

—¿Y la señora Krug?

—Ha ido á llevar la obra.

—¿Qué obra? —dijo la joven admirada.

—Me da vergüenza decíroslo... Yo no toco un pincel ni un lápiz... No hay encargos... ni un retrato... ni una copia... nada. Y...

—¿Y qué? —dijo Teresa.

—Ha sido preciso buscar algo que hacer, cualquier cosa, para vivir...

—Y?...

—Y hemos encontrado costura... que todo el mundo puede hacer... Yo también eso... No se necesita estudio; pero trabajando doce horas se gana...

—¿Cuánto?

—Cincuenta céntimos por día... Trabajamos los tres... Ganamos un franco cincuenta...

Dijo entre dientes:

—Coso y sacos para echar en ellos no sé qué... grano, carbón, harina... Si yo estu-

viera más práctico, tal vez llegara á ganar setenta y cinco céntimos...

Suspiró con fuerza.

— ¡He aquí á lo que nos vemos reducidos, adónde conduce el arte, el gran arte!

Y añadió con rabia sorda:

— ¡Por algunos días, porque esto no puede durar!

— ¿Es posible?

— Ya comprenderéis... Todo está cerrado...

El Odeón era un recurso, aunque pequeño...

¡Suprimido! ¡Aquí nada que vender!

Sonrió tristemente, y mostrando la cabeza de Teresa, el único objeto de valor que había quedado en el taller:

— ¡Ah, sí! dijo. — Un prendero me ofrece doscientos francos por mi joven... ¿Os acordáis de los días en que hacíamos vuestro retrato?... Entonces teníamos esperanzas... Ese desgraciado Escoubere nos había alquilado este taller... Yo formaba castillos en el aire. Tuve un relámpago de esperanza; pero todo se convirtió en humo. Me queda vuestro retrato... Si él desapareciese también, creería que era que se apagaba el último rayo de luz.

— ¿Os ofrecen doscientos francos?

— Sí.

— ¿No lo habéis dado?

— No puedo...

— ¿Por qué?

— ¡Vuestro retrato!...

— ¿Qué importa eso?...

— ¿Lo permitís?

— ¡Querido maestro, si eso puede seros útil!

— Pues bien, veré... ¡porque nuestra necesidad es grande!... Pero todavía no... ¡El alquiler está pagado! En el verano se necesita poco... Esperaré... Hablaremos de vos... ¿Sois feliz?

— ¿Puedo serlo jamás?

— ¿Estáis bien colocada?

— Sí y no.

— ¿Ganáis bastante para vos?

— No he cobrado nada todavía... Me han hecho anticipos para vestirme. Necesitaba ropa...

— ¿No habéis vuelto á ver al señor Escoubère?

— No.

— ¿Y á la señora Guignard?

— Sí, varias veces... Hace dos días hablamos de vos... No me atreví á decirle cómo estamos. Me dió vergüenza... Os guarda vuestra habitacióncita... El señor Quillet ha prohibido que la toquen nada más que para limpiarla y airearla... Dice que está seguro de que pronto volveréis á ella... Va todas las mañanas á enterarse de lo que pasa y pregunta á la portera:

— ¿Ha vuelto Teresa?

— No.

Y dice entre dientes:

— Es admirable, es admirable.

Se marcha, pero vuelve al día siguiente y hace la misma pregunta.

Krug preguntó vacilando:

— ¿Tenéis libre toda la mañana?

— Sí.

— ¿Os quedaréis á almorzar con nosotros? No almorzaréis muy bien, pero...

— Me quedaré con la condición de pagar mi

parte. No somos más ricos los unos que los otros, querido maestro.

Teresa tendió sus dos manos amistosamente á su profesor, sonrió y le dijo:

—Voy á salir; volveré á las once. ¿Queréis?...

Tengo que hacer.

—Sí. Os esperamos.

Seré puntual.

Salió.

Lo que acababa de ver y de oír la habia como transfigurado.

Habia en ella una levadura de resolución que se agitaba... Su cerebro hervía, por decirlo así.

¡Qué! ¡Aquel hombre tenía un talento verdadero, un talento natural completado por un estudio constante, un trabajo de veinte años, y moría de hambre! Esta era la palabra.

¡Qué! ¡Ella era joven; era animosa, honrada y decidida; tenía deseos de cumplir con su deber, cualquiera que éste fuese, por mucho trabajo que un amo quisiera darla, y la echaban porque rehusaba someterse á infames proposiciones!

El mismo señor Quillet, un buen hombre, en el sentido que el mundo da á esta palabra, la decía irónicamente:

—¡Quieres trabajar, vivir honradamente; crees que eso es posible! Busca... ¡Ensayá y tú volverás... serás mía y te considerarás demasiado feliz en aceptar lo que yo te ofrezco!...

Estaba tan seguro de esto, que habia hecho que la conservaran la habitación.

La esperaba.

Así se lo decía á todo el mundo.

Pues bien, puesto que no tenía otros recursos, no aceptaría las proposiciones del señor Quillet; la costaría mucho ruborizarse delante de un hombre á quien conocía... pero, si era preciso, caería como tantas otras en el abismo, hacia el que las desheredadas como ella son empujadas fatalmente.

¿No se habia dicho cien veces que estaba decidida á todo por su hijo?

La vista de la miseria innmerecida de aquel hombre, que era tan bueno, tan cariñoso para ella, la daba un valor que ella no hubiera tenido, sin duda.

Sin embargo, á fin de no tener nada que reprocharse, quiso intentar un último esfuerzo.

Cuando llegó al medio de la calle de Rennes se dirigió á un guardia de la paz y le preguntó:

—¿Podriais indicarme una agencia de colocaciones?

El guardia buscó en su memoria.

—¿Una agencia de colocaciones? Sí... allí... hacia la mitad de la calle de San Plácido.

E interrumpiéndose con visible mal humor, la preguntó:

—¿Necesitáis de esas agencias vos?

—Sí.

—Os compadezco. ¿Qué es lo que vais á encontrar en ellas?

—Lo que pueda...

—No será gran cosa, no.

—De todos modos, quiero probar.

—Id con Dios... Allí debe haber una.

Teresa continuó su camino hacia el sitio que la había indicado el guardia.

No se engañaba éste.

La agencia existía.

Estaba en el fondo de un patio. No había necesidad de preguntar al portero.

En el extremo de un pasillo oscuro, una claridad aparecía como en el fondo de un pozo.

Del otro lado de aquella claridad que venía de lo alto, en un patio interior, á los dos lados de un postigo, había carteles que anunciaban las peticiones y las ofertas de colocaciones.

La joven entró.

Algunas sirvientas esperaban á los compradores, perdonad, á los amos ó las amas de casa en busca de criadas, cocineras ó doncellas.

El aburrimiento, la necesidad, el desaliento, estaban impresos sobre los rostros de todas aquellas gentes.

En un rincón, detrás de una reja, una señora anciana y un hombre de edad escuchaban las peticiones, las quejas con más frecuencia de la clientela.

Teresa vió desfilár por delante de ella una media docena de sirvientas, cuya historia, con insignificantes variaciones, era la misma.

Cuando llegó su turno se acercó á la reja. El hombre la miró con atención y con tono un tanto amable la preguntó:

—¿Qué queréis?

—Una colocación.

—¿De qué clase?

—Empleada en un almacén, cajera, lo que queráis.

—¡Diantre! Sois de buena conformidad. Dad cinco francos.

—¿Tendré colocación?

—Probablemente. Siempre se concluye por encontrar una cuando sabe uno arreglarse... Eso es cuestión vuestra...

—¡Si yo estuviese segura!...

El viejo tenía poca paciencia.

—No hay nada seguro—dijo—debajo de la capa del cielo. Comprenderéis que por cinco francos no puedo garantizaros diez mil de renta. Eso sería demasiado tonto.

—Yo quisiera...

—Dad primero los cinco francos. Después hablaremos.

Teresa pensó que si daba los cinco francos que la pedían sacrificaba para nada la mitad de su capital.

Y como no contestaba, el anciano la dijo algo incomodado:

—Me hacéis perder el tiempo bien inútilmente. Los cinco francos son por la inscripción.

—Está bien—dijo Teresa, indignada por aquellos modales.—Veré y volveré... Buenos días.

Y se retiró.

El dueño, exasperado, exclamó:

—Decid, ¿es decente lo que hacéis? Cuando no se piensa pagar no se molesta á las gentes.

Teresa estaba ya lejos.

Tuvo, sin embargo, valor para hacer una nueva tentativa.

Fué una repetición de la misma escena con diferentes actores.

Se encontró enfrente de una señora de unos cincuenta años, regordeta, de faz hipócrita, burlona, de una dulzura de jarabe.

El marido era un hombre muy maduro, con cabeza de magistrado.

Allí, la explotación se hacía con formas, pero más ásperamente aún.

Nada seguro.

Sería preciso esperar cinco semanas, dos meses tal vez.

Era muy raro lo que ella deseaba.

La inscripción eran cinco francos, después la mitad del salario del primer mes, en caso de colocación.

Esto sería todo.

Teresa repitió su despedida.

— Está bien, lo pensaré y volveré. Gracias. Y salió huyendo.

El olor de aquellos sitios, que parecían vestibulo de un infierno moderno, la sublevaba el corazón.

Se acercaba la hora de la cita en casa de los Krug.

Su última experiencia estaba hecha.

Pensó que sus cinco francos estarían mejor empleados en víveres, que entre las garras de aquellos comerciantes de miseria; que después de todo se burlaban de ella y no la prometían nada, y que en todo caso, no tenía ya tiempo de esperar el azar que hubiera de sacarla del apuro en que estaba.

Entró en una pastelería, compró una empanada, dos botellas de vino común, y con estas provisiones se dirigió á casa del pintor.

Esto fué el maná que caía del cielo.

La señora Krug no había podido reunir más que pan y una media docena de huevos.

Su bolsillo no la permitía otros excesos y su crédito estaba muerto desde hacía más de seis semanas en el barrio.

El almuerzo fué triste.

A pesar de los esfuerzos de Teresa para animar á sus amigos, todo el mundo sentía que aquel festín no se repetiría.

La idea de la miseria final se cernía por encima de aquellas cabezas.

La misma Teresa, tratando de parecer tranquila y aun alegre, estaba desesperada.

A cosa de las cuatro se separó de los Krug.

No la quedaban más que tres francos por todo capital, y la idea de entrar en uno de esos hoteles de pobres que están abiertos para los empleados cesantes, la repugnaba en el más alto grado.

Por otra parte, ¿tenía ni aun lo necesario para encontrar asilo en ellos?

Esta repugnancia la dió valor para volver á su habitacioncita de la calle del Echaudé.

A las cinco se encontraba delante de la casa de su adorador el señor Quillet.

La portera estaba á la puerta tomando el fresco.

Al ver á Teresa lanzó una exclamación de sorpresa.

— ¿Vos?...

Teresa se proponía ser franca con la señora Guignard. Necesitaba consuelo.

—¡Ay, sí, soy yo, señora Guignard!—dijo la pobre joven.

—¿Y á qué debo el gusto de veros por aquí? Teresa suspiró y contestó con desaliento:

—Cosas que son poco agradables de contar y que ocurren sin duda con frecuencia.

—Entrad—dijo la portera, contenta por la perspectiva de una buena historia,—vais á explicarme lo sucedido.

Y sentadas la una al lado de la otra en la habitación de la señora Guignard, esta empezó diciendo:

—¿Conque en resúmen? ese pobre señor Quillet, tenía razón, ¿eh?

Teresa confesó todo con una sola palabra:

—Sí.

—He ahí uno que conoce el mundo. Siempre me ha dicho:

—Ella volverá, señora Quignard, y antes que penseis, ¡ó entonces!...

—O entonces ¿qué?—preguntó Teresa.

—Vos comprendéis bien, ¿no es verdad?

—¡No hay necesidad de poner los puntos sobre las *ies*! ¡El señor Quillet quería decir que habrían pasado cosas!... Eso se comprende:

—¿El cree, pues, que es imposible?

—¿Vivir honradamente?

—Sí.

—Eso depende... Para una joven de muchos atractivos, sí.

—¿De modo que á sus ojos tengo yo muchos atractivos, señora Guignard?

—A los míos también.

—¿Y es eso una desgracia?

La portera reflexionó un instante y dijo:

—Tal vez.

La conversación decayó.

La portera examinaba la cara, el talle de su inquilina y cuando hubo terminado su examen la dijo:

—Estais mejor que nunca...

—¿Creeis?

—Ciertamente. ¡Estábais paliducha!... No es que tengais muchos colores, pero habeis engordado. ¿Teniais buena mesa?

—No era mala.

—¿Qué destino teniais?

—Cajera.

—¿Dónde?

—En un gran café de la calle de Rivoli.

—¿Hacen buen negocio?

—Excelente.

—¿Y el patrón, que edad tiene?

—Cuarenta años.

—¿Casado?

—Nó.

—¿Buena figura?

—Bajito, seco, voluntarioso... No he tenido tiempo de fijarme.

La portera se acercó más á la inquilina, y con esa curiosidad que tienen las mujeres por saber las historias de amor y de libertinaje, la preguntó:

—¿Pero él se había fijado en vos, eh? Os miraba y no se separaba mucho. Tenia sus proyectos. ¿Y un día, ó una noche, concluyó por estallar?

Teresa ni áun se ruborizó.

Se hubiera dicho que se insensibilizaba.

—¿Esta noche pasada, tal vez?—repuso la portera mirando á la joven con fijeza.

—Sí. Entró en mi habitación, y como yo rehusaba escucharle, se encolerizó, rabió, desgarró mis vestidos, los pisoteó y salió como un loco... Yo me había refugiado en el balcón; esto fué lo que le obligó á marcharse... ¡Yo hubiera gritado!... Tuvo miedo... Había agentes en la calle... Esta mañana abandoné la casa, sin dinero, y no sé lo que va á ser de mí... ¡He aquí lo ocurrido!...

—¿A dónde habéis ido después?

—A una agencia de colocaciones.

—¡Ignominias!—declaró la señora Guignard.—Creo que no volveréis á ninguno de esos antros.

—No, sin duda. Además, no conseguiría nada; pero es necesario vivir. Y además, tengo que pagar la mensualidad de mi hijo.

—Sí, ya lo sé... Eso es duro.

La portera añadió:

—Tenéis á vuestra disposición vuestro cuartito aquí. Es una atención del señor Quillet... No os pide nada por el alquiler.

Vos le daréis las gracias en mi nombre...

—No vais á verle?...

—¿Qué queréis que le diga?

—Vuestros efectos están en orden... Los he cuidado como si fueran míos. El mismo señor Quillet se ha ocupado de ellos... Si no queréis conservar la guardilla, podéis vender lo que en ella tenéis... No se os impide... pero todos esos bibelots valen algo cuando uno los com-

pra, pero no valen nada cuando quiere deshacerse de ellos... ¿No subís?

—No.

—¿Y esta noche?

—No sé lo que haré. Estoy muy preocupada...

—Lo comprendo; pero es preciso no abandonarse... Yo también he pasado las mías, no tenéis cuidado... Pero aquí me tenéis... ¡Y vos tenéis lo que yo no tenía!

—Teresa suspiró.

La portera aludía á su fatal belleza.

—En verdad que voy á subir un momento—dijo variando de parecer.—Dadme la llave. ¡Me gustará volver á ver mi habitacioncita!... ¡Después á pasearme, á respirar, y mañana veré!

—Eso es... No os desaniméis... Aun tenéis amigos... Yo, el señor Quillet...

Teresa cogió la llave y se dirigió á la escalera. Cuando la subía pensaba:

—¿Dónde estaré yo mañana?

Su guardilla estaba muy limpia, sin polvo, todo en el mayor orden.

Sus dibujos estaban colgados en las paredes, los lápices y los pinceles estaban sobre la mesa.

Los bocetos, que ella tenía guardados en el cajón de la mesa, los había sacado el señor Quillet, que se entretenía en mirarlos de cuando en cuando en recuerdo de la artista en la que pensaba sin cesar.

Volvió á encontrar sus dos sillas, su cama y los pocos efectos que había traído de la Boca del Lobo.

Allí estaba su saquito. Lo abrió.  
En él encontró la tarjeta del marqués Huberto de Sauves.

Al verla se quedó pensativa.

¡El marqués era bueno, atento, amable y galante!

Con ella se había portado muy bien.

¿Si se dirigiera á él?

¿No se lo había dicho así él mismo?

¿Pero qué podría hacer por ella?

—¿Socorrerla?

¿Buscarla una colocación? ¿Qué colocación?

¿Qué las había para las jóvenes como ella? Así lo había creído, pero acababa de sufrir una cruel desilusión.

Las pestes que la habían arrojado á la cara la desalentaban.

¿Para qué intentar nuevas pruebas?

¿Tanto valdría tener amantes que la pagasen, como exponerse á tales escenas!

Al menos, tal vez, tendrían con ella atenciones y la tratarían con menos brutalidad é insolencia.

¿Por qué no?

Seguía con la tarjeta en la mano.

Una triste sonrisa iluminó su rostro.

¿La habría gustado, aquel marqués!

Todo en él la encantaba, sus facciones, su elegancia, hasta el metal de su voz, que lisonjeaba como una caricia.

¡Las manos del joven habían estrechado las suyas con una especie de ardor contenido y de piedad tierna de la que se acordaba todavía!

Permaneció pensativa, abandonándose á ese

sueño imposible, y después se levantó bruscamente preguntándose:

—¿Es qué pierdo la razón? ¿Qué puede haber de comun entre él y yo? ¡El prometido de la señorita Fernanda de Corbière!... ¡El tiene un hotel, millones; y yo tengo, por toda fortuna, un mal vestido y tres francos en el bolsillo!

Bañó en el agua sus pobres ojos rojos por la fiebre, se hizo su *toilette* con cuidado, fatigada por una noche sin dormir, agobiada por la lucha, de la que salió enferma, y, cuando bajó encontró á la portera que acechaba su paso con interés.

¿Qué de dramas y de comedias grotescas ó lamentables se representan todos los días en algunas casas de París!

—¿Salís?— preguntó la portera.

—Sí.

—¿A dónde vais á comer?

—No lo sé.

—Es preciso saberlo.

—Veré.

—¿Volveréis?

—Tal vez.

—Estáis hermosa como un ramo de rosas.

—¡Triste flor!— murmuró la joven, cuyo corazón se lúnehó de pronto.

Huyó porque la portera no notara su emoción.

Eran cerca de las ocho.

Subió de prisa el boulevard San German hasta la puerta de la Concordia.

Allí vaciló, no sabiendo hacía que lado dirigirse.



París posee un atractivo muy poderoso para los desocupados; los Campos Eliseos.

A ellos se dirigió Teresa.

No tardó en llegar.

Tomó por uno de los paseos de la izquierda, menos frecuentado por la multitud.

Estaba en realidad extremadamente hermosa con su traje del Louvre, cuyas averías había reparado como había podido.

Pero, en ella, no era aquella pobre *toilette*, lo que atraía.

Era la gracia de su delicado rostro tan encantador, que las mismas mujeres se volvían con un murmurio de admiración.

Ella no se ocupaba de las curiosidades que excitaba.

Avanzaba con el paso de la mujer que marcha soñando; se sentía pesada, vacilante, dominada por la necesidad de sueño.

Destrozada ya por la fatiga de los días anteriores, sufría la reacción de los esfuerzos que tuvo que hacer la última noche.

Hacia el medio de la avenida, á unos cien metros del Palacio de la Industria, á la altura del Alcázar, se sentó en uno de los sillones que había á los lados de la calzada y se durmió casi en seguida.

¿Cuánto tiempo duró aquel sueño, que ni el ruido de los coches, ni la circulación de los transeúntes interrumpió? Una hora tal vez.

El ruido de la música de los cafés cantantes de la vecindad fué lo que la despertó.

Una mujer se acercó á ella, y presentándola un papelito azul, la dijo:

—Por el asiento: son veinte céntimos. Hace mucho tiempo que estáis ahí; pero dormíais tan bien, que no he querido molestaros.

Sacó de su portamonedas un franco y se lo dió á la cobradora.

—¿Qué hora es?—la preguntó.

—Muy cerca de las nueve y media, más, puede ser.

—¡Yá!

Cogió la vuelta, sesacendió, se arregló el sombrero, se frotó los ojos y trató de orientarse.

No había comido.

Apenas si pensaba en ello.

Tenia una preocupación más apremiante.

Necesitaba dinero.

Le hacía falta para vivir, para pagar la nodriza de su hijo Rolando, para pagar la casa; en fin, para todo.

Anduvo errando por los paseos de castaños y olmos, hasta que por fin se dirigió por uno transversal.

En el ángulo de la encrucijada, en un haz de luces, se destacaban en la oscuridad estas palabras en caracteres de fuego:

#### JARDIN DE PARIS

Una flecha indicaba el camino que había que seguir para llegar á él.

Una infinidad de coches de alquiler y de carruajes particulares formaban fila en aquel camino.

Teresa hizo lo que los demás: siguió el camino que indicaba la flecha.

En cuanto dió vuelta al palacio, se encontró sorprendida por el brillo deslumbrador de las luces que indicaban la entrada de un Edén, bastante parecido al paraíso de Mahoma.

Había una gran claridad.

Teresa, medio loca, se sentía dispuesta á todo, á seguir el ejemplo de aquella multitud, á lanzarse en el torbellino, á meterse como los demás en aquel mercado de placeres; pero al acercarse á la puerta retrocedió espantada.

El precio de entrada estaba inscrito encima de las taquillas. ¡Cinco francos!

Esto era el doble de lo que ella poseía.

Se quedó petrificada, con los ojos fijos en los tres cobradores, que desempeñaban frente á ella el papel del dragón destinado á la custodia del jardín de las Hespérides.

Pero vió que muchas mujeres entraban sin hacer más que dirigirles un pequeño saludo.

Entonces se acercó y preguntó con voz suplicante al que estaba más cerca de ella:

—¿Caballero, no podría entrar yo?

El interpelado era un hombre ya maduro, de cara simpática.

Movió la cabeza diciendo, pero con amabilidad:

—No, es imposible.

Al mismo tiempo consultó á sus compañeros con una ojeada.

Estos contestaron como él.

—No, no, no se puede.

Los ojos de Teresa se llenaron de lágrimas.

La daba vergüenza ser así despedida delante de toda aquella gente que la miraba.

Se disponía á retirarse, muy colorada, con el corazón angustiado, los ojos linchados, cuando un caballero muy sencillo, de mediana estatura, de ojos chispeantes de inteligencia, de sonrisa dulce y fina, interrumpió su conversación con un amigo y dirigiéndose á los de la taquilla preguntó:

—¿Qué es eso?

Uno de los empleados le puso al corriente en dos palabras.

Hizo una seña á Teresa y esta se acercó á él:

—¿Queréis entrar, hija mía?—la preguntó.

—Sí, señor.

El, la examinó con una mirada llena de piedad.

¡Oh! no tuvo necesidad de explicaciones.

Comprendió todo, su angustia, su resolución desesperada y muy bajo la dijo:

—¿No podéis por menos?

—No.

—Pasad, la dijo suspirando con sentimiento.

Era el director, un buen hombre, conocido de todo París.

Y volviendo á su amigo:

—¿Has visto?...—preguntó.

—Sí.

—¿Qué joven tan encantadora!

—Sí. Una alhaja.

—¿Si no se necesitaran más que diez lrisés para salvarla!

—¿Qué compasivo eres! En seguida te conmueves.

Y añadió encogiéndose de hombros:

—¡Hay tantas aquí como ella!

Y se internaron en el jardín.

La música tocaba desafortadamente.

Los bailarones se entregaban á las excentricidades de un can-can, que en otros tiempos hubiera atraído las severidades de la vigilante policía y ofendido el pudor de los municipales de servicio.

Teresa estaba completamente aturdida.

Sentía una especie de vértigo por tanto ruido, tanto movimiento y tanta luz.

La pobre joven se veía arrastrada por la multitud y obligada á marchar en la fila sin poder revolverse.

Llegaban á sus oídos dichos que la hacían temblar y replegarse sobre si misma, como una sensitiva por un toque brutal.

En verdad, Teresa, no podía pasar desapercibida en la multitud.

No hacía media hora que estaba allí, cuando ya los abonados, esos que quieren saber todo lo que pasa, los jueces del campo, por decirlo así, se preguntaban:

—¿Habéis visto la pequeña de luto?

—¡Ya lo creo!

—¡Una maravilla, eh!

—Le falta adorno al cuadro!

—No la costará trabajo encontrarlo.

—Parece que está triste.

Era verdad.

Estaba, en efecto, muy triste, asustada, perdida en medio de aquel ruido y en aquella atmósfera nueva para ella.

De pronto se volvió, palideciendo.

Una voz muy conocida la preguntaba:

—¿Qué hacéis por aquí, desgraciada?

Era la voz del Sr. Quillet.

El Sr. Quillet era uno de los asiduos concurrentes al jardín de París.

Teresa, al reconocerle, se estremeció y se puso colorada hasta las orejas.

Hubiera querido escapar, huir.

Se sentía tan profundamente humillada, tan avergonzada, como si hubiera sido cogida en infraganti delito de robo.

El señor Quillet no la dió tiempo para retirarse.

La cogió por el brazo, la sacó de entre la multitud, la llevó hacia el café y allí la obligó á sentarse en una de las mesas, y se colocó él enfrente de ella.

—Sí, ¿cómo estais aquí y qué veniais á hacer?

Teresa, deseosa de hacer desaparecer cuanto antes las dudas que hubieran podido ocurrir al señor Quillet al verla allí, respecto á cual serían sus propósitos al entrar en aquellos sitios, contestó de prisa.

—He sido despedida esta mañana... no por culpa mía, sino porque no he querido... He ido á las agencias de colocaciones... puesto que nadie quiere ayudarme. Se burlaron de mí. Entonces, como no tenía ni dinero ni nada... tuve intención de tirarme al río; pero el recuerdo de mi hijo me retuvo.

Se acercó un mozo.

—¿Qué desean los señores?—preguntó.

—¿Qué vais á tomar?—preguntó el señor Quillet á Teresa.

—Café—dijo resueltamente.  
—Bueno—dijo el propietario—y para mí un bock.

—¿Quereis que os lleve á cenar?—preguntó el señor Quillet á Teresa cuando quedaron solos.

—No.

—¿No habreis comido?

—No.

—¿Por qué?

—No tenía dinero.

—¿Y ahora?

—No tengo hambre.

El señor Quillet se encogió de hombros.

—¿Por qué no habeis recurrido á mí?—la dijo.

—Porque me da vergüenza.

—¿Y no os da vergüenza venir aquí?

—¿Qué me importa?—replicó vivamente.

A estas gentes ni las he visto nunca ni volveré á verlas, con seguridad, y además ni me conocen ni las conozco.

—Razón de más... ¿Qué interés queréis que tengan por vos?

—¡Oh! ¡interés!... ¡Me pregunto quién lo tendrá por mí!

El mozo llegó con lo que se le había pedido, lo dejó sobre la mesa y se retiró.

El señor Quillet bendecía su estrella, que le había guiado tan á propósito al Jardín de París.

Detallaba á aquella joven, cuya ausencia tanto le había preocupado, y la encontraba más á su gusto que nunca.

La devoraba con los ojos, presa de nuevo por los deseos que antes le había inspirado, hasta el punto de hacerle renunciar á sus hábitos de economía y aceptar cargas, modestas, pero que él no hubiera hecho por nadie antes de encontrarla.

—¿Habéis ido á la calle del Echandé?—la preguntó con tono insinuante.

—Sí.

—¿Habéis visto á la señora Guignard?

—En efecto.

—Os he guardado vuestra habitacioncita. Sabía que la necesitaríais un día ú otro.

—Sin embargo...

—No, ya veis, en todas partes pasa lo mismo...

—Pues bien; francamente, es triste!..

—No digo que no; pero ¿qué podemos hacer nosotros en eso? ¿Dónde estábais?

—De cajera en un café.

—¿En qué barrio?

—En la calle de Rívoli.

—¿Por qué no me lo dijisteis?

—¿Para que hubiérais ido á visitarme con demasiada frecuencia? Yo quería ver si podía seguir allí y hacer mi aprendizaje, si podía conseguirlo...

—¿Y no marchaba bien la cosa?

—Sí.

—Pero llegó el momento psicológico, como no podía menos de suceder... ¿eh?  
Teresa no contestó.

—¿Y ocurrió?... Vamos, contádmelo. ¿Qué edad tenía el patrón?

—Cuarenta años.

—¿Casado?...

—No, como vos, solterón.

—¿Se encendió como la yesca?

El señor Quillet reía con toda su alma.

—Esto era fatal. Por otra parte, si él hubiera sido casado, no hubierais estado mucho tiempo en su casa, suponiendo que os hubiesen dejado entrar en ella.

—¿Por qué?—preguntó maquinalmente Teresa.

—Porque la patrona os hubiera puesto de patitas en la calle por celos.

—¿Luego para vivir es preciso ser fea?—dijo Teresa con mucha amargura.

—Cuando uno no es rico, eso es preferible.

La orquesta hacía un ruido enorme.

Teresa hacía ya largo rato que había concluido de tomar su café.

Con los codos sobre la mesa escuchaba al señor Quillet, que la recordaba con complacencia sus proposiciones pasadas.

Apenas si las oía.

A medida que la noche avanzaba, las conversaciones de los paseantes eran más animadas.

Teresa veía inclinarse unas cabezas hacia las otras; adivinaba las palabras que se cambiaban y de todo lo que el señor Quillet se esforzaba en decirle ella no comprendía más que este dilema que la había expuesto hacía tiempo:

«¡Mía ó de otro!»

—¿Cuándo marchamos?—preguntó el señor Quillet con dulzura.

—Cuando querais—contestó Teresa levantándose.

Pero se quedó inmóvil, vacilante, indecisa.

El señor Quillet la afreció el brazo.

—No, no—dijo Teresa con viveza.—Saldré sola y os incorporaréis á mí fuera, en la avenida.

Teresa no esperó la respuesta y se alejó con paso rápido.

Algunos gomosos de smokin ó de levita, con un clavel en el ojal y el pardesús al brazo, trataron de detenerla.

Ella se deslizó como una anguila á través de la multitud y llegó á la puerta.

El señor Quillet la seguía á distancia, sin poder alcanzarla, inquieto y temiendo que al verse fuera de aquellos sitios huyera.

No tuvo esta mala suerte.

Teresa se detuvo á pocos pasos de la salida, bajo unos árboles, del otro lado de los curiosos, que esperaban la salida como habían esperado la entrada.

—¡Oh!—dijo cuando se acercó á ella enjugando el sudor que le corría por la frente, andais tan de prisa que he temido no volver á encontraros.

—¿A dónde quereis que vaya?... Y además, la desgracia no hubiera sido grande.

—¡Oh! ¡sí, sí!

—La cogió del brazo y la hizo montar en un coche de la Urbana.

Y, hablando al cochero, en voz muy baja, le dió una orden.

El coche volvió por los Campos Elíseos, su-

bió hacia el arco de la Estrella y bajó la avenida Friedland.

—¿A dónde vamos?—preguntó Teresa.

—A respirar un momento antes de retirarnos.

Teresa no preguntó más, se apelotonó en un rincón y se resignó.

El coche no tardó en encontrarse en el boulevard Malesherbes; ganó la Opera, la calle del Cuatro de Septiembre y se paró hacia el medio de la calle de Vivienne.

—Hemos llegado—dijo el señor Quillet ofreciendo galantemente el brazo á su conquista.

Pagó con espléndidez al cochero y sorprendiendo entonces un estremecimiento de Teresa:

—¡Vamos á ver—la dijo,—no tembleis! ¡No tenéis nada que temer!

Atravesaron un ancho portal, un patio grande y subieron una escalera situada en un rincón de aquel patio.

—Vais á ver mis lares—dijo el solterón sonriendo.—No vale tanto como el Eliseo... Es un simple retiro de soltero.

Estaba muy alto.

El señor Quillet subía la escalera con paso firme y sin sofocarse, como hombre fuerte que era.

En el cuarto piso se detuvo y metió la llave en la cerradura.

Teresa hizo un movimiento para volver á bajar; la faltaba valor.

El señor Quillet estaba de espaldas á ella y no pudo percibirse del movimiento.

—Entrad—dijo, volviéndose;—estamos en nuestra casa... tranquilos... No hay nadie... no tengo más que la portera para servirme. Ella me arregla la habitación... Esto es económico y seguro.

El cuarto era bastante grande, de techos altos; se componía de tres ó cuatro piezas, un vestíbulo, dos salas, de las que una servía de gabinete de tocador, y la otra de dormitorio.

Se conocía que aquella visita no había sido prevista, porque no habían desaparecido ciertos recuerdos que podían asustar á una nueva querida.

Las paredes del dormitorio estaban adornadas con fotografías de antiguas conocidas en posturas más ó menos despreocupadas.

Naturalmente, esto fué lo primero que llamó la atención de la joven.

Su corazón se sublevó.

El señor Quillet se deshacía en atenciones para con ella; puso en un velador, cerca de la cama, una licorera bien provista, y dijo:

—Ya veis que esto no es lujoso, pero es comfortable. Una simple habitación de soltero, en la que nada falta. ¡Ya veréis qué bien vivimos aquí!

Y dicho esto, se acercó á Teresa, echándola uno de sus brazos alrededor del cuello, rodeándola con el otro la cintura y tratando de besarla en los labios.

Teresa, haciendo un gran esfuerzo, le separó y lanzó un grito de cólera que no pudo reprimir.

—No—dijo,—no. Eso no será... ¡Es imposible!

El señor Quillet retrocedió.

—¿Qué es lo que no será, hermosa mía? preguntó con tono irritado.

Teresa no contestó.

—¡Vamos! —repuso el señor Quillet, —no seáis chiquilla!

—¡No puedo!

—Reflexionad...

—¿Qué queréis que os diga!... ¡Eso es más fuerte que yo!... ¡No puedo!

—No se conduce uno como vos lo hacéis...

—No trato de disculparme... ¡Os pido perdón!... ¡Habéis sido bueno para mí!

Y quiero seguir siéndolo; pero, francamente, hacéis difícil que uno sea complaciente.

El señor Quillet se irritaba cada vez más. Un solo paso y llegaba á la cólera.

—Es un papel tonto el que me hacéis desempeñar. ¿Estaréis mañana más avanzada que hoy?

Teresa repitió, dirigiéndole una mirada extraña:

—¿Mañana?

—Sí, mañana, cuando despertéis en una guardilla, sin pan, cuando tengáis que empezar de nuevo vuestras excursiones, os pesará haberos enemistado con el único amigo que encontraréis tal vez... Yo era para vos la salvación...

—Lo sé.

—¿Pero no la queréis?

—No me agobiéis, os lo suplico... ¡Bastante triste estoy ya!

—¿Y la criatura por quien queríais sacrificaros? ¿Qué será de ella?

Una punzante angustia oprimió el pecho de Teresa.

Estuvo á punto de ceder.

Pero se rehizo y contestó:

—Os juro que os estoy reconocida; pero...

—Yo me rio de las palabras... Lo que yo quiero son actos... ¿Queréis, sí ó nó?

—No puedo. ¡Dejadme salir!

—Como queráis. Pero os juro por mi nombre, que si pasáis esa puerta, ya no existiréis para mí... Ahora, marchad si queréis... Yo no he retenido á ninguna mujer por fuerza...

Teresa hizo un esfuerzo sobre sí misma y se dirigió hacia la puerta.

En el momento en que iba á franquearla, la cogió por el brazo el señor Quillet, la volvió hacia atrás, y mirándola con fijeza á la cara, la preguntó:

—¿Habéis pensado bien lo que hacéis? Mañana os encontraréis en medio de la calle.

—Lo sé.

—Os doy veinticuatro horas para abandonar mi cuarto. ¡Ni un minuto más!

—¡Bien!

El señor Quillet, no pudiendo ya contenerse, se desató en improperios contra la pobre joven, diciéndola mil groserías.

Juró como un cochero ebrio, y exclamó:

—¡No he visto nunca cosa semejante! ¡Marchaos, porque no sé lo que sucedería si seguís aquí!...

Teresa huyó.

El señor Quillet cerró la puerta con violencia detrás de ella.

El gas estaba ya apagado.

Teresa bajó como pudo, tropezando, con riesgo de caer, y llegó al patio.

La costó trabajo despertar al portero, y por fin se encontró en la calle.

Era la primera vez que estaba fuera de su casa á aquellas horas.

Llena de terror, temblando de emoción, marchó muy de prisa á través de los muelles, atravesó el Sena por el puente de los Santos Padres y llegó tiritando, pero sin accidente alguno á la calle del Echaudé. La señora Guignard que dormía á más y mejor, se despertó al oír la campanilla, para volver á caer otra vez en la pesadez del primer sueño. La desgraciada joven subió la escalera á tientas, como había bajado la de la calle Vivienne.

No había visto un coche de alquiler parado á la entrada de la calle del Echaudé, en el boulevard de San Germán.

Desde aquel coche acechaba un hombre su llegada.

Era el señor Quillet.

Minutos después de la salida de Teresa, el hombre, lleno de remordimientos se había puesto en persecución de ella diciéndose con terror:

—Con tal que no vaya á echarse al río!

Al verla al fin, respiró, y ya tranquilo, cuando la puerta de su inmueble se cerró detrás de ella, dijo al cochero:

—A la calle Vivienne.

## XI

### Correspondencias.

El señor Jacobo Mortens á Marcellus, organista de la Hotkirche en Lucerna (Suiza).

«Mi querido hijo:

»No os he contestado antes porque hace unas semanas que no me encuentro bien.

»Un enfriamiento me ha ocasionado una especie de pneumonía de la que he salido ya, según afirman los doctores.

»Lo malo de estas pneumonías es que vuelven cuando uno menos lo piensa.

»Desde vuestra partida la casa ha cambiado de aspecto, á mis ojos al menos, y yo creo también que á los del señor Silas Barker.

»El pobre hombre os hecha de menos ciertamente.

»Pero vos le conocéis.

»El guarda sus impresiones para sí.

»No obstante, esta aventura ha sido un golpe para él, y si conserva la actividad de siempre, ha perdido su buen humor.

»La señora Barker ha comprado un hotel en París, en la plaza Wagram; le ha costado un millón, lo que representa un cierto número de pianos y órganos que fabricar, pero la caja es buena y se llena á menudo.

»Ya sabéis que Minnie es la única heredera de la familia.



El señor Quillet cerró la puerta con violencia detrás de ella.

El gas estaba ya apagado.

Teresa bajó como pudo, tropezando, con riesgo de caer, y llegó al patio.

La costó trabajo despertar al portero, y por fin se encontró en la calle.

Era la primera vez que estaba fuera de su casa á aquellas horas.

Llena de terror, temblando de emoción, marchó muy de prisa á través de los muelles, atravesó el Sena por el puente de los Santos Padres y llegó tiritando, pero sin accidente alguno á la calle del Echaudé. La señora Guignard que dormía á más y mejor, se despertó al oír la campanilla, para volver á caer otra vez en la pesadez del primer sueño. La desgraciada joven subió la escalera á tientas, como había bajado la de la calle Vivienne.

No había visto un coche de alquiler parado á la entrada de la calle del Echaudé, en el boulevard de San Germán.

Desde aquel coche acechaba un hombre su llegada.

Era el señor Quillet.

Minutos después de la salida de Teresa, el hombre, lleno de remordimientos se había puesto en persecución de ella diciéndose con terror:

—Con tal que no vaya á echarse al río!

Al verla al fin, respiró, y ya tranquilo, cuando la puerta de su inmueble se cerró detrás de ella, dijo al cochero:

—A la calle Vivienne.

## XI

### Correspondencias.

El señor Jacobo Mortens á Marcellus, organista de la Hotkirche en Lucerna (Suiza).

«Mi querido hijo:

»No os he contestado antes porque hace unas semanas que no me encuentro bien.

»Un enfriamiento me ha ocasionado una especie de pneumonía de la que he salido ya, según afirman los doctores.

»Lo malo de estas pneumonías es que vuelven cuando uno menos lo piensa.

»Desde vuestra partida la casa ha cambiado de aspecto, á mis ojos al menos, y yo creo también que á los del señor Silas Barker.

»El pobre hombre os hecha de menos ciertamente.

»Pero vos le conocéis.

»El guarda sus impresiones para sí.

»No obstante, esta aventura ha sido un golpe para él, y si conserva la actividad de siempre, ha perdido su buen humor.

»La señora Barker ha comprado un hotel en París, en la plaza Wagram; le ha costado un millón, lo que representa un cierto número de pianos y órganos que fabricar, pero la caja es buena y se llena á menudo.

»Ya sabéis que Minnie es la única heredera de la familia.

- » ¡Eso parisienso son admirables!
- » ¡Cuantos barones, marqueses y condes traidos habrá que se alegrarían mucho de poder poner la mano sobre la dote.
- » Parece que abundan los pretendientes.
- » El señor Silas se encoga de hombros, pero adora a Minnie y hará lo que ella quiera.
- » Minnie habla con frecuencia de vos en las cartas que escribe a su padre, casi todos los días y le habla con gran sentimiento.
- » Sin embargo, las últimas me parecen menos tristes.
- » París produce su efecto en el espíritu de la pobre joven.
- » Queréis que os diga el fondo de mi pensamiento?
- » Pues bien; si no hubiera sido por la degradación de vuestra familia, yo no os hubiera compadecido.
- » Más bien os hubiera envidiado.
- » ¿Qué hay preferible a la paz de que gozáis, en medio de esas buenas gentes, en uno de los mejores paisajes del mundo, con la satisfacción del deber cumplido, la salud y el consuelo del arte y la juventud?
- » El señor Silas ha estado aquí hace un momento.
- » Yo estaba escribiendo.
- » Se ha inclinado y ha comprendido que era á vos.
- » Este hombre tan fuerte, tan enérgico, ha tenido un momento de emoción.
- » Ha exclamado:
- » — ¡Ah! Mertens, decidle lo mucho que...

- » Y ha salido sin poder concluir.
- » En resumen, se os quería aquí, mi pobre Marcelo; se os apreciaba en lo que valeis, y se os echará de menos largo tiempo.
- » Vuestro antiguo maestro y siempre amigo

» JACOBO MERTENS. »

*Juan Montarón al vizconde de Fleuse.—Hotel Halifax, en Brisbane (Australia).*

« Mi querido vizconde:

- » Comienzo á desesperar.
- » Ni una noticia de Teresa.
- » A pesar de mil excursiones por París, no he podido averiguar nada.
- » Sigo ocupándome de mi trabajo en esta casa, y ya me tenéis casi al corriente de los primeros del oficio.
- » Llego al punto que más os interesa, y no sé cómo deciros la verdad.
- » Se que sois valiente y que soportaréis este golpe de la suerte como habéis soportado tantos otros y por eso entro de lleno en el asunto.
- » Hé aquí lo que ocurre:
- » Habiais colocado mal vuestro cariño.
- » Vuestra querida Angela no era tal como la suponiais.
- » He ido á la calle de Verneuil en donde he encontrado, como me habiais anunciado, unos porteros muy complacientes y muy honrados.
- » Les dije que era un amigo del señor de Fleuse.

» Vuestro nombre pareció alegrarles y recordarles cosas agradables.

» ¡Ah! sí — exclamó el portero; — el señor de Fleuse es un digno joven!

» Un buen muchacho añadió la portera, y nada orgulloso. ¿Dónde está?

» Ha ido á tratar de restablecer su fortuna que perdió en parte...

» En la Bolsa, lo sé. ¿Y va bien el asunto?

» Pensé en las promesas del señor Turner y respondí:

» Sí, no es más que cuestión de tiempo.

» ¿Cuánto?

» No se puede saber, de siete á ocho años tal vez. Ha hecho un negocio soberbio.

» Mucho me alegro.

» La portera, más inteligente que su marido, me miraba con curiosidad.

» Por fin me dijo:

» ¿Venís á adquirir noticias sobre la pequeña?

» Instantemente... El vizconde me ha suplido...

» ¿Estabáis con él?

» Sí.

» ¿Dónde?

» En Australia.

» ¿Es lejos, eso?

» Bastante... Unas cuantas miles de leguas.

» ¿Tanto?

» Se necesitan treinta días en vapor para llegar y eso marchando bien.

» Pues bien, decid á vuestro amigo que no

se tome el trabajo de venir, si es por la señorita. No merece la pena, en verdad.

» ¿Por qué?

» No había apenas marchado él, aunque la había dejado con qué vivir, cuando ella había ya tomado otro...

» ¿Nos entendemos? — Hablamos de la señorita Angela.

» Sí, sí, de Angela Duprat, la amiga del señor Fleuse, que la colmaba de todo... Ella debía conocer al individuo con quien se ha marchado... Salió de la casa llevándose los muebles para ir á vivir á la calle Poissonniere. Parece que se ha casado.

» ¿Con quién?

» Con el individuo que la sacó de aquí.

» ¿En qué se ocupa?

» Es peluquero. Le ha puesto tienda ella. La portera me dijo la calle y el número donde estaba el establecimiento.

» Id allá — me dijo. — La veréis á ella.

» A fin de poder daros noticias ciertas, seguí el consejo de la portera.

» El peluquero es un chisgaravís que no tiene buena cara.

» De un papirotazo se le pegaría á la pared.

» Yo creo que vuestra antigua amiga echa de menos su pasado y está pesarosa por la tontería que ha hecho.

» El establecimiento es bastante lujoso, pero la patrona me parece triste y de mal humor.

» Me ha sido fácil averiguar lo que os cuento. Si no os lo escribí en seguida, fué porque las malas noticias llegan siempre muy pronto.

»Y porque además esperaba dáros las buenas de otra parte.

»Pero nada aún.

»Se me ha metido en la cabeza ir á la Boca del Lobo á ver á Pedro y á nuestra madre.

»He podido hacer algunas economías. Pienso salir el sábado, sorprender á aquella buena gente y volverme en seguida á mi puesto.

»Estoy tranquilo y nadie piensa siquiera en mí, estoy seguro.

»Me ocupo de mi trabajo con conciencia, y me atrevó á decir que estoy muy bien visto en la casa Morard.

»Se creería que soy uno de sus pilares, y que me conocen desde hace veinte años.

»No tardaré en escribiros de nuevo, y espero tener mejores noticias que daros.

»Nada me lo prueba, pero es una idea que tengo.

»Vuestro afectísimo,

»JUAN.»

«Cuando haya perdido toda esperanza de encontrar á Teresa y haya visto á mi madre y á mi hermano, si me necesitáis, no tenéis más que decírmelo.»

*Guillermo Montarón á Juan Aron, en casa de los señores Morard, hermanos, horticultores en Bolonia, cerca de París.*

«Mi querido Juan:

»Mi compañero me ha cedido hoy el puesto.

»La noticia que le has dado le ha tenido muy triste durante una porción de días.

»Quería á esa joven y me hablaba de ella á menudo.

»Gozaba con la idea de enriquecerla y aun pensaba en casarme con ella.

»Hoy me parece más tranquilo.

»Pero la perfidia y la ligereza de esa mujer le han desengañado.

»Hoy está de caza de patos acompañado por nuestro negro.

»El río está lleno de aves y esto es un recurso para nosotros. Todos los días tenemos asados.

»Todo marcha bien.

»Decididamente el respetable Turner se portó lo más honradamente del mundo.

»Los productos obtenidos hasta hoy superan á lo que él nos decía.

»Acabamos de vender en Brisbane los bueyes que hemos podido sacar sin perjuicio de nuestras posesiones, y esto, unido al producto de nuestras lanas que son excelentes, nos ha dado unos cuarenta mil francos de beneficio.

»El año que viene, á menos de una desgracia imprevista, obtendremos el doble, y la renta aumentará en los años siguientes.

»El señor de Fleuse me ordena que te envíe dos mil francos.

»Tiene un corazón de oro.

»No quiere que á sus socios—y dice que todo es común entre nosotros,—les falte dinero.

»He tenido que conformarme con su deseo, so pena de contrariarle.

»Te acompaño un cheque por esa cantidad, y lo podrás cobrar cuando quieras.

»No habrá ninguna dificultad.

»El banquero está advertido.

»Sí, como dices, no necesitas nada, envía algún dinero á casa y encarga á Pedro que reembolse á nuestro amigo el cazador de topos lo que me ha, no prestado, sino dado.

»Guardarás el resto para Teresa y para tí.

»Espero que por fin la encontrarás.

»Principio á creer que en unos cuantos años de buen trabajo llegaremos, sino á hacer una fortuna, al menos á poder vivir con desahogo el resto de nuestros días.

»Hemos comprado ya algunas parcelas de terreno limitrofe con la finca y esperamos con el tiempo adquirir mucho más.

»No tenemos mucho dinero y debemos dedicar el que podamos á aumentar nuestros negocios poco á poco.

»Apruebo tu proyecto de ir á ver á nuestra madre y hermano.

»Pero te encargo que tomes grandes precauciones.

»Dí á madre y á Pedro, que se tranquilicen y que tengo grandes esperanzas.

»Yo creo que pagaremos fácilmente nuestras deudas en uno ó dos años, y que por esa parte nada tenemos que temer. Para el resto, mi pobre Juan, es preciso esperar el porvenir.

»No te ocultaré que nos haces mucha falta, pero me alegro que estés en París, seguro de que harás lo que yo en tu lugar haría por Teresa y los nuestros.

»De Fleuse te profesa una verdadera amistad, y te advierto que no es hombre que la prodigue.

»Es un carácter seguro y generoso.

»Creo que estamos unidos para toda nuestra vida.

»Hasta otra, querido Juan.

»Pensamos en tí con frecuencia, y es una verdadera satisfacción para nosotros recibir tus cartas, sobre todo si no contienen noticias como la última que dabas al barón.

»Te abrazo por él y por mí.

»GUILLERMO.

»P. D. Llega de Fleuse.

»Ha hecho una caza milagrosa.

»Está muy contento.

»Me ha dicho:

»—A fe mía que ya no pienso en Angela.

»Esto tal vez no sea del todo verdad; pero si no lo es hoy, lo será mañana.

»G.»

*Fernanda de Corbiere al conde Gabriel de Corbiere, hotel de la Métropole, en Interlaken (Suiza).*

«Mi querido Gabriel:

»Estamos en la Forté.

»Jamás me ha parecido tan triste esta casa.

»Yo hubiera querido que mi madre nos hubiese dejado en París, desde donde hubiéramos ido á Fontaine cuando ella hubiera querido.

»Pero desde que la dije que yo era aún muy joven para casarme y que deseo conservar mi libertad uno ó dos años todavía, se muestra de tal modo voluntariosa conmigo, y diría irascible y tirana si no fuese por lo mucho que la respeto, que la vida se me hace verdaderamente difícil.

»Yo la encuentro muy cambiada, y sobre todo á partir de una visita que la hizo el señor Letanneur de la Gigonniere, te acordarás de este señor, el abogado que defendió á los Montarón en el asunto de Blois.

»Desde entonces apenas si me dirige la palabra.

»No te ocultaré que está casi furiosa por mi negativa de casarme con su favorito el marqués de Sauves.

»No sé en verdad cómo son tan amigos, porque parecen el agua y el fuego.

»Huberto es de carácter franco, alegre, comunicativo, generoso, y yo me complazco en reconocerle una multitud de buenas cualidades.

»Pero de eso á casarme con él con una precipitación que no me deja tiempo para reflexionar, hay una gran distancia.

»No estoy decidida á ello, no, no.

»Quiero esperar.

»Veré más tarde si es tiempo aún.

»Llego al objeto de mi carta.

»Mi querido Gabriel, si tuvieses un poco de compasión por mí, escribirías á mi digna madre para decirle que quieres tenerme á tu lado unos días y que sería muy amable en en-

viarme á Interlaken acompañada de mi doncella.

»Entretanto paseo á caballo por el bosque de la Ferté, completamente sola; corro por el campo, voy á ver al cura, toco alguna que otra vez el órgano, que he hecho arreglar y ha quedado muy bien.

»Y, por fin, tengo el gusto de ver á Baras-son, que se erece de día en día en esta casa, dando órdenes y rivalizando en influencia con Launay, á quien mi madre ha traído este año á la Ferté, y cuyos pasos me parecen siempre muy extraños.

»Esta fea jorobada, rueda y huronea sin cesar por todas partes con el ardor del gato que acecha á un ratón.

»¿Qué busca?

»Lo ignoro, pero seguramente busca algo.

»Estos dos seres me son antipáticos en extremo.

»No recibimos y no vemos á nadie.

»Yo podría creer que mi madre quiere hacerme la vida presente bastante odiosa para hacerme aspirar después á la tierra prometida del matrimonio.

»Esta maniobra no es acertada.

»Tengo yo una cabecita sumamente dura y obstinada.

»Tal vez hubiera consentido en ese matrimonio desde hace mucho tiempo, si se hubiera insistido menos en favor de ese pretendiente.

»Si tú puedes proporcionar una pequeña distracción á mis ligeros aburrimientos, mi

## La última etapa.

Teresa, al salir de casa del señor Quillet, estaba en el estado de abatimiento en que se encuentra el hombre que ve arrancarse la última rama á que podía agarrarse, y que la lucha es imposible, que en adelante está desarmado y que no le queda más remedio que dejarse arrastrar por la corriente y morir.

La copa era demasiado amarga.

Teresa le rechazaba.

Se encerró en su guardilla, dejó caer sus ropas al suelo, se acostó y destrozada cayó en un profundo sueño. ¿No la había concedido el señor Quillet veinticuatro horas de plazo?

Durante veinticuatro horas podía estar libre y tranquila allí.

Era más tiempo que el que necesitaba para ejecutar el proyecto que súbitamente había germinado en su imaginación.

Cuando despertó era ya bastante entrado el día.

Teresa suspiró.

Era un hermoso día de agosto, caluroso y despejado.

En los campos, bajo los grandes árboles, debía estarse muy bien.

Teresa se acordó de su cuarto de la Boea del Lobo, con sus dos ventanas que daban, la una sobre los pocos olmos del patio y la otra al campo cubierto de maduras mieses.

Crejó ver á Pedro, acompañado por Magdalena, conduciendo sus reses al prado, á su anciana madre asegurandose de que todo estaba en orden en la casa, y se dijo que hubiera querido abrazarles por última vez, y sobre todo, volver á ver á su hijo, á su Rolando.

Pero esto era imposible.

No le quedaban más que algunos céntimos, ¿y cómo franquear la distancia que le separaba de aquel hijo, causa de sus penas, y á quien, sin embargo, amababa con tanta pasión?

Además, ¿qué hubiera dicho á la nodriza, á quien debía una cantidad que no podía pagar?

¿Cómo excusarse y confesar su miseria?

Sin embargo, en medio de su desesperación, experimentaba una triste satisfacción al pensar en la venganza que quería ella ofrecerse en su último momento.

Esta venganza era la de un alma dulce, una venganza bien ligera y que no atenuaría el mal que iba á hacerse.

Se sentó á su mesita y escribió las cartas siguientes:

«Mi buena madre:

»Te pido perdón por el acto irreparable que voy á cometer.

»La vida me es insoportable.

»Al venir á París, esperaba, con la ayuda de mi trabajo, ganar suficiente para subsistir con el hijo cuyo nacimiento quería ocultarte, á fin de evitarte una gran pena. No puedo.

»He ensayado. Otras tienen, sin duda más suerte. La desgracia me abrumba.

• »No tengo fuerza para soportarla más tiempo. Con el corazón desgarrado te escribo estas líneas.

»Jamás he ambicionado la fortuna.

»Mis deseos eran modestos.

»No quería más que lo necesario; pan para mí, un poco de dinero para pagar la nodriza de mi hijo.

»Le he puesto Rolando, el nombre de su padre.

»Está en casa de una buena mujer de Fontaine, á poca distancia de Rambouillet, cerca del castillo de su abuela, la señora de Corbiere.

»La nodriza es la señora Lapierre.

»Querida madre, os recomiendo á tí y á mis hermanos esa pobre criatura, que no abandonaréis por necesitados que estéis.

»¡Queredle como yo os he querido á todos siempre, fiernamente!

»El no tiene la culpa de mis debilidades y de mis faltas.

»Dí á Pedro y Magdalena que he pensado en ellos con frecuencia.

»Dirás al cazador de topos que tiene un sitio en mi corazón como lo tiene en nuestra familia.

»Sí, os quiero mucho á todos, á Pedro, á Marcelo y á Guillermo y mi pobre Juan; á todos, en fin; ¡Bien lo sabéis!

»No os volveré á ver, pero sé que no me olvidaréis.

»Si encuentran mi cadáver, procurad que me transporten á nuestro cementerio de la Ferté,

»Querida madre, es preciso que te lo confiese!

»Tengo miedo de que me echen en la fosa común de algún cementerio de París.

»Allí al menos, á la sombra de los grandes cipreses, bajo las paredes de nuestra iglesia, iréis de cuando en cuando á rogar por mi alma, á pensar en mí, y las flores de los prados crecerán alrededor de mi tumba, guardada por una cruz de boj.

»Sé que lo haréis si es posible.

»¿Pero podréis?

»¡Sin duda que no, porque somos tan pobres!...

»¡Adiós, querida madre; adiós todos!

»Lo que voy á hacer está mal hecho, pero ya no tengo fuerza para humillarme y para sufrir.

»Os abraza por última vez con todo su corazón vuestra

»TERESA.»

Terminada esta carta, comenzó otra.

En sus hermosas facciones brillaba un rayo de malicia.

«Señora:

»Yo vivía pobre, y sin embargo feliz en mi humilde condición.

»No tenía ambición ni deseos.

»Me bastaba el cariño de los míos.

»Un día, un joven elegante, noble de corazón y de origen vino á mí.

»Me hizo proposiciones que tuve la debilidad de escuchar.



»Me hizo proposiciones que tal vez no tenía intención de cumplir.

»Hicé mal en creerle.

»Además, puedo confesároslo, porque no me avergüenzo de mi amor, me sentía inclinada hacia él por una fuerza irresistible.

»Cedí á sus súplicas.

»Fui su querida.

»¿Para qué he de mentir cuando voy á morir?

»¡Me creeréis!

»¡Esta ha sido la única falta de mi vida!

»Yo no tenía ninguna mira ambiciosa. ¡Dios me es testigo!

»Pasaron tres meses: tuve algunas de esas horas de dicha que no se olvidan y que me darán fuerzas dentro de algunos momentos, cuando las necesite.

»Me diré que al morir voy á unirme á él, y esta esperanza me sostendrá en el triste paso que me espanta.

»Debo deciros porque muero.

»Vuestro hijo ya no existe.

»No le acuso y sigo queriéndole.

»Pero al huir de la casa de mi madre para ocultar mi vergüenza, me he encontrado sin recursos.

»He tratado de ganar mi vida y la de mi hijo, cobardemente abandonado por aquellos que están en el deber de sostenerle.

»Yo esperaba que, trabajando con ardor ganaría para criarle, sin pedir nada á nadie.

»Es una fatalidad—y yo lo he experimentado—que una joven pobre, á menos de circuns-

tancias particulares, no pueda vivir honradamente de su trabajo.

»Para conservar la única colocación que encontré, me hubiera visto obligada á someterme á exigencias que me repugnan.

»No quise.

»Hice lo que pude y lo que debía hacer.

»Ese niño quedará solo en el mundo.

»No iré más allá.

»¡Lo lego á mis pobres parientes!

»Acabo de confesárselo todo á mi madre.

»En cuanto á vos, señora condesa, que no habéis tenido un pensamiento generoso para ese hijo de vuestro hijo, para esa criatura de vuestra sangre, que le despreciáis y le rechazáis, ¡os maldigo con todas las fuerzas de mi ser!

»Vuestras durezas fueron la causa del terrible drama ¡en... que encontró la muerte vuestro pobre hijo!

»Ellas son también las que van á causar la mía.

»Tal vez un día seais herida de nuevo en vuestros más queridos afectos.

»¡Quién sabe el castigo que Dios reserva á vuestros odios injustos y á vuestro indomable orgullo!

»¡Su justicia puede tardar, pero llega su hora!

»¡Adiós, señora!

»Que el recuerdo de una desgraciada turbe vuestro sueño, y que mi pálida imagen se una á la de Rolando, á quien amé con tanta sinceridad, para recordaros sin cesar vuestros des-

denes, vuestros rigores y las desgracias que han ocasionado.

»Esta es la última voluntad de una moribunda.

»¡Yo quisiera perdonar, pero no tengo valor para hacerlo!

»TERESA MONTARÓN.»

Metió las dos cartas en sus correspondientes sobres y se puso á hacer su tocado con esmero.

En aquel momento sintió las contracciones del hambre.

No había vuelto á tomar nada desde su modesto desayuno hecho en casa de sus amigos los Krug.

—¡Bah!—dijo hablándose á sí misma.—¡Animo, mi pobre joven; no te queda mucho tiempo que sufrir!

Cuando se decidió á salir eran cerca de las diez.

Estaba elegante como el día en que tan alegre fué á ver á su hijo á Fontaine.

La señora Guignard acechaba su salida.

La portera estaba intrigada: hubiera dado cualquier cosa por saber lo que había pasado la víspera.

Pero Teresa pasó muy de prisa diciendo:

—No puedo detenerme.

—¿Estáis mejor esta mañana?

La joven sonrió tristemente:

—Sí y no—dijo.

Puso las cartas en el primer buzón que encontró en su camino, y ganó muy de prisa los

muelles, como si en efecto hubiese tenido una cita á la que hubiese temido llegar tarde.

Estaba enecantadora.

Una cierta animación se esparcía sobre sus fecciones; un ardor de fiebre brillaba en sus ojos.

Los transeuntes se volvían, manifestando la admiración que una mujer joven y guapa produce siempre.

Cuando llegó al puente de los Santos Padres, se paró un momento en medio de él y se puso á mirar cómo corría el agua rompiéndose en los ángulos de los pilares.

En aquel momento había mucha gente alrededor de ella.

Los ómnibus, los coches, la multitud, los chiquillos á caballo en las barandas del puente la espantaban.

Un barco y dos lanchones, remolcados por un vaporcito, llegaban en sentido contrario.

Encima y debajo del puente había un gran movimiento.

Teresa continuó su marcha, feliz tal vez por aquel contratiempo que la daba un momento de respiro.

Volvió hacia la derecha y subió hasta el Puente Real.

Aquello estaba más tranquilo.

La mitad del puente estaba libre, por decirlo así.

Sólo un coche particular, una victoria, tirada por un caballo, llegaba al trote largo por la parte del Depósito de Aguas.

Dos burgueses, un hombre de edad y su mu-

jer miraban el Sena, inclinados sobre el enorme parapeto de piedra.

Del lado de las Tullerías, pero bastante distantes aún, venían algunos ómnibus.

El momento era propicio.

Teresa no vaciló.

Hizo la señal de la cruz, y sin proferir una exclamación, sin que nadie pudiese sospechar sus intenciones, ni aunque la hubieran observado con atención, se puso á horcajadas sobre el parapeto y se lanzó en el vacío.

La mujer del burgués fué quien lanzó esta exclamación:

—¡Ah! ¡Dios mío!... ¡Socorro!...

Teresa no había desaparecido.

Sobrenadaba en medio del agua salpicante, sostenida por sus ropas y arrastrada por la corriente, muy rápida en aquel sitio.

La victoria que llegaba por la parte del Depósito de Aguas se paró.

—¿Qué ocurre?— preguntó el dueño, que iba muellemente recostado.

Era el marqués de Sauves.

—¡Una mujer que se ahoga!— exclamó el burgués. —¡Una joven encantadora!...

El marqués se apocó precipitadamente.

Miró al río y vió á la desesperada en el momento en que iba á desaparecer.

—¡Ella!— exclamó.

El puente, momentos antes desierto, estaba lleno de curiosos. Los ómnibus se paraban; los paseantes se apiñaban sobre el parapeto.

Todos presenciaron un espectáculo conmovedor.

En menos tiempo que el que se necesita para decirlo, se desembarazó el marqués de sus ropas y las echó en el coche, quedando con solo la ropa interior.

Saltó sobre el parapeto, calculó la distancia, y con los brazos tendidos hacia adelante, de un brinco prodigioso se lanzó al Sena.

Fué una sumersión de sensación.

Todos los ojos permanecieron fijos en el agua, que saltó en haz cerrándose en seguida.

El nadador no tardó en reaparecer, blanco bajo el agua verdosa.

Después se sumergió de nuevo y volvió á la superficie para respirar y desaparecer otra vez.

Cuando se le volvió á ver, ya no estaba solo.

Arrastraba hacia la orilla, del lado del jardín de las Tullerías, un objeto informe, ropas empapadas en agua en medio de las cuales no se distinguía más que una cabeza blanca como la nieve, con los ojos cerrados.

Algunos barqueros remaron vigorosamente para salirle al encuentro.

No los necesitó.

Pronto saltó á la orilla y depositó en el suelo su carga.

En todo el puente sonaron aplausos.

Quinientas voces gritaron: ¡Bravo!

Y, en efecto, era un salvamento hecho con una temeridad nada vulgar.

El cochero de la victoria partió al trote largo, dió vuelta por el muelle y llegó con el coche al sitio donde estaba su amo.

Las gentes que estaban en los barcos saltaron de ellos y le rodearon felicitándole.

Pero él, indiferente á la ovación de que era objeto, no se ocupaba más que de la joven á quien había salvado.

La asfixia no había hecho más que comenzar.

La casualidad había hecho que el marqués de Sauves llegase á tiempo de acudir de nuevo en auxilio de su protegida de los bosques de Fontaine.

Teresa no tardó en abrir los ojos.

Al ver al marqués á su lado le dirigió una encantadora, pero triste sonrisa.

—Pasaba—la dijo él alegremente—os conocí en seguida y no vacilé un momento

De pronto se fijó en que estaba desnudo y se vistió á la carrera, colocó á Teresa que estaba chorreando, en la victoria diciéndola:

—¡Ya lo sabeis!... ¡No os vuelvo á dejar!... No sea que vayais á hacer otra tontería.

Y colocándose á su lado dijo al cochero:

—¡Al hotel... á escape!

Teresa apenas se daba cuenta de lo que la pasaba.

El marqués la dijo al oído:

—Cuando yo me convenza de que habeis desechado esas ideas os devolveré la libertad, antes no.

Teresa no contestó.

¿Le oía siquiera?

Estaba aturdida.

La victoria no tardó en llegar á la calle de Anjou.

Á las doce estaba acostada Teresa en una magnífica habitación del hotel de Suves.

Y el médico, llamado por el marqués, salía de aquella habitación diciendo:

—Volveré dentro de dos ó tres horas. La conmoción ha sido fuerte...

No parecía satisfecho.

Este doctor era un viejo amigo de la casa.

Había conocido al marqués desde que este era muy niño y le trataba como á un sobrino ó á un nieto.

Cuando estuvieron fuera de la habitación dijo á de Sauves:

—Tu no puedes tener á esta joven en tu casa.

—¿Por qué?

—¡Un joven que pretende casarse!

—¡Bah!

—¡Una desconocida!

El marqués se encogió de hombros.

—¿Tengo que dar yo cuenta á nadie de mis actos?

—¿Y los Corbiere?

—¡Oh! los Corbiere.

peEn el tono del marqués había una profunda sadumbre.

Desde su última entrevista con Fernanda presentia que su casamiento no se verificaría, y esto le desconcertaba.

Todo en Fernanda la agradaba; pero entre ellos debía haber un obstáculo, alguna barrera desconocida, y este misterio le irritaba.

De otro modo, ¿por qué tanta resistencia?

—Y además—añadió el médico—temo complicaciones.

—¿Cuáles?

—Esta joven ha tenido grandes penas para decidirse á tan triste fin... Temo una fiebre cerebral.

—Razon de más para no abandonarla. Si no, ¿á qué haberla salvado?

—Habría un medio de conciliar todo.

—¿Y sería?...

—Trasladarla á una casa vecina... Tú la arreglarías allí una habitación.

—Y las apariencias quedarán salvadas... ¿No es eso lo que queréis decir, doctor?

—Sin duda...

—Pero querido amigo, me suponéis intenciones que no tengo en absoluto... Yo no conocía á esta joven... Solo que, por un capricho de la suerte, esta es la segunda vez que me encontré en su camino con mucha oportunidad...

—Comprendo—dijo el doctor;—pero es terriblemente hermosa y se hablaría de ello... Si tienes interés en protegerla, ¿por qué no hacer lo que te digo?

El marqués se sonrió.

—Es que me gusta verla aquí, en su cama. ¡Está tan bien!

Al cabo de cinco minutos había vencido el médico la resistencia de su amigo.

—Tú sabes que yo no te he dado jamás más que buenos consejos—le decía.—¡Créeme una vez más!

Aquella misma noche amuebló un tapicero una habitación perfectamente aireada y con una sencillez elegante, en el piso tercero de una casa muy próxima al hotel del marqués.

Las ventanas de aquella habitación daban al jardín del hotel de Sauves.

Teresa fué trasportada sin que se diera cuenta de ello.

En aquel momento no sabía lo que la pasaba.

El pronóstico del viejo doctor se realizaba.

La desgraciada criatura deliraba, presa de un principio de fiebre cerebral.

El marqués había confiado el cuidado de la enferma á una persona de toda confianza.

Esta era una antigua doncella de su madre, al servicio de los de Sauves desde hacía más de treinta años, y que se hubiera dejado despedazar por su amo.

A cosa de las diez, el marqués conferenciaba, á la cabecera de la cama de Teresa, con su amigo el médico.

—Y bien—le preguntó—¿qué me decis de la enferma?

—Que esto es grave y será largo.

—¿Pero saldrá?

—Tal vez.

—Doctor—dijo el marqués—si vos no la salvais, la salvaré yo por tercera vez.

—¿La amas?—preguntó el doctor mirándole con fijeza.

—Yo—dijo el marqués sorprendido—ni sé siquiera cómo se llama.

¡Esto era verdad!

El doctor le tocó en la frente:

—¡Vamos, aquí hay un poquito de locura!—dijo.

—¡Ah! querido—replicó Sauves—si no exis-

tieran gentes más locas que yo, no se necesitarían médicos alienistas; pero hay acontecimientos singulares y que se encadenan no se sabe como.

Entonces contó al doctor su encuentro con la desconocida.

Como la había encontrado en los bosques de Fontaine, yendo de este pueblo á Rambouillet para tomar el tren, en el momento en que un guarda la insultaba y amenazaba ir mas allá.

Y esto no era invención.

El cochero había visto perfectamente al guarda echarla al suelo é internarse después en el bosque para huir, espantado por la llegada del coche.

Después, aquella especie de milagro que le había conducido aquella mañana de la calle de Santa-Dominica á donde había ido en busca de noticias sobre los de Corbière, al Puente Real, justamente en el momento en que ella acababa de arrojar al río: como la había salvado, la emoción que había experimentado al tenerla en sus brazos y el interés apasionado que le inspiraba aquella joven de quien ignoraba todo, hasta el nombre.

Ni aun había pensado en preguntarsele.

Y concluyó diciendo:

—Azar puro, amigo mío, azar y nada más; ¡pero vos comprenderéis que no puedo dejar abandonada á una pobre criatura que veo tan desgraciada, que es encantadora, que he salvado ya dos veces y que me parece profundamente desesperada! Me parece que faltaría á mis deberes... ¿Además que me costará esto?

El doctor reflexionó.

—¿De modo que no conoces su historia?

—Nada absolutamente.

—¿Su nombre?

—Ni aun eso. No se si se llama Adela, Julia ó Luisa. ¡Nada! ¡Ah! si... Se que tiene un hijo en casa de una nodriza en Fontaine. Ella me lo ha confesado con sencillez.

El médico murmuró entre dientes:

—Es raro, sumamente raro.

Y luego añadió en voz alta:

—Entonces, querido, se te puede decir todo... Pues bien lo que ya no sabes, no podrás saberlo por ella sin duda.

—¿Estará en peligro?

—En el mayor peligro. Dentro de pocas horas, tal vez haya muerto.

—¿Una meningitis?

—No se aún... pero los síntomas son de los más amenazadores.

—¡Querido doctor, haced todo lo que podáis!

—Estate tranquilo.

No se había equivocado el buen doctor. La enfermedad se presentó, durante la noche, con la mayor violencia.

La enferma, presa del delirio, no podía decir quién era, de dónde venía y la causa de su desesperada determinación.

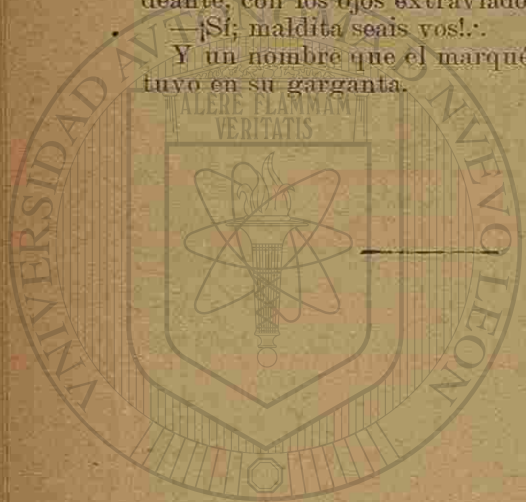
Pero en las divagaciones de aquel pobre cerebro enfermo, el marqués, que no se separaba de su cabecera, podía coger á cada instante estas palabras, que con frecuencia venían á los labios de la enferma:

—¡La Boca del Lobo... mi madre... mi hijo... Rolando!

Y de pronto, en una crisis, se incorporó jadeante, con los ojos extraviados, gritando:

—¡Sí; maldita seáis vos!.

Y un nombre que el marqués no oyó se detuvo en su garganta.



## XIII

## El aire del país.

Aquel mismo día, á cosa de las siete y media de la tarde, un viajero, vestido como un simple obrero en día de fiesta, sin pretensiones, con una blusa limpia y cómoda, de buena tela, con buen calzado, un sombrero bien colocado sobre sus espesos cabellos, la barba cortada á la americana, un fuerte garrote con correa de cuero á la mano, tomó el tren en la estación de Lyon, después de haberse provisto de un billete de segunda para Blois.

Su cara, de facciones acentuadas, de color tostado, enérgica y franca, respiraba buen humor y contento.

Este viajero era Juan Montarón.

Hasta Blois no había nada que temer.

Los amigos del antiguo cazador furtivo hubieran podido en rigor reconocerle, á pesar de la diferencia que imprime en una fisonomía el corte de barba; pero hubiera ciertamente dudado del parecido á causa de sus maneras, que ya no eran las mismas.

Los viajes le habían formado.

Sus dos ó tres meses de vida común con el vizconde de Fleuse y á su vuelta de Australia con el respetable Turner, y también la misma instrucción superficial del hombre que ha vivido mucho, le habían metamorfoseado en poco tiempo.

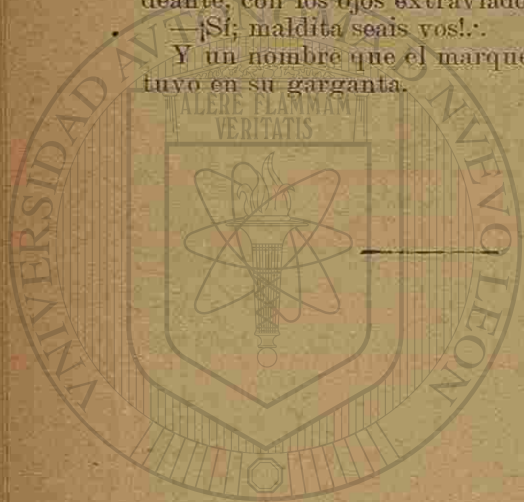
Al apearse en Blois para tomar el tren de

—¡La Boca del Lobo... mi madre... mi hijo... Rolando!

Y de pronto, en una crisis, se incorporó jadeante, con los ojos extraviados, gritando:

—¡Sí; maldita seáis vos!.

Y un nombre que el marqués no oyó se detuvo en su garganta.



## XIII

## El aire del país.

Aquel mismo día, á cosa de las siete y media de la tarde, un viajero, vestido como un simple obrero en día de fiesta, sin pretensiones, con una blusa limpia y cómoda, de buena tela, con buen calzado, un sombrero bien colocado sobre sus espesos cabellos, la barba cortada á la americana, un fuerte garrote con correa de cuero á la mano, tomó el tren en la estación de Lyon, después de haberse provisto de un billete de segunda para Blois.

Su cara, de facciones acentuadas, de color tostado, enérgica y franca, respiraba buen humor y contento.

Este viajero era Juan Montarón.

Hasta Blois no había nada que temer.

Los amigos del antiguo cazador furtivo hubieran podido en rigor reconocerle, á pesar de la diferencia que imprime en una fisonomía el corte de barba; pero hubiera ciertamente dudado del parecido á causa de sus maneras, que ya no eran las mismas.

Los viajes le habían formado.

Sus dos ó tres meses de vida común con el vizconde de Fleuse y á su vuelta de Australia con el respetable Turner, y también la misma instrucción superficial del hombre que ha vivido mucho, le habían metamorfoseado en poco tiempo.

Al apearse en Blois para tomar el tren de



Cour-Cheverny, principió á tomar algunas precauciones.

Entraba en terreno peligroso.

Desde su proceso, gozaba en Sologne de una cierta celebridad, más bien enojosa á los ojos de las gentes pacíficas que se contentan con mirar las cosas muy por encima.

Sin embargo, la noche le protegía.

Eran cerca de las diez.

El tren de Blois á Romorantin esperaba á los viajeros.

Juan tomó un billete de tercera y montó en un coche, mal alumbrado, colocándose en un rincón.

Allí se encontró en compañía de desconocidos que se pusieron á hablar de sus negocios y de los del país.

Tuvo la satisfacción de saber que la noticia de su fin trágico acababa de esparcirse.

Un amigo del orden que, á juzgar por sus aires de pedagogo y la solemnidad de sus frases, debía ser maestro de aldea, daba la noticia á sus compañeros de viaje.

—Sí, señores; esto es perfectamente cierto, es más que cierto, es oficial. ¡Ha muerto!

—¿Cómo?

—Se creyó que no le vigilaban, y trató de romper su cadena, de evadirse, en una palabra.

Un viajero simpático opinó:

—Bien hecho.

—¿Eso creéis?

—Yo hubiera hecho lo mismo en su caso. Me hubiera apresurado á escaparme en la primera ocasión.

—Hubieráis hecho mal, caballero,—declaró severamente el maestro de escuela.—La bala de un vigilante ó el diente de los tiburones hubieran contrariado vuestros proyectos. La sociedad sabe defenderse, caballero, de los malhechores que arroja de su seno.

—¿Ha sido la bala de un vigilante ó el diente de un tiburón los que han detenido á ese desgraciado en su fuga?

—Las dos hipótesis son verosímiles. Yo me inclino á creer que las balas de los guardias han agujereado la piel de ese peligroso forzado y que los tiburones han hecho desaparecer sus restos.

—¿Por qué decís peligroso forzado hablando de ese pobre muchacho?—preguntó el viajero simpático.

—¿Cómo llamáis, pues, á un hombre de una fuerza extraordinaria, capaz de todo, que no teme privar á la patria de uno de sus defensores, de un oficial del mayor mérito?

—¡Pischtz!—dijo el otro,—historia de mujeres. Sabéis es preciso no juzgar tan á la ligera, de todo hubo en ese asunto.

Los pareceres estaban divididos, pero cuando llegaron á Cour-Cheverny, el peligroso forzado tenía á su favor una gran mayoría.

Se lanzó fuera del vagón, dió su billete al empleado de servicio y se perdió en la oscuridad.

En lo sucesivo no tenía nada que temer.

Su excursión no debía tener más testigos que las estrellas y la luna velada por nubes que no tenían intención de hacer traición á nadie.

Las seis leguas que tenía que recorrer eran para él un paseo.

Marchaba con paso rápido; su herida no le hacía sufrir y en el jardín de los Morard había recobrado su vigor atlético.

A cosa de las tres de la mañana llegaba delante del castillo de los Corbiere.

Todo dormía.

Juan se descubrió ante el campanario del pueblo y saludó al cementerio donde dormían los restos de sus antepasados.

Cortó á través de los bosques para llegar antes y no encontrarse con las gentes madrugadoras, que hubieran podido reconocerle.

A las cuatro y minutos, al salir de los bosques de la Ferté, vió los tejados de su casa.

Delante de él el llano estaba cubierto de mieses tales como pocas veces se ven en aquel pobre terreno.

El sol iba á salir, y en medio de una bruma ligera, distinguía los edificios de la Boca del Lobo, el portal arruinado y los grandes árboles del patio.

Su pecho se dilató.

Estaba en su casa.

Apresuró el paso y llegó por fin al pórtico; pero al entrar en el patio vió unos brazos que se elevaban allá en la puerta de la cuadra, y oyó una voz, para él muy conocida, que decía con sorpresa:

—¡Juan!

Era el cazador de topos.

Corrió al encuentro de Juan, y abrazándole exclamó:

—¡Tú! ¡tú!

Y le miraba como para asegurarse de que sus ojos no le engañaban.

—Sí, yo—dijo Juan,—en carne y hueso, vivo, como ves, mi querido amigo. Y, además, encantado de estar aquí... de volver á veros.... ¿Y mi madre?

—Está bien... envejeciendo de día en día... pero es preciso tomar precauciones... Tu vuelta podría impresionarla, y ya sabes, las grandes emociones...

—Comprendo.

—Voy á prepararla...

—¿Y Pedro?... ¿Y Magdalena?... ¿Están aquí, eh?... ¿Y Marcelo?...

En pocas palabras enteró el cazador de topos á Juan de que su hermano había recibido dos días antes cartas de Marcelo, en las que les decía que había obtenido la plaza que había pretendido, que era buena, que estaba bien allí y que esperaba poder ayudarles; que les enviaba quinientos francos y que dentro de poco tiempo les enviaría más; que si tenían necesidad de hacerle saber algo se le escribiese á Bellinzona, una pequeña aldea suiza, á la dirección que indicaba en la carta, y que recibiría las cartas en seguida, porque la persona cuya dirección decía era muy amiga suya; que se consideraría feliz si podían darle alguna noticia de Teresa; que el porvenir sería tal vez bueno; que era preciso no desmayar...

—Hablabas de ti y de Guillermo—añadió el cazador de topos—con el cariño que sabes os tiene. El ignoraba aún...

—¿La noticia de mi muerte?—dijo alegremente Juan.

—Sí.

—Es inútil hablarle de ella... Eso le causaría pena. Iré, tal vez, á dársela yo mismo cuando sepa dónde anida.

—¿Tú no temes nada?

Juan sonrió.

—No mucho—dijo.

Hacia diez minutos que estaban hablando, cuando se abrió la puerta de la granja.

Sin hacer el menor ruido, para no turbar el reposo de la madre, aparecieron en el umbral Magdalena y Pedro.

—Desde tu partida apenas duerme—repuso el viejo.—Os quiere como una gallina á sus polluelos. La pobre mujer tiene mucha pena, pero sabe sufrir; es fuerte y no se queja... Va á ser muy feliz al verte.

Magdalena y Pedro se les habían incorporado.

Los cuatro entraron en un establo, y Magdalena, mirando dulcemente á Pedro, le decía:

—¿Veis? Ya está otro de vuelta, y con este no contabais! Lo mismo volverán los otros.

Magdalena fué la comisionada para dar á la madre la buena noticia de la llegada de Juan.

La alegría causa miedo.

La criada no tuvo necesidad de despertarse á su ama.

Los ancianos tienen el sueño corto y ligero. La madre, al ver entrar á Magdalena risueña, presintió alguna buena noticia y la preguntó con ansiedad:

—¿Qué hay?

—Pues hay que vengo á daros una noticia que va á sorprenderos.

—¿Cómo?

—Tenemos una visita.

—¿De quién?

—De alguien que viene de lejos...

—¡Teresa!—exclamó la madre, que no cesaba de pensar en su hija.

La cara de la sirvienta se entristeció.

—No, no es de ella de quien voy á hablaros.

—¿De quién, pues?

—Os he dicho que de alguien que viene de lejos.

—¿Guillermo tal vez?

Magdalena movió la cabeza.

—El señor Guillermo está á miles de leguas y os envía dinero por uno de sus amigos. La Australia está lejos; pero el que os trae ese dinero de parte de vuestro hijo viene de más lejos aún.

La criada se inclinó al oído de la anciana y la dijo con voz temblorosa:

—¡Es alguien á quien creéis muerto!...

La madre miró á Magdalena con desconfianza.

—¡Alguien á quien creó muerto!—murmuró, tratando de comprender.—No hay más que Juan... Y ese no puede entrar en el país: estará en el presidio encerrado.

Se abrió una de las puertas de la cocina que daban á la sala, que servía de dormitorio á la anciana, y apareció Juan.

—No, madre mía—dijo,—ya no estoy en el presidio, y espero no volver á él jamás.

—¡Juan!—exclamó la madre desfalleciendo.  
—¡Tú, mi pobre Juan, hijo mío!

Le tendió los brazos, se precipitó él en ellos y así permanecieron largo rato.

—¡Aun faltan dos: Guillermo y Teresa! ¡Que vuelvan, y moriré contenta!—dijo por fin la anciana.

Los dos preferidos entre sus hijos, si se puede decir que hay preferidos entre los seres á que una madre ha dado toda su alma, eran Teresa y Juan.

Teresa, la debilidad; Juan la fuerza; pero cariñoso, pacífico, lleno de atenciones y de cuidados: Juan, que la cogía entre sus brazos cuando estaba enferma y la llevaba de un sitio á otro, que pasaba la noche á la cabecera de su cama, que se acostaba en un jergón cerca de su lecho, rodeándola de precauciones más sensibles por el contraste de su fuerza y de su sumisión.

Fué una verdadera alegría en la Boca del Lobo la llegada de Juan.

Pero la idea de Teresa contrariaba en gran parte esta alegría.

Pero, ¿por qué no se había de confiar en que Dios la volviera á su casa como á los otros?

Encerrados en la casa, la madre, los hijos y el cazador de topos hablaban de las aventuras de la familia.

Desde hacía un año, había llevado una existencia turbada que ella no conocía antes.

Puesto que Marcelo había vuelto, sólo Teresa quedaba por encontrar, y para tranquilizar á su anciana madre, Juan afirmaba que no

estaba perdida, que sólo una fatalidad hacía que no la hubiesen encontrado hasta entonces.

A cosa de las diez, seguían hablando aún, cuando el ruido de pasos que se acercaban les advirtió que algún extraño estaba en el patio.

Era el cartero.

Iba raras veces á la Boca del Lobo.

Sin ser un mal hombre, el pobre diablo pasaba por ser uno de los partidarios del administrador del castillo de la Ferté.

Barasson se mostraba bueno con él.

Cuando el cartero, que se llamaba Giboise, llegaba al castillo, era siempre la hora del almuerzo.

Su cubierto estaba siempre puesto en la mesa con el de la servidumbre de la condesa.

Estas atenciones se pagan.

Barasson le hacía hablar, y por él sabía parte de lo que pasaba en el país.

Sin darse cuenta tal vez, Giboise le servía de policía.

Cuando entró en el patio de la granja, el cartero, se admiró de encontrarle desierto.

El cuidado conque estaba cerrado todo, le dió que pensar.

Miró á todos lados, y por fin llamó con voz chillona.

Se abrió la puerta de la cocina.

Al mismo tiempo Giboise oyó ó creyó oír el ruido de otra puerta que se cerraba.

¿Quién tenía interés en ocultarse?

A fuerza de reflexionar había olvidado á qué había ido allí.

—¿Traéis alguna carta, Giboise?— preguntó Magdalena.

—Sí.

—Dádmela.

El cartero la sacó de la balija.

Era la que Teresa había puesto en el correo para su madre.

Pedro la cogió, y en cuanto se fijó en el sobre conoció la letra de su hermana.

Rasgó el sobre con precipitación.

Al leer las primeras líneas se puso muy pálido, pero dominó su emoción.

Dobló la carta después de concluir la lectura y la guardó en el bolsillo.

Su madre le interrogó con una mirada.

Pedro la indicó que estaba allí el cartero.

A Giboise no se le escapaba la turbación que su presencia causaba á los Montaron.

Se preguntaba:

—¿Qué pasa?

Evidentemente allí había algo extraordinario. ¿Pero qué?...

Por fin se decidió, no sin sentimiento, á abandonar el puesto.

Lanzó á la triste familia los «buenos días» de rigor, y salió con gran consuelo de los allí reunidos.

Tan luego como el cartero hubo llegado al patio, la madre, con el corazón oprimido por el presentimiento de una desgracia, preguntó á Pedro:

—¿Esa carta?

Pedro hubiera querido hacerla desaparecer; pero esto era imposible.

—Es de Teresa— dijo.

Y en seguida añadió:

—La habrá escrito en un momento de desesperación... No os asustéis.

La viuda se aproximó á su hijo.

—¿Es á mí á quien está dirigida?

—Sí.

—Dámela.

—Pero...

—Ocurre alguna desgracia... lo sé... Me ha bastado verte...

Y alargó la mano.

—¡Dámela!

Pedro obedeció.

Entonces la madre leyó en alta voz las tristes líneas que su hija había escrito en el momento en que iba á poner en práctica su funesto propósito.

Durante la lectura no desfalleció un momento.

Pero al concluir cayó de rodillas y murmuró:

—¡Pobre Teresa! ¡Dios mío, perdonadla como yo la perdono!

Pedro se había sentado, y con los codos apoyados en la mesa, ocultó la cabeza entre las manos.

Magdalena estaba en pie á su lado y no se atrevía á pronunciar una palabra de consuelo.

El cazador de topos, apoyado contra la pared, no hacía un movimiento.

El anciano parecía herido por un rayo.

Pero de todos aquellos rostros, el que parecía más aterrorizado era el de Juan.

Un dolor tan punzante como el de los demás estaba impreso en él; tampoco se movía; pero su dolor era feroz, rabioso.

Aquel terrible golpe le agobiaba en el momento en que renacía en él la esperanza, en que su porvenir parecía mejorar, cuando las cartas de Guillermo y de Marcelo anunciaban días mejores, esto le exasperaba.

Su odio hacia los Corbiere se encendió de nuevo, violento como un incendio que, casi apagado, estalla de nuevo por el soplo del viento de tempestad.

Que le hubiesen aplastado á él, que le hubiesen perseguido, condenado, deportado, todo esto podía olvidarlo.

El era hombre y sabía defenderse.

Pero que á aquella dulce criatura, su orgullo, su alegría, el amor de todos ellos, la flor de aquel triste sitio que se llamaba la Boca del Lobo, hubiese sido profanada, abandonada, despreciada y reducida á deshacerse de una existencia que la falta de un Corbiere y el desden de los otros la hacían odiosa, él no lo perdonaría nunca!

En su cabeza se sucedían ideas feroces, rabiosas, y se preguntaba á quien podría él herir á su vez, antes de desaparecer del país que odiaba con aquellos habitantes.

Conocía á Teresa.

Era de su misma sangre, incapaz de aceptar la humillación de una vida pobre, como él era incapaz de sufrir la vergüenza y los ultrajes del presidio.

Ella había debido, pues, cumplir su palabra.

Había muerto.

Siempre queda en el corazón un resto de esperanza y un átomo de ilusión, hasta que la prueba cierta, irrefutable del desastre está entre nuestras manos y ante nuestros ojos.

Juan, viendo el aniquilamiento doloroso de su madre, herida en lo que tenía de más querido, trataba de reanimarla.

Se acercó á ella, y dulcemente, levantándola con la ternura que le hacía tan querido á todos, la dijo:

—No es tiempo de afligirse tanto. Hasta ahora no sabemos si la desgracia es irreparable. Nada sabemos de cierto. Pero si sabemos donde está... Yo voy á marchar... Esta noche estaré en París...

—¿Y si te ven... si te conocen?...—objetó el mayor de los hermanos.

—No temas nada... ¿Quién se acuerda de mí? Nadie se atrevió á retenerle.

La carta de Teresa, la idea de un fin trágico, aterraban á la anciana, su hijo y Magdalena.

El cazador de topos no tenía ya ni aun fuerzas para pensar.

Sin embargo, dijo maquinalmente:

—Tienes razón... marcha... Si tú no estuvieses aquí, iría yo. ¿A qué hora hay tren?

Era preciso esperar.

De Cour-Cheverny á Blois no había más que un tren de ida, á las seis cincuenta.

Magdalena sirvió del almuerzo.

Con el dinero que había enviado Marcelo y el que en nombre de Guillermo había llevado Juan, volvió el desahogo á la granja.

Terminado el almuerzo, se puso en camino Juan.

No era más que la una, y tenía tiempo sobrado para llegar á la hora del tren.

Antes de salir de la Boca del Lobo habló con su hermano.

En cuanto supiese algo, enviaría un despacho al cazador de topos, quien lo esperaría al día siguiente en Marolles, donde tenía amigos, y lo llevaría en seguida á la granja.

Se esforzó por dar un poco de esperanza á su madre y á su hermano, agobiados por este último desastre.

Y partió.

Había llegado por la mañana, al salir el sol, á la casa paterno, con la alegría en el corazón, dispuesto á olvidar antiguos rencores, viejas injurias.

Se marchaba sobreexcitado, con el alma llena de hiel.

Cuando pasó á la vista del castillo, levantó los puños y amenazó con furia; pero de pronto vió que de las cuadras salían dos caballos de gendarmes.

Un mozo los llevaba hacia sus jinetes, que sin duda se refrescaban en la cocina.

El cielo estaba ligeramente cubierto, y el calor era sofocante.

Juan Montarón esperó diez minutos para saber á qué lado se dirigían aquellos guardiánes del orden.

Pronto los vió montar en sus cabalgaduras, hablar un momento con unos hombres á quienes no pudo conocer por estar tan distante, se-

pararse de ellos y dirigirse hacia la Boca del Lobo.

En esto no había nada de particular.

Aquellos dos valientes debían hacer su vuelta en conciencia.

En todo caso, su presencia en aquel sitio era para el condenado una nueva invitación á la prudencia.

Se internó en el bosque de la Ferté, que conocía palmo á palmo, siguiendo caminos extraviados y ocultándose de árbol en árbol en los claros del bosque, como un animal que se esconde.

De cuando en cuando hacía girar su palo alrededor de su cabeza, á manera de honda.

Estaba apenas á dos kilómetros del castillo, cuando se detuvo de pronto.

En una vuelta rápida del sendero, á pocos pasos de él, acababa de oír el ligero y rápido trote de un caballo sobre el césped.

Hubiera podido huir, ocultarse como una liebre detrás de algún matorral.

Una fuerza misteriosa le clavó en el sitio donde estaba.

Se quedó inmóvil, prestando atento oído, y mirando con mucho cuidado.

Los caballos de los gendarmes no tienen ese paso tan ligero.

El instinto del cazador furtivo le decía que quien se acercaba era la señorita del castillo.

Apenas tuvo algunos segundos para reflexionar.

Apareció el caballo en seguida, y en frente del obstáculo imprevisto que le estorbaba el

paso, dió una violenta sacudida, tratando de echarse fuera del camino, y estuvo á punto de desmontar á su ama.

Juan le cogió de la brida é impidió que es saliera del camino.

No se había equivocado.

Era Fernanda de Corbiere quien estaba delante de él.

El rostro de la joven experimentó una sorpresa profunda, pero nada de espanto.

—¿Os asustó?—dijo Juan con un tono lleno de amargura y de amenaza.—¿Vos no esperábais encontrarme aquí?

—¡Oh! no.

—¿Esto os disgustará, sin duda?

—¿Por qué?

—Porque yo no puedo ser más que un enemigo implacable para vos y los vuestros.

—¡Vos, Juan!

—Han debido deciros que yo había quedado allá, acribillado á balazos, en el fondo del agua, en Nueva Caledonia.

—Nos lo han dicho en efecto.

—¿Lo habíais creído?

—He debido creerlo, como todo el mundo.

—¿Y os habréis alegrado?

—No.

—Es extraño, porque entre nosotros existe una profunda y vieja aversión que hace que no reconozcáis á los hijos de los vuestros y rechazéis á sus madres!

Fernanda movió la cabeza dulcemente.

—No he tenido jamás tales ideas—dijo.

—Esas no son más que palabras... Ahí están

los hechos... ¡Ellos claman contra vosotros! Ese odio de que os he hablado existe...

—¡No en mi corazón, os lo juro!

—Pues bien, en el mio vibra, lo envenena. Me dice que de un solo golpe me vengue de todas vuestras miserias: que devuelva á vuestra madre y á vos misma todo el mal que los Corbiere han hecho á los Montarón! El azar que os ha puesto en mi camino puede perderos... Puesto que os tengo en mi poder, porque no he de abusar de vos como vuestro hermano abusó de la que ha muerto por culpa de él y de los vuestros!

—¡Muerta!... ¿Qué decís?

—Sí, Teresa ha debido arrojarse al Sena ayer... Se ha suicidado por miseria, por desesperación de no poder ganar su vida y la de su hijo.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Una carta que acabamos de recibir. Yo os perdonaría todo, las vejaciones sin número de que hemos sido víctimas, mi condena, el presidio, ¡todo en fin!... Pero la muerte de Teresa elama venganza. ¿Qué os había hecho esa pobre criatura? ¡Mirad, marebaos! Haced lo que queráis. Delatadme, descubrid el secreto de mi vida y de mi estancia aquí... Yo no sé maltratar á una mujer, pero creedme, marchad... No os quedeis un momento más, porque en verdad no se de qué seré capaz.

Soltó la brida del caballo y se quedó en pie en medio del sendero, con los ojos fijos en el suelo, no atreviéndose á mirar á la joven, oprimiéndose el pecho con sus brazos cruzados co-



mo para ahogar la ira que sentía hervir en él.

Fernanda, en lugar de alejarse, se apeó con presteza, metió el brazo por la brida y se acercó á Juan.

—¿Qué haceis?— preguntó éste.

—Me decís que marche, yo quiero hablaros. No os ha aborrecido nunca y no os tomo.

—Sin embargo...

—Escuchadme como yo os he escuchado.

Posó una de sus manos sobre el brazo de Juan.

—¿Por qué habéis vuelto á Francia—le preguntó—cuando vuestro hermano Guillermo busca fortuna en Australia con el señor de Fleuser?

—¿Quién os lo ha dicho?

—Lo sé. Contestadme.

Juan obedeció cediendo á los encantos de la dulce voz que le interrogaba.

—Porque quiero á mi madre y á mi país y deseaba volver á verlos, pero sobre todo porque sabía que Teresa era desgraciada, estaba sin defensa y quería encontrarla y socorrerla.

—¿No lo habéis conseguido?

—No.

—Entonces os ha sucedido lo que á mí.

—¿La buscabais vos?

—¿Me creéis capaz de dejar en el abandono á una desgraciada á quien mi hermano Rolando ha amado?

Fernanda bajó la cabeza y añadió:

—Y cuyo hijo lleva nuestra sangre.

—¡Vuestra madre!...

—Ah! no hablemos de ella, os lo suplico. Yo

no quiero conocer sus sentimientos y el respeto me prohíbe juzgarlos. Yo hablo de los míos...

Fernanda miró con fijeza á Juan y le dijo:

—¡Juradme que lo que voy á decir quedará entre nosotros!

—¡Si así lo queréis!

—¿Que no hablaréis de esto ni á vuestros hermanos, ni á vuestra madre!

—¿Por qué?

—¡Yo lo quiero!... ¡Juradlo!

—¡Sea!...

—Ni á ellos ni á nadie, hasta el día en que yo os devuelva vuestra palabra.

—Os lo juro.

Fernanda sacó de su corpiño una carta.

—¿Queréis una prueba de mis sentimientos por vos y los vuestros?... Leed, le dijo alargándosela.

Y como él rechazara el papel, leyó ella en alta voz, lo que sigue:

«Por fin tengo la satisfacción de anunciaros que he descubierto el retiro de la joven por cuya suerte os interesais vivamente.

»Resulta de los registros de la clínica de la Escuela de Medicina, que dió allí á luz hace tres meses un niño y que ese niño fué inscrito bajo el nombre de Rolando Montarón y reconocido por ella.

»Vivía entonces ella en la calle del Echau-dé, cerca de Saint-Germain des-Prés.

»Después ha dejado aquella casa, pero nos será fácil en lo sucesivo volver á encontrar su huella y realizar los buenos propósitos que tenéis respecto á ella.

»Esto será cuestión de algunos días.

»En cuanto al señor de Fleuse y Guillermo Montarón, sé dónde están, y si tienen necesidad de fondos para sus empresas, encontraré medio de hacerles saber que tienen á su disposición todo lo que necesiten, sin necesidad de decirles de dónde proviene el dinero.

»Respecto á la muerte de Juan Montarón, creo que es permitido conservar dudas sobre su realidad, pero sería peligroso aclararlas demasiado de prisa; esto daría la voz de alerta á las autoridades, cuya ceguedad debemos desear por nosotros y por él.

»La presencia de Guillermo y del señor de Fleuse en Noumea y su partida para la Australia, coincidiendo con la fuga de vuestro primo, me hacen esperar que hayan podido salvarle, y que de este modo vuestros votos han sido oídos, al menos respecto á éste.

»Yo no desespero; creo que con perseverancia conseguiremos salvar á todos, como tan ardentemente deseais.

»Es una buena y grande obra la que habéis emprendido, y yo me considero feliz y me siento orgulloso en ayudaros para completarla.

»Debo decirlos respecto á Marcelo que mis esfuerzos han sido infructuosos y que todavía no puedo decirlos hacia dónde se dirigió al salir de la casa Barker de Nueva York.»

Fernanda concluyó la lectura.

Juan Montarón la había escuchado sin pestañear, con los ojos fijos en el suelo, pero era fácil ver que su cólera se fundía como un cirio y que su corazón se ablandaba,

Pensaba en lo que había oído decir á su hermano Guillermo el día en que fueron llevados por los guardas al castillo de la Ferté, ante la condesa, cuando al salir vieron á Fernanda que les sonreía desde la ventana:

—No será de la misma raza que los otros.

Esto era verdad.

El debía reconocerlo.

Fernanda de Corbiere era un ángel de dulzura y de bondad.

—¿Y podéis creer que yo os delate?—le dijo con acento de sublime generosidad.

Juan estaba vencido.

—¡Perdón!—murmuró.

Y viniendo á su imaginación una última duda, exclamó:

—¡Vuestro desgraciado hermano está entre nosotros!...

—Le lloro—contestó Fernanda,—pero disculpo el arrebató de los que le hirieron; pienso que el hijo de Teresa es su hijo.

Juan se atrevió á levantar los ojos del suelo y mirar á Fernanda.

Se quedó deslumbrado al ver la dulce expresión de las facciones de su prima.

¡Ah!—murmuró,—tenéis razón. ¿Cómo podría uno aborreceros?

Cogió en las suyas una de las manos de Fernanda y la llevó á sus labios.

—¿De modo—dijo—que os ocupáis de nosotros?

—¿No es un deber?

—¡Que os imponéis vos misma!

—Me es satisfactorio... ¿A dónde váis ahora?

—A París.

—¿No teméis que os prendan?

—¿Qué será lo que yo no desafie por verla, si aún es tiempo?

Y añadió con aire sombrío:

—Lo que temo es llegar tarde.

—Tened esperanza. ¿Estaréis en París esta noche?

—Si no hay algo que lo impida...

Hizo un gesto de amenaza.

—¡Desgraciado el que intentara detenerme en el camino! ¡Daría diez años de mi vida por estar cerca de ella! ¡Toda mi sangre por encontrarla viva!

En pocas palabras explicó el sentido de la carta de Teresa á su madre y la consternación de la pobre anciana.

Fernanda repitió:

—Tened esperanzas!... ¿Es que se puede morir á su edad? Si ella lo ha intentado, Dios hará un milagro para salvarla.

Marcharon algún tiempo el uno al lado del otro.

Cuando por fin tuvieron que separarse, Juan cogió las manos de Fernanda.

—Sois vos quien es nuestra salvación—dijo.

—¡He comprendido todo!

Fernanda puso el índice de la mano derecha sobre los labios.

—¡Que sea ese nuestro secreto!—dijo.

—¡Puesto que vos lo quereis!

—Lo habeis prometido.

—Sí.

—¿Para con todos?

—Para con todos.

—¿Escribireis á la Boca del Lobo?

—Mañana mismo.

—Entonces ya encontraré medio de saber...

Adios, pues... ánimo y buena esperanza.

—Adios.

Se separaron.

Juan continuó su camino.

Fernanda había vuelto á montar y se alejó al paso, pensativa, hacia el castillo.

Este encuentro imprevisto había devuelto á su alma un poco de paz.

Estaba casi orgullosa de la conquista que acababa de hacer con tanta facilidad, y comprendía que con un poco de bondad hubiera sido fácil granjearse el cariño de aquellos parientes pobres á quienes vejaciones sin número é inexcusables durezas habían exasperado.

La idea de Teresa no permitía que la satisfacción que Fernanda sentía fuese completa.

Como Juan, ella hubiera querido poder ir á París y saber lo que había pasado.

Se prometió no perder ocasión de saber las noticias que Juan comunicara á la Boca del Lobo.

Por el cazador de topos ó por el cura, con un poco de astucia, era seguro que sabría todo.

Juan, marchaba al través de los bosques, redoblando las precauciones y pensando en Fernanda.

Si ella era, la buena hada que les había socorrido, ayudado; quien, sin saberlo la condesa, les había permitido conservar la casa paterna y los pocos bienes de que vivían.

En el fondo no se sorprendía de esto.

No podía concebir aversión por aquella joven que, casi una niña, no se atrevía á hablarles, pero cuyos ojos no tenían la dureza de los de su madre y no les miraban sino con dulzura.

Sin embargo la idea de este encuentro no tardó en ceder el puesto á las angustias por Teresa.

Recordaba el contenido de la carta, la desesperación que ella expresaba y tenía prisa por asegurarse de la realidad del hecho, si, en efecto había cedido á su desesperación.

Había perdido un poco de tiempo, quiso ganarlo y marchó con un paso rápido hacia Cour-Cheverny, que estaba á cinco leguas todavía.

El sol brillaba en todo su esplendor.

Las pocas nubes que le velaban por la mañana, habían desaparecido.

En aquellos desiertos bosques no había otra cosa que temer más que el encuentro con alguno de los guardas de la condesa.

Hasta la salida de los bosques y en el vasto llano que divisaba desde el sitio en que se encontraba, no distinguió nada sospechoso.

Peró en el momento en que, después de haber dirigido una prudente y prolongada mirada, iba á atravesar un paseo ancho como un camino vecinal, se paró de pronto.

A quince pasos de él, en la orilla del bosque, con su escopeta debajo del brazo, marchando con precaución, como si fuese siguiendo á una pieza, estaba Barasson,

Barasson marchaba en la postura del cazador furtivo que espera el paso de un cervatillo.

¿Qué trataba de descubrir en aquel sitio rodeado de fosos?

Barasson dominaba desde el sitio donde estaba una inmensa extensión de terreno.

Nadie podía salir del bosque para ganar el llano por aquella parte, sin ser visto.

Evidentemente el cartero había comunicado al administrador sus sospechas de que en la Boca del Lobo se ocultaba alguien que tenía interés en no ser visto.

Barasson estaba en acecho.

Ciertamente él no podía pensar en Juan Montaron.

Debía tener por cierta la muerte del condenado en su tentativa de evasión de la Nueva Caledonia.

Los muertos no vuelven; pero Guillermo ó Marcelo podían estar de vuelta en el país, y Barasson gustaba de estar al corriente de los menores incidentes de la vida de aquellos á quienes consideraba como enemigos y trataba como á tales.

Fueran las que quisiesen sus intenciones, á los ojos de Juan había allí un hecho cierto.

Que Barasson, por una causa ó por otra, estaba en aquel sitio.

El antiguo cazador furtivo veía muy distintamente al través de las ramas que apenas le ocultaban á él, la barba rubia, la cara anti-pática, los ojos de fiera del administrador, que seguía avanzando.

El encuentro era inevitable.

Pocos pasos más y los enemigos iban á encontrarse frente á frente.

Gracias á las precauciones tomadas por el guarda, había llegado demasiado cerca de Juan para que éste pudiera escaparse.

Al menor ruido podía Barasson hacer fuego sobre él y fusilarle.

Juan se acordaba aún de la bala que le había agujereado el costado en la bahía de Mandu, y no tenía ganas de recibir otra.

Además, quería llegar á París á todo trance.

Le parecía en aquel momento supremo en que su vida y sobre todo su libertad estaba en juego, que era la vida de Teresa la que iba á defender.

En fin, la vista de Barasson que en todos los tiempos le había molestado, aplastado, llevado ante los tribunales, á él y á su hermano Guillermo, que los hubiera aniquilado si hubiera podido, sublevaba en él todas las viejas aversiones y antiguos reñores que en su pecho dormían.

Las almas fuertes no tienen largas vacilaciones.

Un segundo bastaba para perder al condenado.

Un segundo podía darle la ventaja en aquel duelo desigual, pero fatal, en que su adversario estaba armado de una magnífica escopeta de dos cañones, mientras que él no tenía más que un palo para defenderse.

De pronto se bajó como la fiera que va á dar un brinco para lanzarse sobre su presa.

Barasson, siguiendo la orilla del foso, llegaba adonde él estaba.

Un paso más y el administrador le descubría indispensablemente

Juan, de un salto, se echó encima del administrador, le arrancó la escopeta de las manos, la rompió contra la rodilla y tiró el cañón hacia un lado y la culata hacia el otro.

Y entonces se encontraron frente á frente.

El guarda, aturdido lanzó una exclamación de espanto y de rabia:

—¡Tú, bandido!

No tuvo tiempo para defenderse.

—¡De nosotros dos, el bandido eres tú!—dijo Juan.

Y de un puñetazo en pleno pecho y otro en el cráneo, le arrojó al foso, aplastado como un buey en el matadero.

Después le miró.

Barasson yacía en el lodo mezclado de agua estancada y juncos, con los ojos abiertos, llenos de espanto, como si hubiese visto á un resucitado y jadeante como si estuviera próximo á expirar.

El asunto había pasado en diez segundos.

Juan se inclinó hacia el guarda que estaba casi inanimado, y le dijo:

—Teresa ha debido matarse... No estoy seguro de ello todavía, y esto es una suerte para tí, porque si yo tuviese la seguridad de que había muerto, concluiría contigo, miserable!

Al mismo tiempo levantó su formidable garrote, pero lo volvió á bajar sin tocarle, y diciendo:

--No se pega á un enemigo que está en el suelo.

Se alejó á paso largo.

A las seis y media, evitando los pueblos, los pasantes, las granjas y todo lo que hubiera podido denunciarle ó reconocerle llegaba á Cour-Cheverny en el momento en que el tren iba á salir.

Se metió sin que nadie se fijara en él, entre una porción de tratantes y granjeros que iban también á tomar el tren, tomó su billete, montó en un coche de tercera, en el que no había más que una aldeana ocupada en arreglar un niño que llevaba en los brazos y llegó á Blois sin inconveniente.

A las once desembarcaba en París sin haber encontrado en su recorrido otra cara hostil que la de Barasson.

Iba pensando en que el administrador de la Ferté habría vuelto ya en sí, y él no dudaba de esto, y que su seguridad estaba comprometida en adelante.

Barasson no dejaría de quejarse á las autoridades de la agresión de que había sido víctima.

El condenado no pudo menos de sonreírse amargamente al pensar en la rara situación en que se encontraba.

Por una parte pasaba por muerto y por otra podía ser acusado de una tentativa de asesinato, buscado, descubierto, detenido de nuevo y transportado á Noumea por segunda vez, ó tal vez, para mayor rigor, á Cayenna.

Esta perspectiva no era á propósito para

agradarle; pero pensaba poco en sí mismo.

No se ocupaba más que de Teresa, y hubiera querido poder volar á la calle del Echaudé con la rapidez de un pájaro.

Tomó un coche y se hizo conducir allí.

Cuando llegó eran cerca de las doce de la noche y le costó un trabajo impropio despertar á la portera, que se decidió á tirar del cordón refunfuñando.

Juan se encontró en un pasillo estrecho, oscuro y largo, en cuyo extremo, detrás de un ventanillo entreabierto, un mechero de gas, grueso como una cabeza de alfiler, era lo único que podía guiarle.

Avanzó, tocó en el cristal, y en seguida preguntó desde dentro una voz malhumorada:

--¿Quién es?

Juan contestó á esta pregunta con otra:

--¿La señorita Teresa Montarón?

A esta pregunta, la persona que había interrogado desde dentro se levantó de la cama, dió más luz, abrió del todo el ventanillo y se mostró en éste una cabeza de vieja grotesca.

Era la de la respetable señora Guignard.

La portera examinó atentamente la cara del desconocido, y dijo:

--Aquí es.

--¿Está?

--No.

--¿Dónde está?

--Si vos podéis decírmelo, os lo agradeceré.

A la señora Guignard se la conocía en la cara la poca gracia que la había hecho que la despertaran; pero la curiosidad que sentía en

todo lo que se refería á su joven inquilina la daba una paciencia relativa.

—Os heré observar que esta no es hora de venir á molestar á las gentes—repuso.

Y renovando su pregunta, dijo,

—¿Quién sois?

Juan se contentó con responder:

—Soy un amigo de la familia que está muy intranquila y me envía.

—¿Por qué está inquieta?

—Porque Teresa les ha escrito una carta diciendo que está desesperada, en la imposibilidad de poder ganar para vivir y que está decaída...

—¡A echarse al río!—exclamó la portera.

—Puede ser.

La señora Guignard se tocó la frente, como si de pronto hubiera sido iluminada por un resplandor repentino.

—¡Por eso es por lo que no ha vuelto á parecer por aquí!—dijo.

Juan palideció.

—¿Desde cuándo?—murmuró.

Desde hace dos días.

El desgraciado dejó caer la cabeza sobre el pecho.

El desastre era cierto. ¡Ya no había esperanzas!

—¿De modo que no está?—balbució de nuevo.

—¡Cuando yo os lo digo!... Pero esperad...

Es lo que yo sostenía, no hace dos horas, con el señor Quillet...

—¿Quién es ese señor Quillet?—dijo maquinalmente Juan.

—El propietario de esta casa. Yo lo decía: Esa joven es ella.

—¿Qué joven?

—La que retiraron del agua en el puente Real.

—¿Cuándo?

—No más tarde que ayer... Un salvamento admirable, como se ve poco.

—¿Viva?

—Perfectamente. ¿Os consuela eso, eh?—preguntó la portera... Os sucede lo que á mí... La cosa fué así... Ayer, entre diez y once de la mañana, se echó al río una joven... Un caballero que llegaba en un coche particular, la vió y se echó para salvarla, lo que consiguió felizmente. Los periódicos de esta mañana lo dicen... ¿No los leéis?

—¿Teneis alguno?

—Tengo varios.

—¿Si fueseis bastante buena para cedermelos?

—¿Os interesais por esa criatura?

—¡Como si fuera mi hija ó mi hermana!

—No sois solo.

La señora Guignard estaba ahora muy complaciente.

La fisonomía de Juan Montarón la agradaba.

Buscó por la habitación y volvió con un periódico en la mano, diciendo:

—Tomad. Llevaroslo. Vereis los detalles.

Juan la dió las gracias con efusión.

—¿Era aquí donde vivía?—se atrevió á preguntar al ver tan complaciente á la portera.

—¿Quién?

—Teresa.

—Sí, desde su llegada á París. Volved á verme, yo os contaré lo que queráis y si averiguáis algo respecto á ella, me haréis el favor de decírmelo. Es una pobre joven guapa y buena. Pero esta noche, ya comprenderéis...

—Es demasiado tarde, sí. Buenas noches, señora, y gracias.

—¡Buenas noches!

Juan se marchó.

La portera se volvió á la cama diciendo:

—¡Me agrada ese mozo! Tiene cara simpática. ¡Alguno de su país, un antiguo amigo tal vez!

Cuando Juan llegó á su casa se apresuró á leer el periódico que la portera le había dado.

Bajo el epígrafe: «Un conmovedor salvamento» estaban relatados todos los detalles del suceso.

Nada faltaba: ni la descripción de la joven, ni la de su salvador, un hombre de unos treinta años, muy elegante, muy distinguido y de un valor superior á todo elogio.

El *reporter* había cumplido su misión á conciencia.

Pero había un punto que él no había podido aclarar, como les había sucedido á los testigos de aquella escena, que no había durado más que algunos minutos.

La rapidez con que el coche del marqués de Sauves había transportado á la calle de Anjou á los dos actores de aquel drama tan corto, no

había permitido á nadie seguirles ni inquirir sus nombres.

No se sabía ni quiénes eran ni adónde habían ido.

No obstante, Juan Montarón, á fuerza de pensar, llegó á esta convicción: que la señora Guignard tenía razón.

No podía tratarse de otra que de la desgraciada Teresa en aquella noticia, reproducida en todos los periódicos con pequeñas variantes.

La hora en que la desesperada se había echado al río estaba de acuerdo con la carta que había dirigido á la Boca del Lobo.

Por otra parte, el puente Real está cerca de la plaza de Saint-Germain-des-Prés.

Por fin, las señas de la joven estaban conformes con las de Teresa.

Al día siguiente muy temprano, Juan, tranquilo en lo que podía estar sin haber visto á su hermana con sus propios ojos, puso un telegrama al cazador de topos, en que le decía únicamente:

«¡Salvada!»

Durante el día hizo un paquetito con los diferentes artículos de los periódicos que hablaban del suceso y lo llevó al correo sin poner una palabra de su letra. La dirección la puso su amigo el capataz.

El encuentro que había tenido en los bosques de la Ferté y la pendencia que sobrevino le imponían una gran reserva.

Suponía que su hermano y el cazador de topos comprenderían la razón de su silencio tan



uego como se esparciera la noticia del accidente de Bassaron.

Y, según él, esto debía coincidir con la llegada de su carta ó despacho á la Boca del Lobo.

Sus cálculos eran justos.

Al día siguiente de la vuelta de Juan Montaron á París, todo el cantón sabía la agresión de que había sido objeto el factotum de la señora de Corbiere.

Barasson, lleno de contusiones, pero sin heridas graves, pudo llegar, aunque con mucho trabajo, al castillo de La Ferté; en seguida marchó á Romorantin y presentó su queja en el juzgado, en donde le trataron de visionario.

El fiscal señor Desloges, á quien no agradaban ni la cara ni el carácter de Barasson, se negó terminantemente á ocuparse del asunto.

El señor Robinier le escuchó con curiosidad burlesca, y Teodoro Lacouture no vaciló en reírse de él.

—Trató de matarme—decía Barasson.

—No sería tanto.

—Sí, señor. Levantó el palo para pegarme.

—¿Pero no pegó?

—No.

—Es que no quería mataros.

—Tal vez.

—¿Duró mucho la escena?

—Un instante.

—Vamos, reflexionad.

—No lo necesito.

—Habéis podido tener una caída, heriros vos mismo...

—No.

—Rodar por casualidad al foso, donde quedasteis algún tiempo...

—Yo sé lo que digo.

—¿Estáis seguro de no haber almorzado fuerte?

—Absolutamente seguro.

—¡Lo que me contáis es tan inverosímil!...

Barasson perdió la paciencia.

—Eso puede pareceros inverosímil—dijo en muy mal tono—pero es verdad.

El juez hizo un gesto de compasión y repuso:

—Yo no desearía otra cosa más que poder creerlos, pero por desgracia es imposible.

—Completamente imposible—opinó el escribano.

Odiaba positivamente á aquel mal bicho de Barasson.

—¿Y por qué es imposible?—preguntó Barasson, herido en su amor propio de hombre importante.

—Porque os quejais de un muerto, lo cual es, por lo menos, muy extraordinario.

El juez concluyó por decirle:

—No hay la menor duda de que habeis sido víctima de una alucinación, y nosotros no entendemos de eso.

El escribano le dijo con mucha bondad:

—Id, á consultar á un médico, Barasson...

¡Id, amigo mío y tomad algunas duchas!

El administrador se retiró desesperado.

El país opinó como el fiscal, el juez y el escribano.

Barasson no tenía amigos: los que le servían era por el interés.

Únicamente el cartero y Barasson habían quedado convencidos de que todo el mundo se engañaba respecto al condenado.

El cartero porque había notado la molestia que su presencia había causado en los habitantes de La Boca del Lobo, Barasson por los argumentos contundentes de que había sido objeto.

Juan, cuando volvió á casa de los Morard, empezó á ocuparse, en sus ratos de ocio, de buscar á Teresa, pero pasaron algunas semanas sin que pudiese averiguar nada. Sin embargo, estaba persuadido de que Teresa existía y de que era ella la joven salvada por el desconocido. ¿Pero por qué guardaba ella tanto silencio?

He aquí lo que pasaba.

## XIV

## Renacimiento.

Teresa había luchado horriblemente entre la vida y la muerte, que se la disputaron durante largas semanas de angustia para los que la rodeaban y de sufrimientos para ella.

La aquejaba una de esas enfermedades terribles que el vigor del enfermo y la ciencia de los médicos consiguen difícilmente vencer.

Era mediados de setiembre.

Una mañana el doctor Villiers, el amigo del marqués de Sauves, de pie al lado del lecho de su cliente, la contemplaba con mirada dulce y profunda, en la que se reflejaba la bondad de un alma indulgente y tranquila.

Enfrente del doctor, del otro lado del lecho, estaba el marqués.

Entre ellos, con la cabeza sobre la almohada, y tan blanca como el lienzo que la cubría, dormía la joven tranquilamente.

Acababa de cerrar los ojos, después de haber contestado á las preguntas del médico.

—¿Y bien?—preguntó el marqués con voz en que se veía el interés que tenía por la enferma.

El médico hizo un gesto de incertidumbre, pero que indicaba, sin embargo, un principio de esperanza.

—Va bien—afirmó.

—¿Está fuera de peligro?

Barasson no tenía amigos: los que le servían era por el interés.

Únicamente el cartero y Barasson habían quedado convencidos de que todo el mundo se engañaba respecto al condenado.

El cartero porque había notado la molestia que su presencia había causado en los habitantes de La Boca del Lobo, Barasson por los argumentos contundentes de que había sido objeto.

Juan, cuando volvió á casa de los Morard, empezó á ocuparse, en sus ratos de ocio, de buscar á Teresa, pero pasaron algunas semanas sin que pudiese averiguar nada. Sin embargo, estaba persuadido de que Teresa existía y de que era ella la joven salvada por el desconocido. ¿Pero por qué guardaba ella tanto silencio?

He aquí lo que pasaba.

## XIV

## Renacimiento.

Teresa había luchado horriblemente entre la vida y la muerte, que se la disputaron durante largas semanas de angustia para los que la rodeaban y de sufrimientos para ella.

La aquejaba una de esas enfermedades terribles que el vigor del enfermo y la ciencia de los médicos consiguen difícilmente vencer.

Era mediados de setiembre.

Una mañana el doctor Villiers, el amigo del marqués de Sauves, de pie al lado del lecho de su cliente, la contemplaba con mirada dulce y profunda, en la que se reflejaba la bondad de un alma indulgente y tranquila.

Enfrente del doctor, del otro lado del lecho, estaba el marqués.

Entre ellos, con la cabeza sobre la almohada, y tan blanca como el lienzo que la cubría, dormía la joven tranquilamente.

Acababa de cerrar los ojos, después de haber contestado á las preguntas del médico.

—¿Y bien?—preguntó el marqués con voz en que se veía el interés que tenía por la enferma.

El médico hizo un gesto de incertidumbre, pero que indicaba, sin embargo, un principio de esperanza.

—Va bien—afirmó.

—¿Está fuera de peligro?

—Tal creo.

—¿No podéis afirmarlo?

—Todavía no... Tal vez me atreviera, pero no quiero dar esperanzas que pudieran resultar fallidas. La razón ha vuelto, y esto es mucho... La salud vendrá en seguida, así lo espero... ¡Pero qué crisis tan terrible!

Extendió su mano hacia la enferma, y dijo en voz baja:

—¡Vámonos!

Salieron á la habitación inmediata, cuya puerta estaba abierta.

Allí preguntó el joven.

—Vamos á ver, doctor, ¿qué nos queda que hacer?

—Poca cosa, dejar obrar á la naturaleza, usar tisanas, refrescos... remedios anodinos, casi nada... Después será preciso alimentarla, que recobre fuerzas. Gracias á su juventud creo que no hay nada que temer.

—¿Puedo preguntarla?

—Sí, pero con muchas precauciones.

—Debo prevenir á su familia...

—Cuanto antes mejor.

—Y para prevenirla es preciso primero conocerla: Esta noche ha sido la primera que ha pasado sin delirio... Ha hablado de su madre delante de Rosa... Yo hubiera querido estar aquí...

Nada se ha perdido... Pregúntala... con cuidado.

El doctor se dispuso á salir.

—¿Cuándo volveréis?—le preguntó el marqués.

—En cuanto me llames... De todos modos mañana por la mañana... Felizmente ya no es indispensable mi presencia.

Cogió su sombrero y salió.

Entonces el marqués se volvió hacia una mujer de edad que dormía tranquilamente en un rincón, sentada en una ancha butaca.

Rosa—la dijo, después de despertarla.—Id á descansar algunas horas. Si preguntan por mí envid á buscarme.

—Está bien, señor marqués.

Cuando se quedó solo, el marqués entró de puntillas en el cuarto de Teresa, y se acercó al lecho.

La enferma seguía durmiendo.

Su pecho no tenía ya los sobresaltos horribles y los peligrosos accesos de que había sido presa los días anteriores.

Su aliento pasaba por entre sus labios descoloridos con la calma y la regularidad de el de un niño.

Pero estaba mortalmente pálida.

Sus cabellos esparcidos, formaban á su lívido rostro una aureola abundante y rubia.

El marqués la contempló con atención largo rato.

Después se recostó en una butaca que había á la cabecera del lecho de la enferma, y se quedó pensativo, hasta que un movimiento de Teresa le sacó de sus meditaciones.

Se volvió hacia ella en seguida.

Teresa abrió los ojos.

Se encontraron con los del marqués.

Desde que Teresa estaba bajo la custodia del

marqués se había repetido varias veces esa misma casualidad; pero nada, hasta entonces ella no se había dado cuenta.

No sucedió lo mismo esta vez.

La mirada de la joven expresó una admiración profunda. Al mismo tiempo murmuró:

—¿Dónde estoy?

—Estáis en vuestra casa.

Teresa examinó con desconfianza aquella vasta habitación de muebles sencillos, pero nuevos.

—No, no! —dijo.—Eso es imposible! Me engañáis.

Y añadió, poniéndose colorada por la emoción:

—Por delicadeza, por bondad sin duda.

Trató de incorporarse, y como estaba muy débil, la cogió el marqués y la apoyó sobre la almohada, con el cuidado que pudiera tener un padre por su hija.

Entonces Teresa puso su mano, que estaba casi diáfana, sobre su frente, como para fijar en ella los recuerdos que se la escapaban.

—Vamos á ver —dijo.—¿Qué es lo que ha pasado?

—Voy á deciroslo.

—¿Vos?

—Escuchadme y no hagáis ningún esfuerzo. Eso sería imprudente... El médico lo ha ordenado así... Yo voy á ayudaros... ¡Erais desgraciada!...

—¡Oh, sí!

—Pues bien, eso ya ha concluído. Ya no lo seréis. Os lo aseguro.

Teresa preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—Unos cuantos días.

—Eso es vago... Exactamente, os lo suplico.

—Yo no lo sé... Pocas semanas.

—¿Cómo he venido?

No esperó la contestación.

—¡Ah! sí —dijo,— ya me acuerdo... yo quería concluir con mi vida... Tenía demasiadas penas... Me arrojé al Sena... en el Puente Real... ¿Es verdad?

—Es verdad.

—¿Y después?

—Yo os había visto ya... una vez.

—¿Dónde?

—En el bosque de Fontaine.

Teresa murmuró estremeciéndose.

—¡Ah! sí... Fontaine.

—Yo pasaba por casualidad por el puente Real... Os reconocí... Luchabáis con el agua. Ibáis á desaparecer... ¡Os salvé!

—Ya lo habíais hecho... en otra parte...

—Es verdad.

Teresa pareció volver á ver todo aquel pasado que hasta entonces no se la aparecía más que confusamente.

—Después —dijo,— me trajistéis en vuestro coche, diciéndome que no me devolveríais la libertad hasta que hubiese prometido renunciar á mis tristes ideas... Luego... no se más.

—Esperad, yo voy á hablar por vos.

Teresa fijó en él sus ojos sombríos, agrandados por la extrema delgadez de su pálido rostro.

El marqués repuso:

— Las fuerzas de una joven como vos tienen su límite. Al llegar aquí fuistéis presa de una fiebre que os quitó la facultad de pensar. Durante largo tiempo habéis necesitado grandes cuidados...

— ¿Quién me ha cuidado? <sup>yo</sup>

— Amigos cariñosos, el doctor Villiers... yo...

— ¡Vos!... ¿Por qué?... ¿No me conociais?

— Sí, puesto que he tenido el honor de salvaros dos veces. ¿Podía abandonaros después?

— ¿He estado en peligro?

— No sé si ha habido verdadero peligro; pero en todo caso ya ha desaparecido.

A la imaginación de Teresa acudió una nueva idea y preguntó:

— ¿En qué mes estamos?

— En setiembre.

— ¿Ya? ¿Qué día?

— El 14, creo...

— Pero entonces — exclamó, — hace mucho tiempo que mi madre y mis hermanos deben creermos muerta... llorarme...

— ¿Vuestra madre?

— Sin duda.

— ¿Se llama?

— ¿Ignoráis su nombre?

— No lo habéis pronunciado nunca delante de mí.

— ¿Y el mío?

— Tampoco lo sé.

La enferma pareció buscar en sus recuerdos, y dijo lentamente:

— Es verdad... vos no lo habéis preguntado.

Me llamo Teresa.

— ¿Teresa que...?

El marqués tenía entre sus manos la mano izquierda de la joven.

Sus ojos estaban fijos en la enferma.

Teresa murmuró en voz baja, como si aquel apellido hubiese estado maldito:

— Teresa Montarón.

El marqués pareció sorprendido, y preguntó.

— ¿Montarón, decís?

— Sí.

— ¿No vivíais en Sologne antes de venir á París?

— Sí.

— ¿Cerca del castillo de la señora de Corbiere?

— Sí.

Teresa añadió con un poco de orgullo:

— Cerca del castillo de la Ferté Montarón.

El marqués no insistió.

Había comprendido todo.

Aquella á quien había arrancado dos veces de la tumba era la heroína del drama en que su amigo, el capitán Rolando de Corbiere, el hermano de Fernanda, había encontrado la muerte.

Era también la heroína de un proceso célebre cuyos detalles estaban impresos en su memoria.

¿No debía tener mil razones para despreciarla, para odiarla?

Teresa no leyó en la cara del marqués más que una inmensa piedad.

Como el marqués callaba, Teresa se puso pálida y estuvo á punto de desmayarse.

Su cabeza cayó sobre la almohada y sus ojos se cerraron.

El señor de Sauves la cogió entre sus brazos y murmuró á su oído algunas frases cariñosas que la reanimaron.

Teresa murmuró:

— Yo creía que ibais á odiarme.

— ¡Yo... ¿Por qué?

— ¿Me permitís escribir á mi madre?

— No puedo. Ya habéis hablado demasiado...

Es preciso evitar toda fatiga...

Y añadió con una sonrisa llena de bondad:

— Pero yo puedo servirlos de secretario... escribiré por vos.

Teresa le dió las gracias con una mirada tan dulce, que el marqués estuvo tentado á poner sus labios sobre la frente de su protegida.

Pero resistió á la tentación y se contentó con oprimir sus manos con una ternura infinita.

Pasó á la habitación inmediata, escribió unas cuantas líneas y volvió á leerlas á la enferma:

«Señora.

»La casualidad me permitió, hace algunas semanas, acudir al socorro, de una joven desesperada que no merecía ciertamente, encontrarse en el estado á que tristes circunstancias la han reducido.

»Quise completar mi obra de salvación haciendo que la trasladaran á una casa vecina de

la mía, donde se han tenido con ella todos los cuidados que una larga y penosa enfermedad, consecuencia de las penas que ha tenido, exigía.

»Gracias al grandísimo interés que se ha tomado por salvarla, uno de mis amigos el doctor Villiers, miembro de la Academia de Medicina, está hoy fuera de peligro y entra en convalecencia.

»Hasta hace un instante no he sabido como se llama.

»No hubiera sido prudente preguntársele antes.

»Me apresuro pues á escribiros á fin de tranquilizaros y al mismo tiempo os ruego creais en mis más respetuosos sentimientos.

»MARQUÉS HUBERTO DE SAUVES.

*Calle de Anjou.»*

Teresa la escuchaba con los ojos llenos de lágrimas.

Por fin murmuró:

— ¿Cómo demostraros mi agradecimiento?

— Teniendo ánimo y enrándosos...

La tocó la frente y añadió:

— Sobre todo de vuestras tétricas ideas...

¿Por qué desesperar?

Y, inclinándose, muy cerca del oído de Teresa añadió:

— En adelante no temais nada. ¡Aquí estoy yo! Y ahora basta de hablar. ¡Descansad! ¡Cerrad esos hermosos ojos!... ¡Dormid!... ¡Yo lo quiero!

*Juan Montarón á su hermano Guillermo y al vizconde de Fleuse, hotel de Halifax, Brisbane (Australia.)*

«Queridos amigos.

»Tengo que anunciaros un feliz acontecimiento.

»Hemos encontrado á Teresa, y á Dios gracias, creo que no volveremos á perderla más.

»Nuestras esperanzas no nos engañaron.

»Hace tres días recibió nuestra madre una carta del marqués de Sauves, futuro de Fernanda de Corbière.

»En esta carta participaba el marqués á nuestra madre que Teresa estaba en una casa de la calle de Anjou, adonde él la había hecho trasladar, después de haberla salvado de una muerte cierta, pues se había arrojado al Sena desde el puente Real, y el marqués se arrojó al agua, consiguiendo sacarla con un valor admirable, y que después de una larga enfermedad que no había permitido interrogarla, acababa por fin de saber cómo se llamaba, que se apresuraba á calmar las inquietudes de la familia informándola de que la enferma estaba ya fuera de peligro.

»No se podría proceder con más valor, delicadeza y generosidad que lo ha hecho el marqués de Sauves.

»Todos estos detalles los debo á nuestro buen amigo el cazador de topos.

»Al recibir la carta nuestra madre, quiso salir para París y venir á buscar á Teresa; pero está enferma ella también.

»Temen un ataque de parálisis que afortunadamente no se ha presentado aún.

»Está mal de la vista y casi sorda.

»Pedro la decidió á quedarse, y como él no podía venir, porque está en la fuerza de los trabajos, decidieron que viniera el cazador de topos.

»Ha llegado hace dos días, y podéis figuraros lo feliz que he sido al saber por él lo que os escribo, porque aunque yo trataba de animar á los demás, estaba preocupado porque el silencio de Teresa me parecía inexplicable.

»La misma noche que llegó el cazador de topos, fui con él á la calle de Anjou.

»Yo deseaba mucho entrar con él en la casa, pero no me atreví, temiendo que la sorpresa de verme perjudicara á la enferma; entró él solo y tuvo la dicha de verla.

»No había al lado de ella más que una mujer anciana, muy atenta, que se retiró á la habitación inmediata, dejándole solo con Teresa.

»La entrevista fué conmovedora.

»Teresa lloraba de alegría, y el pobre viejo no estaba menos emocionado que ella.

»Teresa está muy débil aun y no puede levantarse.

»Ha estado á punto de sucumbir á causa de una fiebre cerebral de las más peligrosas y tenaces.



»A fuerza de muchos cuidados, han conseguido salvarla.

»Es al marqués á quien debemos esto.

»Nuestro amigo se separó de ella á cosa de las once, y al marcharse la dejó tres billetes de cien francos debajo de la almohada.

»Ella no los quería, pero la obligó á aceptarlos.

»Antes de dejarle salir le hizo prometer que volvería al día siguiente y que le acompañaría yo.

»La he visto ayer y hoy.

»¡Qué alegría para mí!

»Nos contó todo, sus miserias, sus dificultades para encontrar un empleo, la imposibilidad en que se encontró de conservarlo, aun haciendo más que lo que era su deber.

»Tiene un hijo y este hijo se llama Rolando, como su padre.

»Por un singular capricho de la suerte, el niño lo tiene una nodriza que vive en un pueblo cerca de una de las posesiones de su odiosa abuela, en las inmediaciones de Rambouillet.

»Lo importante es que ella vive.

»El pobre cazador de topes está loco de contento.

»Os he dicho mi aventura con ese canalla de Barassón en el bosque de la Ferté.

»Nuestro amigo me ha contado lo que se dice en el país respecto á ella.

»Barassón fué á quejarse al juzgado de Remorantin y allí le trataron de visionario; le recibieron muy mal.

»El cazador de topes se encontró con él uno de estos días y le dijo:

»—¡Habéis soñado, Barassón!... Eso es lo que todo el mundo piensa.

»El otro rechinó los dientes y se marchó diciendo:

»—Al freir será el reir.

»Ahora ya me importa poco todo lo que pueda decir ó pensar.

»He aquí nuestros asuntos en mejor camino.

»He visto por vuestra última carta que tenéis confianza en el porvenir.

»Marcelo está bien colocado, y ha enviado á casa algún dinero de sus ahorros.

»Si nos quedan enemigos entre los Corbiere, también tenemos amigos, puesto que la deuda porque nos iban á echar de nuestra finca está satisfecha, al menos por un plazo que nos deja descansar.

»Veo, en fin, que nadie piensa en ocuparse de mí, y que el mismo Robinier me cree muerto.

»Hasta muy pronto, queridos amigos, y ánimo.

»Una vez hallada Teresa y arreglados nuestros asuntos, gracias á la buena hada cuya misteriosa protección se ha extendido sobre nosotros, nada impedirá que me una á vosotros.

»Tengo muchas esperanzas y os abrazo como á hermanos.

»JUAN.»

*Fernanda de Corbiere á Juana de Reville, en el castillo de Reville, por Cherbourg (Mancha).*

Interlaken 12 de setiembre.

»Mi querida Juana:

»Estoy en deuda contigo y puedes agobiarme á reproches; pero no podrás imaginarte cuán perezosa me ha hecho la Suiza, y las dificultades que se presentan para ponerse delante de una mesa y de una hoja de papel cuando hay tantas cosas bonitas, rientes ú horribles y magnificas, sin embargo, que admirar.

»Reservó mis descripciones para el día en que volvamos á vernos, el que no tardará mucho.

»Ciertamente, querida amiga, que tú no irás al altar sino escoltada por tu compañera de infancia, que hará votos por tu felicidad.

»No tendrá nada de particular que yo tenga que confiarte muy pronto otra boda, que te sorprenderá, como me ha sorprendido á mí misma.

»Creo que puedo, bajo el sello del secreto, anunciártelo desde hoy.

»Tú ya sabes con qué ligereza burlona hablaba mi hermano Gabriel de esa institución que sirve de base á la familia y á la sociedad entera.

»Cuántas veces ha hecho delante de nosotros el juramento de morir soltero!

»Te acordarás de esto. Pues bien, cuando llegué á Interlaken, me esperaba en la estación.

»Me abrazó con la mayor cordialidad y me condujo al hotel.

»Querida Juana, Gabriel es de esas personas que previenen en contra á primera vista; pero que una vez que se le trata, se ve que es bueno. ¡Qué delicadeza de sentimientos y qué caluroso afecto!

»Es un fuego que se encubre bajo la ceniza!

»Vivía en el hotel de la Metrópoli. Mi habitación estaba cerca de la suya, y tenía un gabinete al lado para mi doncella.

»Gabriel no tenía con él más que al viejo Dubois, su ayuda de cámara y un poco su confidente, creo.

»A partir de mi llegada, han pasado los días como relámpagos.

»Durante quince días hemos recorrido los alrededores de Interlaken, que abundan en paisajes maravillosos, en torrentes, en ruinas pintorescas, en cascadas y en panoramas de toda especie.

»No te recordaré los nombres de todos esos sitios, porque los conoces tan bien como yo, puesto que tu madre los adora y que tú la has acompañado varias veces cuando ha venido á él.

»Prefiero hablarte de una circunstancia en que me fijé á los dos ó tres días después de mi llegada.

»Yo veía en el hotel, en la mesa, en el casino, en el paseo, en fin por todas partes, á una mujer joven que el azar ponía con infatigable constancia en nuestro camino.

»No es muy alta, pero tiene el talle más bo-

nito del mundo, facciones de una finura admirable y ojos soberbios.

»Su color deslumbra.

»No tardé en apercibirme de que los ojos de Gabriel se volvían á menudo hacia ella.

»No era él solo el que la admiraba.

»La mayor parte de los otros turistas masculinos seguían su ejemplo.

»Por mucho que Gabriel trataba de reprimirse, se veía en sus miradas una ternura particular al fijarse en aquella mujer y ciertos cambios de ojeadas me enseñaron la corriente de simpatía que existía entre ellos.

»Gabriel me quiere, lo sé.

»Siempre ha sido sumamente bueno para mí, y, en verdad, yo le devuelvo su afecto con usura.

»Un día, en una excursión á la Schiltorn, cuya ascensión hacíamos en mulos, como yo veía que el moría de deseo de acercarse á la desconocida, le dije:

»—¿Mi pobre Gabriel, por qué te reprimes? Si soy yo la causa, me marchó á Sologne!

»Me cogió y me besó.

»Y entonces se puso á mi lado y me confesó todo en pocas palabras.

»Sí, el amaba á aquella mujer que cabalgaba á la cabeza de la caravana, con un traje claro, de encantadora frescura: la amaba con pasión, hasta el extremo de hacerla su esposa en cuanto estuviera ella separada de su marido por medio de un divorcio fácil de conseguir.

»El marido no se opondría á él.

»Era solo cuestión de tiempo.

»Sin duda se consideraría este matrimonio como una locura de él, porque aquella mujer era hija natural ó más bien una criatura abandonada á quien nadie había reconocido, pero él se colocaba por encima de esas preocupaciones y la amaba bastante para vencer los obstáculos, aunque fuesen tan altos como los picos que desde el sitio en que estábamos se veían.

»Me miró y me dijo sonriendo:

»—Tú te opondrás á eso tal vez?

»—No tengo derecho para hacerlo.

»—¿Si lo tuvieses?...

»—¿Puedo yo querer otra cosa más que tu felicidad?

»Y añadió:

»—¡Además me agrada, me parece tan dulce!

»—¿La querrás?

»—¿Cuando sea tu mujer?

»—Sí.

»Yo le contesté:

»—¡La querré como te quiero á ti, Gabriel; no lo dudes!

»Desde esta excursión, mi querida Juana, Gabriel es el habitante más feliz de los hoteles de Interlaken y de la Suiza entera.

»Ya no se reprime delante de mí y habla con un calor que indica su grado de pasión por esa mujer con quien he hecho conocimiento.

»Gabriel nos ha presentado.

»Esta mujer se conduce admirablemente, viste muy bien, es sumamente elegante, conoce la música á la perfección y habita una gran villa que tiene unas vistas soberbias sobre el lago.

»En suma, que yo debía estar muy contenta; pero para desnudarte mi corazón, según una de tus frases favoritas, querida Juana, te confieso que hay en él siempre un fondo de tristeza que trato de disimular á mí misma y que va creciendo, sin que pueda conseguirlo, sea la que quiera la distracción que busque.

»¿De dónde proviene?

»Me encontraría perpleja para poder decirlo.

»En verdad no lo sé, pero existe.

»Hace dos días estuvimos en Lucerna veinticuatro horas.

»Lucerna es una de las pocas ciudades en que yo viviría con gusto.

»Qué hermoso paisaje!

»Y qué misteriosos retiros, llenos de flores, á orillas del inmenso lago de los Cuatro Cantones, tan riente de cualquier lado que se vuelva uno para mirarle!

»Tú sabes que Lucerna hace la competencia á Fribourg con sus conciertos de órgano, que atrae todas las noches una concurrencia considerable á Saint-Leger.

»Entramos allí mi hermano, Elena y yo.

»Ella se llama Elena.

»Elena Noel.

»En la iglesia experimenté una de las más dulces impresiones que he sentido en mi vida.

»No sé el nombre ni la edad del organista que daba el concierto.

»Pero te aseguro que es un gran artista, mi querida Juana.

»Los sonidos de ese instrumento soberbio,

unas veces furioso como un huracán, otras dulce como un canto celeste, me emocionaron profundamente.

»Oí sobre todo una especie de plegararia de una suavidad penetrante que ¿por qué no decirlo?... me hizo llorar.

»Ya sabes que yo tengo bastante buena memoria.

»Mi primer cuidado al venir á casa ha sido hacerme cargo del principal asunto de la plegaria.

»He conseguido tocarla, aunque no con la expresión, ni mucho menos que el artista de quien la he oído, pero creo que cuando volvamos á vernos ya me habré poseído del motivo principal y la oirás.

»No he oído nunca una frase tan conmovedora como la que domina todo ese pequeño trozo de música que pudiera llamarse el canto del dolor.

»Estaremos aquí poco tiempo ya.

»La amiga de Gabriel se nos ha anticipado.

»Desde que marchó ella, mi hermano está sobre ascuas.

»El, tan glacial cuando se le juzga por las apariencias, está dominado por uno de los más violentos amores.

»Es un volcan ignorado.

»Puedo decirte que en realidad su amor se explica.

»Elena es encantadora.

»Se llama Elena Noel, porque nació el día de Noche-Buena.

»No tiene otro apellido.

»Esto es bastante poético.

»¡Pero bastante triste!

»Hasta muy pronto querida Juana.

»Dejamos la Suiza para volvernos á París.

»Al llegar mi primera visita será á tí, á menos que á consecuencia de circunstancias imprevistas te eternices en tu cotentin.

»Si piensas estarte aun mucho tiempo ahí, escribeme á París é insiste con energía para que mi madre me permita ir á pasar contigo unos días.

»Soy una agitada: necesito viajar y cambiar de aires.

»Saluda en mi nombre á tu madre, la mejor de las mujeres, y recibe Juana mía, media docena de besos.

»Tu amiga.

»FERNANDA.

»P. D. No te hablo de mi boda con nuestro primo de Sauves.

»El estado de mi alma no me permite pensar en cambiar de condición, en estos momentos al menos.

»El asunto está aplazado.

»Entretanto tendré el placer de asistir á la tuya y rogar al Todopoderoso porque en tu nuevo estado seas tan feliz como te mereces.

»¿Pero qué va á ser de la buena duquesa cuando ya no tenga á su Juanita para acompañarla?

»FERNANDA.»

## XVI

### Confesiones.

Llegaron los últimos días de setiembre.

La enferma de la calle de Anjou había entrado en el período de la convalecencia.

Las razones que la habían retenido por necesidad en el asilo que debía á un sentimiento caballeresco de su salvador, iban á cesar.

Ya había manifestado ella varias veces su deseo de abandonar la casa á la que la unían tantos lazos de agradecimiento; pero en cuanto abría la boca para expresar su deseo, el doctor Villers la paraba, diciendo:

—Todavía no.

El encanto de Teresa llegaba hasta el doctor.

Le parecía, como á su amigo el marqués de Sauves, que el día que la pobre enferma se marchara les faltaría algo muy íntimo al faltarle los cuidados que prodigaban á aquella cliente, con quien tantas atenciones había tenido y á quien con tanto interés cuidaba.

Una tarde iba á salir, cuando Teresa le preguntó:

—¿Y ahora, doctor?

—¿Queréis abandonarnos?

—Es preciso... ¿Me lo permitiréis al fin?

El anciano suspiró y dijo:

—¿Adónde iréis?

—A casa de mi madre,

UNIVERSIDAD DE QUEZON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1060, 1025 MONTENEGRO, MEXICO

»Esto es bastante poético.

»¡Pero bastante triste!

»Hasta muy pronto querida Juana.

»Dejamos la Suiza para volvernos á París.

»Al llegar mi primera visita será á tí, á menos que á consecuencia de circunstancias imprevistas te eternices en tu cotentin.

»Si piensas estarte aun mucho tiempo ahí, escribeme á París é insiste con energía para que mi madre me permita ir á pasar contigo unos días.

»Soy una agitada: necesito viajar y cambiar de aires.

»Saluda en mi nombre á tu madre, la mejor de las mujeres, y recibe Juana mía, media docena de besos.

»Tu amiga.

»FERNANDA.

»P. D. No te hablo de mi boda con nuestro primo de Sauves.

»El estado de mi alma no me permite pensar en cambiar de condición, en estos momentos al menos.

»El asunto está aplazado.

»Entretanto tendré el placer de asistir á la tuya y rogar al Todopoderoso porque en tu nuevo estado seas tan feliz como te mereces.

»¿Pero qué va á ser de la buena duquesa cuando ya no tenga á su Juanita para acompañarla?

»FERNANDA.»

## XVI

### Confesiones.

Llegaron los últimos días de setiembre.

La enferma de la calle de Anjou había entrado en el período de la convalecencia.

Las razones que la habían retenido por necesidad en el asilo que debía á un sentimiento caballeresco de su salvador, iban á cesar.

Ya había manifestado ella varias veces su deseo de abandonar la casa á la que la unían tantos lazos de agradecimiento; pero en cuanto abría la boca para expresar su deseo, el doctor Villers la paraba, diciendo:

—Todavía no.

El encanto de Teresa llegaba hasta el doctor.

Le parecía, como á su amigo el marqués de Sauves, que el día que la pobre enferma se marchara les faltaría algo muy íntimo al faltarle los cuidados que prodigaban á aquella cliente, con quien tantas atenciones había tenido y á quien con tanto interés cuidaba.

Una tarde iba á salir, cuando Teresa le preguntó:

—¿Y ahora, doctor?

—¿Queréis abandonarnos?

—Es preciso... ¿Me lo permitiréis al fin?

El anciano suspiró y dijo:

—¿Adónde iréis?

—A casa de mi madre,

UNIVERSIDAD DE QUEZON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1050, 1025 MONTENEGRO, MEXICO

—¿Y si está demasiado pobre para sostenernos?

—¡Necesito tan poco!—contestó Teresa.

En aquel momento entró el marqués.

Oyó el cambio de preguntas y respuestas, y dirigiéndose al doctor, preguntó:

—¿Quiere recobrar su libertad, eh?

—Sí.

—¿Y se la devolvéis?

—Ya no hay peligro.

—Bueno.

El doctor Villiers estrechó las manos de la joven entre las suyas, y salió.

Cuando el marqués quedó solo con la convaleciente, se sentó al lado de ella.

Teresa estaba tendida en una ancha butaca, envuelta en un peinador de lana gris claro, muy sencillo, enfrente del jardín, cuyos árboles empezaban á ponerse amarillos.

El joven la preguntó con voz un poco emocionada:

—¿De modo que vais á dejarnos?

—¿Puedo hacer otra cosa?

—¿No os encontráis bien aquí?

Teresa trató de sonreír.

—En mi vida he estado tan bien—dijo.

Un suspiro se escapó de su pecho.

Al mismo tiempo se puso algo colorada.

—¿Por qué ese suspiro?—preguntó el marqués.—¿Teméis ser tan desgraciada como en el pasado?

La joven levantó los ojos al techo y no contestó.

—No debéis temerlo, á menos que no ten-

gáis confianza en mí. Si hubiérais venido á buscarme cuando estábais tan desesperada, yo os hubiese sostenido... ¿Por qué no lo hicisteis?

—¿Podía hacerlo?... ¿No era yo una desconocida para vos?

—No, puesto que el azar nos había acercado ya.

Y añadió en voz baja:

Y además, sois el prometido de la señorita de Corbiere, su pariente al menos, su amigo; veis á la condesa... y yo no quería que oyese hablar de mí, de mi miseria. Me odia y me desprecia... Tiene razón, sin duda... ¡Sin mí, su hijo viviría aun! ¡Qué de desgracias he causado por mi debilidad!

—¡Le amábais!

—¡Con toda mi alma! El había venido á mí con la sonrisa en los labios y con palabras de amor que me turbaron... Una noche entró en la pobre habitación en donde yo pensaba en él, desde que le había visto bajo mi ventana... Me aturdió con sus juramentos y perdí la razón... ¡He expiado cruelmente aquella hora de embriaguez!

Hubo un silencio.

El marqués clavaba sus ojos en los de la joven.

—Callaos—la dijo poniendo una mano sobre los labios de Teresa.—Olvidad el pasado. Las emociones no os convienen...

—¡Eh! ¿qué me importa?—dijo Teresa animándose.—Lo que yo quiero antes de abandonaros, es que no me juzgueis por lo que la se-

ñora de Corbière haya podido deciros. Escuchadme y sabreis toda la verdad.

Entonces le contó todo, su juventud, su pobreza, pero rodeada de la ternura de su madre y de sus hermanos, también de algunos amigos, del cazador de topes que la trataba como un abuelo hubiera tratado á su nieta:

—Mirad —añadió sacando los trescientos francos del bolsillo, donde los tenía envueltos en un papel,—tal vez no tuviera un céntimo más, y sin embargo me los dió cuando vino á verme. Tiene un corazón de oro, y los otros valen tanto como ese pobre hombre. Hubieran dado su sangre por mí. Se presentó el capitán. Ya no tuve corazón y miradas más que para él. ¡Estaba loca!

Le contó su falta, la terrible escena de la noche en que Rolando de Corbière había encontrado la muerte, el espanto que ella había sentido y la imposibilidad en que se había encontrado de socorrerle, no pudiendo por otra parte acusar á sus hermanos de un crimen y comprendiendo su indignación y su cólera; después sus angustias durante el proceso de Blois, su huida de la Boca del Lobo, la bondad del pintor que la había ayudado, sostenido durante sus meses de espera, su estancia en la calle del Echandé y su alumbramiento en el hospital, porque no tenía dinero ni socorro; por fin, la casualidad que la había conducido á Fontaine donde tenía á su hijo, su encuentro con el marqués, sus dificultades para encontrar una colocación, la innoble escena porque tuvo que abandonarla y su desesperación al con-

vencerse de que no podía vivir sin someterse á deshonrosas infamias.

Y añadió:

—El resto ya lo sabeis. Preferiría ganar el pan trabajando en las landas de nuestra Sologne á gozar de todo el lujo de Paris, comprandolo al precio de las vergüenzas que es preciso sufrir.

—¿Qué hareis, pues?

—Iré á buscar á mi hijo á casa de su nodriza y con él me arrojaré á los piés de mi madre. ¡Me quiere! ¡Me perdonará!

El marqués se quedó pensativo un momento y luego moviendo la cabeza dijo:

—No, no podeis ir á vuestra triste casa de la Boca del Lobo... por lo menos ahora... Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Allí os agobiarian muchos recuerdos... Pasado algún tiempo más, puede ser... Y además, estariais demasiado lejos de...

Iba á decir «de mí.»

Temió herirla y repuso con viveza:

—De vuestro hijo.

—No se separará de mí más...

El marqués se sonrió.

—¿Por qué quitárselo á su nodriza que le cuida como una madre?

—¿Qué sabeis vos?

—Lo he visto.

—¿Cuándo?

—Hace unos días.

—¡Ah!

—Yo conocía á la viuda Lapierre. Somos



amigos... Fui á verla... Tiene allí un hermoso niño que se llama Rolando, cuya madre hace algún tiempo que no da señales de vida... Tranquilié á la nodriza como tranquilizo á la madre en este momento... Podeis estar tranquila. La nodriza no hechará de su casa á vuestro hijo, porque es una buena mujer que toma cariño á los niños que cria... y además porque no la debeis nada...

—¡La habeis pagado!

—Cien francos en cifras redondas.

—Pero...

—No es una gran generosidad, no os admiréis. Eso se pierde con una facilidad asombrosa en el ecarté, en el bacarrá ó en las carreras... Además yo no os lo doy, no os hago más que un simple anticipo...

—¿Podré devolveroslo?

—Ciertamente.

—¿Cómo?

—Voy á indicaros el medio.

Hablaban como dos amigos: el marqués parecía muy feliz. Había sin duda encontrado una idea que le ponía de buen humor.

Se apoderó de una de las manos de su enferma y la acarició entre las suyas.

Teresa unas veces estaba pálida otras se ponía colorada y se hubiera podido notar un ligero estremecimiento en todo su ser.

Pero no se atrevió á retirar su mano de entre las del marqués.

Le debía todo.

El marqués repuso con una satisfacción creciente,

—Escuchad mi plan. ¿Quereis ir á Solonge? ¿Ver á vuestra madre?

—Sí.

—Y á vuestro hermano, el marqués Pedro de Montarón, porque es marqués, vos lo sabeis, y de lo más auténtico.

—¡Pobre Pedro!—murmuró la joven.

—En fin, decís que quereis ir á la Boca del Lobo.

—Sí.

—Allí os convenceréis de que nadie os quiere mal—hablemos familiarmente—por lo ocurrido, que os quieren como siempre y que os han perdonado desde hace mucho tiempo.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Uno de vuestros grandes amigos... un excelente hombre, á quien he conocido cuando su viaje á París.

—El cazador de topos!—exclamó Teresa.

—El mismo. Tuve una larga conversación con él y me contó una porción de cosas.

—¿Entonces?

—Estoy seguro de que os quieren más que nunca.

—¿Iré pues?

—No me opongo... No tengo derecho á hacerlo... Os dejaré partir, pero con una condición...

—¿Cuál?

—El que al cabo de unos días—ocho por ejemplo—volveréis á París para entrar en una colocación en que he pensado para vos...

—¡Una colocación!—dijo Teresa con la pesadumbre de un recuerdo odioso.

—¡Oh! tranquilizaos; una colocación segura, tranquila, honrosa!

—¿Las hay?

—Seguramente; pero es preciso buscarlas, y á veces es imposible.

—¿Esa colocación será?

—En casa de una excelente señora, de una cierta edad, rica, y que dentro de pocos días estará desolada.

—¿Por qué?

—Se casa su hija, su hija única, una hermosa y buena joven, y la madre quedará en una soledad dolorosa para ella.

—¿Y habéis pensado?

—Que podría tomaros como señorita de compañía.

—¡Yo!

—¿Por qué no?

—¡Pensad, pues!... Después de lo que me ha sucedido...

El marqués se encogió de hombros.

—¡Una falta!... Pues bien; yo la confesaré por vos. No tenéis que atormentaros por ella, puesto que os digo que seré yo quien haga la confesión... Conozco á la duquesa.

—¿Es una duquesa?

—Auténtica, como vuestro hermano Pedro, el labrador, es marqués, vuestro hermano Guillermo es conde y así sucesivamente.

—Bien seguro que ellos no han pensado en ello.

—¡Oh, oh!—dijo de Sauves con aire de duda.—Esas son cosas que no se olvidan. Hablaba de la duquesa... Pues bien; yo haré la

confesión, y he aquí lo que me dirá hablando de vos: Que el que esté sin pecado la arroje la primera piedra.

—¿Creeis vos?...

—¡Me parece que la estoy oyendo, mi querida niña—añadió el marqués, tomando un tono paternal—á la señora de Reville.

—¿De Reville se llama?

—Sí; señora de Reville. La veré esta misma noche.

—¿Dónde está?

—Llega hoy á París... La boda de su hija será dentro de ocho días... Entonces entraréis en su casa... Tenéis, pues, una semana de que disponer. Durante esa semana haréis una excursión á Fontaine para ver á vuestro hijo... mañana si queréis. En seguida os ireis á la Boca del Lobo á abrazar á vuestra madre y hermano... Después volveréis al hotel de Reville... Créo que os darán cien francos mensuales... Tendréis ratos de ocio... Os tratarán con mucha consideración y bondad, os respondo de ello... En fin, os concederán de cuando en cuando permiso para ir á Fontaine y, á fin de evitar los malos encuentros, tomareis un coche en Rambouillet para atravesar ese bosque donde hay guardas demasiados atrevidos. Además no os impedirán estudiar á vuestro gusto el dibujo y la pintura, para lo que tenéis disposiciones admirables...

—¿Cómo lo sabeis?

—Por un pintor suizo á quien uno de estos últimos días he comprado una obra maestra.

—¿Krug?

—El mismo. El pobre diablo la tenía en casa de un comerciante de cuadros... ¡Pasé por allí!...

Una pequeña emoción vibró en el acento del marqués:

—Era vuestra imagen, Teresa; esto fué lo que me lo hizo notar. Fui á casa del artista. Llegué muy oportunamente. Se morían de hambre. Con un billete de mil francos, llevé la abundancia á la casa y traje un recuerdo que no volverá á salir de mi habitación. Todos hemos ganado... Ya veís que he arreglado bastante bien las cosas y que ya no es tan oscuro para vos el porvenir... ¿Es este vuestro parecer?

—Pero —murmuró la joven— esos son castillos en el aire... La duquesa no me admitirá.

El marqués se sonrió:

—¿Os gusta mi proyecto? —preguntó.

—¡Ay de mí!

—Y á mí me encanta.

—¿Por qué?

—¡Porque podré veros de cuando en cuando, hablaros!... Pues bien, he escrito á la duquesa, mi prima... La he hecho esa confesión que tanto trabajo os hubiera costado hacer á vos, y he aquí lo que me ha contestado.

Entregó á su enferma una cartita de papel satinado en la que la duquesa le decía:

«Mi querido Huberto:

«Con mucho gusto recibiré en mi casa á tu protegida.

»La pobre criatura ha sufrido mucho.

»Nosotros la consolaremos.»

Teresa leyó esto con los ojos húmedos y al devolversela al marqués le dijo:

—¡Ah! ¡que bueno y generoso sois!

La conversación duró diez minutos más.

El marqués no había soltado la mano de la joven. La llevó rápidamente á los labios y salió.

## El perdón.

Tres días después, una joven vestida de luto, como una empleada de almacén que vá á su tarea, se apeaba de un coche en la estación de Lyon.

No llevaba por todo equipaje más que un saquito de cuero negro que contenía los objetos necesarios para su *toilette* durante una corta ausencia.

Iba acompañada de un hombre en toda la fuerza de la edad sencillamente vestido lo que le permitía pasar completamente desapercibido.

La acompañó hasta la puerta de la estación diciéndola:

—Diles que estén tranquilos; que he recibido carta de Guillermo; que todo va bien y abrazarlos en mi nombre.

—Sí, sí.

—Sobre todo á madre, porque tal vez dentro de poco tiempo no la tengamos ya...

—Te lo prometo.

—Y no temas nada. ¡Teresa mía. Si supieses que felices van á ser!

Ella se arrojó en los brazos de su compañero repitiendo.

—Sí, sí, se lo diré Juan.

—Y cuando vuelvas avísame. Saldré á esperarte.

—Conforme.

—Si me quedo en Paris es por causa tuya, por verte de cuando en cuando... De otro modo me volvería á Australia con Guillermo.

—¡Tal vez harías mejor! ¡Si te conocieran... si te prendieran!

El hizo un gesto de desden.

Dos agentes de policía que paseaban por la acera le miraban y hablaban entre ellos.

La joven se estremeció.

—¡Nos observan!—dijo.

Juan replicó.

—No tengas miedo. Es de tí de quien se ocupan.

Se acercaba la hora de la partida.

La viajera se arrojó por segunda vez al cuello de su hermano y le dijo al oído:

—Adiós, ten cuidado... Te escribiré dentro de tres ó cuatro días... Adiós.

—¡Dales un abrazo muy apretado!

—Sí.

Se separaron.

Juan la vió entrar en la estación y se volvió al coche. Al pasar por delante de los agentes de policía los miró de arriba á abajo, sin que ellos le dijeran una palabra.

Pero pudo oír que el de más edad decía á su compañero:

—¡Qué hermosa querida! Esa sí que haría un negocio, Cressonnet.

—¡Ya lo creo!

El coche se dirigió hacia Bolonia y el jardín de los Morard, donde Samson, que cada vez era más amigo de Juan Montaron, esperaba á este

para salir juntos á divertirse un rato por ser domingo.

Teresa había tomado un billete de segunda para Cour-Cheverny.

Tenia cuatro horas de tren, cuatro horas para recordar su pasado y pensar en su porvenir.

Del pasado tenía grabados en su memoria hasta los menores incidentes.

Y sin embargo la parecía que estaba lejos de ella, perdido en la bruma, medio borrado, con las lágrimas que había derramado y los agudos sufrimientos y humillaciones que había sufrido.

Se esforzaba por olvidar, por borrar de su memoria el retrato demasiado lisonjero, demasiado seductor del marqués de Sauves, para no pensar más que en su madre, en su hermano Pedro, en sus amigos de la Boca del Lobo, á quienes iba á ver, quienes la esperaban, sin duda, con impaciencia.

Llegó por fin á Blois.

Se cubrió la cara con un espeso velo para no ser reconocida en aquel país donde el proceso de sus hermanos la había dado una triste celebridad.

Nadie se fijó en ella.

El tren partió en seguida para Cour-Cheverny y muy pronto se apeaba Teresa en esta estación.

Cuando salió de ella, vió á poca distancia de la puerta de salida una especie de tartana tirada por una yegua blanca, y al lado, en pie, á un aldeano con sombrero de anchas alas,

chaquetilla colorada desteñida y desfilachada.

Era el marqués, como le llamaba de Sauves, Pedro Montaron, el cultivador de la Boca del Lobo.

La joven corrió hacia él.

—¡Pedro!

—¡Teresa!

Se abrazaron.

—¡Monta! —dijo Pedro mostrándola el carruaje.—Démonos prisa. Nos esperan con impaciencia. El señor cura me ha prestado este vehículo. Tenemos viaje para tres horas largas. La Paloma anda poco.

La Paloma era la yegua, una de las que tenía Pedro para la labor.

Pocos minutos después, el vehículo del cura rodaba por un camino vecinal que acortaba la distancia una media legua.

Ya en marcha, empezaron las confidencias entre los dos hermanos.

—¿Y Marcelo? —preguntó Teresa.

—Esta mañana hemos recibido carta suya —dijo Pedro.—Debe ganar bastante dinero. Figúrate que envía seiscientos francos.

—¿Dónde está?

—¡Ah, eso no lo sé! Hemos tenido tantas desgracias! Y no quiere que se sepan. Podría perder su colocación y tú ya sabes ¡cuanta tanto trabajo encontrar otra para poder vivir!

Teresa suspiró.

Demasiado sabía eso ella.

—¿Pero no se le puede escribir? —preguntó.

—Sí, ya te diré... Puedes escribirle. Se alegrará tanto de saber que has venido y que tie-

nes esperanzas de encontrar una buena colocación; pero no digas á nadie que le has escrito... Nos lo ha recomendado mucho.

Teresa contestó con gravedad:

Haré lo que él quiera.

A cada sacudida, Teresa se agarraba á las cortinillas y Pedro decía con tono paternal:

—¡Despacio, Paloma!

El pobre animal continuaba su marcha pacífica, acostumbrada á los hoyos y carriles, y Pedro y Teresa seguían su conversación.

Cuando entraron en los bosques de la condesa de Corbiere, al atravesar la ancha avenida donde Juan había encontrado en acecho á Barasson, Pedro, indicando á su hermana uno de los fosos que allí había, la dijo:

—¿Has oído hablar de la aventura del administrador? Pues ahí le echó Juan. Pitois, uno de los guardas fué quien le ayudó á salir y volver al castillo. Puedes figurarte la polvareda que se armó en el país; pero ya no se habla de ello... Todo el mundo dice que lo soñó, que había bebido demasiado... No le quieren.

—¿Y la condesa?

Ha vuelto á París. Parece ser que cada vez está más rabiosa.

Al pasar por delante del castillo, Teresa sintió que su corazón se henchía.

Pensaba en Rolando de Corbiere y en la noche siniestra en que había expirado sin volver á verle.

A partir de aquel momento, no pronunciaron una palabra más.

Pedro comprendía los dolorosos recuerdos de

que estaba poseída el alma de su hermana y respetaba aquel dolor.

Cuando el vehículo salió de los bosques de la Ferté, era ya casi de noche.

El carruaje atravesó el llano, despojado ya de su cosecha, y la Paloma relinchó de contenta al olfatear la cuadra.

Por fin llegaron á la Boca del Lobo, se vieron luces en la ventana de la casa y la puerta su abrió.

Magdalena se presentó en el umbral, bajó los tres escalones que había ante ella, y cogiendo á la viajera como á una niña entre sus nervudos brazos, la depositó en la cocina delante de su madre.

Teresa cayó de rodillas ante aquella pobre anciana, sorda y medio ciega ya.

Pero dos manos temblorosas buscaron el dulce rostro de la fugitiva, que lloraba á lágrima viva, y una voz conmovida la dijo:

—¡En mis brazos, pobre hija mía, en mis brazos!

## XVIII

## Casa vacía.

El hotel de la duquesa de Reville está situado en todo lo alto del arrabal Saint-Honoré, en la esquina de la calle de Berry.

La fachada principal da á un jardín plantado de grandes árboles y cercado por inmuebles que, poco á poco, fueron usurpando, en el siglo pasado, lo que constituía su parque.

Esto no obstante, tiene todavía un gran carácter.

Avanzaba la tarde.

Eran cerca de las cuatro.

El *lunch* y la recepción que habían seguido al casamiento de Juana de Reville con el conde Roberto de Thianges, capitán del tercero de dragones, acababa de terminar.

Un *landau* llevaba hacia la estación de Orleans á los recién casados, que iban á pasar su luna de miel á un castillo que el conde poseía en las cercanías de Limoges, y los criados hacían desaparecer á toda prisa las huellas del desorden que sigue de ordinario á esa clase de solemnidades.

No quedaban, en un saloncito contiguo al salón de recepciones, más que dos íntimos, el marqués de Sauves y Fernanda de Corbiere, á quienes la duquesa había retenido con intención tal vez.

La señora de Reville era entonces una mu-

jer de cincuenta y tantos años, alta, esbelta aún, de facciones finas y de un aspecto de lo más aristocrático.

Sus ojos negros, como los de su hija, tenían una dulzura y un brillo notables.

Había estado todo el día dominada por la punzante emoción que siente una madre tan vivamente en los días de grandes separaciones.

Miró al marqués, y Fernanda suspiró, y poniendo sus manos blancas como el marfil en el pecho, les dijo:

—Me parece que tengo aquí algo que se me ha roto.

Y sin esperar contestación, repuso con viveza:

—¡Dejemos eso! ¡Esto es inevitable! Juana es feliz y lo será largo tiempo, al menos así lo espero. Mi yerno es un cumplido caballero y se aman. Yo educaré á mis nietecitos.

Y dirigiéndose á los dos jóvenes, añadió de pronto:

—¿Y vosotros cuándo os casáis?

Fernanda se ruborizó é hizo un gesto de duda y de incertidumbre.

El marqués extendió las manos, apretó los labios y dijo sonriendo:

—Yo no sé. Estamos en el mismo estado.

Ciertamente él seguía enamorado de su prima; sus ojos la acariciaban; no había la menor acritud en el acento conque pronunció estas palabras:

—Estamos en el mismo estado.

Pero ciertamente también sus miradas eran

menos ardientes; sus deseos se habían enfriado si no su amistad; se parecía á esas gentes que, consternadas al principio por una noticia desagradable, concluyen por habituarse á su mal y lo llevan con paciencia.

Hubo un minuto de silencio.

La duquesa, arrellanada en una butaca, miraba alternativamente á los dos enamorados.

—Entre vosotros hay algo... ¿pero qué?— dijo moviendo la cabeza.

—Casi nada—dijo el marqués.

—Nada...—acentuó Fernanda;—solo que yo no tengo prisa por casarme... Esperaré... Debo esperar... ¡Quiero hacerlo así!

—¿Cuánto tiempo?—preguntó la duquesa.

La joven contestó con desenfado:

—No sé... El que se necesite.... ¡Tengo tiempo!

Esto era terminante.

La señora de Reville se mordió los labios y pensó:

—¡Oh, oh!... ¡Esto me parece más grave que lo que yo pensaba.

Y cambiando de asunto:

—¿Sabéis, Huberto—preguntó—si mi señorita de compañía va á venir?

—Ciertamente... está demasiado interesada en agradaros... para comenzar sus servicios con una inexactitud...

—¡Ah! ¿Tendréis señorita de compañía?—dijo Fernanda.

—Sí... ¡Me sería imposible vivir sola! ¡No hace más que una hora que ha marchado Juana, y esta casa me parece cuatro veces

más vasta que antes! ¡Estoy perdida en ella!

Miró á su alrededor.

—¡Me parece que ya no hay muebles... que todo está vacío! He tomado una señorita de compañía, una lectora... ¡lo que queráis!... ¡una pobre jóven, en fin, destinada á reemplazar á Juana, y este caballero ha sido quien me la ha buscado!

Tocaba al marqués el turno de ruborizarse, pero, decididamente, parecía estar acorazado contra todo lo que se pudiera pensar de él.

No fué más que una nube, en seguida disipada, lo que pasó por su cara.

Miró á Fernanda, y sonriendo, la dijo:

—Sí, es una historia sumamente rara tal vez, pero enternecedora en el fondo, puesto que se la he contado á la duquesa y se ha enternecido. Debo contárosla á vos también, Fernanda, y esto será casi una confesión, pero en la que no tendré pecados que confesar. He aquí lo que se.

La duquesa se había puesto seria; el marqués de Sauves parecía experimentar un ligero temor para comenzar aquel relato que él llamaba una confesión.

Fernanda la miraba alternativamente con una sorpresa mezclada de alguna inquietud.

—¿Os acordáis de un día—preguntó Sauves, dirigiéndose á ella,—que fuimos á Fontaine esta primavera?

—Perfectamente.

—Al montar en el tren, en la estación de Montparnasse, ví á una joven de una hermosura notable. Pasó por cerca de nosotros muy



de prisa, volviendo la cabeza como si hubiera temido ser vista por vos ó por vuestra madre.

—¡Ah!

—Me ocurrió que debía conoceros y que os evitaba. Quise deciroslo y después la conversación tomó otro giro, no volví á pensar en ello. La joven se metió en un coche de tercera inmediato al nuestro y el tren partió. En Rambouillet se apeó y queriendo huir de nuevo salió de la estación como una flecha y desapareció. Pasamos el día en Fontaine y por la noche volví á Rambouillet para tomar el tren de París. En el bosque me encontré á la viajera que volvía también de Fontaine y se dirigía á pie á la estación; este encuentro fué una suerte para ella. Un guarda se la había acercado.

No quiero referir las insolencias que la dijo y el peligro que realmente corrió la desgraciada. En resumen, llegué á tiempo. La hice montar en mi coche y la conduje á Rambouillet, donde, como yo, tomó el tren de París. No la pregunté ni aun su nombre; pero supe, sin embargo, que había ido á Fontaine á ver á su hijo, un hijo que tiene en nodriza en casa de la viuda Lapierre; ella me lo confesó con gran sinceridad, y me dijo que había cometido una falta, que había venido á París para ocultarse y buscar una colocación.

Fernanda escuchaba al marqués con una extrema atención.

Un presentimiento la advertía que se trataba de Teresa.

Recordó que uno de los niños que había vis-

to en casa de la viuda Lapierre, se llamaba Rolando.

Esto era un rayo de luz para ella.

El marqués continuó:

—Pasaron algunos meses y yo no había olvidado aun á mi joven del bosque de Fontaine, cuando una mañana, al salir del hotel de Corbiere, y al llegar al puente Real, ví á algunas personas que hacían grandes gestos y ademanes, indicando que acababa de ocurrir un accidente. En efecto, en medio del puente, me apeé, miré y ví á una joven ó á una mujer joven que acababa de arrojar al agua y que sobrenadaba, sostenida un momento por las faldas hinchadas, como un globo. Me desnudé y me lancé en socorro de aquella desgraciada.

—¡Ah! ¿fuisteis vos?—exclamó Fernanda.

—¡Sí!

—¿El desconocido de que hablaron los periódicos?

—¿Qué queréis?—dijo el joven sonriendo.—La modestia es virtud. En mí véis un émulo de las sencillas violetas.

—¡Pero es muy hermoso eso!

—No digo que no. Cuando pienso en ello, siento algo de vanidad; pero en esos momentos no se reflexiona. Yo no veía más que una cosa, que se ahogaba mi joven de Fontaine. La conocí en seguida. Me sumergí una vez, otra, y la conduje á la orilla, adonde mi inteligente cochero había guiado la victoria. Mi ahogada no estaba completamente muerta. La cogí en brazos, la deposité en el carruaje y la conduje

á una habitacioncita de una casa de la calle de Anjou y la confié á los cuidados del doctor Villiers, vuestro amigo y el mío. Gran necesidad tenía ella de esto. Una fiebre horrible se declaró con acompañamiento de delirio y toda clase de complicaciones. El trabajo que á ese pobre doctor ha costado sacarla adelante, sólo él puede decirlo; pero lo ha conseguido á Dios gracias. La fiebre desapareció, el delirio cesó y se la pudo interrogar. Seguía yo sin saber cómo se llamaba; cuando lo supe, me quedé estupefacto.

—¿Por qué?—preguntó Fernanda, teniendo los ojos fijos en los del marqués.

—Porque sin saberlo acababa de salvar á una persona que debe interesaros.

—¿A mí?

—Sí, á vos, Fernanda, que sois buena como una santa... á una pariente vuestra...

—¡Teresa Montarón!

—¡La misma!

Los ojos de Fernanda se llenaron de lágrimas, pero de lágrimas de alegría.

Cogió las manos al marqués y murmuró:

—¡Cómo os bendigo! ¡Cuán digno sois de que se os quiera!

El marqués se echó á reir francamente.

—Y yo que temía una reprimenda, una censura, una escena de reproches...

—¿Por qué?—preguntó la señorita de Corbière.

—¡Toma! Por haber llevado á la calle de Anjou una joven, por haberme cuidado de ella, por haberla tenido allí tantas semanas, haberla

ayudado, sostenido, velado, curado, protegido.

Interrogó á la duquesa con una mirada, y añadió con un despecho ligeramente irónico:

—Tal vez sea yo digno de ser querido; pero lo que hay de cierto es que no lo soy como quisiera. La prueba es que no consigo hacer nacer un átomo de celos en ese corazón cerrado.

Con un gesto mostraba el pecho de Fernanda.

La señora de Reville no estaba léjos de creer que Roberto de Sauves tenía razón.

Trataba de penetrar el secreto que encerraba el pecho de la señorita de Corbière, pero no lo adivinaba.

—No he concluido—dijo el marqués.—Mi protegida, aun en convalecencia, no estaba todavía salvada. Era preciso buscarla una colocación, recursos. Obtuve de ella una confesión completa, sin reticencias. Esta confesión la transmití á la duquesa, la mejor de las mujeres. La supliqué que se interesara por esa joven tan desgraciada, por esa pobre criatura más digna de lástima que culpable, que la diera medios de vivir tomándola bajo su protección. La duquesa consintió en ello y he aquí cómo dentro de una hora, dentro de un momento tal vez, la señora de Reville tendrá á su lado una joven que se llama Teresa Montarón. ¿Me queréis mal por esto, Fernanda?

—¡No lo creais! Por el contrario, os lo agradezco mucho más de lo que vos creéis.

—¿Entonces?...—dijo suplicando.

Fernanda contestó dulcemente:

—No por mí, por vos mismo, no insistáis, os lo suplico, á mi vez. Dejad al tiempo el cuidado de curar un alma enferma...

—¿De amor?

Fernanda sonrió tristemente.

—¡Oh! no—dijo—¡y ojalá que lo que pensais fuera verdad! Sería más feliz.

Callaron.

La duquesa estaba pensativa.

Se preguntaba:

—¿Qué misterio es ese?

Trató de reanimar la conversación, pero á pesar de sus esfuerzos no conseguía reavivar el fuego apagado, cuando una joven sencillamente vestida y seguida de un cochero cargado con una pequeña maleta, entró en el patio del hotel y cuando llegó al vestibulo preguntó al lacayo de servicio:

—¿La señora duquesa de Reville?

—¿Tenéis la bondad de decirme quién sois?

—La persona que ella espera.

—Entrad.

El cochero dejó la maleta en el suelo y salió. Un minuto después entraba Teresa en el salón, donde, al ver á Fernanda, sintió una especie de encogimiento y se detuvo á pocos pasos de la condesa.

Fernanda, muy conmovida, se adelantó hacia ella, la cogió de la mano, y conduciéndola hasta donde estaba la señora Reville, la dijo:

—Sé todo... Creed que soy muy feliz al ver que tenéis tan buena colocación y que no tendréis jamás una amiga mejor que yo.

Después abrazó á la duquesa, estrechó las

manos del marqués de Sauves, diciéndole muy bajo:

—Gracias por lo que habéis hecho.

Y dirigiéndose al lacayo que acababa de introducir á Teresa:

—Mi coche; hacedme el favor.

## La última carta.

Cuando la señorita de Corbiere montaba en su cupé, fluctuaba en una indecisión fácil de comprender.

El heroísmo de su pretendiente; el valor que había demostrado arrojándose al Sena para salvar á una joven desconocida; la generosidad con que había continuado hasta terminar su obra de salvación, la conmovía profundamente.

Al mismo tiempo sentía un puntito de celos, porque á pesar de la aparente ligereza con que el marqués de Sauves hablaba de su protegida, Fernanda, al ver á Teresa tan verdaderamente hermosa, afinada, por decirlo así, por su vida de sufrimientos y ese París que mata á las mujeres, pero dándolas un sello de distinción y un encanto que tienen raramente sin él, no había podido menos de pensar que era una de esas de quienes no se puede uno ocupar con indiferencia.

Pensaba que en el heroísmo del marqués había habido algo de capricho ó aun de pasión.

Pero esto no fué más que un movimiento casi involuntario de su corazón de mujer.

Hizo un esfuerzo sobre sí misma, desechó esas ideas, se felicitó por haber vuelto, al fin, á ver á Teresa, por la que tanto había temblado, y dijo al cochéro:

—Avenida de la Opera, 12.

El estudio del señor Dubreuil estaba lleno de gente.

—¡Llego mal!—pensó Fernanda al penetrar en la sala de escribientes—inclinados sobre sus pupitres emborronando papel timbrado, ó hablando en voz baja con clientes de segundo orden.

Sin embargo, su entrada produjo un pequeño movimiento de curiosidad.

Felizmente se abrió la puerta del despacho de Boissier y este apareció en ella, acompañando á un burgués enorme, cuya cartera debía estar tan inflada como su vientre.

Al ver á la joven, Boissier se sonrió y llamándola con una seña.

—Entrad—la dijo.

La señorita de Corbiere cambió con él un cordial saludo y dijo:

—Dos palabras solamente. No quiero hacerlos perder el tiempo.

—Es vuestro.

—No, no; no os molestaré. Otro día hablaremos despacio, hoy no venia á deciros más que, que no os ocupeis ya de la pobre Teresa.

—¿Por qué?

—Acabo de verla.

—¿Cómo?

—Por casualidad, en casa de la condesa de Reville, en donde ha entrado como señorita de compañía.

—¡Es raro eso!

—No, la cosa ha sido sencilla.

—¿Cómo ha sido?

—Tenéis mucha prisa. Yo os contaré lo ocurrido otro día.

—¿En fin, está bien colocada?

—Perfectamente. La duquesa es buenísima. Teresa no estaría en ninguna parte mejor que ha de estar con ella y la condesa estará encantada, creo, porque esa joven es adorable.

—¿Y su hijo?

—Esta cerca de nosotros en Fontaine. Yo velaré por él.

—Voy de sorpresa en sorpresa.

—Pues todo es muy sencillito.

—Pero explicádmelo.

—Hoy no. Y los otros, ¿qué sabéis de ellos?

—Los de Australia están en plena prosperidad.

—Buéno. ¿Y Juan?

—Sigo creyendo en su evasión; pero no es más que una idea mía... Me falta la certeza.

—Y yo la tengo.

—¿De qué proviene?

—De que le he visto.

—¿Es posible?

—Y le he hablado.

—¿Dónde?

—En el bosque de la Ferté.

—Vamos á ver, ¿estais segura de eso?

—Como de veros y de hablaros. Quise escribirlos, pero juzgué más prudente esperar á verlos. Está tan bueno como vos y como yo.

—Contadme.

—Hoy no.

—Os lo ruego.

—No; volveré. ¿Y Marcelo?

—¡Ah! ese es el diablo. No hay medio de saber adónde ha ido. Sin embargo, he hecho todo lo que he podido.

—Procurad averiguarlo.

—Estad tranquila; concluiremos por saber donde está. En fin, todo marcha á medida de nuestros deseos. Creo que la condesa no está contenta. He sorprendido algunas palabras el otro día, sin querer. El señor Dubrenil decía á vuestra madre: «Con el respeto que os debo, os diré que esa criatura tiene razón.» Y repitió dos ó tres veces con gran energía: «Sí, si tiene razón, perfecta razón.»

—Gracias. ¿Os ocupareis de Marcelo, ¿no es verdad?

—Os lo prometo.

—Hasta la vista... Volveré mañana que habrá menos gente.

—¿Y me contareis vuestra historia sencilla y complicada?

—Con mucho gusto.

Fernanda saludó y salió.

Boissier pensó, haciendo sonar sus labios:

—¡Que deliciosa mujercita! Yo no sé qué es lo que tiene debajo de sus hermosos cabellos, pero no me desagradaría estar en el pellejo de Marcelo.

Fernanda atravesó el estudio, bajó la escalera, y cuando se encontró en la acera miró su reloj.

No eran más que las cinco y media.

—¡Bah!—pensó,—tengo tiempo.

Y sin disimular nada, libremente, no temiéndolo una sorpresa, muy valiente, dispues-

ta á decir todo, aun á su madre, á tenérselas con ella, ordenó al cochero:

—A la central de correos.

Iba allí por pasar el tiempo, en un rato de ocio sin esperar nada.

No era la época de sus correspondencias anuales.

Así es que se encontró muy sorprendida cuando, al inclinarse en el ventanillo, oyó que el empleado de correos preguntaba:

—Para las señorita Tres-Estrellas?

—Sí, señor.

—Tenemos algo, ciertamente...

El empleado buscó en un montón, y repuso:

—Una carta.. Y ha llegado muy recientemente. Viene de Suiza.

Al mismo tiempo, con la complacencia que tienen en todas las oficinas del mundo con una mujer elegante y joven, la presentó una carta perfectamente sellada con lacre, diciéndola.

—Es esta, ¿no?

—Sí, señor.

Dió las gracias y salió.

En cuanto estuvo en el coche desgarró el sobre.

—Su corazón latía más de prisa que de ordinario.

El primer objeto que la llamó la atención fué un papel largo, adornado con viñetas y arabescos azules, sobre el que se leía en gruesos caracteres esta cifra:

«Dos mil francos.

Era un cheque pagadero en el Credit Lyonnais.

La carta que le acompañaba no tenía fecha ni indicación alguna del sitio donde había sido escrita.

Y contenía lo siguiente:

«Mi querida incógnita.

»Tengo el placer de anunciaros que por fin he encontrado un sitio de reposo, en el que disfruto de la felicidad relativa que el hombre cansado del mundo y de la vida encuentra en el claustro.

»Paso mis días consolándome con el estudio y la práctica de mi arte de las decepciones que he encontrado en mi camino y de las desgracias que me han agobiado.

»He sabido por mis hermanos que una protección misteriosa se ha extendido sobre nosotros en el momento en que teníamos una necesidad apremiante de ella y cuando la ruina —si se puede apurar más todavía una situación tan penosa como la nuestra—amenazaba caer sobre nosotros y echar á nuestra madre del asilo, donde poco á poco va consumiéndose.

»Yo he pensado que esa mano bienhechora no puede ser otra que la que me ha ayudado á mí, y mi agradecimiento hacia vos ha aumentado por esto, si es posible.

»Presiento también muchas cosas que os hacen más querida á mis ojos, porque á vos es á quien atribuyo todo el bien que recibimos.

»¿Pero quién sois?

»No puedo saberlo.

»Y sin embargo, todos mis pensamientos, todos mis sueños son para vos,

»Quien quiera que seais, os doy las gracias y os quiero.

»Sí, os quiero con toda mi alma.

»Siempre estaréis por encima de mis modestas ambiciones, de mis empresas, de mi vida entera.

»¡Adiós, mi querida y dulce protectora!

»Esta carta será sin duda la última que recibiréis mía.

»Mi existencia, además, no tendrá ni grandes felicidades ni grandes tempestades.

»Está sepultada en un retiro, del que no saldré.

»¿Para qué?

»Nuestra pobreza no importa.

»La deshonra es peor.

»En adelante, el silencio es una necesidad para nosotros, y la obscuridad un deber.

»¡Adiós, pues!

»Sed mil veces bendita, y quiera Dios que seais feliz.

»Este es el deseo más ardiente de un corazón que es vuestro y no será jamás de otra.

»¡Viviré soñando!

»Y en ese sueño sois vos, vos sola, quien será la luz, el encanto, la inspiración y el amor, el amor puro, único, eterno y divino.

»¡Adiós!

»Vuestro

» MARCELO. »

Ni una palabra respecto al *cheque*: provenía de un Banco de Ginebra; era el reembolso de los dos mil francos que Fernanda había envia-

do hacía algunos años á su protegido en el momento de marcharse éste á América.

Estaban en paz.

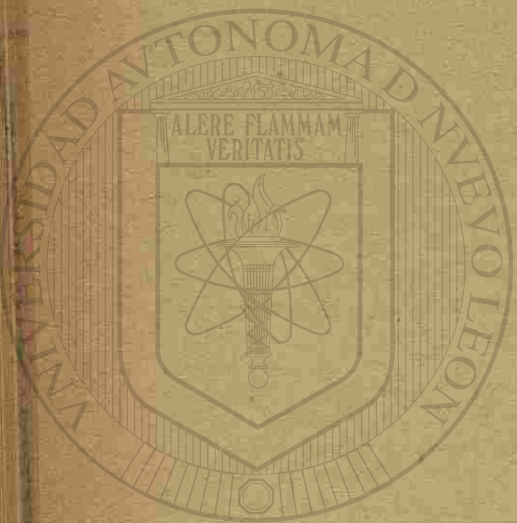
El cupé rodaba con rapidez hacia la calle de Santa Dominica.

No debía tardar en llegar á la puerta del hotel Corbiere.

Fernanda plegó la carta con cuidado, dejó en ella el *cheque*, arrellanándose en los almohadones, y apoyada en el rincón del coche, murmuró con los ojos brillantes y los labios temblorosos:

—¡Jamás ya!... ¡Una despedida! ¡No... eso es imposible! ¡Yo quiero verle y volveré á verle!

FIN DE LA TERCERA PARTE



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

---

## CUARTA PARTE

### LA CATÁSTROFE

I

Entre amigos.

Algunos meses después, á mediados de la primavera que siguió á los acontecimientos que acabamos de narrar, una joven, vestida de luto, con una capotita de crespón sobre sus cabellos rubios, se apeó de un coche en el boulevard Montparnasse, delante del taller que el corista de la Opera Cómica, Escoubere había alquilado un año antes para su vecino Krug.

El coupé que conducía á aquella mujer joven era un coche particular, tirado por un caballo bayo, con una muy pequeña corona ducal, en azul claro, sobre el azul oscuro de la portezuela.

La joven subió la escalera y cuando estuvo en frente de una puerta del piso tercero, leyó en una tarjeta clavada allí.

«Wilhem Krug, pintor.»

Y por debajo, esta invitación.

«Entrad sin llamar.»



Empujó la puerta y entró.

En cuanto hubo atravesado el dintel de aquella estancia, una exclamación de alegría la acogió.

—Señorita Teresa!

Al mismo tiempo, dos mujeres que estaban cosiendo en un rincón de la pieza, se precipitaron á su encuentro con demostraciones de la más viva amistad.

Eran la señora Krug y su hija.

La madre ofrecía señales de una salud floreciente.

La hija, al contrario, seguía bastante delicada, pero notablemente mejorada.

—¿Habéis visto al doctor Villiers?—preguntó Teresa con interés.

—Esta mañana ha sido la última vez.

—¿Qué dice?

—Que no volverá más; que es inútil; que todo irá bien... ¿Cómo agradeceréis lo que habéis hecho por nosotros?

—Al doctor es á quien hay que agradecerlo... Yo he tenido la suerte de encontrar protectores para vosotros y para mí. Hé ahí todo.

—Vos nos habéis traído la buena suerte. Comenzamos á tenerla desde que el señor de Sauves compró vuestro retrato.

—El os recomienda y hace de vos entusiastas elogios.

—Gracias á vos.

—¿En fin, estáis contentos?

—¿Cómo no estarlo?

La suiza mostró con un gesto los lienzos de que estaba lleno el taller.

Krug está muy animado. Ya veis, tiene trabajo.

Sobre las paredes y los caballetes había un poco de todo: retratos comenzados, bocetos, dibujos.

Un mueble medio demolido, pero adornado con esculturas delicadamente talladas, servía de escritorio, algunas sillas de formas raras esperaban á los visitantes.

Krug había sacado copia del retrato de Teresa, que había comprado el marqués de Sauves.

La copia era soberbia, de una frescura y de una realidad sorprendentes.

La joven se quedó extasiada ante su propia imagen.

—Ya veis—dijo á la mujer del pintor—no teniais fe, y sin embargo vuestro marido es un maestro.

—¡Hemos sufrido tanto!

—Antes, pero ahora!...

—Con tal que esto dure—murmuró la señora de Krug, siempre temerosa.

—¡Oh! tened confianza en que la suerte ha cambiado. ¿Y el salón?

—No sabemos nada todavía. No conocemos á nadie en el jurado... ¡Siempre se teme!

—Estad tranquila... ¿Cómo rechazar una obra maestra?

La obra maestra era el retrato de Fernanda de Corbiere.

Fernanda, incitada por el marqués de Sauves, patrocinaba á Krug; hablaba de él á todos sus conocimientos, y para dar ejemplo, había encargado su retrato al artista.

El trabajo había durado dos meses, y durante ellos no había faltado Fernanda un solo día á la sesión.

Había sido recompensada por su paciencia viéndose reproducida con un talento verdaderamente extraordinario.

Era imposible no admirar aquel retrato de joven, de facciones aristocráticas, de cabellos cenicientos, de ojos verde claro velados por largas pestañas, de cara que respiraba la dulzura y la bondad.

La joven se había mostrado muy generosa con aquellas gentes, entre quienes la gustaba estar.

Poco á poco había ido tomando cariño á aquella familia.

Krug, orgulloso de su obra, había pedido permiso para exponerla en el Salón.

La señorita de Corbiere se lo había concedido.

Y gracias á ella, el taller había sufrido una transformación completa.

Sin ser lujoso, respiraba el desahogo.

Desde el dintel era fácil ver que no carecían de nada en la casa.

Y, en efecto, se gozaba allí de una especie de abundancia, que formaba un feliz contraste con la escasez pasada.

La compra del retrato de Teresa por el marqués de Sauves había decidido de la suerte del antiguo guarda del Vaticano.

Le había sacado de la oscuridad, le había dado á conocer.

Así es que los Krug miraban á Teresa como

á una especie de ídolo y como á su buena hada.

También por complacerla á ella había ido el doctor Villiers á visitar á la hija del pintor, y se había encargado de su curación, la que estaba en vías de conseguirse, y le debía tal vez la vida.

Teresa, después de haber dado una vuelta por el taller y examinado todo lo que éste contenía, volvió á sentarse cerca de las dos mujeres en una silla de forma de lira, muy original tal vez, pero soberanamente incómoda.

—¿Y vos?—la preguntó cariñosamente la señora Krug.—¿Estáis por fin tranquila?

Teresa bajó la cabeza, llevó la mano á la frente y no contestó hasta pasado un rato.

La pobre joven había experimentado hacía dos meses un vivo dolor.

Su hijo, á pesar del interés de la nodriza y de los cuidados del doctor Villiers, que había llegado demasiado tarde para combatir el mal, había sido arrebatado en pocas horas por esa terrible enfermedad, terror de las madres, que se llama el crup.

Avisada por la vinda Lapierre, Teresa no había llegado á Fontaine, acompañada del doctor Villiers, más que para ver á su hijo expirar en medio de atroces convulsiones.

El golpe había sido terrible para la convaleciente, apenas repuesta de la enfermedad que había estado á punto de llevarla á la tumba, pero los consuelos que la habían prodigado, la bondad de la duquesa, las delicadas atenciones de Fernanda de Corbiere, las visitas del mar-

qués de Sauves y del viejo doctor, la ternura, en fin, de Juan Montarón, que seguía en la casa Morard hermanos, y las buenas noticias que recibía de la Boca del Lobo, habían conseguido triunfar de sus penas.

De cuando en cuando iba al pequeño cementerio de La Celle, la parroquia de Fontaine, y se arrodillaba sobre la tumba del hijo del capitán Rolando de Corbière.

El día antes había estado allí y había derramado abundantes lágrimas sobre aquella pequeña fosa, sembrada de flores y protegida por una cruz de piedra.

La señora Krug preguntó:

—Pero en fin, estais mejor?

—Sí. Estoy libre desde hace unos días. La duquesa está en el Limousin, en casa de su yerno y por eso he podido ir á Fontaine á rezar por mi hijo.

Y añadió en voz baja:

—Y por su padre.

Y en seguida cambiando de asunto:

—¿Y de nuestros antiguos amigos, habéis oído hablar, señora Krug?

—Sí.

—¿Por la señora Guignard?

—Con frecuencia.

—¿No les habeis visto?

—No... pero no tardaremos en recibir la visita del señor Escoubère.

—¡Ah!

—Nos lo ha dicho la señora Guignard... Debe venir á darnos parte de su boda...

—¿Se casa?

—Así parece.

—¿Con quién?

—Con una viuda joven... una de sus compañeras de la Opera Cómica. Ya está arreglado todo.

—¡Yo le creía inconsolable!

—Yo también; pero el tiempo es un gran médico, y en el fondo, ¿no es lo mejor que puede hacer?

—¡Tal vez!—dijo Teresa pensativa.

La señora Krug repuso:

—Parece que trabajáis... Krug dice que haceis muchos progresos.

—Sí... Eso me distrae; y puesto que sé que á la duquesa le gusta verme dibujar... y á otras también... ¡hago lo que puedo!

La señora Krug iba á preguntar quienes eran las otras que se complacían en verla dibujar, cuando se abrió la puerta del taller y entraron dos hombres.

Eran Escoubère y su amigo Brossois.

El barítono parecía poco preocupado, casi alegre.

Brossois, por el contrario, estaba grave, parecía preocupado.

El gascón, al ver á las tres mujeres, dijo con alegría:

—¡Más suerte que yo esperaba, buenas señoras!

Y cogiendo la mano de Teresa:

—¡He sabido vuestra desgracia, y os compadezco con todo mi corazón!

La hija del pintor acercó dos sillas para los recién llegados.

Escubere paseó una mirada alrededor del taller:

—¡Eh, eh!—dijo.—¿Parece que nos elegantizamos? ¿Krug está en casa?

—No.

—¿Tardará en venir?

—Creo que no.

—Entonces le esperaremos con gusto... Decid, señora Krug, ¿no os parece que nuestra vecinita de la calle del Echandé está más hermosa que nunca? ¿Y la pequeña, ha recobrado las fuerzas?... Tanto mejor... Estoy al corriente de todo... Cuando quiero tener noticias de todo el mundo, doy una vuelta por casa de la señora Guignar con mi amigo Brossois. ¡Es mi sombra!

El gascón estaba cada vez más cambiado.

Su ancha faz, tan redonda y colorada antes, había perdido su color, se había aflojado la piel y pendía, por decirlo así, sobre los huesos descarnados.

Sus ojos se hundían en sus órbitas; la frente se arrugaba, y la boca, que cuando se reía antes, parecía que le llegaba á las orejas, se estrechaba.

De haberla mirado con atención, se hubiera pedido ver que de cuando en cuando una contracción repentina dilataba el exfuerzo que hacía para ocultar el verdadero estado de su ánimo.

Su amigo Brossois, siempre delgado y huesudo, largo y seco, le vigilaba con la inquieta ternura que una nodriza cuida á una criatura enferma.

Escubere repuso, dirigiéndose á la vez á la señora Krug y á Teresa:

—¡No sabéis cuánto me alegro veros! Es siempre una gran satisfacción encontrar á las buenas amigas, y, sobre todo, cuando sus asuntos han mejorado. ¿Es vuestro ese coche que está á la puerta?

Teresa hizo una seña que no.

—¿No lo habréis creído?—dijo.

—¿Por qué? Conozco algunas que lo tienen y que no valen lo que vuestro dedo meñique.

—Es de la señora duquesa de Reville.

—¿La duquesa de Reville? No la conozco. ¿Quién es?

—Una excelente señora, en cuya casa estoy de señorita de compañía.

—¡Hola! ¡hola! Me alegro, y os presta su coche con corona para hacer vuestras excursiones. Si se conoce que es muy buena señora.

—Dice que así se pasean los caballos... Es un pretexto... Es muy buena...

—¿Estáis muy bien en su casa?

—Muy bien.

—Estudia la pintura—dijo la señora Krug;—mi marido va á darla la lección cada dos días.

—¿Con permiso de la duquesa?

—Sí—dijo Teresa;—dice que eso la distrae.

—¿Y es ella quien paga?

—Se ha empeñado en ello.

—¡Esa duquesa es un tesoro!

—Lo que es raro entre esas gentes—dijo Brossois por decir algo.

—¿Y vos?—preguntó Teresa al gascón, con

el tono con que hubiera preguntado por su salud á un enfermo *in extremis*.

—¡Oh! yo—dijo Escoubere con aire satisfecho—no marchó mal, como veis... La cara ha perdido un poco; pero es por culpa de este animal de Brossois que aquí veis.

—Gracias—dijo el bajo sonriendo.

—Sí. Figuraos que me ha echado á perder el estómago... Todos los días de Dios me lleva á un bodegón que yo no puedo soportar... El come como si estuviera en el restaurant más aseado; pero yo no hago más que acompañarle para que no se aburra... Pero aunque más delgado, me encuentro bien.

—¿En qué os ocupáis?

—Como siempre.

—¿Seguís en la Opera Cómica?

—Sí.

—¿Habéis ascendido?

—Un poco.

—Y el corazón—preguntó la señora Krug—¿está curado?

El gascón se encogió de hombros.

—A fe mía, sí, mi querida señora Krug. ¡Completamente curado! Jamás hubiera creído que eso hubiera pasado tan pronto.

—¿Y la boda?

—¡Ah! ¿Ya lo sabéis?

—Sí.

—Apuesto á que es también la señora Guignard quien os lo ha contado. Repite todo lo que oye.

La alegría del pobre baritono se comprendía que era falsa.

Se parecía á esas risas en cuyo fondo hay un suspiro.

Sin embargo, á las primeras palabras de la mujer del pintor, su cara se animó realmente.

Para un enamorado, es siempre un placer, triste con frecuencia, desgarrador á veces, hablar de la mujer á quien ama, aun sin esperanzas.

—¿Hace mucho tiempo que no habéis visto á la pobre señora Escoubere?

—¡Oh, pobre!—dijo el corista.—¡Esa es una manera de hablar! Era pobre conmigo; pero ahora la cosa ha cambiado.

—¿Dónde está?

—En una casa como desearía yo para vos: un hotel, una villa, si queréis, rodeada de un hermoso jardín... ¡Es preciso verlo!... Tiene una hermosa pradera, y por todas partes se ven cestos que embalsaman el ambiente. ¡Una verdadera tienda de perfumería! Y tiene, además, un magnífico invernadero.

—¿Lo conocéis?

—Muy bien.

—¿Luego lo habéis visto?

—Ya lo creo, y sin permiso; pero para conseguirlo me ha sido preciso pasear muchos días la calle.

—¿Y la habéis visto á ella?

—Hemos hablado muy amistosamente. Llegó el jardinero y le despidió diciéndole con sequedad.

—Dejadnos, José ó Pedro... no me acuerdo ya. Se hubiera podido creer que éramos los mejores amigos del mundo.

Pero ella tenía su idea.

Al cabo de un momento me dijo:

—Me alegro verte, porque tengo una cosa que pedirte.

Pues bien: ¿sabéis lo que era?

No adivinaréis.

Me dijo que no me amaba; que lo que sentía por mí era una verdadera amistad; que eso era todo, y que quería el divorcio; que era preciso que yo consintiese en ello...

Era para casarse con el otro, naturalmente.

Y he consentido.

—Pero—observó la mujer del pintor—yo creía que se necesitaban motivos.

—Yo también.

—¿Y bien?

—Nos engañábamos completamente. Basta entenderse. Elena me dijo: «Eso no nos importa. Esa es cuestión de los hombres de leyes. Tú harás lo que te pidan...» Aquel día marchamos para Aix, Brossois y yo. En Aix no tardé en reconocer que los hombres de negocios tienen recursos. Apenas hacía dos días que estábamos allí, cuando recibí la visita de un individuo grave, vestido de negro, quien me preguntó:

—¿Sois el Sr. Escoubere?

—Tengo ese honor.

—Bien, pues vengo por el asunto...

—¿Qué asunto?

—El de la señora...

—¡Ah! sí, el divorcio, el famoso divorcio!

El individuo me explicó, con mucha complacencia, que con algunas cartas dirigidas por mí á mi mujer, injuriosas, no hay para que de-

cirlo el asunto estaría arreglado en seguida.

No había necesidad de informaciones, de testigos ni de defensas.

Yo había sido bastante estúpido en prometerlo.

Se trataba de cumplir la palabra.

Esto es lo que hice.

Dictado por el hombre negro escribí todo lo que él quiso.

Debo deciros que no carecía de ingenio el mozo.

De cuando en cuando yo me interrumpía para decirle:

—No he pensado jamás en lo más mínimo de lo que me hacéis decir.

El me contestaba.

—Seguid! ¡Eso no importa!

Cuando las cartas estuvieron terminadas le pregunté:

—¿Y ahora?

—Basta esto. Aquí hay motivo para pronunciar media docena de divorcios. Ni aun tendréis el trabajo de ocuparos de nada.

En el momento de separarse de mí, me dijo:

—Si recibís alguna visita de algún alguacil, no os inquietéis!... Simple formalidad, querido señor. No serán más que diligencias sin importancia, y en cuanto á los gastos, nosotros nos encargamos de ellos.

—¡El arreglo no se ha hecho esperar!

A mi vuelta á la calle Guenegaud encontré en casa de la portera, una porción de documentos judiciales y de cuyo contenido no he retenido en la memoria más que esto: «Declara-

mos el divorcio pronunciado á favor de la señora Elena Noel, profesora de piano, contra Paulino Escoubere, corista de la Opera Cómica: en consecuencia, prohibimos al dicho señor Escoubere visitarla ni frecuentarla en el porvenir... etc., etc.»

—Estábamos separados.

—¡Separados para siempre!

El asunto había sido llevado á paso de carga. Pero no podía volver á casarse en seguida.

Había que esperar un plazo de nueve meses. Escoubere guiñó un ojo y dijo á la mujer del pintor.

—¿Comprendéis, mi buena señora Krug?

—Sí, ella comprendía muy bien.

—Cuando no se puede uno entender, lo mejor es recobrar cada uno su libertad—dijo ella.

El gascón miró á su amigo.

—Eso es lo que me ha dicho siempre Brossois. Preciso es que sea verdad, cuando todo el mundo lo dice.

Teresa miró al corista con inquietud, pensando que estaba lejos de meditar lo que decía.

Brossois, que comprendía las dudas de la joven, la lanzaba de cuando en cuando una mirada, que significaba:

—Tenéis razón. ¡Si quiere aparecer alegre, miente!

La mujer del pintor, al contrario, se alegraba del cambio que, al parecer, se había verificado en su antiguo vecino.

—En fin, ¿estáis decidido á volver á casaros?

—Sí, señora, sí.

—Hacéis perfectamente bien. Un hombre no puede vivir solo. ¿Y con quién os casáis?

—Con una viuda joven... una mujercita que tampoco ha tenido suerte. Se había casado con un violín de la Opera, muy joven, de mucho talento, buen muchacho... Eran muy felices. De pronto le ataca una pulmonía, y en tres días desaparece. Ella quedaba sin nada. ¡Era preciso vivir!... Tiene buena voz, conoce bien la música: entró en la Opera Cómica. Es una compañera. A Brossois le gusta. Me ha dicho: «Cásate con ella... No tendrás por qué arrepentirte...» Yo hago todo lo que él quiere que haga... He consentido, y aquí me tenéis ya comprometido.

—Es una mujer excelente—declaró el bajo.

—Demuestra su bondad al proponerse emprender la curación de un enfermo como tú. ¡Es encantadora! Si no la quieres, no tienes más que decirlo.

—¡No, no!—dijo vivamente el Gascón.—Lo convenido, convenido. Nos casaremos pero es preciso esperar.

—¿Que es lo que esperas?

—Yo, no lo oculto. Aquí todos somos amigos. ¡Espero á que la otra se haya casado!

Brossois hizo sonar sus labios y dijo:

—¡Déjala tranquila! Ya no es nada para tí.

—¡Lo ha sido!

—Eso pasó... Que haga lo que quiera.

Escoubere iba á contestar pero Teresa le cogió de la mano y le dijo.

—Venid á ver que buenas cosas ha hecho nuestro amigo Krug.

Le llevó á uno de los rincones del taller.

Allí, en el momento en que ella le mostraba un retrato casi acabado, él la interrumpió preguntándola:

—¿Es verdad que Krug sigue dándoos lección y que habéis hecho progresos?

—Sí. Eso dicen.

Escoubere insignuó con timidez:

—¿Podriais hacerme un gran favor?

—¿Cuál?

Sacó de una cartera una fotografía que tenía guardada con mucho cuidado.

—Quisiera una copia al lápiz de este retrato—dijo.—¿Podriais hacermela?

—Puedo ensayar.

El Gascón murmuró:

—Es todo lo que me queda de ella.

—Yo lo haría con mucho gusto—dijo Teresa:—pero sería mucho mejor que os dirigieseis al maestro.

Justamente en aquel momento se abrió la puerta y entró Krug.

—Admitido exclamó—blandiendo un papel color de rosa.—Estaba en casa de la portera.

Estrechó la mano de sus visitantes y abrazó á su mujer y á su hija en un arranque de alegría.

Y dirigiéndose á Teresa la dijo:

—Es preciso que os abrace á vos también.

—¿Lo permitís?

—¡El retrato es tan bueno!—afirmó la discípula.

—¡Era tan seductor el modelo!—repuso el maestro.

—¿Era?...—preguntó Escoubere.

Krug respondió con un poquito de énfasis.

—Una joven de una gran familia, la señorita Fernanda de Carbiere.

Al oír este apellido, el gascón tuvo una mirada llena de ira.

Un temblor súbito le agitó.

Toda su fisonomía se contrajo como la cara de un loco, en el momento de un acceso.

Brossois le tocó en el hombro y, mirándole dulcemente, pronunció á su oído esta sola palabra.

—¡Paulino!

El desgraciado se reprimió.

Cruzó los brazos sobre el pecho, dió algunos pasos hacia atrás, se volvió para ocultar su emoción: sus ojos se llenaron de lágrimas, que arrancó por decirlo así, con los dedos.

La crisis había pasado.

Krug, sorprendido, se acercó á él.

—¿Vos podéis hacerme un favor?—le dijo el corista, mirando si Brossois le escuchaba.—Teresa me ha aconsejado que me dirija á vos.

—Vos diréis.

Escoubere le dió la pequeña fotografía usada á fuerza de besos.

—Quisiera un retrato de ella—repuso el Gascón en voz baja.—Vos la habéis conocido... Así tal vez...

—Sí, sí—dijo el pintor.—Estad tranquilo... Yo haré todo lo que pueda... ¡Espero que saldrá bien!...

Escoubere, con un acento intraducible, en



el que había sentimiento y desesperación, amor y amenazas, añadió:

—Dentro de algunos días será una Corbiere ella también.

Y entonces, con el corazón henchido por los sollozos, incapaz de pronunciar una palabra, se volvió hacia Brossois, le cogió del brazo, le empujó hasta la puerta y salió.

## II

### Visita de cumplido.

Pocas semanas después, la condesa de Corbiere estaba sola en su gabinete de la calle de Santa Dominica, sentada cerca de una ventana con la frente apoyada en la mano izquierda, reflexionando.

Desde hacía mucho tiempo se encontraba en un estado de espíritu que admiraba á todos los que conocían su carácter altivo, inaccesible á las emociones de la ternura ó de la piedad.

En pocos meses había sufrido un cambio radical.

Estaba agitada por movimientos febriles: ella, que afectaba una indiferencia desdeñosa, una dignidad exagerada, se dejaba llevar por arrebatos indignos de una mujer de su condición.

Este cambio databa de su estancia en Sologne, el otoño precedente.

La carta de Teresa anunciándole su suicidio la había causado una irritación extrema.

Launay, que se encontraba con ella en el momento que la entregaron la carta, había sido testigo de su cólera sin comprender la causa.

En el fondo, la maldición de la desgraciada deshonrada por su hijo y abandonada por ella, la había turbado más violentamente que ella se confesaba á sí misma.

el que había sentimiento y desesperación, amor y amenazas, añadió:

—Dentro de algunos días será una Corbiere ella también.

Y entonces, con el corazón henchido por los sollozos, incapaz de pronunciar una palabra, se volvió hacia Brossois, le cogió del brazo, le empujó hasta la puerta y salió.

## II

### Visita de cumplido.

Pocas semanas después, la condesa de Corbiere estaba sola en su gabinete de la calle de Santa Dominica, sentada cerca de una ventana con la frente apoyada en la mano izquierda, reflexionando.

Desde hacía mucho tiempo se encontraba en un estado de espíritu que admiraba á todos los que conocían su carácter altivo, inaccesible á las emociones de la ternura ó de la piedad.

En pocos meses había sufrido un cambio radical.

Estaba agitada por movimientos febriles: ella, que afectaba una indiferencia desdeñosa, una dignidad exagerada, se dejaba llevar por arrebatos indignos de una mujer de su condición.

Este cambio databa de su estancia en Sologne, el otoño precedente.

La carta de Teresa anunciándole su suicidio la había causado una irritación extrema.

Launay, que se encontraba con ella en el momento que la entregaron la carta, había sido testigo de su cólera sin comprender la causa.

En el fondo, la maldición de la desgraciada deshonrada por su hijo y abandonada por ella, la había turbado más violentamente que ella se confesaba á sí misma.

Sin embargo, trató de persuadirse de que aquello no era más que una amenaza vana, y no hizo nada por impedir la ejecución.

Los periódicos de los días siguientes la llevaron un cierto consuelo.

La historia de la joven que se había arrojado al Sena y que un desconocido que pasaba por el puente Real la había salvado, la pareció referirse á la antigua querida de su hijo.

Algunos días después supo por Launay que según noticias llegadas de la Boca del Lobo, Teresa debía vivir todavía, y á partir de este momento, no se volvió á ocupar de ella, y se mostró de una indiferencia completa por todo lo que concernía á los Montarón.

Fernanda, aunque muy fría con su madre desde las declaraciones que probaban á la condesa sus divergencias de opiniones y de sentimientos, la dió cuenta de dos hechos que tuvieron lugar con pocas semanas de diferencia: su encuentro con la duquesa de Reville, y la muerte del niño, ocurrida pocos meses más tarde.

Por la primera vez en su vida tuvo una satisfacción al saber un acontecimiento feliz para los Montarón, al saber la salvación de Teresa.

Su odio no llegaba hasta desear la muerte de una pobre joven á quien su hijo había amado. No sucedió lo mismo cuando su fiel Barasson volvió al castillo después de su corta lucha con Juan Montarón.

Y cuando el administrador, al regresar de Romorantin, la explicó cómo había sido despe-

dido por el bondadoso señor Desloges, y que el señor Robinier, en compañía del alegre Laconture, se había burlado de él, su despecho no tuvo límites.

Marchó á París, fué al ministerio de Justicia, habló con el ministro en persona y le expuso sus agravios contra los magistrados de Romorantin con una viveza extraordinaria.

El ministro la escuchó cortésmente; pero cuando, por fin, concluyó de hablar, mirándola con una especie de compasión la dijo:

—Veamos; ¿realmente persistís en creer en la existencia de Juan Montarón?

—Ciertamente.

—Quisiera pensar como vos; pero, entre nosotros, yo creo que en lo que ha ocurrido al administrador hay una intriga rara, una historia de mujer, por ejemplo, una invención, un pretexto, un marido engañado que se habrá vengado, tendido un lazo, y Barasson habrá atribuido el golpe á un enemigo imaginario... Esto no es más que suposición mía...

—Yo estoy segura de lo que digo...

—¿Luego según vos, vive ese Montarón?

—Como vos y yo.

El ministro era demasiado cortés para tratar de visionaria á una persona de edad tan respetable y tan rica como la señora de Corbière.

Llamó.

Se presentó un jefe de oficina.

—El proceso Montarón—pidió el ministro.

Un minuto después agitaba ante los ojos de la condesa una hoja de papel llena de líneas de

una gruesa y soberbia letra, debajo de las que se veían algunas firmas ilegibles.

—Ya veis—repuso—ese Juan Montarón está muerto, y bien muerto. Hé aquí la justificación oficial. Ya sé que tuvieron la atención de informaros de ello. Hasta tener pruebas en contrario, no conozco en Francia un solo magistrado que consienta en ocuparse de él.

La condesa tuvo que salir del ministerio deplorando la ceguedad de aquellos funcionarios incrédulos y adocenados que no creían en la afirmación de un hombre como Barasson, y entró en su casa más convencida que nunca de la existencia del pretendido muerto que apareaba á sus gentes.

Después de esta visita se encerró en un aislamiento que cada día se hacía más estrecho.

La muerte del hijo de Teresa la hizo más sombría y los remordimientos comenzaron á torturar aquel alma de hierro, que comprendía que el daño que había hecho no tenía remedio.

Pronto hubo una causa de preocupaciones más punzantes.

El conde Gabriel de Corbière, que no la veía casi nunca, no la había dicho nada todavía de sus proyectos de matrimonio.

Pero según un viejo proverbio, no hay fuego sin humo.

Poco á poco llegaron á los oídos de la madre noticias vagas de los proyectos de su hijo.

Sin razón precisa, porque Fernanda y su amiga Juana de Reville habían guardado el secreto sobre el encuentro en Suiza de la se-

ñorita de Corbière con la futura de su hermano, la condesa concibió algunos temores respecto á aquella boda que tanto la ocultaban.

Se irritó por el silencio guardado por su hijo.

Sus temores no debían tardar en cambiarse en verdadero terror.

Aquel día, en el momento en que se abismaba en sus reflexiones, fué distraída de ellas por el ruido de un coche que entró en el patio del hotel.

Levantó las cortinillas de la ventana y vió que quien se apeaba de aquel coche era su hijo Gabriel.

Respiró.

Las visitas del conde eran tan raras, que aquella debía tener algún objeto.

Por fin iba á saber lo que ardía en deseos de conocer.

Tomó una postura digna en su butaca y esperó.

La doncella entró en seguida y anunció:

—El señor conde Gabriel.

El conde parecía de buen humor.

—¡Por fin!—dijo la condesa.—¡Cómo te olvidas de mí, Gabriel!

El conde se excusó con su madre con las exigencias de la sociedad, el torbellino, el famoso torbellino que nos arrastra sin que pueda uno desprenderse de él.

—Y después—añadió con un punto de ironía—no ignora hasta qué punto os es querido vuestro retiro, y tendría escrúpulo de turbarlo sin necesidad.

—Esa es demasiada reserva por parte de un hijo... ¿A qué debo el placer de esta visita?

—En primer lugar, al deseo de asegurarme por mí mismo del estado de vuestra salud.

—Es excelente.

—Después, al grato deber de informaros de una idea que tengo.

—Llegó el momento —pensó la condesa.

Y dijo en voz alta:

—¿Qué idea?

—Se trata de un matrimonio.

La condesa miró á su hijo de cierta manera, oblicuamente, con desconfianza, diciéndole:

—Me parecía que habíais hecho voto de no casaros.

El conde contestó:

—Sí, en otro tiempo, pero esos son votos que no se cumplen, y menos cuando se encuentra uno con una mujer que puedo afirmaros que será la más graciosa de las condesas.

—¿Rica?

—No, no es rica.

—¿Noble?

—¿De nacimiento?

—Sin duda, de nacimiento.

—Es posible, pero no me atreveré á afirmarlo.

—¿Os burláis de mí, Gabriel?

—¡Dios me libre de eso! Quiero decir que sus padres no habiendo juzgado oportuno darse á conocer, puede suceder que sea de noble cuna, como puede serlo de la más baja.

—¿De modo que se trata de una criatura sin nombre?

—O por lo menos de una criatura rechazada... desconocida por su padre.

—Tendrá madre al menos.

—No. La madre murió cuando la hija estaba en pañales.

—Veamos... es increíble que haya recaído vuestra elección en una joven, por honrada que pueda ser, cuyo origen sea tal como decís...

—¿Por qué no?

—¿Tú no hablas seriamente?

—Os aseguro que sí.

—¿Te casarías con una joven sin familia?

—Mas vale eso que perterneer á algunas que yo conozco...

—¿Sin nombre?

—La daré el mio. Vale tanto como otro cualquiera.

—¿Sin fortuna?

—Esta es la última de mis preocupaciones.

—Sin educación, sin instrucción tal vez.

El conde sonrió de nuevo.

—Tranquilizaos —dijo.— Por esa parte mi futura ha sido bastante favorecida. Ha estado sometida á una educación de las más severas, que, además la daban por caridad.

—¿Se aprovechó de ella?

—Sí, se aprovechó más de lo que se hubiera podido esperar de los profesores á quienes la habían confiado.

La hostilidad de su madre no la causaba la menor emoción.

Su pensamiento estaba en otra parte.

Al advertirla, llenaba un simple deber de

cortesía, y no se ocupaba ni de su consentimiento ni de su oposición.

Desde hacía muchos años, tenía la costumbre de dirigirse solo y de no pedir jamás consejo á nadie.

La muerte de su hermano Rolando era la sola pena que había experimentado en su vida desde que era dueño de sus acciones.

Cada día estaba más enamorado de Elena, pero no tenía prisa por casarse con ella, puesto que la encantadora villa de la avenida de Bolonia estaba abierta para él á cualquier hora del día ó de la noche.

—El colegio en que mi futura pasó su juventud, no era tal vez de los mejores; pero con un temperamento como el suyo se forma uno á sí mismo; la escuela de la desgracia en que ha sido educada vale más que la en que una protección desconocida, pero nada desprendida, la había aprisionado.

—¿Decís?

—Aprisionado, encarcelado, si queréis, madre mía.

—Debéis exagerar.

—Dios mío, no. Esa es la palabra propia. Figuraos una especie de gran convento viejo, con paredes altas como una casa de tres pisos, patios llenos de polvo, salas desamuebladas, dormitorios de hospital y una directora fría como una nevera, sagaz como una araña y de fisonomía antipática, y comprenderéis lo que quiero decir.

—¿Y esa prisión se encuentra?...

—Podéis verla sin andar mucho... Está casi en París... en Passy,

La condesa se estremeció involuntariamente. Su cuerpo, seco como su alma, vibró de pies á cabeza.

Pero el conde se había inclinado hacia la chimenea, y armado de una tenaza dorada colocaba con cuidado un leño que había caído entre la ceniza.

No se apercibió de la turbación de su madre.

Su maniobra duró bastante tiempo.

Cuando se incorporó, había recobrado ya su sangre fría la señora de Corbiere, y le preguntó:

—¿La directora de esa prisión se llamaba?...

—La señora Julien.

La condesa no pestañeó.

Sin embargo, había entrevisto ya la terrible revancha que el azar daba á la desgraciada joven, tan cruelmente tratada por ella.

Pero todavía, por débil que fuese, podía conservar una esperanza.

Repuso con una tranquilidad que hubiese engañado al hombre más prevenido contra ella:

—¿De modo que vos, el conde Gabriel de Corbiere-Latouche, el jefe de la casa y de las armas, el único heredero de un apellido conocido, estimado por todo el mundo, habréis elegido, para asociarla á vuestra existencia, á una joven salida no se sabe de dónde, educada por caridad, gracias á la piedad de gentes que ni aun se han designado darse á conocer de ella ni de los demás?... ¡Es posible!

—Es verdad,

—¿Compensa al menos esa falta de nacimiento por cualidades superiores?

—¡Pschts!— hizo el conde.— La cualidad que yo quiero por encima de todas las otras es la gracia, madre mía, el encanto, la bondad, y esas cualidades mi futura las posee en grado supremo... Y además, ¿qué queréis que os diga?...

Se acercó á la condesa y añadió en tono casi íntimo:

—Hay entre el hombre y la mujer afinidades secretas, misteriosas, inexplicables que hacen con frecuencia que la más hermosa, la más seductora, la mejor, no tenga ningún atractivo para nosotros y no nos diga nada para emplear una expresión familiar y justa, mientras que otra, infinitamente menos dotada, de raza inferior, si quereis, nos atrae, nos domina y nos impulsa á las más increíbles locuras ó á los rasgos de heroísmo más contrarios á nuestra naturaleza... Elena es de esas...

La condesa se estremeció.

—¿Habeis dicho?— preguntó.

—Elena... Ese es su nombre... ¿No os gusta, madre mía?

La señora de Corbière se había puesto lívida, lo que se hubiera podido creer imposible por el color de marfil amarillento de su cara.

—¿Por qué me ha de desagradar?— repuso haciendo un esfuerzo.

—Yo lo había creído.

—Os habeis engañado. Continúa. Es del mayor interés lo que me contais. Jamás hubiera creído que un espíritu frío, razonable

como el vuestro, se dejase coger tan fácilmente en los lazos que esa mujer ha debido tenderos.

—Elena no me ha tendido lazos... Cuando la ví por primera vez, ella no pensaba ciertamente en mí... Fué en la Ópera, donde ella había entrado gracias á un billete de favor. Esto es daros en pocas palabras, idea de su situación. Vestía un trajecito negro muy mezquino, y sin embargo, á mis ojos eclipsaba á las que la rodeaban. Me pareció que yo la buscaba desde hacía largo tiempo y que acababa de encontrarla después de inútiles esfuerzos.

—¿Era libre?

—No.

—¿Casada?

—Por desgracia.

—¿Con quién?

—Con un pobre cantante con quien se había casado porque le debía la vida.

—Eso es muy novelesco.

—Nada absolutamente.

—Sin embargo...

—No... Vais á ver. Al salir del colegio Julien, del cláustro donde una protección cruel la tenía secuestrada, tuvo que ensayar el ganarse la vida con los conocimientos que había adquirido durante sus diez años de reclusión. Buscó discípulos, dió algunas lecciones de piano, porque posee admirablemente la música, pero no dió resultado su trabajo. Un día, falta de paciencia, cansada de una existencia humillante y precaria, trató de suicidarse.

—Ya lo véis... ¡Esa es la novela!

La condesa había pronunciado estas palabras con voz ahogada.

Cuanto más avanzaba el conde en su confianza, más terrible se hacía para ella la revelación.

—Nada de eso—contestó el conde.—Ese suicidio era de lo más común, el de una criada sin colocación, de una empleada hambrienta, el cubo de carbón de la obrera, abandonada por su amante.

El conde se animó.

—A ella no era un amante quien la había abandonado; eran los que hubieran debido rodearla con su ternura, compartir con ella su último pedazo de pan... Se portaron con ella peor que se porta con sus hijuelos el último de los animales. Fueron unos miserables.

Había cedido á un movimiento de indignación, contrario á sus costumbres.

Recobró en seguida su frialdad diplomática.

—Os pido perdón—dijo—de haberme acalorado tan tontamente por hechos difíciles de juzgar. ¡Quién sabe si el padre ó la madre de esa desgraciada no encargaron á un pariente ó á un amigo de su porvenir! ¡Quién puede decir si ese pariente ó ese amigo son los que han dejado de cumplir ese sagrado deber! Sea el que quiera el origen de la mujer que os hablo, he resuelto casarme con ella... Esto es lo que venía á deciros, querida madre.

—Pero aun no me habéis dicho su apellido.

—¿Si seré distraído?

—¿Se llama?..

—Elena Noel.

En este momento dieron en la puerta dos golpecitos.

Esta llamada fué oportunísima, porque por mucho que fuera la presencia de ánimo de la condesa, el desastre por que se veía agobiada era demasiado irreparable para que pudiese conservar cara impasible.

Se volvió hacia la puerta, pero no tan pronto que su turbación escapara á los ojos de su hijo.

—¿Qué tenéis?—preguntó el marqués.

Ella contestó secamente:

—Yo, nada.

Launay entró.

La condesa descargó sobre ella su ira.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué molestarnos?—preguntó airada.

La jorobada contestó con voz melosa:

—La señora marquesa de los Mineros pregunta á qué hora es la reunión.

—Decid que avisaré.

Y como Launay, sin dejar de observar á la madre y al hijo, abría la boca para insistir, su ama la despidió diciéndola:

—Está bien; marchaos.

El amor maternal, dormido hasta entonces, ahogado por otras pasiones viles y bajas, se despertaba en aquel corazón que necesitaba una fuerte sacudida para que así sucediese.

La marquesa presentía un drama imprevisto, punzante; iba á surgir de sus obras de odio.

Lo que acababa de saber por su hijo supera-



ba á los negros presentimientos que hubieran podido asaltarla, y ciertamente no habia ella pensado jamás un solo instante en el golpe que la hería de improviso.

Apenas si después de muchos años pensaba en la niña que su marido expirante habia confiado á su honor y á su lealtad.

¡La mujer que su hijo mayor amaba apasionadamente se llamaba Elena Noel!

¡El hermano amaba á la hermana!

¡Quería casarse con ella!

¡Era preciso contenerle á todo trance!

¿Pero cómo?

Permaneció un momento trastornada, sin poder darse cuenta de lo que la pasaba, pero conservando frente á su hijo la máscara altiva y casi impenetrable, sobre la que apenas se reflejaban sus emociones. Y al cabo de un corto silencio repuso con voz dura y con tono en que rugía una irritación sorda:

—En verdad que yo no estaba preparada para lo que acabo de oír. No comprendo bien lo que me decís.

—Es bastante claro, sin embargo.

—Sí y no.

Pasó los dedos por la frente, como para arrojar de ella una idea.

—Sigamos—dijo—¿Decíais que habéis decidido casaros con esa Elena Noel?

—Ese es mi deseo, en efecto.

—Bueno. Sois mayor de edad, y no vendréis á pedir mi consentimiento, supongo.

—Querida madre—dijo el conde—espero que no me lo negaréis, pero...

—Si yo creyera deber hacerlo, os pasaríais sin él; ¿es eso lo que queréis decir?

—Es una eventualidad que no quiero ni aun afrontar; pero amo bastante á Elena para no retroceder ante ningún obstáculo.

—Bien. ¿Pero no me habéis dicho que es casada?

—El tribunal del Sena ha pronunciado su divorcio.

—¿Hace mucho tiempo?

—Unos nueve meses. Dentro de algunos días puede volver á casarse.

—¿Y esperáis á que expire ese plazo?

—Con impaciencia, lo confieso.

La condesa se levantó.

—¿Qué día os casais?—preguntó.

—Como ya están arregladas todas las diligencias, dentro de tres ó cuatro días, mañana tal vez... salvo oposición de vuestra parte.

La señora de Corbiere movió la cabeza.

—No tenéis que temerla—dijo.—Solo que esa unión no puede agradarme, y me dispensaréis que no asista á la boda.

Esto fué dicho en un tono que no admitía réplica.

—Querida madre—respondió el conde—eso será un gran sentimiento para nosotros; pero he previsto esa negativa. Si vos no se lo decís á nadie, la sociedad no sospechará nuestro desacuerdo. Mi boda con Elena Noel se verificará en Sena-y-Marne, en mi castillo de la Borde, á puerta cerrada, sin aparato.

—Habéis previsto todo.

—¿Sería hijo vuestro de otro modo? Os doy

las gracias por vuestro consentimiento... Espero que Elena, con el tiempo, sabrá hacer vuestra conquista como ha hecho la mía.

Cogió la mano de su madre, se inclinó galantemente y la llevó á sus labios.

Después salió sin pronunciar una palabra.

La condesa, desfavorida, con los ojos fijos, escuchó el ruido de sus pasos que se alejaban, y apretando los dientes murmuró:

—No, ese infame matrimonio no se verificará.

En seguida llamó con mano furiosa.

Launay no estaba lejos.

Intrigada por la conversación del hijo y de la madre, sorprendida por la agitación de su ama, se había quedado en la habitación contigua, desde la que había oído algunas palabras que debían turbar su curiosidad.

Entró.

—¡Mi coche!—dijo la señora de Corbière.

Pocos momentos más tarde salía del hotel el cupé de la condesa.

Y Launay, más sorprendida que nunca del aire extraviado de su ama, se preguntaba:

—¿Qué pasa?

Se tocó la frente, y contestándose á sí misma, dijo:

—Es preciso que yo lo sepa, y voy á saberlo.

Y vivamente entró en el vestíbulo, subió la escalera y penetró en el salón que la condesa acababa de abandonar.

## III

## Mujer de la alta sociedad y mujer del pueblo.

La señora de Corbière huía de su hotel como de un sitio maldito,

Por más que se repetía, mientras que su cupé rodaba hacia la calle de Richelieu, que aquella boda era imposible, que no se verificaría, que ella sabría impedirlo, se sentía deteidan ante un obstáculo infranqueable.

Y, en efecto, un solo medio la quedaba.

Confesar la infamia de que se había hecho culpable no cumpliendo la recomendación de su marido.

Pero entonces se vería eternamente condenada á avergonzarse ante aquel hijo que acababa de hablar con el mayor desprecio de los cobardes que habían abandonado á Elena, que la habían tratado tan mal encerrándola en su infancia en la triste casa de Passy, en donde había vegetado tantos años sin padres, sin protectores y sin amigos.

La sería preciso confesar que había llevado la avaricia hasta negar á aquella abandonada una parcela de los millones de su padre.

Todo su ser se sublevaba contra este rebajamiento.

Cuando llegó enfrente de la casa de la comadrona, á quien en otros tiempos encargó del cuidado de Elena, de aquella confidente forzada de su infamia, se sentía más que nunca indecisa, turbada.

las gracias por vuestro consentimiento... Espero que Elena, con el tiempo, sabrá hacer vuestra conquista como ha hecho la mía.

Cogió la mano de su madre, se inclinó galantemente y la llevó á sus labios.

Después salió sin pronunciar una palabra.

La condesa, desfavorida, con los ojos fijos, escuchó el ruido de sus pasos que se alejaban, y apretando los dientes murmuró:

—No, ese infame matrimonio no se verificará.

En seguida llamó con mano furiosa.

Launay no estaba lejos.

Intrigada por la conversación del hijo y de la madre, sorprendida por la agitación de su ama, se había quedado en la habitación contigua, desde la que había oído algunas palabras que debían turbar su curiosidad.

Entró.

—¡Mi coche!—dijo la señora de Corbière.

Pocos momentos más tarde salía del hotel el cupé de la condesa.

Y Launay, más sorprendida que nunca del aire extraviado de su ama, se preguntaba:

—¿Qué pasa?

Se tocó la frente, y contestándose á sí misma, dijo:

—Es preciso que yo lo sepa, y voy á saberlo.

Y vivamente entró en el vestíbulo, subió la escalera y penetró en el salón que la condesa acababa de abandonar.

## III

## Mujer de la alta sociedad y mujer del pueblo.

La señora de Corbière huía de su hotel como de un sitio maldito,

Por más que se repetía, mientras que su cupé rodaba hacia la calle de Richelieu, que aquella boda era imposible, que no se verificaría, que ella sabría impedirlo, se sentía deteidan ante un obstáculo infranqueable.

Y, en efecto, un solo medio la quedaba.

Confesar la infamia de que se había hecho culpable no cumpliendo la recomendación de su marido.

Pero entonces se vería eternamente condenada á avergonzarse ante aquel hijo que acababa de hablar con el mayor desprecio de los cobardes que habían abandonado á Elena, que la habían tratado tan mal encerrándola en su infancia en la triste casa de Passy, en donde había vegetado tantos años sin padres, sin protectores y sin amigos.

La sería preciso confesar que había llevado la avaricia hasta negar á aquella abandonada una parcela de los millones de su padre.

Todo su ser se sublevaba contra este rebajamiento.

Cuando llegó enfrente de la casa de la comadrona, á quien en otros tiempos encargó del cuidado de Elena, de aquella confidente forzada de su infamia, se sentía más que nunca indecisa, turbada.

¿Qué iba á decirle?

Al salir del hotel había dado al azar á su cochero las señas de la señora Firmin, no sabiendo á donde ir ni de quien aconsejarse.

Vaciló un momento en bajarse del coche y estuvo á punto de dar orden para volverse atrás.

Pero se decidió.

Al subir la escalera que conducía al cuarto de la comadrona, el corazón de la condesa, tan duro, tan helado, latía con más fuerza que de ordinario.

Se decía que después de todo su secreto la pertenecía, que era dueña de él; que aquella comadrona era su única confidente y que ni aun á ella la había revelado jamás el motivo por qué se interesaba por aquella Elena Noel; que dependía, pues, de ella sola hablar ó callarse; que, en fin, si por casualidad á pesar de su reserva la señora Firmin había comprendido la causa de su interés la quedaba el recurso de comprar su silencio.

Y recobrando un poco de sangre fría llamó.

Una criadita salió á abrir:

La condesa preguntó:

—¿La señora Firmin?

—Aquí es.

—¿Está visible?

—Sí la señora quiere entrar...

La criada abrió la puerta del salón en donde la comadrona había recibido al conde Gabriel.

La señora de Corbiere pasó.

Aquella á quien ella quería ver no estaba lejos,

Hacia bastantes años que la condesa no oía su voz.

Sin embargo, la conoció en seguida.

La comadrona hablaba con una mujer en una habitación contigua al salón con el que se comunicaba por una puerta que estaba abierta.

La condesa pudo, pues, sin quererlo, oír lo que hablaban las dos mujeres.

—¿De modo que—decía la comadrona—esa pobre joven ha tenido la desgracia de perder su hijo?

—¡Ay! sí. Un niño hermosísimo. Era un encanto. Jamás había estado enfermo. Y de pronto, sin que se pudiese sospechar nada, le atacó el croup y, no dió apenas tiempo para prevenir á la madre, murió. Cuando ella llegó con un afamado doctor. El doctor Villers.

—¡Ya lo creo... una notabilidad!... ¡Es del Instituto!... ¿Un anciano de cabellos blancos?

—Como la nieve. Pues bien, mi querida señora, el Instituto entero que hubiera ido no hubiera podido hacer más.

—¡Por fin murió!

—Sí, entre los brazos de su madre, y daba pena ver el desconuelo de la pobre mujer. Le meció en sus brazos y le besaba á cada instante. Cuando se le puso en su cajita, lloraba como una Magdalena.

—¿Eso ocurrió?

—El domingo próximo hará tres meses; está enterrado en el cementerio de La Celle. La madre ha hecho poner una lápida en la que no hay más que un nombre: Rolando.

—Eso es Raro, pero hay más de una histo-

ria como esa en París, mi querida señora La-perre. ¡Si supieséis qué cosas he visto en este mundo!

—Una cosa me ha llamado la atención—re-puso la nodriza.

—¿Cuál?

—Es que nuestra señorita...

—¿Qué señorita?

—La hija de la condesa de Corbiere, la señorita Fernanda, al saber la muerte del niño, estaba casi tan triste como la madre, y estos últimos días, en una excursión que hizo á Fontaine, Luisa, mi hija, que pasaba por cerca del cementerio, la vió arrodillada sobre la tumba del pequeño!...

—¡Ah!

—Mientras el niño vivió, iba ella muchas veces á mi casa: se ocupaba de él; le acariciaba y besaba como si hubiera sido suyo... Hasta el punto de que estábamos sorprendidas mi hija y yo... Pero después de todo esa señorita es tan buena... y, la verdad, el niño era un amor... ¿No tenéis más que mandarme, señora Firmín?

—No, nada... Cuidad bien á los chiquitines.

—No tengáis cuidado... ¡Se hace lo que se puede!

—¡Ya lo sé! ¡Ah! se me olvidaba... ¿No tenéis noticias de vuestra antigua pensionista?

—¿Cuál?

—¿Esa de quien os hablé la última vez que nos vimos?

—¿Elena?

—Sí, Elena Noel.

—¡No, jamás! Ni aun sé que ha sido de ella. Me alegraría, sin embargo, saber donde está... ¡Tal vez haya muerto ó esté lejos de aquí!

La comadrona no contestó.

Se alejó con la nodriza.

La condesa oyó que se cerraba una puerta; después el roce de faldas sobre el pavimento, y la comadrona entró en la sala.

Al ver á la persona que la esperaba, se detuvo á pocos pasos de ella, hizo un esfuerzo para poner un nombre sobre aquella cara que no le era desconocida, y creyendo recordar, preguntó:

—¿Si nõ me engaño, sois la señora condesa de Corbiere?

—La misma.

En aquel salón de un gusto dudoso, no era la riquísima millonaria quien tenía aires de gran señora.

Era la otra.

—No sabía que erais vos quien estaba aquí—dijo.—No os hubiera hecho esperar. Dignaos dispensarme.

Indicó una butaca á la condesa y la dijo sentándose ella en otra.

—¿A qué debo el gusto de veros en esta casa?

La condesa sentía cierta perplejidad enfrente de aquella mujer, que era, sin embargo, de una posición muy inferior á la suya.

Comenzó diciendo con cierta vacilación:

—Sin querer he oido un nombre que habéis pronunciado hace un momento.

—¿El de Elena Noel?

—Justamente.

—Me intereso mucho por todas las criaturas de que he estado encargada con uno ú otro título, señora condesa.

—Tenéis una memoria feliz.

—Es bastante feliz, en efecto; pero la historia de Elena Noel es de las que la estimulan y se fijan demasiado en la imaginación.

—Habéis hablado de otra criatura.

—Es perfectamente exacto, de un pobre pequeño, muy guapito, que ha muerto hace pocos meses...

—¿Fuisteis vos quien le colocó en casa de la viuda Lapiorre?

—Por una serie de circunstancias sencillas. Mi hija, que acaba de terminar sus estudios, iba todos los días á la clínica, enfrente de la Escuela de Medicina.

Se interesó por una joven seducida que acababa de dar á luz en el hospital. Me habló del niño... La viuda Lapierre buscaba unorro. Tomo ese... Ciertamente esa buena mujer hace lo que puede y es raro encontrar nodrizas como ella. Pero en esas casas pobres, húmedas en el invierno, casi siempre heladas, los niños están muy expuestos á las enfermedades... Además los médicos están tan lejos que casi siempre llegan tarde.... Esto es lo que ha ocurrido... Esa pobre criatura murió del croup... ¡Se llamaba Rolando! Era también un desheredado. No tenía más que á su madre para sostenerle y una mujer haría mucho con ganar para ella, sobre todo cuando quiere permanecer honrada. Volvamos al objeto de vuestra visita.

La cara de la condesa había sufrido una porción de cambios durante la explicación que la condenaba una vez más.

La comadrona parecía acusarla de la muerte de aquella criatura, y aquella condenación la hería con tanta más violencia cuanto que la que la pronunciaba ignoraba hasta que punto era culpable.

La señora de Corbière repuso con visible emoción:

—Quería hablaros de esa Elena Noel.

La señora Firmin fijó en la condesa sus grandes y penetrantes ojos y esperó:

—Recordaréis—repuso la condesa—que os rogué hace mucho tiempo, que me sirvierais de intermediaria para una misión que tenía que cumplir. Un amigo me había suplicado que velase por la educación de esa pobre joven, en ciertas condiciones determinadas por él.

Una sonrisa amarga crispó los labios de la comadrona.

—Ese amigo no podía ser otro que el padre de Elena, observó.

—Puede ser.

—Si era rico, como todo induce á creerlo, puesto que gozaba del privilegio de vuestra amistad, se mostró bien injusto con su hija...

—Pero.

—Me atrevo á decir que dió pruebas de una avaricia horrible y de una crueldad culpable.

—No me toca á mí juzgarla.

—Sería mejor, señora condesa, dejar á una criatura en la nada que condenarla á una existencia comparable á la de esa joven...

—El que me encargó de esa misión ya no existe; de aquí que es inútil justificar ó condenar su conducta... Yo venía á preguntaros simplemente si habéis oído hablar de esa Elena Noel...

—¿Desde hace poco?

—Sí, desde hace algunos meses.

El tono de la condesa se había hecho agresivo y duro.

La censura indirecta de que acababa de ser objeto azotaba su orgullo, siempre en pie.

Adivinaba un enemigo en aquella mujer, á quien se había habituado á mirar como á una subalterna, y quien no se doblegaba ante ella.

—Sí—replicó la comadrona,—he oído hablar de esa joven, y en circunstancias tan extraordinarias, que apenas me atrevo á exponérolas...

—¿Y si yo os lo rogara?

—Me resolvería á hacerlo, por repugnante que me sea pensar en el drama que en estos momentos se representa á su alrededor.

—¡Ah!

—Y á vuestro alrededor, señora condesa...

Al pronunciar estas palabras, la comadrona dirigió á la condesa una mirada que la hizo estremecer.

Sin embargo, replicó tratando de conservar su sangre fría.

—¿Creéis en efecto que alrededor de Elena y de mí se representa un drama tan horrible?

—Sí—repuso la comadrona—y deseo que termine menos trágicamente que yo pienso.

—¿Qué sabéis, pues?

—Vais á oírlo. Hace algún tiempo me anunciaron una de tantas visitas que recibo. Era la de un hombre de la alta sociedad que me hacía pasar su tarjeta. La tarjeta decía: «El conde Gabriel de Corbière.» Al leer este apellido que me era conocido, puesto que era el vuestro, señora, me pregunté que podía querer de mí ese caballero. No descubro secreto alguno al decir que venía á hablarme de esa Elena con la que circunstancias muy sencillas le habían puesto en relación. En dos palabras, el era joven, ella era guapa. Comprendí fácilmente la clase de interés que le movía á ocuparse de esa joven. El señor de Corbière, que ya debía tener concebido un plan para el porvenir, deseaba informes sobre el origen de Elena Noel. Había creído que dirigiéndose á mí podría obtenerlos y estaba decidido á sacrificar una fuerte suma para comprarlos, si yo no consentía en dárselos más que por dinero. ¿Soy bastante clara?

—Perfectamente clara. Continúa, os lo ruego.

—Es muy cierto—repuso la señora Firmin—que el señor de Corbière, me ofreció una suma considerable... Cien mil francos... por darle el nombre del padre de Elena.

—¿Cómo hubierais podido decírselo, si no lo sabiais?

Esta pregunta fué hecha por la condesa en un tono que hizo que la comadrona se pusiera violentamente colorada.

Sin embargo dominó el movimiento de cólera que la agitaba.

—¿Querréis decir—preguntó á su vez—que sois la sola persona que posee el secreto del nacimiento de esa criatura?

—En efecto, yo no os he revelado nada de su origen... Yo tenía interés en que permaneciese desconocido...

—Olvidáis que otro había hablado ántes que vos.

—¿Mi marido?

—El mismo.

—El señor de Corbière os había...

—Dicho todo, sí, señora.

—¿Es posible?

—El señor de Corbière ha hecho más... Escribió...

—¿A vos?

—No, á la señora Durand, pero la señora Durand no tenía secretos para mí?

—¿Y guardáis esas cartas?

—Con otras muchas que me legó como un recurso en caso de necesidad.

La comadrona añadió con gran dignidad.

—Ella sabía que yo era incapaz de abusar de nadie. Las guardo; pero no me aprovecho de ellas. Si yo quisiera vender los secretos de que soy depositaria, sería rica mañana. Ese dinero me quemaría los dedos, y me daría vergüenza tocarlo.

Se incorporó de pronto, y añadió:

—Y además, ¿creéis que por falta de cartas y de reconocimientos, sea difícil penetrar en el misterio que las gentes de la alta sociedad, como vos, tratan á veces de ocultarnos, haciendo uso siempre de nosotros para no se se-

pan sus debilidades y á veces sus infamias?...

—¡Señora!...

—¡Esa es la palabra, y no la retiro! Sería preciso suponernos ciegos. Como, por ejemplo: un personaje considerable, el conde de Corbière Latouche, que viene aquí, nos entrega una criatura, se encarga de su pensión, recomienda que se la coloque en casa de una aldeana, cerca de uno de sus castillos... Va él á verla á cada instante, se informa de ella, y promete asegurar su porvenir... Muere sin haber tenido tiempo de llevar á cabo sus proyectos, y luego, su viuda, de otro temple que él, avara y rencorosa, temiendo tal vez que sus propios hijos no sean bastante ricos, celosa de la parte de herencia que un bastardo pudiera quitarla, la hace trasladar á casa de otra aldeana, la deja vegetar allí tres años, y en seguida la encierra en la más triste de las pensiones. Cuando la pensionista llega á la edad en que las jóvenes vuelven al seno de sus familias, la arroja cuatro mil francos, como una limosna, y hace que la digan: «¡Eres sola, extraña á todo y á todos! ¡Marcha, entra en la gran mezcla de la vida, y sal de apuros como puedas!...»

La señora Firmin se detuvo.

—Fijó en la cara de la condesa sus grandes ojos y añadió:

—¿Y queríais que yo no supiese quién fué el padre de esa abandonada? Eso sería suponermelo demasiado simple, señora. No he necesitado ni inteligencia ni reflexión. He visto, he oído, y poseo cartas que puedo haceros ver, si dudais de mis palabras.



—Entonces, ¿por qué no habéis aceptado los cien mil francos del conde?

La comadrona se mordió los labios.

—Rehusé los cien mil francos del señor Corbiere, primero porque no me creía con derecho para vender un secreto que no era mío, y después, porque si hubiera creído deber hablar, no hubiera sido sino por evitar un mal. El señor de Corbiere me hizo algunas confidencias, á las que no haré traición... El porvenir será el que Dios quiera. No tendré nada que reprocharme. Si queréis conocer mejor las razones de mi silencio, preguntad á vuestro hijo... Seguidle... ¡Preguntadle adónde va, lo que hace, qué situación ocupa esa Elena Noel, á quien vos dejásteis sin recursos y para con quien él ha reparado vuestras injusticias! ¡Y entonces sabréis qué terrible conclusión debéis esperar!

—¿Será su querida esa joven?

—¿Para qué callarlo, después de todo?

—Pero esa boda...

—Es demasiado tarde para que yo hable; ya no es tiempo de obrar para vos.

La condesa se levantó, dió algunos pasos por la sala, y con las manos apoyadas en un velador:

—Tenéis razón—dijo.—Una situación tal no tiene ya remedio. Pero si somos nosotros los únicos que no ignoramos ese mal, ¿qué importa que exista? Yo pagaré vuestro silencio al mismo precio que él quería pagar vuestras revelaciones.

Y como la comadrona callase, las señora de Corbiere continuó:

—Rehusásteis su oferta para evitar una desgracia; aceptad la mía con el mismo fin... ¿Queréis?

—¡No, señora! No quiero recibir nada de vos... No sé lo que haré... pero consultaré mi conciencia.

—¿Os parece poco lo que os ofrezco? Doblaré la suma.

La señora Firmin hizo gesto de desprecio y exclamó:

—Cuando esa desgraciada os necesitó fué cuando debisteis haber abierto vuestro bolsillo... Además, aunque yo consintiera, hay alguien además de nosotros que puede revelar á vuestro hijo hechos que suponéis conocidos solo de nosotros... ¡Adiós, señora, y El quiera que no os arrepintáis de vuestros actos.

Era inútil insistir.

La señora de Corbiere lo comprendió.

—Ya lo pensaréis—dijo disponiéndose á salir.

La comadrona movió la cabeza.

—¿Para qué?—contestó lentamente.—Desde la visita del conde, estoy asustada de la situación que vuestra avaricia y vuestro orgullo han creado y no entreveo más que una salida...

—¿Cual?

—Es tan horrible que no quiero ni aun pensar en ello.

La condesa se estremeció, pero añadió todavía:

—Nuestro silencio puede salvarlo todo...

—¡Es posible, pero una sola palabra de otro puede perderlo todo!

—¿De quién queréis hablar?

—Del desconocido que la justicia de Dios puede encargarse de vuestro castigo...—dijo la comadrona levantando los ojos al techo.—

¡Adiós, señora!

La condesa salió trastornada.

Necesitaba respirar.

Las duras verdades que acababa de oír la sofocaban.

—Al Bosque—ordenó a su cochero.

El coche tomó por la calle del Cuatro de Setiembre y por los boulevares.

Recoastada en un rincón de su cupé, iba absorta en sus reflexiones.

En vano se preguntaba qué debía hacer.

¿Cómo parar aquel golpe de la suerte?

¿Por qué medio evitar una catástrofe?

La señora Firmín había pronunciado varias veces estas palabras:

—¡Es demasiado tarde!

La condesa se veía obligada a decirse.

—Tiene razón esa mujer.

Era demasiado tarde.

Era preciso abandonarse á la corriente y esperar.

Indiferente á cuanto pasaba al lado de su coche, se sumergía con obstinación en sus recuerdos.

De pronto, su cupé chocó bruscamente y paró.

Se inclinó para conocer la causa de aquella detención.

Un cupé que venía en sentido contrario, estaba cerca del suyo.

En aquel coche iban un hombre y una mujer, ambos jóvenes, muy elegantes y muy distinguidos.

Sus cabezas casi se tocaban.

La condesa los conoció en seguida.

El hombre era el conde Gabriel, su hijo.

La mujer, adorablemente hermosa, de piel deslumbradora de blancura, no podía ser otra que Elena Noel.

Una ola de sangre subió á la garganta de la condesa y estuvo á punto de asfixiarse.

¡Demasiado tarde!

Se dejó caer vivamente en el fondo del coche.

Y diez segundos más tarde, cuando el cupé de su hijo se hubo alejado, ordenó con rabia al cochero:

—¡Al hotel!

Y sola, con los dedos crispados, los labios blancos, pareció desafiar al destino, diciendo:

—¡Pues bien, sea!... ¡Mi silencio será un nuevo crimen, pero no hablaré!

## IV

## El testamento.

La señora de Corbière hubiera podido decir una vez más lo que tan á menudo se había repetido después de su entrevista con la comadrona.

Volvió demasiado tarde.

Durante su ausencia había tenido lugar una escena que ciertamente no había previsto.

Launay, su fiel Launay, no tenía por qué quejarse de ella.

Al menos así debía ella pensarlo.

Pero Launay era ambiciosa.

Más de una vez había encontrado á la condesa pensativa, sentada en su butaca, perdida en sus meditaciones.

Más de una vez también la había sorprendido recorriendo con extraordinaria atención ciertos papeles que trataba de ocultar en seguida á la vista de Launay, con una actividad febril.

Y entonces la acogía la condesa con tono acerbo.

Y aun había llegado la buena señora á meter aquellos papeles precipitadamente en un cajón de su escritorio y cerrado con llave, guardándose ésta.

Allí estaban, pues, pero tan bien guardados, que á pesar de las repetidas visitas que había hecho á aquel mueble, Launay no había podido registrarle.

Ahora bien, aquel día, cuando la condesa, muy agitada, impotente para ocultar su turbación, después de la visita de su hijo, salió en su cupé para ir á la calle de Richelieu, Launay, sobreexcitada también y decidida á todo, subió, como hemos dicho, á la sala de la señora de Corbière.

Desde el dintel de la puerta miró á la cerradura del mueble.

¡Milagro!

La llave estaba puesta, en efecto, una llavecita dorada que brillaba en la semi oscuridad del rincón donde estaba colocado el mueble.

El corazón de la jorobada saltó en su estrecho pecho, y sus ojos desiguales lanzaron una pequeña llama biliosa.

Por desgracia, la doncella Felicia andaba por la sala, poniendo los muebles en su puesto.

Launay no se desconcertó.

Era preciso alejar de allí á todo trance aquel estorbo.

—¿No habéis visto una carta?—preguntó con tono meloso.

—¿Una carta de la señora?

—Sin duda... No sabe que ha hecho de ella. Ved en su habitación.

Felicia obedeció.

Sus escapadas con el grueso cochero de la condesa la ponían suave como un guante.

Launay la tenía dominada,

La jorobada se preguntaba cómo iba á desembarazarse de aquel testigo importuno, cuando Felicia entró con la carta en la mano.

—Aquí está. Es para Barassón.

—Decididamente—pensó Launay—la suerte me favorece.

Y añadió con tono meloso:

—¿Queréis hacerme el favor de ponerla en el correo, Felicia? Es urgente.

—Con mucho gusto.

Felicia salió y Launay respiró fuerte.

La plaza estaba libre.

Se sentó en la butaca de su ama, delante del escritorio, y dió vuelta á la llave.

El precioso mueble se abrió.

Launay examinó de prisa los papeles que se encontraban al alcance de su mano.

La mayor parte de ellos no tenían interés para ella.

Abrió los cajones y registró el escritorio de arriba abajo con una rapidez extraordinaria.

Uno de los cajoncitos estaba lleno de oro y de billetes.

No era este su negocio.

Por fin llegó al cajón donde estaba depositado lo que buscaba.

Los ojos de Launay se fijaron, con un relámpago de alegría, en diversos documentos reunidos en un sobre, en el que se leía:

«Asuntos de Rolando.»

La jorobada triunfaba.

Registró el sobre y encontró el testamento confiado por el capitán Rolando á su madre en el momento en que iba á morir.

Lo que en aquella acta tan noble y tan corta decía era claro, luminoso como el sol:

«¡Que no se acuse á nadie de mi muerte!...

¡Es debida á una imprudencia mía!...»

Sólo esto hubiera podido bastar para hacer la fortuna de Launay.

Este descubrimiento valía por sí solo una fuerte suma.

La alegría de la jorobada debía de ser más completa.

Continuó leyendo:

«Antes de morir cumplo un sagrado deber reconociendo la criatura que debe nacer de Teresa Montarón.»

El hijo del capitán había muerto como si hubiera sido el de un pobre.

¡Y sin embargo hubiera debido ser rico!

Launay no podía separar sus ojos de aquel conmovedor testamento:

Continuó su lectura:

«Lego á esa criatura y á su madre todo lo que me pertenece.

»Hecho en la Ferté-Montarón, el dieciocho de octubre de mil ochocientos ochenta y \*\*\*

»ROLANDO DE CORBIERE.»

Estaba firmado; la letra era clara.

No había equivocación posible.

El testamento estaba en regla.

La fortuna del capitán pertenecía, pues, á Teresa Montarón y á su hijo, á la madre y al niño. Además había dejado condenar á presidio á Juan Montarón.

Pero no era la indignidad de la condesa lo que ponía en los ojos de la jorobada un rayo de alegría.

Era la avaricia, la seguridad de una fortuna

que la parecía tener ya entre sus dedos enroscados como las garras de un ave de rapiña.

—¿Qué no la darían para pagar su silencio!

Este descubrimiento era un golpe de la suerte, que la permitiría vivir con desahogo y no tendría necesidad de servir á nadie.

—¡Ah, qué entrevista iba á tener con su buena señora!

—¿Cómo iba á tomar la reyancha de tantas altanerías y malas contestaciones!

Launay gozaba de antemano al pensar en las represalias de cuarenta años de esclavitud.

De codos sobre el escritorio, con las manos apoyadas en las sienes, los ojos fijos sobre aquel papel providencial, lo leía por segunda vez y hacia firme propósito de no soltarlo sino á cambio de buena moneda, cuando de pronto se volvió por un súbito espanto.

Una mano fina y blanca, de afilados dedos, muy aristocráticos, acaba de apoderarse del precioso testamento.

Al mismo tiempo una voz alterada preguntaba:

—¿Qué hacéis aquí?

La señorita de Corbiere, pues era ella, temblaba de emoción y de sorpresa.

El primer movimiento de la jorobada fué arrojarse á ella y arrebatársela el papel que tenía en la mano.

Peró la actitud resuelta de Fernanda la impuso respeto.

La joven repuso:

—¿Es mi madre quien os ha rogado que vio-

leis los secretos que ella puede tener? ¿Qué buscáis?

Launay se rehizo.

En pocos segundos afrontó la situación en que se encontraba.

Contestó silbando como una vívora:

—Buscaba lo que he encontrado.

—¿Lo habeis conseguido?

—Más de lo que deseaba.

Launay miró de arriba á abajo con cierta insolencia á Fernanda.

—¿Pero cómo estais aquí?—la preguntó.—

¿Me espiabais?

—Fernanda la miró con desden y piedad á la vez.

—Podría dispensarme de contestaros—dijo—pero no tengo nada que ocultar... Tenía que hablar á mi madre... Entré en su cuarto, no encontrándola en él llegué hasta aquí. No me oísteis... Estabais absorta en vuestra lectura... ¿Este documento parece interesaros?

Launay sonrió.

—A vos os interesa más que á mí—dijo.— Quiero creer que no le conociais... De otro modo seriais cómplice de una terrible maquinación. Me lo habeis cogido... No intentaré recuperarlo. Lo sé de memoria... ¿Quereis que os lo recite?

Launay se había medio levantado; volvió á sentarse tranquilamente ante el escritorio, cogió una hoja de papel y se puso á escribir.

—¿Qué haceis?—preguntó Fernanda.

—Podeis verlo. Tengo una memoria excelente.

Launay escribió:

«Este es mi testamento.

«Que no se acuse á nadie de mi muerte.»

Al mismo tiempo repetía en alta voz lo que á sí misma se dictaba.

Se volvió hacia la joven con aire de desafío y dijo:

—Vos tenéis el original... Podeis comprobar si me equivoco.

Y llegó hasta el fin.

«Hecho en la Ferté-Montarón el diez y ocho de octubre...»

La señorita de Corbière, á medida que Launay escribía, seguía con la vista el original.

En un principio se quedó estupefacta.

Peró poco á poco no tardó en volver de su primera sorpresa.

La parecía que su hermano Rolando se rehabilitaba á sus ojos; que por aquella declaración caballerésca adquiría de nuevo derecho á su cariño y salvaba el honor de los Corbière, comprometido por otra persona.

Y esta otra ¡ay! era su madre.

Launay, cuando hubo terminado su copia, la dobló cuidadosamente, la guardó en un bolsillo y abandonó la silla; después de haber cerrado el escritorio.

—Aun quedan aquí algunos papeles que pueden tener para mí un cierto valor—dijo;—peró el que poseo me basta... ¡Ah! la casa Corbière es la verdadera casa del misterio. Ya sé lo que deseaba saber.

Toda la persona de la jorobada respiraba triunfo.

—¿Qué vais á hacer ahora?—preguntó Fernanda.

—¡Yo! No lo sé... Lo pensaré... He tenido siempre un gran deseo de retirarme, después de haber hecho fortuna... Esta es la ocasión, creo... Veré mañana á la condesa.

Sus ojos hecharon chispas.

—Y hablaremos—concluyó diciendo.

—Launay—dijo Fernanda con firmeza,—mi madre ha sido siempre buena para vos.

—¡Oh! ¡buena, una mujer que posee millones y que paga á una empleada fiel de cuarenta años, cuatro luises al mes!... ¡Bonita bondad!

—¿Erais su confidente!...

—Para secretos sin importancia. ¡Pero ved si me ha hablado de ese testamento!... Porque es un testamento en regla. ¡Ah! sí... ¿Sabéis lo que ha hecho? Lo ha secuestrado, ocultado, y así ha sustraído más de dos millones á un inocente.

—¡Launay!

—Sí, es un robo que ha cometido, un robo vergonzoso. Yo sabía que el señorito Rolando era generoso... Había cogido algunas palabras antes de su muerte... Pero no tenía pruebas y las quería! ¡Las tengo! ¡Y haré uso de ellas!

—¿Para qué?

Launay se levantó sobre sus piés como una serpiente sobre su cola, y poniéndose muy cerca de Fernanda, dijo:

—Hay secretos que valen mucho oro. Y este es de esos. Pondré en ejecución un proyecto que tengo y me retiraré á mi país, cerca de Caen.

—Un caserío viejo y una granja.

—¿Eso produce?

—Poco más de cuatro mil francos.

—Tenéis ya dos mil francos de renta... ¿Vos sois quien me lo ha dicho?

—Dos mil quinientos.

—Yo os conseguiré otro tanto de mi madre so pretexto de que no puede separarse de vos sin daros algo.

—Sea.

—Y yo os pagaré El Valle... pero en secreto... ¿Queréis?

Las pretensiones de Launay eran mucho mayores. Pero se sintió vencida.

La bondad de la joven, la limpidez de sus ojos, el sonido de su voz, el móvil que la hacía obrar, impresionaban á la jorobada y la hacía incapaz de toda resistencia.

—¡Sois un ángel!—murmuró.

Fernanda prosiguió:

De ese modo nadie sabrá nada de lo que ha pasado... Vuestra conciencia estará tranquila... En cuanto á la mía, no tendrá nada que reprocharse.

La señorita de Corbiere pronunció estas palabras con una dignidad que conmovió profundamente á la jorobada.

—¿Queréis un compromiso por mi parte?—preguntó Fernanda.

—Tengo vuestra promesa.

—¡Puedo morir!

—¡Eso sería una gran desgracia para mí y para los demás!... Yo la soportaría como todo el mundo...

Launay se hacía casi generosa.

—¡Ah! señorita Fernanda—dijo,—si yo os hubiese tenido por ama, sería mejor de lo que soy.

Y sacando del bolsillo la copia que había guardado, la hizo pedazos y la echó al fuego.

—Haced lo que os dé la gana—dijo;—mirad.

—Yo haré lo convenido, Launay. ¿Queréis hacerme el favor de pedir mi coche?

Launay se inclinó y se dispuso á salir.

Fernanda la llamó y la dijo:

—Si mi madre echa de menos este documento y os pregunta, decidla que me lo pida á mí; pero puede ser que no se aperciba de su desaparición.

—Está bien, señorita.

Cuando la joven quedó sola, cerró el escritorio, después de haber puesto todo en orden, menos el testamento de su hermano, que guardó en el bolsillo.

En seguida bajó.

Su cupé estaba á la puerta.

—Avenida de la Opera, número doce, á casa del notario—ordenó.

Sus previsiones se realizaron.

La señora de Corbiere, trastornada por la noticia de la boda de su hijo, turbada por las revelaciones que acababa de oír, debía estar unos días sin pensar en el testamento desaparecido de su escritorio.

Su primer crimen, aquel de que Elena había sido víctima, la hacía olvidar el segundo,

Se frotaba las manos.

—¡Ah! me habeis sorprendido—dijo.—¡Pues bien, señorita Fernanda, ya veis que no estoy muy emocionada!... He llegado á mi objeto.

Launay estaba horrible.

La señorita de Corbière dominó el horror que la causaba verla.

—¡Launay—dijo con dulzura,—me dais pena verdaderamente! Habeis vivido en nuestra casa durante muchos años y, digais lo que queráis, no habeis tenido motivos para quejarnos de nosotros. Nunca se os ha tratado mal. Ignoro el móvil que ha dirigido á mi madre. Supongo que ha sido la aversión que ha tenido siempre á los Montarón, y el resentimiento de la muerte de su hijo. Pero si ha sido cruel para otros, aun injusta, á vos no os ha tratado mal y hubiera asegurado vuestro porvenir. Estoy segura de ello...

—Lo dudo.

—En todo caso, mi hermano Gabriel y yo lo hubiéramos hecho, os lo aseguro. Sea de esto lo que quiera, ¿quereis dinero?

—Lo más posible.

—¿Os es indiferente recibirlo de una mano ó de otra?

—Completamente.

—Pues bien, hacedme una promesa.

—¿Cuál?

—La de que con mi madre guardareis el secreto de lo que acaba de pasar.

—Pero...

—Estad tranquila... Se hará justicia... La fortuna de mi desgraciado hermano será en-

tregada á aquellos á quienes pertenece! Yo os juro reparar una falta que me causa más aversión que á vos. Este testamento que la casualidad ha hecho caer entre mis manos, lo conservo y será ejecutado en cuanto pueda ser posible, puesto que el pobre niño no existe ya... ¿Teneis confianza en mí?

—Os estimo como la mejor de las mujeres.

—¿Qué ninguna alusión á este testamento salga de vuestra boca!... Dejadme á mi sola tratar el asunto con mi madre... ¿Queréis retiraros á vuestro país?...

—Sí...

—¿A los alrededores de Caen?

—A la villa de La Barre, en donde nací.

—¿Cuánto necesitáis para vivir allí á vuestro gusto?

La jorobada contestó cínicamente.

—Ya os lo he dicho... Lo más posible.

Sin embargo se reconcentró en sí misma.

En presencia de aquella pureza y de aquella dulzura, perdía parte de la audacia que hubiera mostrado si la hubieran hecho frente.

—¿Poseeis allí una casa, creo?—preguntó la joven.

—¡La cedí á unos parientes pobres y quiero algo mejor!

—¿Conocéis otra?

—Sí—dijo,—sé que se vende una posesión muy bonita. El Valle.

—¿Vale?

—Cien mil francos lo menos, tal vez ciento cincuenta.

—¿Tiene vivienda?



—Un caserío viejo y una granja.

—¿Eso produce?

—Poco más de cuatro mil francos.

—Tenéis ya dos mil francos de renta... ¿Vos sois quien me lo ha dicho?

—Dos mil quinientos.

—Yo os conseguiré otro tanto de mi madre so pretexto de que no puede separarse de vos sin daros algo.

—Sea.

—Y yo os pagaré El Valle... pero en secreto... ¿Queréis?

Las pretensiones de Launay eran mucho mayores. Pero se sintió vencida.

La bondad de la joven, la limpidez de sus ojos, el sonido de su voz, el móvil que la hacía obrar, impresionaban á la jorobada y la hacía incapaz de toda resistencia.

—¡Sois un ángel!—murmuró.

Fernanda prosiguió:

De ese modo nadie sabrá nada de lo que ha pasado... Vuestra conciencia estará tranquila... En cuanto á la mía, no tendrá nada que reprocharse.

La señorita de Corbiere pronunció estas palabras con una dignidad que conmovió profundamente á la jorobada.

—¿Queréis un compromiso por mi parte?—preguntó Fernanda.

—Tengo vuestra promesa.

—¡Puedo morir!

—¡Eso sería una gran desgracia para mí y para los demás!... Yo la soportaría como todo el mundo...

Launay se hacía casi generosa.

—¡Ah! señorita Fernanda—dijo,—si yo os hubiese tenido por ama, sería mejor de lo que soy.

Y sacando del bolsillo la copia que había guardado, la hizo pedazos y la echó al fuego.

—Haced lo que os dé la gana—dijo,—mirad.

—Yo haré lo convenido, Launay. ¿Queréis hacerme el favor de pedir mi coche?

Launay se inclinó y se dispuso á salir.

Fernanda la llamó y la dijo:

—Si mi madre echa de menos este documento y os pregunta, decidla que me lo pida á mí; pero puede ser que no se aperciba de su desaparición.

—Está bien, señorita.

Cuando la joven quedó sola, cerró el escritorio, después de haber puesto todo en orden, menos el testamento de su hermano, que guardó en el bolsillo.

En seguida bajó.

Su cupé estaba á la puerta.

—Avenida de la Opera, número doce, á casa del notario—ordenó.

Sus previsiones se realizaron.

La señora de Corbiere, trastornada por la noticia de la boda de su hijo, turbada por las revelaciones que acababa de oír, debía estar unos días sin pensar en el testamento desaparecido de su escritorio.

Su primer crimen, aquel de que Elena había sido víctima, la hacía olvidar el segundo,

Y

## Una palabra fatal.

Estamos en la planta baja del hotel de la duquesa de Reville.

Cuadros colgados de las paredes, paisajes antiguos y modernos, retratos de prelados ó de grandes damas y de hidalgos de todas épocas, mesas, caballetes, un piano de cola, un harmonium y máquinas de coser.

Y en medio de todo esto, á la hora en que Fernanda de Corbiere trataba con Launay una cuestión tan penosa como delicada, tres personajes reunidos, la duquesa bordando, su señorita de compañía dibujando y un joven de buen humor y de buen aspecto, apoyado sobre su bastón, enguantado, en traje de visita, sin ceremonia y hablando tan pronto con la una como con la otra.

Este joven, era el marqués Huberto de Saures.

—¿De modo que os gusta reproducir con exactitud facciones tan distinguidas como las mías?—dijo dirigiéndose á la joven.

—Dios mío, caballero, si queréis probaré. No saldrá del todo perfecto.

—La perfección no es de este mundo—observó la duquesa.

—Soy muy inquieto y no sé si podré estar sin moverme el tiempo necesario. ¿Cuánto tiempo necesitáis?

—Tres, cuatro horas, una tal vez...

—¡Oh! ¡oh!

—¿Es mucho?

—Esperad, voy á ver si puedo disponer de ese tiempo.

Consultó su reloj y dijo:

—¡Las tres! Puedo concederos ese tiempo y aun algo más. Pero principiemos. ¿Cómo debo ponerme?

—Como estais, estais bien. No os violentéis.

—Tanto mejor.

—Podéis hablar con la señora duquesa.

—Entonces, perfectamente. ¿Estamos ya?

—Sí.

—No hay que moverse ya.

Teresa puso manos á la obra.

Silenciosamente, con su lápiz en la mano, examinaba la cara del marqués, su salvador, y con mano ligera fijaba cada una de las facciones sobre el papel.

El marqués la preguntaba de cuando, en cuando medio sonriendo:

—¿Marcha eso?... ¿Avanzamos?... ¿Estoy bien colocado?

Ella contestaba haciendo un signo con la cabeza y seguía su tarea.

El había reanudado la conversación con la duquesa, se informaba de cómo estaban Juana y su marido, dónde estaban, sus proyectos para el verano próximo, de si el capitán pensaba pedir licencia para pasar en París algún tiempo.

Cuando la duquesa, llamada por su doncella, tuvo que dejarles solos un momento, el marqués dijo á Teresa:

—¿Y no nos lo habéis dicho hasta última hora?

—¿Para qué?

—¡Es chocante! ¡Convenid en ello!

—No. No habrá más que una misa rezada, después de la visita obligatoria al alcalde, en mi casa, en la Borde, y aun eso, si un cura quiere mostrarse complaciente, porque me caso con una divorciada... Los testigos indispensables... y eso será todo.

Se inclinó delante de la señora de Reville.

—Mi querida duquesa—dijo—me permitiréis que os presente mi mujer después de la ceremonia, y espero que la acogereis amistosamente.

—¡Cierto! pero veamos, sed franco, para hacer tanto misterio, ¿con quién os casais, Gabriel?

—Es bastante difícil de decir...

—¿Aun entre nosotros?

—Aun entre nosotros.

—¿Por qué?

—Porque yo no lo sé.

—¿Os burlais de mí!

—No lo creais.

—Entonces explicaos.

—Voy. Me caso con una mujer de veinticuatro años, que me agrada infinitamente... La sociedad, nuestra famosa sociedad, encontrará en esto que criticar, ¡pero tanto peor!

—Se casa uno para sí, y no para los demás

—afirmó la duquesa.

—Rubia ó morena—preguntó de Sauves,

—Más bien morena...

—Me gustan más las rubias—dijo el marqués inclinándose hacia Teresa, quien dijo muy oportunamente:

—La señorita Fernanda es rubia, en efecto.

Tal vez se hubiera podido notar en el tono con que ella pronunció estas frases un átomo de envidia.

¡Pero tan ligero!

El marqués la dió las gracias con una mirada muy simpática.

—¿Viuda ó soltera?—dijo la duquesa.

—Ni lo uno ni lo otro... Divorciada... Acabo de decirlo.

—Es verdad.

—Yo la preferiría soltera—dijo alegremente el conde Gabriel—pero no hay más remedio que tomarla tal cual es. Además, ha sido por complacerme por lo que ha pedido el divorcio.

—En fin, ¿la boda está decidida?

—Irrevocablemente...

—Pero no nos habéis dicho su nombre.

—Se llama Elena Noel.

Este nombre no decía nada á nadie en aquella tertulia tan selecta, donde había una duquesa, un conde y un marqués.

Cuando decíamos á nadie, nos equivocamos.

Al oír aquel nombre, la señorita de compañía levantó la cabeza.

Y aún miró al conde Gabriel con tanta sorpresa, que á él le llamó la atención.

Sin embargo, continuó:

—Elena nació de padres desconocidos. He tratado de penetrar el misterio de su origen,

¡Imposible! No he encontrado huella alguna hasta que estuvo interna en un colegio de Passy, donde pasó doce años. Antes no se sabe nada de su infancia. Sin embargo, debió ser puesta en nodriza en alguna parte.

—Sin duda alguna.

—¿Pero dónde? Nadie ha podido ó querido decirme, y yo ardía en deseos de saberlo.

—De veras?—dijo involuntariamente Teresa.

Su mirada era tan atrayente, que el conde la dijo:

—Vos sabéis algo.

—Es verdad.

—Decídmelo.

—Elena Noel, en cuanto nació, fué puesta en nodriza en una casa que vos conocéis.

—¿Yo?

—Vos.

—¿Dónde?

—En Fontaine?

—Cerca de Rambouillet?

—Sí.

—En casa de la viuda Lapierre?

—Precisamente.

—¿Estáis segura de eso?

—Completamente.

—Gracias.

Estas preguntas y respuestas se habían cambiado rápidamente sin reflexionar, por decirlo así, por una y otra parte.

El conde, absorto por su idea, no hizo alusión alguna á su parentesco con la señorita de compañía de la duquesa, ni á su historia, que él debía conocer perfectamente,

Se contentó con hablarla con la misma atención y casi con la misma familiaridad que á la misma duquesa y á su amigo el marqués de Sauves.

Y cuando ella terminó su dibujo, el marqués la dijo, levantándose:

—¿Me lo permitís?

Teresa le entregó el trabajo.

El marqués se extasió ante su propia figura. Teresa había trazado con el lapiz su riente y picaresca fisonomía con una exactitud admirable.

—Corbiere tenía razón—dijo el marqués.—Esto es admirable.

Se disputaron el dibujo.

Se lo llevó de Sauves, pretestando para con los otros que querían apoderarse de él.

—No tenéis derecho... ¡Es mi cabeza! ¡Me pertenece!

Fué preciso dejársela.

Se inclinó al oído de Teresa, diciéndola:

—Este dibujo tiene un doble valor para mí. Será un recuerdo... Francamente, me lo debíais.

La duquesa dijo al conde Gabriel:

—Desde que tengo tan encantadora señorita de compañía no os podéis figurar cuántas visitas recibo, en particular de vuestro amigo de Sauves. ¡Hay aquí un imán que le atrae!

El marqués lo había oído.

—Helo aquí—dijo, dando algunos pasos para salir al encuentro de una nueva visita.

Era Fernanda de Corbiere.

Llegaba muy agitada, al parecer.

Después de haber besado á la condesa, dado la mano á su futuro y sonreído, pero con una sonrisa triste á Teresa, se acercó con viveza á su hermano y le dijo:

—No te vayas sin mí. Necesito hablarte.

—¿A propósito de qué?

—De cosas graves.

—¿Me asustas!

Fernanda admiró también el retrato de su pretendiente; mejor dicho, del pretendiente á su mano.

La visita del conde Gabriel no se prolongó mucho.

La hermana no tardó en llevarse al hermano.

A cosa de las cuatro se despidieron y salieron juntos.

Cuando hubieron partido, la señora de Reville dijo á su señorita de compañía y al marqués de Sauves:

—¿Habéis notado la turbación de Fernanda? Yo no la he visto jamás así.

—Alguna escena con su madre—dijo el marqués.

El hermano y la hermana tenían cada uno su coche.

El conde una victoria, Fernanda un cupé.

—Despide tu coche—dijo la joven.—Darás una vuelta conmigo y te llevaré á donde quieras.

—¿Tan misterioso es lo que tienes que decirme?

—Vas á ver.

El conde estaba lejos de sospechar lo que iba á oír.

—¿Hacia dónde quieres que vayamos?—preguntó.

—A cualquier parte, al paso, á los Campos Elíseos.

Los dos solos en su cupé hablaron largamente.

Fernanda fué quien tomó la palabra.

Explicó á su hermano sus impresiones de la juventud, sus estancias en el castillo de la Ferté-Montarón, el rigor de su madre para con los desgraciados de la Boca del Lobo, la pena que ella sentía cuando veía una injusticia ó una falta de generosidad que la humillaba; después el deseo, que no se atrevía á expresar, de conocer á Teresa, tan buena, tan modesta, á quien veía en la iglesia los domingos, y algunas veces, durante la semana, en la ventana de su casucha de la granja, desde donde la miraba á ella con ojos tan dulces, que parecían implorar su protección.

—Yo no me atrevía á hacer lo que hubiera querido—dijo;—tanto temía contrariar á nuestra madre.

Había sobrevenido el drama de la Boca del Lobo.

Rolando había pasado cuatro meses en Solagne, y en su desocupación había ido á menudo hacia el lado de la granja.

Había visto á Teresa.

—¿La amó? ¿Podía suceder otra cosa?

Había querido hacerse amar de ella y no le había costado trabajo conseguirlo.

Rolando era tan alegre, tan vivaracho, tan encantador en una palabra...

—¿Cómo se le hubiera resistido ella?  
—Era, después de todo, un tan gran crimen el que Teresa había cometido?

—Por fin la catástrofe había ocurrido!  
—Tuve mucho sentimiento—dijo:—yo quería á Rolando como te quiero á tí, Gabriel. En medio de mi pena no podía menos de pensar en la de esa pobre joven. Yo hubiera querido ayudarla, socorrerla; pero no sabía que había sido de ella. Y estaba obsesionada por una idea. Me parecía que antes de morir, en sus momentos de conocimiento, Rolando, que la había amado con pasión, yo estaba segura de eso, había debido pensar en el porvenir de ella y en el de su hijo... Eso me decía yo... Me creía estar segura de ello... Pues bien, no me equivocaba.

En aquellos momentos pensaba el conde en su visita á la comadrona de la calle de Richelieu.

Apenas si escuchaba á su hermana.

Sin embargo, á estas palabras «No me equivocaba», se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres decir?—preguntó.

—Quiero decir que Rolando había expresado, en efecto, sus deseos—declaró lentamente Fernanda.

—¿Cómo?

—En un testamento.

El conde repuso maquinalmente:

—¿Un testamento?

—Sí, y nosotros estamos en posesión de una fortuna que no nos pertenece.

—¿La fortuna de Rolando?

—Sin duda.

—¿De quién es?

—De esa joven que tú acabas de ver, que ha vivido en París miserablemente, que se ha encontrado tan desgraciada que quiso suicidarse y que su hijo, que estaba en nodriza en Fontaine en casa de la viuda Lapierre, murió allí cuando tal vez viviría aun si ella hubiera podido rodearle de cuidado y bienestar.

—¿Qué dices?

—La verdad.

—¿Dónde está ese testamento?

—Lo tengo yo.

—¿Quién te lo ha dado?

—No me lo han dado, lo he cogido.

—¿Dónde?

—En casa de nuestra madre que era la depositaria de él, á cuyo honor había sido confiado y quien lo ocultaba.

—¿Fernanda!

Le miró con ojos llenos de lágrimas, de vergüenza y de sentimiento.

El conde la cogió la mano, la miró largamente y los dos se comprendieron.

Entonces Fernanda le contó la escena que había pasado en el hotel Corbiere, y por fin su visita á casa de su viejo amigo y consejero el Sr. Dubreuil, de donde salía cuando fué á casa de la duquesa.

Sólo él estaba en el secreto.

Launay no hablaría.

Ella había salvado el honor; pero se hacía necesaria una reparación, y esta reparación no podía hacerse esperar.

Sabía bien que estarían de acuerdo los dos.  
Había querido hablarle, decirle todo.

Además se ahogaba.

Cuando acabó cayó en los brazos del conde  
hecha un mar de lágrimas y diciendo entre so-  
llozos:

— ¡Cuánto crimen, Gabriel! ¡Y es nuestra  
madre quien los ha cometido! ¡Un hombre en  
presidio!... Una criatura muerta sin padre...  
¡Esa pobre joven reducida al suicidio, salvada  
por un milagro!... ¿Qué hacer?

— ¡Todo lo que tú quieras, todo!

La estrechó contra su corazón, la besó di-  
ciéndola al oído.

— ¡Mi querida, mi pobre Fernanda!

Permanecieron largo rato juntos.

Cuando por fin se separaron, ella estaba  
tranquila y el conde la repetía:

— Tienes razón; todo lo que tú quieras,  
todo.

Fernanda le preguntó.

— ¿Adónde quieres que te conduzca?

— A mi casa.

— Creía que querías ir á Bolonia.

— He cambiado de parecer.

El cupé de Fernanda le dejó á la puerta de  
su casa.

Cuando subió á su cuarto, escribió de prisa  
la carta que sigue:

« Amor mío:

» El hombre propone y Dios dispone.

» Pensaba pasar la noche en Bolonia.

» Se presenta un impedimento.

» Mañana tengo que hacer una excursión  
larga.

» Por la noche iré á comer contigo.

» Entretanto piensa en mí, en la seguridad  
de que ni un segundo dejaré yo de pensar  
en ti.

» Mil besos de tu,

» GABRIEL.»

## VI

## Luz.

Al día siguiente el conde Gabriel se levantó descolorido, febril, había envejecido diez años.

Había pasado una noche sin dormir, asaltado por pesadillas.

A las seis de la mañana estaba ya vestido, dispuesto á salir, mirando á cada instante el reloj contando los minutos, paseándose por el suntuoso gabinete donde un año antes había recibido la visita del desgraciado Escoubere.

A las siete llamó á su ayuda de cámara.

—Dubois—ordenó el conde—un coche.

—¿El señor va?

—Al tren.

—La mañana está brumosa... ¿El cupé?

—Cualquiera... Pronto.

Dubois salió diciendo:

—El señor conde no tiene la cara de todos los días... Está desconocido... Era mejor que no hubiera pensado en casarse... ¡Bien estábamos así!

El conde era de esos á quienes no se puede hacer observaciones y se les sirve á la carrera.

Cinco minutos después el cupé estaba enganchado, el cochero en el pescante y el portero dispuesto á abrir la puerta principal.

El conde bajó, miró su reloj y dijo:

—A la estación Montparnasse, á escape.

—El caballo salió á un paso de los diablos.

No había inconveniente en marchar á escape.

A aquella hora las calles estaban casi desiertas.

Como había dicho Dubois, una bruma gris y bastante espesa envolvía á París.

El conde, con los brazos cruzados, no veía nada, no miraba á nada.

Cuando se paró el coche pareció despertar de un sueño; se apeó, despidió el coche, tomó un billete y montó en el expreso de Bretaña, que iba á salir.

Y sentado en un rincón del coche salón, volvió á entregarse á sus meditaciones.

Una hora más tarde estaba en Rambouillet, montaba en un coche de plaza y ordenaba:

—¡A Fontaine, á buen pasó!

A las diez en punto entraba el coche en Fontaine, y el conductor se disponía á franquear la verja del castillo cuando el conde se levantó, le puso la mano sobre el hombro y le dijo:

—Al castillo, no... allí.

Y le indicaba con la mano la casa de la viuda, que estaba á poca distancia.

Y cuando el cochero se disponía á obedecer le dijo:

—No estaré más que momentos... Esperadme. Es preciso que esté en Rambouillet para el tren de las once y media.

Justamente en aquel momento salía Luisa, la hija de la viuda Lapierre, con sus herradas de leche cogidas por las asas

—¡El señor conde!—dijo sorprendida al ver el coche de alquiler parado á su puerta.



—¿Está ahí vuestra madre?

—Sí, señor.

—Quisiera hablarla.

La muchacha se volvió hacia la puerta gritando:

—Madre, el señor conde Gabriel quiere verte.

El conde Gabriel era sin duda alguna el rey de Fontaine.

Tenía allí una infinidad de guardas, porteros y jardineros á sus órdenes.

La viuda salió precipitadamente hasta la puerta de la casa, con un niño en los brazos.

—¡El Señor conde!—dijo á su vez!

—Sí, vengo á hablar con vos...

—Entrad, pues.

La pobre mujer estaba aturdida al ver al conde en su casa.

Después de haber dejado el niño, volvió al lado del conde, excusándose, y le ofreció una silla, no sin haberla quitado el polvo con el delantal.

—Teniendo que cuidar cinco criaturas, es preciso no descuidarse, señor conde.

Y añadió suspirando:

—Teníamos seis... Hemos perdido uno hace cerca de tres meses... Se llamaba Rolando, como vuestro hermano... Tenía una madrecita encantadora, que derramó por él un mar de lágrimas... Y eso nos dió tanta pena á Luisa y á mí, que dudamos si admitir otros.

—¿Hace mucho tiempo que os dedicais á esto?

—A la muerte de mi marido... Me dediqué

por casualidad. Una comadrona que había oído hablar de mí, yo no sé cómo, me encargó de una niña. Aquella comadrona vivía en la calle de Richelieu. Se llamaba la señora Durand, una buena persona, como la que la sucedió.

—¿Se llama?

—La señora Firmin.

—¿Esa niña que os dió no se llamaba Elena?

—¿Lo sabéis?

—Elena Noel.

—Precisamente. ¡Era muy guapa la pobre pequeña!

—¿Cuánto tiempo estuvo en vuestra casa?

—Cerca de tres años.

—¿Por qué no la tuvisteis más tiempo?

—Porque se la llevaron.

—¿Los padres?

—No... la comadrona... Pero ya no era la misma... la señora Durand había muerto. La había reemplazado la señora Firmin.

—¿Y entonces qué fué de ella?

—¿De quién?

—De la niña, Elena Noel.

—No puedo deciros... No he vuelto á oír hablar de ella. Cuando yo pedía noticias á la señora Firmin, me contestaba: «¡Es un secreto!» y yo quedaba bien contrariada, os lo aseguro.

—Vamos á ver, señora Lapierre; vos me conocéis.

—¡Ya lo creo, señor conde! Os he visto muy pequeño. Mi pobre marido ha dado muchos hachazos en los bosques de la Fontaine, y hace más de setenta años que mi padre compró la casita en que vivimos mi hija y yo.

— Después volvió á menudo, y siempre se informaba con interés de la pequeña; iba derecho á su cuna, la besaba y yo veía cuánto se interesaba por ella... Durante los tres años que la niña estuvo aquí, vino más de cien veces. Un día supimos que el conde había muerto de repente en París; no había pasado una semana cuando la comadrona...

— ¿La señora Firmin?

— Sí, la señora Firmin vino á recogerla. Cuando se la llevó quise saber adónde iban á dejarla; pero la señora Firmin me dijo: «Yo no puedo hablar.» Pero la oí muy bien repetir una palabra que no he olvidado.

— ¿Y era?

— «La pobre ha perdido todo lo que tenía que perder.» Después, no solo no la he vuelto á ver, sino que jamás he oído hablar de ella, excepto por esa joven que tenía aquí un niño, la señorita Teresa...

El conde fijó sus ojos en la nodriza y con voz temblorosa que demostraba la emoción que no podía dominar, preguntó:

— ¿De modo que vos creéis?...

— El señor conde ha comprendido bien... Puesto que desde la muerte del señor de Corbière nadie se volvió á interesar por esa criatura, yo podré equivocarme y no me atrevo á deciros....

— No temáis nada. Concluid.

— ¡Es que él era su padre!

Hacia largo rato que el desgraciado se lo había dicho. Desde las primeras palabras de la viuda no tenía ya ni aun derecho á dudar.

Enjugó el sudor que corría por su frente y dijo levantándose:

— ¿No sabéis nada más?

— Nada, y lo que sabia es bien poca cosa.

— ¡Poca cosa!

Los labios del conde se crisparon con una amarga sonrisa.

Preguntó aún:

— ¿Mi madre no vino nunca á preguntaros por esa Elena Noel?

— Nunca.

— Os doy las gracias y no olvidaré nunca el servicio que me habéis prestado. Hasta la vista. Saludó amistosamente á la nodriza, salió, montó en el coche y dijo al cochero:

— A la estación.

En el trayecto de Fontaine á Rambouillet, medio recostado en la victoria que le llevaba, con la cabeza apoyada en la mano izquierda los ojos vagos, sin mirada, parecía á un hombre que ha perdido todo, familia, esperanza, fortuna.

De cuando en cuando sus ojos se animaban como si el valor y la fuerza volvieran.

Peró casi en seguida volvía á caer en su abatimiento.

Quando llegó á París montó en un coche de plaza y ordenó al cochero:

— A la calle de Richelieu, pronto. Cinco francos por la carrera. Os parareis en la esquina de la plaza Louvois, y allí me esperareis... ¡Vamos!

Quando entró en casa de la comadrona, estaba desconocido.

La señora Firmín adivinó en seguida lo que le pasaba.

La catástrofe que ella había querido evitar se había producido.

El conde comenzó sin preámbulo:

—Aquí tenéis un hombre abatido que viene á suplicaros que le digais la verdad, sin reticencias. Podeis hablar con sinceridad... Tengo fuerzas para oír todo y además, todo lo sé...

¿Conociáis al padre de Elena?

—Tal vez.

—¿Por qué no nombrármelo?...

—Porque el honor me lo prohíbe.

—Era el conde de Corbière, ¿no es verdad?

La señora Firmín permaneció muda.

—Quiero daros facilidades. En este momento llevo de Fontaine. He visto á la viuda Lapierre... Había sabido ayer por casualidad, lo que yo estaba lejos de pensar...

El conde dijo con sorda cólera:

—¿No es el azar, el estúpido azar, fatal, quien nos traquetea como el viento á las hojas muertas y á los granos de polvo?

Y continuó con voz breve, incisiva:

—Esto fué en casa de la duquesa de Reville... Cuando yo la anunciaba mi boda con Elena, una boda para lo que todo estaba convenido y preparado, y decía yo que no conocía nada de su origen ni de su infancia, una joven que se encontraba allí me dijo, bien inocentemente, que Elena había sido llevada en cuanto nació, á casa de la viuda Lapierre... Esa joven, al servicio de la duquesa, había tenido un niño en casa de la viuda y allí había oído hablar

de Elena, á quien ella conocía. Ya veis si esto es sencillo. He ido esta mañana á Fontaine. Allí he sabido que mi padre iba con frecuencia á casa de la viuda, que se ocupaba de esa pequeña... y que hasta la besaba... En fin, que poco después de la muerte del conde, retirásteis á Elena para llevarla á otra parte, cumpliendo órdenes que habíais recibido. ¿Es verdad?

—Es verdad.

—¿Quién os ha dado esa orden?

—Una mujer, que es la única persona que tiene derecho á confesaros la verdad,

—¿Mi madre?

Un movimiento involuntario de la comadrona advirtió al conde que había dado en la llaga.

—Bueno—dijo,—no tenéis necesidad de hablar; vuestro silencio me ha dicho más que hubieran podido decirme vuestras palabras. Sois una mujer honrada y valiente, señora Firmín, y no lo olvidaré. ¡Adiós!

Salió como había entrado, bruscamente.

El desconocido que se hubiera encontrado con él en la escalera, se habría asustado.

Estaba más lívido que cuando había entrado.

Sus facciones estaban descompuestas.

Era cerca de la una y media.

Montó en el coche y dijo al cochero:

—Calle de Santa Dominica, hotel Corbière.

Poco después se apeaba delante de la puerta del monumental hotel, y haciendo un esfuerzo supremo para aparecer sereno, preguntó al portero:

—¿Ha salido mi madre?

—No, señor conde.

—Bueno.

Atravesó el patio, entró en el vestibulo y allí encontró á Felicia, á quien preguntó:

—¿Está ahí Fernanda?

—No, señor conde. La señorita acaba de salir.

—¿Sola?

—Sí, señor conde.

—¿Sabéis adónde ha ido?

—Perfectamente. La señorita debe pasar la tarde en casa de la señora de Reville.

—Bueno—pensó—estaremos solos.

Subió en busca de su madre.

## VII

*Guillermo Montarón á Juan Aron, en casa de los señores Morard hermanos, horticultores, carretera de Saint-Cloud, en Bolonia.—Sobre el Sena.*

«Mi querido Juan:

»El señor de Fleuse sale para Brisbane, donde pondrá esta en el correo.

»Va á cobrar el importe de treinta caballos que hemos vendido á una sociedad que acaba de comprar una parte de Anston-City.

»Es la única mercancía que tenemos para vender hasta que lo hagamos de las las lanas y del ganado, que será dentro de unos dos meses y medio.

»La recolección de lana, así como el ganado que podremos vender, prometen ser abundantes.

»Decididamente debemos estar muy agradecidos al reverendo señor Turner.

»Este señor nos ha escrito desde Londres.

»Nos profesa, creo, un gran afecto.

»Nos ofrece uno de sus ranchos de una importancia doble del que nos ha cedido.

»De Fleuse vacila en aceptar esta proposición; pero yo le he aconsejado que sí, y ha concluido por consentir.

»Las condiciones del señor Turner son de las más ventajosas.

—¿Ha salido mi madre?

—No, señor conde.

—Bueno.

Atravesó el patio, entró en el vestibulo y allí encontró á Felicia, á quien preguntó:

—¿Está ahí Fernanda?

—No, señor conde. La señorita acaba de salir.

—¿Sola?

—Sí, señor conde.

—¿Sabéis adónde ha ido?

—Perfectamente. La señorita debe pasar la tarde en casa de la señora de Reville.

—Bueno—pensó—estaremos solos.

Subió en busca de su madre.

## VII

*Guillermo Montarón á Juan Aron, en casa de los señores Morard hermanos, horticultores, carretera de Saint-Cloud, en Bolonia.—Sobre el Sena.*

«Mi querido Juan:

»El señor de Fleuse sale para Brisbane, donde pondrá esta en el correo.

»Va á cobrar el importe de treinta caballos que hemos vendido á una sociedad que acaba de comprar una parte de Anston-City.

»Es la única mercancía que tenemos para vender hasta que lo hagamos de las las lanas y del ganado, que será dentro de unos dos meses y medio.

»La recolección de lana, así como el ganado que podremos vender, prometen ser abundantes.

»Decididamente debemos estar muy agradecidos al reverendo señor Turner.

»Este señor nos ha escrito desde Londres.

»Nos profesa, creo, un gran afecto.

»Nos ofrece uno de sus ranchos de una importancia doble del que nos ha cedido.

»De Fleuse vacila en aceptar esta proposición; pero yo le he aconsejado que sí, y ha concluido por consentir.

»Las condiciones del señor Turner son de las más ventajosas.

»No nos pide dinero al contado y nos da cinco años para pagárselo.

»Digo nos da, porque de Fleuse exige que todos los negocios nos sean comunes. Hasta ha hecho arreglar nuestros derechos por mitad sobre todo en lo que ya poseemos, y cuando tú estés aquí, será por terceras partes.

»Es el corazón más generoso que he encontrado.

»He calculado que dentro de tres años no solo no deberemos ya nada al señor Turner, sino que tendremos ciento cincuenta ó doscientos mil francos y la propiedad de más de cinco mil cabezas de ganado, si no viene nada á perturbar nuestros asuntos y á contrariar nuestras esperanzas.

»El trato quedará cerrado dentro de tres días en Brisbane, adonde el señor Turner ha enviado un apoderado con sus instrucciones.

»Nuestros dos «ranchos» se encuentran á tres leguas de distancia el uno del otro en el fondo de dos valles paralelos; pero espero conseguir dentro de pocos meses el arriendo de todo el terreno intermedio, que es excelente para la cría de los corderos, y creo que me costará poco.

»Sólo que nos hace falta aquí para vigilar nuestros intereses.

»Yo no seré suficiente, y de Fleuse está bastante ocupado con llevar las cuentas y hacer viajes á Brisbane para sostener nuestras relaciones, cobrar lo que nos deben, pagar lo que debemos y tratar, en una palabra, de nuestros asuntos.

»El resto del tiempo, caza y pesca, y esta es una ocupación también útil, porque provisiona la caza.

»Esta primavera hemos aumentado las construcciones y las hemos dado un cierto aspecto que llama la atención á los viajeros, á quienes concedemos hospitalidad con tanto más placer cuanto que nos traen noticias, siempre bien acogidas en un desierto como el nuestro.

»El negrito, independientemente de sus cualidades de jinete y de vaquero, es un ebanista y carpintero de mérito.

»Todos nuestros empleados rivalizan en simpatía por nosotros.

»¿Es porque los tratamos como amigos?

»Estoy completamente convencido de esto.

»La mayor parte de las veces el amo hace al criado.

»He recibido con infinito placer las noticias que tú nos das.

»Nuestra primera suerte fué encontrar en Rochefort, en el momento en que yo estaba desesperado por abandonarte, á ese pobre de Fleuse, tan bueno y tan valiente.

»Otra buena fortuna para nosotros es el interés que se ha tomado la señorita de Corbiere.

»¡Con qué alegría he leído lo que nos cuentan!

»Pues bien, no me ha sorprendido.

»Me había parecido siempre de otra sangre que la de la condesa, quien, sin embargo, es su madre.

»Cuando pienso que sin su auxilio nuestra

madre hubiera sido expulsada de su casa, y era una pena que ella no hubiera podido soportar, me pregunto cómo podríamos pagarla tanto como la debemos.

»Tú no podrás creer hasta qué punto nos alegramos de saber que Teresa principia á consolarse de la pérdida de su hijo y que está contenta en casa de la duquesa.

»Marcelo está bien, puesto que envía dinero á casa.

»Pronto solventaremos también nosotros nuestra deuda metálica con la señorita de Corbiere.

»De Fleuse quiere que nuestras primeras ganancias sirvan para pagar esas deudas sagradas.

»Las otras las emplearemos en restaurar la Boca del Lobo, en agrandarla, si podemos, y en crearnos un retiro para la vejez.

»¡Ven, pues!

»¿Qué puede impedirtelo ahora?

»Teresa está hallada y en seguridad.

»Marcelo está bien colocado.

»Pedro y nuestra madre están tranquilos en el viejo nido, al que nosotros volveremos un día.

»París no podrá ser más que un peligro para tí en adelante.

»De Fleuse y yo te esperamos con impaciencia.

»Hasta muy pronto, mi querido Juan.

»Dí á Teresa que no pasa día ni hora en que no piense en ella, y que por su independencia y por la nuestra es por lo que trabajamos,

»No vuelvas á la Boca del Lobo por mucho que lo desees.

»Después de tu encuentro con ese infernal Barasson—¡que el diablo se lleve!—podrías encontrarte comprometido, preso tal vez, y piensa qué desgracia sería esto en el momento en que todo parece sonreírnos.

»Abraza á Teresa y encárgala que escriba por tí á nuestra madre y á Pedro todo lo que tengas que decirles antes de marchar.

»Yo no estaré tranquilo hasta que sepa que estas embarcado y á algunos cientos de leguas de Francia.

»Tu hermano,

»(GUILLERMO.)

El vizconde de Fleuse había añadido lo siguiente:

«*Brisbane hotel de Halifax.*»

»Mi querido amigo.

»Voy á llevar al vapor la carta de vuestro hermano.

»Todo marcha bien.

»He firmado hace un momento la adquisición del rancho Victoria perteneciente al señor Turner.

»Os esperamos; ya os lo dice Guillermo.

»Venid.

»No será más que un destierro de algunos años.

»Una sola palabra os decidirá.

»Nosotros os necesitamos y los otros pueden pasarse ya sin vuestra ayuda.

»¿Además, no es para ellos para quien vais á trabajar?

»Os incluyo un cheque de tres mil francos.

»Quedaos con lo necesario para el viaje y el resto dadsele á vuestra madre y hermanos.

»A vuestra llegada encontraréis en Brisbane, en el hotel de Halifax, todo lo que necesitéis.

»Os abrazo.

»Vuestro hermano y amigo,

»DE FLEUSE.»

*Juan Montarón á Guillermo Montarón y al vizconde de Fleuse, hotel de Halifax, en Brisbane. (Australia.)*

»Mi muy queridos amigos,

»Yo seguiré de cerca á esta carta.

»Mi intención es embarcar en Inglaterra y llegar á Brisbane dentro de cinco ó seis semanas.

»Estoy detenido aquí por dos ó tres días por la llegada de nuestro amigo el cazador de topos, quien vive ahora como un propietario y está desconocido por su alegría desde que ha sabido por las noticias que yo he enviado á casa, el estado de Teresa y de nuestros negocios.

»Llegó ayer á París y se nos presentó á mi amigo Samsón y á mí, radiante y rejuvenecido con su traje gris claro que le da el aspecto de un fabricante de harinas en viaje.

»Hemos ido á comer los dos á un restaurant

modesto, y he sabido por él que las recolecciones de la granja son excelentes este año, lo que ya sabía yo por una carta de Pedro, y además que han recibido en casa una carta de Marcelo, en la que les enviaba un billete de mil francos, sin decir donde está ni lo que hace.

»Lo importante es que viva tranquilo, y según desea y se puede creer, que no está descontento de su colocación.

»De modo que podreis suponer lo contentos que estarán en la Boca del Lobo, nadan en una abundancia desconocida hasta ahora.

»El cazador de topos traía también una carta de Marcelo para Teresa, cuya carta venía dentro de la que envió á Pedro.

»Marcelo está encantado por las noticias que se le han dado de nuestra hermana, porque sino se sabe dónde está, se le puede escribir por mediación de una persona que él ha indicado.

»Parece que el pobre ha tenido que cambiar de nombre á consecuencia de mi condena, que le hubiera perjudicado, lo que se comprende fácilmente.

»Yo también he recibido, por conducto del cazador de topos, una cartita de Marcelo, en la que me dice las cosas más afectuosas y me recomienda que tome precauciones para mi seguridad.

»Veo con frecuencia á Teresa.

»Ha confesado todo á la duquesa, en quien tiene una absoluta confianza y quien se muestra llena de bondades con ella.

»La señora de Reville sabe que, aunque me



suponen muerto, vivo en París, y ha concedido permiso á su señorita de compañía para salir de noche conmigo algunas veces.

»Esos paseos me son muy gratos y me veré privado de ellos cuando esté en esa, pero me consolaré de esta privación pensando en que habré dejado á Teresa en París tranquila y feliz.

»Hasta muy pronto.

»Olvidaba deciros que el conde Gabriel de Corbiere se casa dentro de dos ó tres días con la mujer joven que habita en la avenida de los Príncipes en Bolonia, y que pasa por su querida.

»Parece que ella se ha divorciado con su marido, que era el individuo que ví una mañana cerca de la casa, en los primeros tiempos de mi llegada á París.

»He aquí todo lo que puedo deciros hasta que llegue á Brisbane, que no tardaré.

»De los fondos que me habéis enviado emplearé mañana una pequeña parte en ofrecer una comida—¡oh, bien modesta!—á mi amigo Samson y al cazador de topos, y este será nuestro banquete de despedida.

»¡Por algunos años, al menos!

»Hasta muy pronto, queridos amigos. Voy á ayudaros con mucha alegría, y decidido á trabajar mucho, con la esperanza de volver al país lo antes posible, si las circunstancias me lo permiten.

»Nada vale tanto como el aire de la vieja patria y la presencia de aquellos á quienes se quiere.

»Os abrazo á los dos cordialmente.

»JUAN.»

*Marcelo Montarón á su hermana.*

«Mi querida Teresa:

»No podrás formarte idea del consuelo que he recibido al saber que han pasado para tí los malos días.

»Te busqué mucho cuando volví á Francia, pero sin éxito, y abandoné París desesperado pensando en que serías desgraciada sin duda.

»No me engañaba.

»Así es que mi alegría fué grandísima al saber que no solo has parecido, sino que eres casi feliz y estás bien colocada.

»Sin embargo, querida mía, escucha bien. Aunque estés bien colocada puede suceder que no te guste esa especie de esclavitud.

»Si así es, dímelo, escribiéndome á la dirección que te indico.

»Vivo retraído, pero libre y honrosamente.

»Me veo obligado á estar alejado y aun á cambiar de nombre, porque la desgracia de nuestra familia y el ruido de un proceso seguido de una condena, hubieran dado por resultado privarme de medios de existencia, pero el azar me permite ganar lo que necesito para ayudar á nuestra madre y á ese pobre Pedro, que nos conserva el hogar paterno.

»Mi casita es bastante grande para los dos, y no sabes con qué gusto te vería en ella,

» Así es que, decídetes, y correré á París para traerte conmigo.

» Ya verás qué vida tan tranquila haremos en este retiro que la casualidad me ha proporcionado.

» Si necesitas dinero, dímelo también.

» Sin ser rico, puedo realizar algunas economías.

» No vacíes.

» Espero tu contestación, y, sea la que quiera, haré lo que tú digas.

» Adiós, querida hermana; no hables de mí; que lo que te digo quede entre nosotros; pero háblame con el corazón abierto, y si tienes penas confíalas á mi cariño.

» Yo trataré de curarlas y de consolarte.

» En cuanto á mí, quiero vivir ignorado hasta el día de la rehabilitación, que llegará; ten confianza.

» Adiós, te abraza mil veces con el cariño que todos te profesamos.

» Tu hermano

» MARCELO. »

*Teresa Montarón á su hermano Marcelo.*

« Querido Marcelo:

» Tu carta me ha causado una sorpresa y un placer extremos.

» Sí, he sufrido mucho!

» Tú conoces mis primeros dolores.

» El último, pero no el menos cruel, está reciente.

» Veo aún la sonrisa de mi hijo, pero como

la de un ángel que me mirara desde el cielo.

» Trato de distraerme con el trabajo.

» ¿Te acuerdas que cuando estaba en Gien decían que tenía disposición para el dibujo?

» Pues he tenido la suerte de encontrar en París un profesor muy pobre, pero que es un talento, quien me ha admitido como discípula.

» Para darte una idea de mis progresos, te envío tu retrato, hecho de memoria en un pedazo de papel cualquiera y con un mal lápiz.

» Por esto verás, mi querido Marcelo, que he conservado tu cara en los ojos como en el corazón.

» Conozco tu cariño y te doy las gracias por tu ofrecimiento.

» Tal vez haga uso de él pronto.

» Pero déjame en la casa en que estoy, al menos algún tiempo.

» Mi esclavitud me es ligera.

» Ocuparé mis ocios en escribirte de cuando en cuando.

» No tengas miedo.

» Guardaré profundamente tu secreto.

» Sí, me encantaría vivir contigo en un rincón, con algunas flores y sombra para nuestra pobre existencia.

» Pero me parece que abandonar tan pronto á la duquesa, sería demostrar ingratitud con ella y los que tan generosamente me han salvado y protegido.

» Te abrazo tan tiernamente como te quiero, querido hermano.

» Piensa en mí de cuando en cuando.

» Escribeme á menudo y te contestaré.

» Me parecerá que estás cerca de mí y que hablamos con el corazón en la mano.

» Mil besos de tu hermana

» TERESA. »

*M. I. Mertens á M. Marcellus, organista en la Hofkirche.—Lucerna (Suiza).*

« Mi querido hijo:

» Con el mayor placer os anuncio mi viaje á Lucerna.

» Quiero ver mi país por última vez antes de morir.

» Al mismo tiempo que á vos, escribo á mi antiguo amigo Muller.

» Iré á parar á su casa, desde luego.

» No podré estar en Suiza más de quince días.

» Me necesitan aquí.

» Estaré ausente un mes, lo más.

» Soy rico, amigo mío, pero esta riqueza, laboriosamente adquirida, me cuesta cara.

» A veces os envidio.

» Por mis amigos sé vuestros triunfos.

» Por ello me enorgullezco y alegro.

» Llegaré hacia fines de agosto ó principios de septiembre.

» Por los periódicos de París habréis sabido la boda de Minnie.

» Se casa dentro de ocho días, con un duque, nieto de un mariscal del imperio.

» ¡Quiera Dios que encuentre con él la dicha

de que es digna, porque es una buena muchacha y un buen corazón! Pero esa clase de uniones me hacen temblar siempre.

» Estoy seguro que esta noticia os satisfará tanto como á mí mismo.

» Hasta muy pronto.

» Vuestro viejo amigo y profesor.

» MERTENS. »

## VIII

## Nacida Veauvillar.

Al subir la escalera para llegar á las habitaciones de su madre, el conde Gabriel, siempre tan correcto, tan digno, tan respetuoso, que en su vida había faltado ni una sola vez, á las conveniencias sociales, sentía hervir en él una irritación que en vano se esforzaba en dominar.

Sin embargo, cuando llegó á lo alto de la escalera, se paró un instante y se dijo:

—¡Vamos, calma!

Y al mismo tiempo se repetía para imponerse respeto:

—¡Es mi madre!

Pero sus labios que se oprimían, sus dientes que rechinaban, su frente surcada por arrugas, sus ojos llenos de bilis, protestaban contra su voluntad, enérgica sin embargo, de conservar sangre fría, en una explicación de la que podrían sobrevenir grandes tempestades.

Refrescó sus manos, que abrasaban, con el contacto del hierro forjado de la barandilla.

Y por fin se decidió.

Dió algunos pasos más, abrió una doble puerta tapizada de terciopelo, llamó suavemente y entró.

La señora de Corbière sentada cerca de la ventana, desde donde había visto llegar el coche de su hijo, se volvió lentamente hacia él, y viéndole tan sombrío, tan glacial, casi descompuesto, frunció las cejas.

Desde su entrevista con la comadrona de la calle de Richelieu presentía un combate.

—¡Ah! ¿sois vos Gabriel?—dijo con voz seca.—No os esperaba hoy.

—¿Por qué?

—En la vispera de esa boda... Debíais estar tan ocupado, tan turbado por mil preocupaciones...

El conde se había acercado mucho á ella.

Se apoyó en la pared, cerca de la ventana, y dijo con tono amargo.

—Turbado sobre todo... Vos habéis dicho la palabra...

—¿Por qué motivo?

El conde fijó sus ojos llenos de cólera en la apergaminada, sarcástica y angulosa cara de su madre.

La condesa sostuvo aquella mirada sin pestañear.

—¿No tomáis una silla Gabriel?—preguntó.

—No veo la necesidad. Necesito movimiento—contestó Gabriel.

—En efecto, parecéis agitado.

Jamás le había hablado la condesa con más serenidad.

El conde no podía creer á sus ojos, á sus oídos.

Contestó lentamente:

—Es que lo estoy.

Y para tranquilizarse, dió algunos pasos por el salón, de donde la condesa había eliminado con escrupulosidad todo lo que hubiera podido recordar su nacimiento burgués.

No se veían allí más que retratos de gran-

des damas y de condes ó marqueses en traje de corte.

Aquello era muy aristocrático.

El conde miró uno por uno los retratos de sus antepasados y volvió al lado de su madre.

—Pareceis no sospechar lo que me trae aquí la dijo.

—Lo sabré cuando lo digais.

—Permitid que primero os diga lo que yo me preguntaba al examinar los retratos que aquí habeis reunido, de esos hidalgos y de esas grandes damas.

—Como queráis.

—Me decía que se sentirían bien sorprendidas si pudieran oír la explicación que vengo á solicitar de vos.

—Estais muy osento, Gabriel, vos que de ordinario sois tan explícito...

—Voy á procurar ser claro.

—Os lo agradeceré. Eso es lo que deseo.

—Me decía que, sobre todo, se sentirían muy humillados si pudiesen conocer los crímenes que se han cometido en esta casa...

—¿Crímenes decís, Gabriel?

—No conozco otro término que convenga á lo que aquí ha pasado.

—¿Desde cuando?

—Desde que vos habeis entrado en la casa.

Hubo un silencio.

La señora de Corbiere no se alteró. A un pareció no comprender.

El iba dominándose poco á poco.

Su madre le miró y con tono tranquilo le dijo:

—¿Habeis reflexionado bien lo que habeis dicho Gabriel?

—Desde hace algunos días no tengo un minuto de reposo. No duermo, y cuando no se duerme, se piensa. No, jamás han ocurrido tales cosas en nuestra casa y en nuestra familia. Habrá habido, sin duda, pasiones, odios, ambiciones; se habrán cometido indudablemente faltas, graves tal vez, pero yo no creo que haya pasado nada tan vil, tan bajo y tan deshonesto como lo que he sabido.

—¿Tan extraordinario es, Gabriel?

—Debo decíroslo, puesto que fingis ignorarlo. Pero antes, ¿querriais decirme por qué no habeis cumplido la última voluntad de mi hermano el capitán Rolando de Corbiere?

—Pero...

—Voy á evitaros la vergüenza de ocultar la verdad. Mi hermano era mayor de edad, dueño de sus actos. Podía disponer de su nombre, de su fortuna, hacer de ella lo que mejor le pareciera... No necesitaba más que escribir cuatro líneas manifestando su deseo. Esas cuatro líneas las escribió antes de expirar y os las entregó...

—¿Quién os lo ha dicho?

—Las he visto.

—¡Vos!

—¡Yo!

—¿Dónde?

—En casa del notario en donde están depositadas desde hace veinticuatro horas. Ese testamento os había sido conflagado... ¿Qué habeis hecho de él?

La señora de Corbiere se incorporó, y con los ojos echando chispas, preguntó:

—¿Que lo habéis visto decís?

—Lo he visto.

—¿Eso es imposible!

—¿Luego existe?—dijo friamente el conde.

—¡Ah! ¡me he delatado!—exclamó la condesa.—¡Ese es un lazo que me habéis tendido!

El conde hizo un ligero movimiento de labios muy desdeñoso.

—No; no os habéis delatado; no había ninguna necesidad de ello. Cuando os afirmo que he visto el testamento de mi hermano, es porque lo he tenido ante mis ojos, que lo he tenido en mi mano, que lo he leído del principio al fin, y me he admirado de que no haya sido ejecutado.

La señora de Corbiere no escuchaba ya á su hijo.

Se había levantado, había abierto el escritorio y registraba el cajón en donde había creído ocultar aquel documento á todos los ojos y sustraerlo á todas las pesquisas.

Ya no estaba allí.

Sus ojos se inyectaron de sangre y lanzaron chispas.

—¡Robado!—dijo entre dientes y por mis hijos!

—Os engañáis, madre mía: no hay ninguno de ellos capaz de cometer tal bajeza... lo mismo el que murió que los que viven...

—¡Y sin embargo!

El conde la detuvo:

—No insistáis—dijo.—El porvenir os expli-

cará como ha llegado á nuestras manos ese documento. ¿Qué importan los detalles? El hecho es que existe y está en nuestro poder ó en el del notario que, para el caso, es lo mismo. Mi hermano, en su lecho de muerte, os entregó un testamento... Vos lo habéis dejado sin ejecución... No podéis negarlo.

—¿Es un interrogatorio el que me hacéis sufrir?

—Es una explicación que os pido. Llega una hora en que se siente la necesidad de arreglar sus cuentas.

—¿Y vos estáis en una de esas horas Gabriel?

—Tal vez... Os ruego me digáis como pensáis arreglar los intereses de esos á quienes habéis perjudicado tanto.

—¿Quiénes son?

—Hable de esos á quienes habéis despojado de sesenta ó setenta mil francos de renta que les pertenecen.

—¿Su nombre?

—Había, en primer lugar, un niño, el hijo de Rolando... Este niño ha muerto.

—Entonces es inútil hablar de él.

—Le reemplaza su madre. También ella es legataria de mi hermano... ¿Qué pensáis hacer por ella?

—¿Yo?...

—¡Sin duda, vos!.. Mi hermana es menor de edad... No hemos arreglado ese asunto... Nada hemos dicho, y esperábamos, porque nos creíamos con legítimo derecho á la herencia de Rolando... Vos seguís administrando esa fortu-

na... ¿Estáis dispuesta á entregársela á esa joven?

—¿A Teresa Montarón?

Es imposible dar idea del desprecio con que la condesa pronunció este nombre.

El conde contestó con imperturbable calma:

—Si, Teresa Montarón, que se arrojó al río por miseria y desesperación.

—¿Comedia!

—¿Cuando hubiera debido ser millonaria!

—¿Cuando ella se echó al río, sabía, sin duda, que el señor de Sauvres iba á pasar, y que se lanzaría para salvarla, como lo hizo, valiéndole los aplausos de una multitud entusiasta.

Por un fenómeno particular, á medida que el conde se iba serenando y era más comedido, la ironía de su madre era más aguda.

La condesa se animaba y sus ojos grises tomaban una expresión de maldad extraordinaria.

—Contestad á mi pregunta, si lo tenéis á bien— dijo el conde.—¿Qué pensáis hacer para reparar... ese fraude?...

—¿Yo?

—¿Esa supresión de testamento?

—¿Decís?

—¿Ese robo de cerca de dos millones?

—¿Ese robo?

—¿Conocéis otro término para calificar un acto tal?

—Me preguntáis qué es lo que haré...

—Sin duda.

—He aquí mi respuesta: «Nada.»

Esta palabra cayó de los labios de la condesa como un guijarro en el fondo de un pozo.

Indicaba un odio tan profundo y un desdén tal de la justicia, que el conde Gabriel se estremeció.

Su madre repuso:

—¿En verdad, os escucho y me pregunto si sois vos quien me habla! ¡Cómo! Vuestro hermano cortejó por pasatiempo á una muchacha, una cualquiera, una especie de aldeana mal educada y sin costumbres... Fué asesinado por los hermanos de esa muchacha, unas fieras, y me preguntáis si pienso entregar á esos malhechores, á esa cuadrilla, una fortuna de varios millones para recompensarles ese asesinato. ¿Sabéis vos siquiera lo que son dos millones, vos que habéis nacido en la opulencia y que no sabéis lo que es ganarlo?... Vos no podéis saberlo... Yo lo sé... Mi abuelo necesitó más de sesenta años para reunir uno solamente. ¡Y con qué trabajo, qué economía, qué labor y qué privaciones! ¡Y los sacrificaría yo en un momento de locura por una joven que odio! ¡Y había yo de haber reconocido á su hijo, introducirle yo en la familia! ¿Por quien me tomáis?... ¡Mal me conocéis! ¡Fernanda y vos daréis lo que queráis! ¡Sois libres! Ya os lo he dicho y os lo repito: ¡yo no haré nada!

Pronunció de nuevo esta palabra con voz breve, con acento de voluntad indomable:

—¡Nada!

El conde la miró con profunda tristeza, y con el mayor desdén y con la más amarga expresión dijo:

—¡Razonáis como una Beauvillars y os llamáis la condesa de Corbiere-Latouche! ¡Bien!

Hubo una pausa.

Aquello fué como un armisticio entre dos duelistas.

Al oír las palabras del hijo, la madre había apretado los puños: la sangre de los Beauvillars, de los aldeanos del Cantal venidos á París cien años antes y enriquecidos á fuerza de astucia y de avaricia, había saltado de su corazón á su cabeza.

Hubiera querido contestar con toda la violencia de su orgullo ultrajado, pisoteado, pero se contuvo por prudencia.

La lucha entablada iba á hacerse más terrible.

Ella lo prevía.

El conde repuso:

—Abordo otro asunto. Vine hace pocos días á anunciaros mi boda. Hubierais debido advertirme que esa unión era imposible y os habéis callado.

La señora de Corbiere no desplegó los labios. Esperaba.

El conde continuó:

—Si no me habéis dicho nada, ha sido porque os hubierais visto en la necesidad—os pido perdón por explicarme con tanta severidad; pero no existe otra palabra para poder expresar un abuso tal de confianza—un segundo crimen, una nueva infamia.

La condesa se irguió bajo esta injuria.

—Seguid—dijo;—olvidad que es vuestra madre quien está delante de vos.

—Las puertas están cerradas... Nadie puede oírnos... ¿Para qué consideraciones inútiles? La hora de la expiación ha llegado, y es un suplicio el que sufro al hablar como os hablo... ¿Cómo habéis sabido que Elena Noel era hija de vuestro marido, el señor de Corbiere?

La condesa esperaba esta pregunta.

Sin embargo, palideció y un temblor corrió por aquella cara rígida y cruel.

—No tenéis necesidad de contestar, lo adivino. Sólo mi padre pudo revelaros ese secreto. Como mi hermano Rolando, esa revelación sería hecha en el momento en que iba á morir. El quería á esa niña, se había cuidado de ella desde sus primeros años; pero negligente y ocupado de sus placeres, os rogó que le reemplazarais cerca de ella y que hicierais en favor de esa criatura lo que él hubiera hecho si hubiera vivido. Creo asistir á la escena que debió ocurrir, oír las palabras que mi padre pronunció, la súplica suprema del moribundo en favor de la criatura inocente y sin defensa! En una familia como la nuestra, tales recomendaciones son sagradas. ¿Qué habéis hecho? ¡Habéis martirizado á esa desgraciada! ¡La habéis tratado como á un paria!... ¡Vivió veinte años sin familia, sin apoyo, sin consejos y la entregastéis á las incertidumbres de la vida en condiciones tales, que quiso concluir con ella como la otra, como Teresa Montarón, suicidándose! Solo que la una recurrió al carbón, mientras que la otra se arrojó al Sena por desesperación y por miseria. ¡He aquí el resultado de vuestros actos!



—Estáis bien informado. ¿De modo que os han vendido el secreto que tan caro pagabais?

—¡No me han vendido nada! Una palabra de vuestra segunda víctima, me reveló una parte del funesto secreto... ¡He seguido la huella y he llegado á una convicción!... La casualidad había hecho que se conocieran Elena Noel y Teresa Montarón: el hijo de la segunda ha tenido la misma nodriza que tuvo la primera, la viuda Lapierre... ¿Comprendéis?... Esto era una pista... La verdad estaba al fin. ¡Verdad terrible y que me hace temblar, madre mía!

—¿De modo que ya no tengo que ocultaros nada?

—Nada...

—Sin embargo...

—¡Nada, os digo!—exclamó el conde con amargura.—¿Para qué subterfugios y sofismas para ocultar un mal irreparable? ¡Confesad, pues!...

—¡Pues bien, sí, puesto que lo queréis! Vuestro padre fué quien me encargó del porvenir de esa hija del adulterio... Yo tengo virtudes, tal vez son burguesas... la economía, el orden, la ambición por mis hijos, el orgullo... Hay una que me falta. No sé resignarme á sufrir un insulto, á perdonar un ultraje. ¡Ah! ¡vos habláis de los Beauvillars! ¡Sea! ¡Yo me casé con vuestro padre por vanidad! ¡El me dió su nombre por interés!

¡Las afrentas que he tenido que sufrir las tengo presentes! ¡Una Beauvillars estaba de-

masiado honrada con llegar á ser condesa de Corbière y debía soportar todos los caprichos todas las infidelidades de su señor! Durante más de veinte años no se habló de otra cosa más que de los triunfos del señor de Corbière. Yo era la mujer; otras eran las favoritas. Se citaban de todas las clases sociales. Esto era realmente insultante. Un día trajeron á vuestro padre expirante; una congestión le había atacado. Me recomendó la criatura que hacía criar en secreto. La madre había muerto, una de esas muchachas pobres, sin duda, que se dejan seducir fácilmente por la elegancia de formas y el prestigio del nombre, como esa Teresa Montarón, por quien tenéis un interés tan vivo... Hice educar á esa niña, según la condición que ella debía tener. No tenía madre. ¿Y era yo, la mujer ultrajada, quien debía servirle de tal? Vos me condenais por mi conducta y mi dureza para con ella. Yo creo que he cumplido con mi deber... Hubiera podido abandonarla... Yo no la debía nada, y nada había prometido... Ella entró en la vida con lo necesario para luchar y defenderse. Mis abuelas fueron menos felices. Eran pobres aldeanas. Trabajaron y vivieron sin desfallecimiento, sin recurrir al suicidio por debilidades y cobardías... Eran Beauvillars ó hijas del pueblo... Elena Noel era una Corbière. ¡Tanto peor para ella.

Cada una de aquellas palabras caía sobre el corazón del hijo como una brasa.

Tanta audacia, tanta sequedad de alma le espantaban.

De pronto la condesa sulfurándose dijo:

—¡Ah! Me habéis echado en cara como un reproche ó una injuria el nombre Beauvillars creyendo herirme... Pues bien, voy á deciros toda la verdad. Cuando yo tenia veinte años, sentía en el corazón un odio venenoso contra mis compañeras de colegio del Sagrado Corazón, orgullosas como payos reales, que me humillaban porque yo no era más que la hija de un burgués, mientras que ellas habían nacido para llevar títulos y sus apellidos figuraban ya en la Guía de forasteros.

»Juré igualarme á ellas y comprar un título y un nombre, también yo... Los Beauvillars habían ganado para pagarlo... Mi padre satisfizo mi vanidad con dinero contante. Yo era verdaderamente estúpida... El señor de Corbiere, mi marido y vuestro padre, era un hombre del antiguo régimen... No se podían contar sus triunfos... guarde silencio, pero no sin concebir rencor por las afrentas sufridas. ¡Cuanto lamenté el acceso de vanidad que me había hecho ambicionar un título de condesa! Me hice mala y rencorosa... Quise tener al menos la satisfacción de dominar, gozar de la fortuna y del título. Estos fueron mis únicos placeres. Los tengo y los guardo. ¡Yo no conozco otros! He obrado según mi carácter, obrad según el vuestro... Enriquecer á los asesinos de vuestro hermano, partid vuestra fortuna con la hija del adulterio, esa es cuestión vuestra y de Fernanda. Haced lo que queráis, yo he defendido vuestros intereses... Sacrificadlos... Yo no tengo que censurar vuestras acciones y no las

quiero saber. Y ahora, si los azares de la vida os han acercado á una joven por la que he hecho lo que he creído deber hacer y estáis unido á ella por lazos que yo no aprecio, soy inocente en eso... Sois rico, teneis una fortuna que os proviene también de los Beauvillars, para quienes afectáis un profundo desden, recordad que todo se repara con el dinero; aplicadlo sobre las llagas que el azar ha hecho y no hablemos más del pasado, os lo ruego. Las grandes familias tienen también sus razones de Estado. Esto es lo que me justifica á mis ojos, y en cuanto á la opinión de los demás no me hará separarme nunca de mi camino.

El conde estaba aterrado.

La mujer que se expresaba con tanto cinismo era su madre.

El conde sentía bajo aquellas frases el rencor de una fortuna perdida para ella, la enemistad que le profesaba y una animosidad que no se desmentía.

Comprendía también que ella había detestado á su marido y que aquel odio llegaba hasta sus hijos.

La misma Fernanda, aquella criatura tan cariñosa que la rodeaba de respetos, que la hacía la vida dulce, que perfumaba su casa como un lirio sin manchas, y que no se ocupaba más que de remediar los desaciertos de su madre, no encontraba perdon ante ella.

La condesa no vivía más que para el orgullo y para el dinero.

Se había levantado y, en pie, delante de su escritorio, contemplaba el cajón vacío, buscan-

do todavía el testamento desaparecido, y de sus labios crispados salió de nuevo esta palabra:

—¡Robado!

Y, como hablando para sí, añadió:

—¡Fernanda tal vez!

El conde, que estaba recostado contra la pared, se separó como movido por un resorte, y dijo con vibrante voz:

No os faltaba más que acusar á esa admirable criatura que no se ocupa más que de echar un velo á las faltas de que os habéis hecho culpable. ¿Ella robaros? ¡Ah! ahora me toca á mí deciros que nos conocéis mal. ¡No tenemos sobre el honor las mismas ideas que vos! Fernanda ha pagado de su bolsillo una suma considerable para comprar el silencio sobre una infamia que, al deshonraros á vos, nos deshonraría también á nosotros, puesto que el honor de una madre es el de sus hijos. ¡Fernanda es inocente, os doy mi palabra de honor! Ella ha sido siempre para vos el modelo de las hijas. ¡Ella os colma de respeto y de cariño! ¡No es ella quien os ha hecho traición, es otra en quien vos habíais puesto vuestra confianza!

El conde se acercó á su madre y bajando la voz dijo:

—Hablaís de Fernanda. Querédla vos que no queréis á nadie y guardadla bien. ¡Quién sabe si dentro de pocos días será solo ella la que os quede! Todas las faltas se pagan. Preservada por los sacrificios de criaturas á quienes tratáis tan mal, no seréis vos quien pague las vuestras!

—¡Quién, pues!

—El pasado os lo ha dicho ya el día en que Rolando cayó bajo los golpes de aquellos á quienes vuestros rigores habían exasperado... ¡El porvenir os lo dirá de nuevo!... ¿No os arrepentís de nada de lo que habéis hecho?

—¡No!

—¿No deploráis las fatales consecuencias de vuestros actos?

La condesa vaciló un segundo.

La voz de su hijo se dulcificaba.

Se veía que, fuera lo que quisiera la mujer que estaba delante de él, por mucho daño que le hubiera hecho, no podía él olvidar que era su madre.

El orgullo de la condesa se sobrepuso á la ternura que las madres más desnaturalizadas conservan en el fondo del alma por sus hijos.

—Si hoy volviera á empezar, obraría lo mismo—dijo.

El conde llevó la mano al pecho como si hubiera sentido el frío de un puñal.

—¡Adiós, pues!—murmuró.

Y triste, casi vacilante, saludó y salió.

## El fin de un sueño.

Los antiguos creían en la potencia desconocida que ellos llamaban *Fatum*, y que nosotros llamamos fatalidad.

Un célebre autor dramático italiano, Alfieri, ha escrito un drama que lleva por título *La fuerza del destino*.

Al entrar el conde Gabriel de Corbiere en su magnífico hotel de la avenida de los Campos Eliseos, parecía dominado por la mano de ese formidable poder.

Dubois, ocupado en leer un periódico, por pasar el tiempo, en el gabinete de su amo, se sorprendió del cambio repentino que en él se había verificado.

El conde marchaba con el paso de un autómeta y parecía perseguido por un espectro invisible para los demás.

Al ver á su ayuda de cámara hizo un esfuerzo sobre sí mismo y preguntó:

—¿No ha venido nadie?

—Sí, señor conde... la señora...

—¿Volvió á marchar?

—Como ayer, sin veros...

—¿La ha contrariado mi ausencia?

—Puede ser, pero en todo caso no ha dejado aparecer nada. Me ha recomendado sobre todo que ruegue al señor conde que no deje de ir á comer á Bolonia esta noche.

—Bueno.

Dubois iba á retirarse.

El conde volvió á llamarle.

—Si viene alguien, decidle que no estoy.

—Está muy bien, señor conde.

—Tengo que trabajar.

Dubois se retiró.

El conde se paseó durante algunos minutos por su gabinete, dejando errar sus miradas sobre su biblioteca, cuyos libros, algunos de ellos al menos, eran viejos, amigos para él, sobre los retratos y los cuadros colgados de las paredes, sobre los coches que subían y bajaban la avenida, examinando todo vagamente, con la cabeza llena de ideas confusas, pensando en otra cosa.

¿En qué?

Apenas si se atrevía á interrogarse á sí mismo.

Todo lo que él sabía, todo lo que él sentía, era que estaba al borde del abismo, á la orilla del precipicio hacia el que había avanzado tan imprudentemente. Y recordaba muy distintamente la escena que había pasado en casa de la comadrona, señora Firmin, cuando la ofreció una suma enorme para ella, la felicidad de la hija, el desahogo de la madre para su vejez, cien mil francos que ella había tenido la generosidad de rehusar.

En el fondo, aquella mujer le inspiraba una viva simpatía: sentía hacia aquella mujer un gran agradecimiento y una especie de admiración.

Le había dicho:

—Creedme... Cerrad los ojos... No tratéis de saber, y sobre todo no tentéis á nadie con vuestro orol...

¿Por qué no había seguido sus consejos?

Si los hubiera escuchado, hubiera vivido feliz en la ignorancia de lo que un relámpago acababa de disipar en una tranquilidad para siempre turbada.

¿Y aquella madre de quien acababa de separarse?

Hubiera querido alejar su imagen y su recuerdo.

Le espantaba.

Se le aparecía tal como esas reinas trágicas cuyos actos engendran pesadillas y cuya mano empuña puñales y venenos.

Le parecía que no tenía nada de humana.

De pronto se paró delante de un soberbio retrato colocado encima del escritorio.

Era el de su querida, debido al pincel de uno de los mejores artistas modernos.

Tenía una suavidad de tonos, una elegancia de líneas, una maestría incomparables.

Aquella no era una pintura.

Era la misma Elena viva.

El conde la miró largo rato.

Y cuanto más fijos tenía sus ojos en aquella cara, á la vez dulce y fina, espiritual y delicada, más descubría un parecido con su hermana Fernanda y el capitán Rolando.

Este parecido se le había escapado otras veces.

Ahora que estaba prevenido, que sabía, á no dudarlo, que Elena Noel era de la misma san-

gre que él, aquel parecido le causaba una especie de espanto.

Después el espanto cedía su puesto al enternecimiento.

Estaba metido en un callejón sin salida.

Su boda anunciada; Elena, que le adoraba, estaba seguro de esto; aquella villa, en que hubiera querido no volver á entrar; las mil ideas que le asaltaban y se chocaban en su cerebro, le sumergían en una embriaguez, en medio de la que las ideas más siniestras le solicitaban, sin que pudiese detenerse en ninguna.

Sin embargo había una que se imponía, que dominaba á las otras, que las ahogaba por decirlo así. Era que después de aquella odiosa aventura, de aquella especie de fatalidad de que era víctima, sin tener nada que reprocharse, en el disgusto que le invadía, sería para él una dicha desaparecer, dormirse para no despertar más, sobre todo si aquella que había sido su cómplice inconsciente, si la mujer encantadora á quien tanto amaba podía desaparecer con él y dormir ese sueño de que no se despierta.

Sin haber decidido nada aun, sin saber bien lo que quería hacer, pero sintiendo la necesidad de desahogar su alma en un alma hermana, en un corazón cariñoso, se sentó delante del escritorio, cogió una de esas grandes hojas de papel satinado que llaman de papel ministro y lo encabezó, como su hermano Rolando la noche en que iba á morir:

«Este es mi testamento.»

—¿Por qué mi testamento?—pensó.—¿Es qué quiero yo morir á mi vez?

Continuó:

«Doy y lego todos los bienes que poseo de los que puedo disponer, sean los que quiera, sin excepción ni reserva, muebles é inmuebles, á mi hermana Fernanda de Corbiere.

»Se los doy para probarla el inalterable cariño que la profeso y la estimación que hago de su carácter.

»Se los doy también porque se que hará de ellos el más noble uso y por fin porque es mi hermana muy querida:

»Hecho en Paris, el 24 de junio de 188...

«EL CONDE GABRIEL DE CORBIERE.»

Metió este documento tan corto y tan expresivo en un sobre gris de papel muy fuerte, lo lacró, puso su sello de armas y escribió una cartita concebida en los términos siguientes:

«Querido amigo:

»Hay muertes repentinas.

»Os envío mi testamento bajo ese sobre, por Dubois, mi ayuda de cámara.

»Afectuosos recuerdos.

»EL CONDE GABRIEL DE CORBIERE.»

Puso el sobre:

*Señor Dubruzil, notario, Avenida de la Opera, 12.*

Llamó.

Dubois no estaba lejos.

El conde ordenó.

—Tomad un coche, id á casa del señor Dubrenil y entregadle estas dos cartas. A él mismo, á ningún otro.

—¿No tienen contestación?

—No. Id.

—¿Sabe el señor conde que son cerca de las siete?

—Bueno. Marcharé cuando hayáis vuelto.

Dubois salió.

Estaba profundamente sorprendido.

Ciertamente, un extraño, no hubiera notado nada extraordinario en el aspecto del conde.

Estaba tan correcto y parecía tan frío como de ordinario.

Pero Dubois estaba tan acostumbrado á las maneras de su amo, que el menor cambio, una inflexión de voz, un gesto, nada se le escapaba.

Bajó, hizo enganchar el coche y partió.

Pero en el camino se preguntaba, como lo había hecho á menudo desde hacía algunos días:

—¿Qué pasa?

Entretanto el conde, aprovechando los pocos momentos que le quedaban antes de la vuelta de su fiel Dubois, había cogido otra hoja de papel, y escribía de prisa:

«Mi querida Fernanda:

»La vida tiene trances duros.

»Desde hace algún tiempo tenemos nosotros esta triste experiencia.

»Hace diez y ocho meses moría Rolando víctima de una de esas aventuras de amor que terminan á veces trágicamente sin que se pueda censurar á adversarios que ceden, como nosotros mismos á pasiones humanas.

»Esto fué para mí gran pena.

»Quería á Rolando como te quiero á tí.

»Su pérdida me fué muy dolorosa.

»¡Cien veces menos, mi querida Fernanda, que la revelación que la casualidad nos ha hecho hace dos días!

»La muerte de Rolando era una desgracia.

»Esa revelación nos imprime una deshonra, un estigma de infamia.

»No es eso todo.

»Aquí, pobre hermana mía, necesito abordar un asunto difícil.

»Tú te casarás, sin duda.

»Los hombres no son perfectos; el medio más seguro para encadenarlos para siempre es la generosidad y el perdón.

»Me es cruel tener que decirte que nuestro padre no encontró esas cualidades en su hogar.

»Sea de esto lo que quiera, un día, como Rolando en su lecho de muerte, atacado por una enfermedad repentina, hizo á la condesa de Corbiere, después de una penosa confesión, recomendaciones que no han sido mejor cumplidas que las otras.

»Tú debes saber todo.

»¡Escucha!

»Es una historia lúgubre.

»Se trata de una criatura nacida de unas relaciones adúlteras.

»La madre ya no existía.

»La criatura, una niña muy tierna, en pañales, inocente de la falta de los demás, quedaba sola en el mundo, sin sostén, sin otra asistencia que la caridad pública ó la generosidad de aquella á quien su padre la había confiado al expirar.

»¡Ese padre era el nuestro!

»¡Esa niña era nuestra hermana!

»Vas á saber cual ha sido la suerte de esa desgraciada.

»Después de algunos años pasados en el fondo de una campiña desconocida, fué encerrada en una sombría mansión, en donde jamás recibió la visita de un amigo ni de un protector.

»A los diez y ocho años la dieron cuatro mil miserables francos arrojándola de allí.

»Buscó lecciones, trabajo, una situación que la permitiese subsistir: luchó, en fin.

»El desaliento no tardó en llegar.

»Y después del desaliento, la desesperación.

»Entonces quiso morir.

»Un vecino la salvó de la muerte que ella había buscado. Aceptó la mano de su salvador, como había aceptado el carbón que estuvo á punto de curarla de sus miserias.

»Después, un día la fatalidad la puso en presencia de un hombre de la alta sociedad, cuyo corazón estaba libre.

»Ella le agradó.

»Su belleza ejerció sobre aquel hombre el irresistible poder del ideal que se ha soñado muchos años sin encontrarlo.

»Desde entonces él no tuvo más que una

idea: seguirla, volver á verla, convencerla de su amor y, en fin, hacerla faltar á sus deberes.

»Ella no tenía ni hijos ni amor para que la defendieran.

»Cedió después de una larga resistencia.

»La pobreza es mala consejera.

»Era pobre y ¡quién sabe! tenía tal vez por su origen aspiraciones á una vida de lujo y de goces, de vanidad, que un capricho de la suerte la había rehusado.

»Muy pronto se hizo adorar de su amante, hasta el punto de inspirarle el deseo de un matrimonio.

»El divorcio pronunciado entre ella y su marido autorizaba esta nueva unión.

»Esta debia tener lugar á los dos días.

»Tú debes haber comprendido ya, mi querida Fernanda.

»Esa mujer es Elena Noel.

»Su amante soy yo.

»Una circunstancia fatal me ha permitido conocer, no hace más que algunas horas, el lazo que nos une y que me hace para siempre odioso un amor que constituía mi alegría.

»Estoy como el hombre aplastado por una roca.

»He perdido la razón y no sé qué partido tomar.

»Busco una salida para el difícil trance en que me encuentro, y no la hay.

»Si me alejo, no dejaré por eso de encontrarme enfrente de mis pensamientos.

»Si me quedo, ¿qué va á ser de mí?

»Reducido á aborrecer á mi madre, obligado á huir de lo que adoro. Me pregunto á qué extremo puedo verme reducido.

»En todo lo que me rodea, no queda más que tú, mi muy querida Fernanda, que yo pueda estimar, y en quien tenga toda mi confianza.

»Así es que, por lo que pueda suceder, acabo de redactar un testamento de algunas líneas.

»Lo encontrarás en casa de nuestro amigo y consejero señor Dubreuil, á quien se lo he remitido.

»He aquí lo que harás de mi fortuna.

»Entregarás cien mil francos á una honrada y digna mujer, la señora Firmin, comadrona, calle de Richelieu, cerca de la plaza Louvois.

»Señalarás una pensión, esto lo dejo á tu prudencia, á aquellas de mis gentes que no conserves á tu servicio.

»Darás á Elena Noel, si me sobrevive, una renta vitalicia de sesenta mil francos.

»Te ruego que la trates como á una hermana.

»Del resto de mi fortuna dispondrás como de la tuya propia.

»Me confío á tu corazón y tu buen juicio, que es superior á tu edad.

»Esa fortuna te pertenecería aun en ausencia de ese testamento que he escrito, para darte una nueva prueba de mi inalterable ternura y demostrarte que cualquiera que sea mi resolución, la tomaré con frialdad y en posesión de toda mi razón.



»Adiós, Fernanda mía.

»De todas las miserias que me agobian, es tal vez la más intolerable y la que hará sin duda inclinar la balanza hacia un fin que apenas me atrevo á afrontar, el pensar en los seres queridos que dejaré tras de mí.

»¡Fernanda! ¡Elena!

»Adiós por última vez.

»Piensa en mí, querida hermana, haz el bien y se tan feliz como mereces.

»Tu hermano.

»GABRIEL DE CORBIERE.»

Quando acababa la carta oyó el ruido de un coche que se paraba á la puerta.

Miró el reloj.

Eran las siete y media.

Elena debía esperarle con impaciencia.

Casi en seguida entró su ayuda de cámara.

«¿Y bien?» preguntó el conde.

—Está hecho, señor.

—¿Estaba en casa el Sr. Dubreuil?

—Sí, señor conde.

«¿Qué ha dicho?»

El Sr. Dubreuil pareció muy admirado al leer la carta del señor conde; no dijo más que dos palabras: «Está bien.» ¿Marcha el señor conde?

—Al instante.

—¿No se viste el señor conde?

—Sí.

El ayuda de cámara pasó al dormitorio de su amo para preparar lo necesario.

Mientras se ocupaba de su tarea se rascaba la nuca diciendo:

—¿Qué es lo que quiere decir todo esto?

El conde, entre tanto, metía la carta en un sobre que lacró, con tanto cuidado como su testamento.

Puso la dirección.

*Señorita Fernanda de Corbiere.*

Después pasó á su cuarto.

Quando estuvo ya dispuesto para salir, cogió la carta que había colocado sobre la chimenea y mostrándosela á Dubois.

—La entregaré yo mismo—dijo.—Mañana, si por casualidad la olvido aquí.

Mostró el bolsillo de su abrigo.

—Será preciso llevarla á su destino... Es para Fernanda.

Dubois se inclinó sin decir una palabra.

En el fondo estaba atolondrado.

«¿Por qué tanta ceremonia?»

«¿Para qué aquel gran sello que el conde no empleaba de ordinario?»

Por fin, el amo abandonó su habitación diciendo desde la puerta:

—¿No lo olvidaréis, Dubois?

—No, no.

—Es muy importante.

Y desapareció.

El ayuda de cámara, en observación, vió al conde montar en el coche y salir el caballo al trote largo hacia el Arco de la Estrella, y, muy pensativo, fué á sentarse delante del es-

critorio del conde, preguntándose por décima vez:

—¿Qué quiere decir esto?

El cupé del señor de Corbiere marchaba hacia el Bosque con una velocidad que admiraba á los raros y tardios paseantes que encontraba.

Eran cerca de las ocho cuando atravesó la verja de la villa de la avenida de los Príncipes.

Elena Noel, con un delicioso traje claro, fresca y perfumada como la primavera que llenaba el jardín de las flores más raras, esperaba al conde, á quien acogió con los brazos abiertos, diciéndole con sonrisa:

—¿Cómo os hacéis esperar, Gabriel!

El comedor de la villa era de una sencillez y elegancia extremas á la vez.

La mesa resplandecía á la luz de la araña de cristal, con su mantel deslumbrador, sus botellas y vasos de cristal y su vajilla de plata.

Dos cubiertos solamente.

Elena acompañó á su amante, cogiéndose de su brazo, hacia la mesa, y le indicó su sitio con una reverencia ceremoniosa.

—Si no está buena la comida—le dijo—no me haréis reproches por ello.

En efecto, estaba excelente.

En pocos meses la joven se había convertido en una perfecta ama de casa.

Ordenaba con una mirada, veía todo, adivinaba todo.

Y como el conde, que había recobrado todo su imperio sobre sí mismo, se lo hacía notar:

—¡He tenido un profesor tan bueno!—contestó ella,

Cuando, durante la comida, se fijaban sus ojos en la encantadora cara que tenía delante de él, en cuyas expresivas facciones se reflejaba el amor más que nunca, el conde pensaba:

—¡Si ella supiese!

¿Qué decirle para explicarle que su unión era imposible?

¡Sin embargo, las horas pasaban y se hacía preciso concluir!

Ella le servía con las más delicadas atenciones, conociendo sus gustos, y mientras le servía le decía:

—Vamos, sé sincero. ¿Qué has hecho durante dos días que no te he visto?

—Llenando formalidades, documentos que exigen, papelotes á no acabar nunca.

—¿Es, pues, bien difícil casarse?

De pronto, al servirle un vaso de vino de Burdeos, de una de sus cosechas, el Chateau Latouche, le dijo:

—Comprendo... es difícil por causa mía... Sin padres para dar el consentimiento... Ya la primera vez nos costó dar mil vueltas.

Miró al conde y le dijo:

—¿Tú no sabes una idea que me ha ocurrido?

—¿Cuál?

—Es á propósito de él. Se casa.

—¿Como lo sabes tú?

—Yo no debiera tal vez decírtelo... Hay cosas de las que es mejor no hablar.

—¿Qué puedes ocultarme?

—Nada, en efecto. Ayer salía yo de tu casa donde Dubois me dijo: «El señor conde está

ausente... No vendrá temprano...» Yo no sabía que hacer, y para pasar el tiempo pensé en ir á ver á unos amigos, á quienes he descuidado demasiado. Hubiera podido ayudarles algo y se que tú me lo hubieras permitido.

—Cierto, si era posible.

—¡Oh! no se trataba de grandes cantidades. Los millonarios no se imaginan lo que se puede hacer á veces con un billete de quinientos francos, bien empleado. Pensé, como he dicho, en mis vecinos de la casa, cerca de la iglesia de Saint-Germain des-Prés... ¿Os acordáis de ella, caballero?

—Ya lo creo—dijo el conde suspirando;— en la calle del Echaudé.

—Perfectamente. Me reprochaba desde hace mucho tiempo no haber vuelto á verles, habiendo sido tan buenos para mí. La portera es una buena mujer y además vivía allí un pintor suizo, un pobre hombre que entró de guardia en el Vaticano para ganar que comer mientras estudiaba en Roma. Pensé que seguiría pobre á pesar de su talento, porque lo tiene y mucho, sí, señor...

—Lo sé...

—¿Cómo?

—He oído hablar de él.

—¿Dónde?

—En casa de la duquesa de Reville.

—¿Le conoce?

—Ese pintor dá lección á su señorita de compañía.

—Toma! y no me ha dicho nada.

—¿Le has visto?

—Sí. Yo hubiera querido hacer una buena obra ántes de nuestra boda. Me parecía que eso nos reportaría dicha. Fui primero á la calle del Echaudé y allí encontré á la portera.

—¿Y?

—Hablamos. Estaba sola y la pedí noticias. Krug, el pintor se llama Krug, prospera. Han llegado los buenos días para él. Parece que ha tenido un éxito extraordinario en el salón.

—Lo sabía también...—dijo el conde.

—¿Tu sabes todo!

—Con el retrato de la señorita de Corbiere, mi hermana...

—¿Y no me habías dicho nada?

—Cuando estoy contigo, tengo otras muchas cosas que decirte.

—Cuando me separé de la portera me fui al taller del pintor y le encontré muy contento plantado delante de un lienzo en el que estaba haciendo de memoria el retrato de una joven á quien yo vi llegar á París muy desgraciada. Y en seguida me anunció la boda de ese pobre Escoubère diciéndome:

—He visto á vuestro marido. Felizmente ha cesado ya su gran tristeza.

—¡Ah!

—Ha seguido los consejos de su amigo Brossois.

Se interrumpió.

—Brossois es uno de sus compañeros de la Opera Cómica... un bajo... Son casi paisanos... Krug me dijo: Se casa.

—¿De veras?

—Dentro de pocos días.

—¿Con quién?

—Con una de sus compañeras, una corista, una viudita muy digna de interés.

Elena miró al conde y repuso:

—Pero no te he dicho aún la idea que me ha ocurrido.

—No.

—Puesto que él es razonable, hubiera querido hacerle aceptar, por medio de otra persona, un regalo, una suma que le ayudase á estar desahogado; pero es difícil encontrar el medio.

—Es verdad.

—¿Te acuerdas de los diez mil francos?

—¿Que él rehusó? Sí me acuerdo, y me pregunto quién los heredará... El Estado, sin duda.

—Hé ahí un dinero mal empleado.

—¡Oh, sí!

—¿De modo que tú no ves cómo podríamos...

Lo pensaré. ¿Cuándo es la boda?

—Muy pronto. Todo está arreglado. Los Krug lo han dicho. Ayudaremos también al pintor, ¿no es verdad?

—Sí, con mucho gusto.

El conde había recobrado su fisonomía ordinaria. Sin embargo, algunas crispaciones repentinas revelaban el esfuerzo que hacía para dominarse.

Pero Elena, completamente entregada á su alegría, no las notaba.

—Hablemos de nuestro gran asunto—dijo al fin, cuando servido el té, salieron los criados para no volver á aparecer...—¿Es pasado mañana el gran día?

—Sí.

—¿Salimos?

—A las ocho de la mañana vendré por tí.

—¡Qué bueno eres y cómo te amaré!... Mi vida te pertenece... Puedes hacer de ella lo que quieras... matarme si te agrada... ¡Moriría con gusto por tu mano!

—¡Eso se dice pero no se piensa!

—¡Yo lo pienso!

—¿De veras?

En un arranque de ternura y de agradecimiento se arrojó al cuello de su amante.

—Déjame—dijo, rechazándola suavemente.

—¡Si viniesen!

Elena volvió á su asiento y en seguida dijo:

—¿Qué haremos mañana?

—A fé mia que no lo he pensado... Además, tengo tantas cosas que hacer...

—¿Todavía?

—Sí.

—¡Eso no concluye nunca!

—Concluirá cuando te lames la condesa de Corbière.

—Felizmente eso no tardará mucho—dijo Elena suspirando.

Y repuso:

—¿Pero por la noche?

—Por la noche... lo que tú quieras.

—Tengo todavía otra idea.

—Díla.

—Quisiera ir á la Opera-Cómica.

—¿Para qué?

—No lo sé, es un capricho. Ponen *Mignon*. ¡Vamos los dos!

—¿Estará bien visto eso?

—Por qué no? Nadie nos conocerá... ¡Y aunque así fuese, aunque nos conocieran!

El conde se levantó y dió algunos pasos por el comedor.

Elena le siguió y poniendo las dos manos sobre los hombros de su amante:

—Es un capricho—dijo—pero te lo agradecería tanto!

—¡Iremos, si tienes tanto interés!

—¡Mucho!

—No veo inconveniente...

—En un palco, por ejemplo...

El conde hizo un gesto de indiferencia y se decidió.

—Bueno... queda convenido.

Y en seguida salieron al jardín cogidos del brazo.

La noche estaba estrellada y soberbia.

Pasearon largo rato por el parque. Guardaban silencio.

El conde sentía que el brazo de Elena temblaba.

De pronto separó su brazo y dijo:

—Hasta mañana.

Elena le dirigió una mirada suplicante y murmuró:

—¿No te quedas?

El conde la besó en la frente y contestó:

—Ya ves... Nos casamos dentro de dos días... Me parece que profanaría nuestro amor.

Dos minutos después oía Elena el ruido del coche que llevaba al conde hacia París, y se decía:

—¡Cuánto nos amamos!

## X

## Arreglo de boda.

Era inverosímil tal vez para los que conocían á fondo á Escoubere, pero era verdad. A fuerza de paciencia, de cuidados, de precauciones y de amistad, Brossois le había convertido á la idea del matrimonio.

Le había repetido tantas veces y con tanto cariño:

—¡Ensayá, ya verás!

Y además, la joven viuda del violín de la Ópera, era tan verdaderamente buena, tan graciosa, que el desgraciado, seducido, la aceptaba más que como un remedio, como una amiga y un consuelo.

La misma noche en que tuvo lugar en la villa de Bolonia lo que acabamos de narrar, y casi á la misma hora en que el conde se separaba de Elena, Brossois, en uno de los intermedios de *Carmen*, decía á su amigo y á la viuda:

Ya sabéis, hijos, no hay medio de retroceder. Mañana os llevo á la alcaldía.

—¿Para qué?—preguntó Escoubere, que estaba vestido de contrabandista español.

—¡Para las formalidades!

—¡Ah!—dijo el baritono—¿ya?

—Sin duda—repuso el otro.—No vamos á dejar pasar el tiempo, dando largas al asunto para arreglarlo *ad calendas græcas*.

Y dirigiéndose á los dos futuros, preguntó:

—¿Está convenida vuestra boda, sí ó no?

—Lo está—afirmó el gascón.

—Entonces señalemos una hora.

—¿Para ir á la alcaldía?

—Seguramente. ¿Estás dormido ó despierto?

—Estoy despierto—declaró Escoubere;—

pero nos van á hacer faltar al ensayo,

—¿A las diez, ¿te conviene?

—Perfectamente.

—Convenido... Mañana á las diez... ¿Habéis comprendido, Idolo?

La joven viuda sonrió dulcemente inclinando la cabeza.

—Después de la visita á la alcaldía pago un almuerzo, que será, como de desposorios, bueno. Conque, hasta mañana.

Y he aquí por qué, á las diez de la mañana del 25 de mayo, los dos amigos y la viuda iban de la calle Guenegaud á la plaza de San Sulpicio.

Escoubere estaba casi alegre.

Se podía asegurar, al ver su cara, que su moral había mejorado mucho.

Cuando pasaron por la calle del Echaudé, la portera y el señor Quillet estaban en medio de la calle que no es ancha.

El trío no podía pasar sin detenerse á echar un párrafo.

Brossois se encargó de las presentaciones.

—¡Matilde Souchet, la prometida de mi amigo Escoubere! La señora Guignard, la respetable portera del inmueble que veis enfrente... El señor Quillet, el más feliz de los tres, propietario de dicho inmueble.

—¿A dónde se va?—preguntó la portera.

—A la alcaldía, para las publicaciones.

—¡Pues ya tenéis para rato!—declaró la señora Guignard.—¡Ya tenéis que pasearos, ya!... ¡Son cargantes con sus papelotes!

—Tal vez por eso hay tantas gentes que se pasan sin ellos—dijo Escoubere.

—¿Cuándo es la boda?

—En cuanto esté todo arreglado—dijo Escoubere.—El señor Quillet miraba á la futura con interés.

—No vale tanto como la otra—pensaba;—pero no es despreciable.

No, no valía tanto como la otra.

Ni mucho menos.

Y sin embargo, si el Gascón se hubiese casado con ella, en lugar de haberlo hecho con la primera, hubiera vivido perfectamente feliz.

La viudita tenía lo que se necesita para agradar, bastante gracia, bastantes formas y á estas condiciones unía la abnegación, la buena imaginación y, eso no se que, dulce y sumiso que las hace valer y encadena á un amante ó un marido.

Hablaron largo rato.

Escoubere había recobrado su locuocidad.

No hizo ninguna alusión á su antigua, á aquella Elena de la que ya no hablaba y en la que seguía pensando, ni á su boda con el señor de Corbiere, que todo el mundo conocía en los coros y que debía tener lugar al día siguiente.

Cuando los tres coristas se marcharon la señora Guignard se volvió hacia su propietario y le dijo:

—¡Y bien, ahí tenéis uno que está bien cambiado! ¿Qué pensais de eso, señor Quillet?

El antiguo comerciante no respondió.

Se contentó con decir dos ó tres veces:

—¡Hé! hé!

—Yo —repuso la señora Guignard— no hubiera creído jamás eso. El que estaba tan desesperado, ahí lo tenéis alegre como un pinzón.

El señor Quillet hizo de nuevo:

—¡Hé! hé!

No protestó de otro modo, pero era fácil de comprender su idea.

La conversación le parecía equívoca.

La viuda y sus acompañantes llegaron á la plaza de San Sulpicio.

La alcaldía, ese monumento temible por la solemnidad de los compromisos que allí se adquieren, aparte de cumplirlos con frecuencia tan mal, estaba llena de gente.

Muchas bodas de gentes de todas clases entraban y salían.

Los coristas no sabían á quién dirigirse.

—¿Para una boda?— preguntó Brossois á una especie de portero, cuyo pecho estaba lleno de medallas y cintas que estaba de guardia en la puerta de entrada.

—En el fondo del patio, la sala de la izquierda.

Después de muchas dilaciones y molestias y de ser enviados de Caifás á Pilatos, salieron de la alcaldía dispuestos á dar buena cuenta del ofrecido almuerzo.

Entraron en un restaurant, en casa de Foyot.

La fiesta dió principio.

El bajo debía pagar el gasto, pero lo hacía con el mayor gusto.

El bravo mozo no sentía lo que tuviera que gastar.

Por el placer de anunciar aquella noche á sus compañeros la próxima boda de su amigo con «Idolo» hubiera gastado hasta su último céntimo.

Y por primera vez creía en la curación completa del marido de Elena.

Al separarse del futuro matrimonio, dijo á Matilde al oído; al ver á Escoubere tan tranquilo y sonriente.

—Mirad, ya habeis hecho un milagro.

Hermano y hermana.

Las tres de la tarde daban en el reloj de la habitación de la señorita de Corbiere.

Fernanda se disponía á salir.

Llamaron suavemente á la puerta, y un hombre, joven aún, muy elegante, con su pañuelo gris claro, sobre la levita, entró diciendo:

—¡No tengas miedo; soy yo!

Era el conde Gabriel.

Se acercó, puso sus dos manos sobre los hombros de su hermana, y repuso:

—¡Qué pálida estás! Has debido pasar malas noches desde hace dos días.

—Es verdad. ¿Y tú?

El conde suspiró.

—¡Yo también! ¡Noches terribles! ¿Ibas á salir?

—Sí.

—¿Para ir adónde?

—A casa de la duquesa de Reville.

—¿Tienes algo de particular que decirle?

—No. No es á ella á quien quiero ver.

—¿A su señorita de compañía?

—Sí, á Teresa... Es preciso decidirse á decirle, al menos una parte de la verdad... que Rolando no olvidó á ella, ni á su hijo..., que es rica...

—Sin duda, será necesario decirselo... pero

no hay prisa. Aunque siga como está algunos días más, el mal no será grande...

—¿Me aconsejais que espere?

—Sí, un día ó dos.

—¿Por qué?

—Una idea que tengo... muy confusa... Si tienes gran interés en decirselo hoy mismo, no te lo impido. Es una confesión que debe costarte mucho.

—No mucho... Yo me arreglaré... Evitaré hablar de nuestra madre... acusarla. Además tengo confianza en esa pobre joven...

Y añadió medio sonriendo:

—Entre nosotros, Gabriel, yo la creo un poco de la misma sangre que nosotros, buena y generosa...

Y, interrumpiéndose, miró á su hermano bien de frente y pareció alarmada.

—¡Qué cambiado estás!—murmuró.

El conde contestó con indiferencia:

—Es posible: he estado muy atormentado por nuestros descubrimientos... Ese testamento...

—Hay por qué entregarse á tristes reflexiones.

—¿Y nuestra madre?... ¿Has debido tener una explicación con ella?

—Sí, esta mañana.

—¡Pobre Fernanda!... ¿Qué le has dicho?

—Que, en efecto, está en mi poder el escrito dejado por Rolando; pero que no quiero saber cómo ni por qué no ha sido cumplido; que me he entendido contigo y que estamos de acuerdo para entregar á Teresa los bienes que la



pertencen; que no tiene que ocuparse de eso ni intervenir en lo más mínimo; que el señor Dubreuil se encarga de todo; que puede estar tranquila; que no se pronunciará su nombre para nada.

—¿Y por fin?

—Se enterneció y la aseguré que no había perdido para mí nada de mi respeto ni de mi afecto; que comprendo que lo que ella ha hecho ha sido guiada por nuestro interés y por el cariño; que es nuestra madre y que yo no la olvidaré jamás.

—¿De modo que estáis en buena armonía ahora? preguntó el conde con cierta pesadumbre.

—Yo lo quisiera.

—¿No estás segura de ello?

Fernanda hizo un gesto de duda.

—Ignoro lo que ella piensa en el fondo— dijo.— En cuanto á mí, soy sincera, mi querido Gabriel: me ha parecido muy conmovida, y sean los que quieran sus desaciertos, es nuestra madre... No quiero ver en ella otra cosa.

Atrajo á su hermano hacia una ancha olamana, situada en un rincón, y cogiéndole los brazos, le dijo:

—¿Y tú, qué vas á hacer?

—No lo sé... Estoy un poco desorientado...

No había pensado nunca en lo que me sucede.

—¿Por fin te casas mañana?

—Sí.

—¿Amas y eres amado?

—Así lo creo.

—¿No es el supremo consuelo?

El conde sonrió tristemente.

Fernanda continuó:

—Mi madre no asiste á tu boda.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí.

—Y á mí también... ¿Vendrás tú, Fernanda?

—¿Podría yo hacer otra cosa? Saldré mañana por la mañana... con vosotros.

Pasó los brazos alrededor del cuello de su hermano.

—Mi pobre Gabriel—dijo,—tú puedes hacer todo lo que quieras. No por eso te querré menos; querré á quien tú quieras, y sobre todo á quien te quiera. Y después de tu boda, ¿qué piensas hacer?

—Estoy perplejo, no sé lo que haré. Quiero dejar al tiempo el cuidado de calmar nuestras disensiones de familia... apaciguar los rencores... conciliar los intereses. Respecto á esto último, me confío á tí, Fernanda mía, y á nuestro buen amigo el señor Dubreuil. Tú te arreglarás con él. Todo lo que hagáis estará bien hecho... Ya te lo he dicho.

—¿Y tú?

—Yo tengo intención de viajar.

Fernanda trató de hacer menos lúgubre la conversación.

—Tú también harás un viaje de bodas.

—Tal vez.

—¿Adónde iréis?—preguntó Fernanda.

—No lo sé. Como Elena está tan interesada como yo, quiero consultarla. Si salimos, iremos lejos, muy lejos, lo más lejos posible.

Su hermana reflexionaba.

En aquel proyecto incierto no reconocía ya el carácter tan enérgico de su hermano.

Le hizo esta observación.

El no contestó que ella tuviese razón.

—Estoy trastornado—declaró.—No puedo volver en mí del golpe que he recibido.

Sacó del bolsillo el sobre sellado con lacre rojo.

—Toma—dijo.—En previsión de lo que pueda ocurrir en ese largo viaje, he creído oportuno tomar precauciones... He hecho lo que Rolando... He indicado ciertos deseos... No son más que deseos, porque yo quiero que tú obres libremente, según tu corazón... Aquí dentro está consignado eso... Conserva estas notas para hacer uso de ellas en caso...

Se detuvo un instante al ver la mirada tierna é intranquila de su hermana.

Ella trataba de penetrar en el fondo de su pensamiento.

—¿En caso?...—preguntó Fernanda con voz alterada.

—En caso de desgracia... Puede ocurrirnos como á otros... Ocurren á cada instante en el tren, en el coche, á caballo, en todas partes. Por eso te entrego esta carta, es una simple carta... La abrirás y obrarás según tu inspiración... No ahora, bien entendido.

—No, no.

—Más tarde... Guárdala con cuidado... Tiene su interés. Tu comprendes yo no tengo á nadie más que á tí.

—¿Y nuestra madre?

El conde repitió resueltamente.

—No tengo á nadie más que á tí.

Llevó á Fernanda á su habitación, fué al escritorio, lo abrió y colocó la carta en un cajón que cerró con llave

—Corriente—dijo tratando de sonreír.—En caso de necesidad tendrás mis instrucciones...

Cogió la cabeza de Fernanda entre las manos y la besó.

Aquel beso, más apasionado que los que el conde la daba de ordinario, hizo que corriera un frío por sus venas.

Pero disimuló su impresión.

Pasaba por la imaginación de su hermano en aquel momento algo que ella no se explicaba.

Gabriel la había entregado la llavecita del escritorio sin pronunciar una palabra, pero con un gesto que indicaba toda la importancia del documento que acababa de encerrar allí.

—Sí, sí, estate tranquilo—contestó ella maquinalmente.

Y en seguida añadió:

—¿Qué harás esta noche?

El conde repitió con indiferencia:

—¿Esta noche?

—Sí.

—¡Ah! me olvidaba. Iremos á la Opera Cómica.

—¿Qué idea!

—¡Muy sencillo. Hacen *Mignon*... Elena ha querido ir... Es un capricho.

—¿Y tú la acompañas?

—Sí.

—¿Tenéis palco?

—Sí, he tomado uno primero.

—¡Pero las gentes!...

—¿Las gentes?

—No estáis casados todavía.

—¡Oh! las gentes pensarán lo que quieran.

Eso me es perfectamente igual.

—Tal vez tengas razón.

—Después de todo, ¿qué puede decir la sociedad con sus escándalos, sus cobardías, sus corrupciones, sus bajezas y sus infamias? ¡Si alguna vez me ataca, tendré qué contestarla, te lo aseguro! ¡Hasta mañana, Fernanda!

Besó de nuevo á su hermana, la estrechó contra su pecho y la dijo, como si no tuviese valor para separarse de ella:

—¡Acompáñame!

Bajaron cogidos del brazo, y Fernanda no se separó de él hasta que le vió instalado en su victoria.

El coche se puso en marcha, y en el momento en que iba á atravesar el portal del hotel de Corbiere, el conde se volvió hacia Fernanda, que estaba de pie bajo la marquesina, y la envió un último beso.

La señorita de Corbiere, cuando hubo desaparecido el coche, subió la escalera, pensativa, turbada, y de pronto la ocurrió una idea: se fué de prisa á la sala de su madre:

La condesa, inclinada sobre su escritorio, escribía.

Al ruido de los pasos de su hija se incorporó.

Fernanda la dijo con voz muy tierna:

—¿Quieres hacerme un favor?

—¿Cual?

—¡Oh! ¡Bien sencillo!

—¡Pero, bien!...

—Ir á la Opera Cómica esta noche conmigo.

—No me gusta el teatro.

—Si eso te aburre, iré á rogar á la duquesa de Reville...

La señora de Corbiere había reflexionado de pronto, sin duda.

Cambió de tono y dijo con bastante complacencia:

—No, no, puesto que tú lo deseas... ¿Qué ponen?

—El *Chalet* y *Mignon*.

—No es muy interesante para nosotras.

—Sí, sí...

—¿Tienes interés en ir?

—Mucho.

—Pues iremos.

—¿Queda convenido?

—Queda convenido.

Fernanda salió en busca de Launay; ésta, como la condesa, estaba también escribiendo; pero lo que ésta escribía eran cuentas galanas: calculaba las rentas de su nueva fortuna y fijaba los gastos de su casa futura.

No había tenido ninguna explicación con su ama.

Las dos mujeres no se hablaban ya.

Fernanda había establecido un acuerdo silencioso y provisional entre sus criados, que se habían hecho, en pocas horas, irreconciliables enemigos.

—Launay—dijo la joven,—¿queréis tomar

mi coche, y, corriendo, ir á la Opera Cómica?

—Ciertamente, señorita.

—Me tomareis un palco primero para esta noche.

—Y si no le hay?

—Lo habrá. Aunque tuviérais que pagar por él mil francos, tomadlo.

—¡Oh!

—¡Lo quiero!

Lannay manifestó su admiración por una simple muñeca de sus labios, se inclinó y salió.

Cuando Fernanda quedó sola, se dijo:

—¿Por qué Gabriel va á la Opera Cómica? Yo lo sabré.

## XII

El 25 de mayo

Hacia una noche deliciosa.

Hay buenos y malos días para los teatros.

Aquel era un día excelente para la Opera Cómica.

Ponían *Chalet* y *Mignon*.

El teatro estaba de bote en bote. Solo alguna que otra localidad había quedado por vender.

Los teatros de Paris tienen mala entrada y casi imposible la salida.

Estalla un incendio, se oye decir que un cierto número de aficionados á esas distracciones escénicas han sido asados, calcinados.

Este es un momento de horror que pasa, poco más ó menos, como los de las erupciones de los volcanes, que abrasan todo á su paso reduciendo á cenizas un territorio floreciente y al pie del cual vienen otros habitantes á edificar casas en el sitio en donde los pueblos destruidos fueron invadidos por torrentes de lava.

Acababan de levantar el telón.

Dos palcos primeros situados uno á la derecha y otro á la izquierda, estaban aún vacíos.

Comenzaba la escena principal de la obra maestra de Adam.

El bravo sargento Max y Daniel cantaban el precioso duo tan conocido por los aficionados.

Tres hombres, uno viejo y dos jóvenes, entraron en el vestíbulo del teatro.

El viejo tenía la cara arrugada, los cabellos grises, la tez tostada por la intemperie.

Era el cazador de topos.

Los otros dos, muy fornidos y vestidos como simples obreros en traje de día de fiesta, eran Juan Montarón y Samson, el capataz de la casa de los Morard.

Los tres compañeros venían de celebrar la marcha de Juan Montarón para Australia.

Debía embarcarse al día siguiente por la mañana en El Havre, llegar á Inglaterra y desde allí hacer la travesía con el reverendo señor Turner, quien iba á visitar sus posesiones del Queensland y vigilar sus intereses.

El condenado de Blois no tenía ya secretos para su amigo Samson.

Preciso es decir que la confianza estaba bien depositada.

El jardinero se acercó á la taquilla para tomar las localidades.

Samson y Juan se habían propuesto que el cazador de topos viera un teatro, él, que no tenía ni aun idea de lo que era, y de antemano gozaban al pensar en la sorpresa que le causaría.

Pero sus proyectos estuvieron á punto de fracasar.

Al pedir Samson tres localidades, la encargada de la taquilla contestó:

—No hay ninguna.

—¿Ninguna, ninguna?

—Ninguna.

El cazador de topos corría gran riesgo de no contemplar jamás esas maravillas de la civilización, porque aquel debía ser sin duda su último viaje á París.

Samson se volvió hacia su compañero con aire contrariado.

De pronto, la señora de la toquilla le llamó.

—¡Ah! —dijo;— aun queda un palco segundo, uno solo.

—¿Cuánto cuesta?

—Tres localidades, dieciocho francos. Estaréis muy bien.

El comisionado consultó á Juan con una mirada.

—Tomadlo —dijo el otro.

El trio, provisto de sus tarjetas, se dirigió hacia la escalera, guiado por Samson.

Cuando abrieron el palco, que en efecto estaba vacío, el cazador de topos quedó deslumbrado.

Diez segundos después estaba sofocado; pero poco á poco se habituó á aquella hornilla, en la que el calor era asfixiante, y ayudado por Samson se orientó.

Este estudio le ocupó algún tiempo.

El cazador de topos, que le gustaba darse cuenta de todo, hacía mil preguntas á sus vecinos.

—*Chalet* no vale nada en comparación con *Mignon*. *Mignon* es lo que hay que ver —le decía Samson.

En cuanto á Juan, no escuchaba la música. No miraba al escenario.

La puerta de un palco situado un piso más

bajo que el suyo y un poco de costado, pero admirablemente dispuesto para que él pudiese ver todo lo que allí pasaba, acababa de abrirse.

Un *gentlemen* en traje de *soirée*, con un clave en el ojal, entraba, precedido de una mujer joven, admirablemente hermosa, deslumbradora por los diamantes que llevaba, descotados los hombros y los brazos desnudos, llena de gracia y de frescura.

Juan tocó en el hombro á su amigo Samson, diciéndole:

—Mira!

—La individua de la avenida de los Principes!—dijo el otro.

—Y el señor de Corbiere.

—Justamente. Se casan mañana.

—¿Y están juntos esta noche en el teatro?

—Querido—dijo Samson,—cuando se tiene dinero como esas gentes, se hace lo que se quiere; no hay necesidad de preocuparse por nada.

Elena Noel estaba radiante.

Era la primera vez que su amante se presentaba en público con ella sin precauciones.

La futura condesa saboreaba con delicia la nueva vida, en la que daba el primer paso.

Y además, en aquella alegría entraba un átomo de ese sentimiento, malo tal vez, al que una mujer resiste poco.

Escoubere se casaba.

Luogo se había consolado de su pérdida.

Ella quería probar á todo el mundo, incluso á él mismo, que era feliz, que se alegraba de haberse divorciado para casarse con el conde.

Esto era á la vez una imprudencia y una temeridad.

Era casi una provocación.

¿Había adivinado el conde este sentimiento de Elena?

Puede creerse que sí.

Conocía demasiado las debilidades del corazón humano para que nos sea permitido dudar de esto.

Juan Montaron no se cansaba de mirarles.

Entre tanto se acercaba el final de *Chalet*. Por fin cayó el telón.

Entonces he aquí lo que pasó entre bastidores.

Brossois, vestido de soldado suizo, se separó de su amigo Escoubere, que lo estaba de aldeano del cantón de Appenzell, y los coristas se dispersaron por la escalera para ir á cambiar los trajes de montañeses por los que debían sacar en el primer acto de *Mignon*.

Escoubere y Brossois habían anunciado á todo el personal del teatro el próximo enlace del barítono con la viuda del violín de la Opera.

La mayor parte de los compañeros del gascón se habían alegrado al saberlo.

Habían cumplimentado mucho á los dos futuros.

—¡Eso es lo mejor que podéis hacer!

—¡Iremos á la boda!

—¡Buena suerte!...

Y otras mil fórmulas, casi todas sinceras.

Sin embargo, una mujer, una contralto, ya madura, rancia, exasperada por su fealdad que

alejaba á los enamorados, veía con ojo bilioso esta unión de la joven viuda con un compañero á quien ella hubiera querido y quien no se había ocupado de ella jamás.

Rabiosa, había escuchado los cumplimientos, mirado las sonrisas, meditando alguna venganza de una injuria imaginaria, envidiosa hasta la locura, de la felicidad de los otros.

De pronto se encontró cerca de Escoubere que pasaba.

Le tocó en un brazo, diciéndole con la peor intención:

—Oye ¿no sabes? ¡está ahí ella!

—¿Ella?

—¡Sí, tu antigua, la condesa!

—¿Dónde?

—¡Ven y mira!

## XIII

## Mignon.

Cuando dió principio la representación de *Mignon*, el conde Gabriel no había hecho todavía un movimiento.

De cuando en cuando se fijaban en Elena sus miradas y entonces se hubiera podido notar en sus ojos una inmensa piedad, que ella tomaba por inmenso amor.

Elena ignoraba todo.

Ni una palabra, ni aun una alusión á su origen, se había escapado de los labios del conde.

Ella no sospechaba nada del fatal secreto que debía separarles para siempre.

El conde no había tomado todavía su partido, no podía decidirse á tomarlo, y no le quedaban más que horas para decidirse.

El coro de introducción había principiado.

Elena se inclinó hacia el conde y designándole uno de los individuos del coro que estaba en primera fila, le dijo muy bajo:

—¡Es él!

Peró en seguida fué distraída su atención por el ruido producido al abrirse la puerta de uno de los palcos de enfrente que estaba vacío.

—¡Toma— repuso al reconocer á la señorita de Corbière que entraba— tu hermana, Gabriel!

Fernanda, al primer golpe de vista, vió á

alejaba á los enamorados, veía con ojo bilioso esta unión de la joven viuda con un compañero á quien ella hubiera querido y quien no se había ocupado de ella jamás.

Rabiosa, había escuchado los cumplimientos, mirado las sonrisas, meditando alguna venganza de una injuria imaginaria, envidiosa hasta la locura, de la felicidad de los otros.

De pronto se encontró cerca de Escoubere que pasaba.

Le tocó en un brazo, diciéndole con la peor intención:

—Oye ¿no sabes? ¡está ahí ella!

—¿Ella?

—¡Sí, tu antigua, la condesa!

—¿Dónde?

—¡Ven y mira!

## XIII

## Mignon.

Cuando dió principio la representación de *Mignon*, el conde Gabriel no había hecho todavía un movimiento.

De cuando en cuando se fijaban en Elena sus miradas y entonces se hubiera podido notar en sus ojos una inmensa piedad, que ella tomaba por inmenso amor.

Elena ignoraba todo.

Ni una palabra, ni aun una alusión á su origen, se había escapado de los labios del conde.

Ella no sospechaba nada del fatal secreto que debía separarles para siempre.

El conde no había tomado todavía su partido, no podía decidirse á tomarlo, y no le quedaban más que horas para decidirse.

El coro de introducción había principiado.

Elena se inclinó hacia el conde y designándole uno de los individuos del coro que estaba en primera fila, le dijo muy bajo:

—¡Es él!

Peró en seguida fué distraída su atención por el ruido producido al abrirse la puerta de uno de los palcos de enfrente que estaba vacío.

—¡Toma—repuso al reconocer á la señorita de Corbière que entraba— tu hermana, Gabriel!

Fernanda, al primer golpe de vista, vió á



su hermano y le envió la más acariciadora sonrisa.

—¡Qué hermosa es!—murmuró Elena.

—¡Pero no más que tú!

—¿Piensas lo que dices?

—¡Es que no hago más que pensarlo!

—¿Cómo?

—¡Lo pruebo, me parece!

—¡Así es que mi vida entera es tuya!

El alma de Elena pasaba entre sus labios para unirse á la del conde.

—¿Quién es esa señora que acompaña á tú hermana?—preguntó.

—Es la señora de Corbiere.

El conde pronunció estas palabras con un tono tan glacial que llamó la atención de Elena.

—¿Cómo dices eso!—dijo.—Se podría creer que la aborreces.

—¡Criatura!... se puede aborrecer á una madre?

No hablemos más de esto.

Elena se volvió hacia el palco de la condesa y con sus ojos muy perspicaces pudo comprender lo que pasaba en el alma de la madre y de la hija, sin más que observar sus aptitudes.

La señora de Corbiere, al ver á su hijo, en plena luz, acompañado de la que iba á ser su mujer pocas horas más tarde, había retrocedido al fondo del palco.

Su cara expresaba una violenta contrariedad.

Fernanda no la había dicho las causas del capricho repentino que la llevaba de improvi-

so á un teatro que no debía tener ningun atractivo para ella.

¡Qué de veces había asistido á la representación de *Mignon*!

La presencia del conde Gabriel y la de la que iba á ser su esposa, puesto que no se había separado de ella después de las revelaciones que hubieran debido espantarle, daba á la madre la clave del repentino deseo de la hija.

Pero ya no era tiempo de negarse.

La condesa devoraba su despecho en silencio.

Fernanda, al contrario, estaba apoyada en la baranda del palco, en el que estaba sola con su madre, como el conde Gabriel lo estaba en el suyo con su futura.

Con los ojos fijos en su hermano, parecía haber acudido para protegerle y alejar de su espíritu pensamientos sombríos.

Su mirada le decía:

—Ya ves estoy aquí y es por tí.

Fernanda, al aspecto de su hermano, había vuelto de su primera impresión de espanto.

Al verle tan tranquilo, casi tan sonriente, porque desde la llegada de su hermana trataba de sonreír, no encontraba ya tan singular la entrega de la carta, un poco solemne, que la había inquietado.

Entonces, desechados sus temores, se volvió hacia la escena.

El viejo Lothario, el extraño anciano que recorre el mundo en busca de la hija que unos bohemios le han robado, cantaba acompañándose con su laud.

Todo iba bien.

El cazador de topos todo se volvía ojos y oídos.

Aquel ruido le aturdió.

Samson, que conocía la obra, explicaba las cosas al brayo aldeano que estaba pasmado.

Juan Montarón no concedía más atención á los cantantes que á la orquesta.

Su espíritu estaba en otra parte.

Al ver los ojos del conde Gabriel obstinadamente vueltos del otro lado del salón había seguido su dirección.

Y entonces vió á Fernanda que apoyaba los brazos en la baranda del palco.

—Toma!—dijo al cazador de topos—mira.

El anciano se inclinó á su vez.

—La que os ha salvado de la ruina!—dijo—Pondría las manos en el fuego.

Juan Montarón meneó la cabeza, pero no hizo traición al secreto.

Sin embargo, sus ojos se dirigían con enterrecimiento hacia el dulce rostro de la joven.

Había contraído una deuda con ella, y hubiera querido pagársela.

¿Cómo?

Un gran movimiento se hizo en la escena.

—Mignon—dijo Samson, tocando en el hombro al cazador de topos.

La comparsa de zingaros hacía su entrada. Una carroza cubierta con un toldo y cargada de oropes, era arrastrada hacia la boca del

escenariio por bohemios andrajosos. El cazador de topos estaba serio.

Los olores de mil perfumes que se mezcla-

ban en el aire, unidos á las emanaciones del gas, le trastornaban.

—¿En qué piensas?—le preguntó Juan Montarón.

—Pienso—contestó—en que te embarcas mañana, en que tu hermano Guillermo está á millares de leguas y Marcelo no se sabe dónde, y que, en fin, seríais más felices estando reunidos que dispersos.

—¡Sí, pero nosotros volveremos ricos!

—¡Piedra que rueda!—dijo el viejo meneando la cabeza. Y además, ¿se necesita tanto dinero? Antes yo no tenía ninguno, y sin embargo, estaba contento.

—¿Y ahora?

—Ahora pienso en que estoy con un pie en la sepultura y quisiera ver antes de morirme á los Montarón á cubierto de la miseria y su honor restablecido.

—¡Tranquilízate!... ¡Ese día llegará!

El anciano se volvió hacia la escena.

La música conseguía, por fin, triunfar de su indiferencia.

De pronto tocó á Samson en el brazo, y le dijo:

—¡Mirad!

—¿Qué?

—¡Ese resplandor!

En lo alto del escenario, en los frisos, brillaba una lucecita, un punto tembloroso, parecido á un fuego fatuo.

—No es nada—dijo Samson.—Algún mechero que encienden.

Y se volvió á mirar hacia el escenario.

BIBLIOTECA UNIV. \*STARIA

"ALFONSO REYES"

Agto. 1925 MONTREY, MEXICO

El pronóstico del doctor de la calle de Rennes se realizaba.

En el momento en que la corista celosa había hecho al desgraciado esta advertencia, «¡Ahí está ella!» su razón, sometida á tan duras pruebas desde la noche nefasta en que Elena había huido para irse con su amante, se había roto, había saltado en pedazos.

Una risa de fiera, ávida de sangre, contraía sus labios; sus ojos hechaban chispas, sus fuertes mandíbulas se entreabrían y dejaban ver dos hileras de dientes, dispuestos á morder.

Era fácil ver que llevaba un arma metida en la manga de la levita.

Elena le miraba con ojos espantados.

—¡Paulino!— suplicó ella.

El contestó riendo, pero con una risa siniestra, porque se conocía que ya no había inteligencia en aquella cara bestial bajo aquel cráneo ardiendo:

—Sí, sí, te asusto; pero tú no tienes nada que temer. Estás muy hermosa, más hermosa que nunca... Yo no te odio... ¡Te amo! Así es que no es á ti á quien quiero mal... ¡Es al otro!

Y mostró al conde, que parecía más indiferente que nunca.

—Es él— dijo— tu amante... tu preferido... tu millonario... No saldrá vivo de mis manos. ¡Ah! señor Corbiere, me habéis robado. Vengo á pedir os cuentas y recobrar mi dicha, arrebatada por vos.

Hablaba con voz sorda, pero que debía oírse en los palcos vecinos.

Sin embargo, nadie se quejaba del ruido.

Era que había en la sala una emoción peor que la del palco invadido por el loco.

Ni el conde, vuelto hacia Escoubere, ni Elena Noel, colocada entre su amante y el corista, se habían aperebido de ello.

Hay hechos para cuyo relato es preciso emplear minutos y que han sido realizados en pocos segundos.

Si el conde Gabriel hubiera querido librarse de la venganza del insensato que se le echaba encima, no hubiera tenido más que dar un salto á la sala.

La distancia que le separaba de la orquesta era corta.

Pero no se movía.

¿Entreveía en aquella intervenció n una especie de justicia de Dios y un desenlace para el drama del que él era á la vez autor y espectador desde hacía algunos días?

Tal vez.

El canto había cesado.

La orquesta había callado.

Un cómico acababa de hacer un anuncio á la concurrencia.

De pronto resonó una exclamación horrible, seguida de un pataleo por todas partes, en las galerías superiores, en los pasillos, en la orquesta, en el escenario.

En todo el teatro se oyó este horrible grito.

—¡Fuego!

Al mismo tiempo un resplandor rojizo, sangriento, una claridad de incendio furioso iluminó todo el salón,

La pequeña llama de los frisos había corrido como una serpiente por los telones enrollados bajo la bóveda, y de pronto estallaba el siniestro azote.

Entonces el conde olvidó la presencia de Escoubere para no pensar más que en la salvación de Elena.

Perceer abrasado, no era el fin que él había soñado para ellos.

La cogió en sus brazos, y sin ocuparse del marido, se volvió hacia la puerta y dió un paso hacia la salida.

Pero entonces, más pronto que un rayo, el gascón se lanzó sobre los fugitivos y cogiendo al conde por el cuello le hundió el puñal en la garganta, diciendo:

— ¡No te he dicho que no saldrías vivo!

Dos gritos agudos, dos gritos de mujeres á quienes asesinan, dominaron el espantoso ruido del tumulto.

El primero fué de Fernanda de Corbiere.

Pálida como una muerta, había seguido con espanto creciente las peripetecias de aquel drama de un instante, desde su primera fase, la entrada de Escoubere en el palco hasta la última, la enchillada que había dejado muerto á su hermano.

En vano había tratado la condesa arrancarla de esta contemplación.

En vano había empleado las súplicas, la persuasión y la fuerza.

Agarrada á la barandilla del palco, indiferente al peligro que corría, con los ojos fijos en su hermano, la joven había resistido á

las palabras y á los esfuerzos de su madre. Allí seguía jadeante, inclinada hacia el salón, cuando su hermano cayó al suelo.

Oyó el grito de Elena, la exclamación de espanto que respondió á la suya.

Vió á la joven caer de rodillas al lado de su amante, levantándole la cabeza; cubrirla de besos y, con gesto irritado, rechazar al loco, que dejaba caer su arma y la suplicaba que huyera con él.

Fernanda comprendía casi las palabras que salían de la boca del loco.

Debía decir á Elena:

— ¡Ven! ¡Yo te amo! ¡El ha muerto! ¡Yo le he matado!... ¡Estoy vengado... pero tú no tienes nada que tomar!... ¡Yo te adoro!..

Esto era, en efecto, lo que la decía.

Inclinado sobre ella, trataba de cogerla en los brazos y de arrancársela á aquel rival, siempre más poderoso que él, aun muerto; pero ella se arrojaba sobre su amante y seguía besándole.

Por fin Escoubere consiguió levantarla, haciendo uso de todas sus fuerzas, duplicadas por la locura.

Dió un paso hacia la puerta.

Pero la señorita de Corbiere le vió dejar caer de pronto su carga, llevarse las manos á la frente, batir el aire, y rodar, inanimado, al lado del desgraciado á quien él había asesinado.

Fernanda cayó de rodillas sobre la alfombra ocultando el rostro entre las manos.

Hay minutos que deben contarse como años

si se les mide por las emociones que nos dan.

La condesa de Corbiere quiso aprovecharse del abatimiento de su hija para sacarla fuera.

Pero ya no era tiempo de huir.

El vasto salón era una inmensa hornilla.

La madre, desesperada, se fué á la puerta, intentando abrirla; pero parecía de plomo, imposible de todo punto, por el enorme empuje que hacían del otro lado.

Un clamoreo desesperado, agudo, salía de mil pechos, y aturdió; un humo espeso, cargado de ácido carbónico, les asfixiaba.

La condesa, medio loca, quiso saltar á la orquesta; pero á medio camino, envenenada como los demás, como su hija, para quien toda su ternura de madre se había despertado, cayó pesadamente sobre la alfombra del palco.

Fernanda ya no podía respirar.

Se oprimía el pecho con las manos.

Con sus dedos crispados, desgarraba el cuerpo del vestido para darse aire.

Un momento más, pocos segundos, y estaba muerta como tantos otros, como su madre, que yacía inanimada cerca de ella, y á quien llamaba con voz ahogada.

Lo que acabamos de narrar no fué más que uno de los mil incidentes que pasaron aquella noche.

El incendio de la Ópera Cómica es uno de los más lamentables siniestros, cuyo recuerdo entristece los anales de París.

La cifra real de los muertos fué cuádruplo que lo que la policía, la gran dispensadora de

noticias anunció á los periódicos y los periódicos al público.

En el momento en que Fernanda caía al lado de su madre, asfixiada por los vapores del incendio que ahoga á sus víctimas antes de reducirlas á cenizas, ó se mataban en los pasillos, hubo algunos hombres monstruos que se abrieron camino dando cuchilladas á mujeres y niños: se aplastaban en las puertas que no se podían abrir, se precipitaban de las galerías superiores al patio para escapar del azote y destrozarse lo cabeza para sufrir menos.

Fué una de esas escenas horribles cuyo relato, atenuado por los reporters helará la sangre de los que leyeren los periódicos de aquel tiempo, aun treinta años después de haber ocurrido.

En aquel momento supremo de la familia de Corbiere que una casualidad—siempre la casualidad—había reunido en aquel teatro, no quedaba con vida más que una joven quien, como su hermano y madre, iba á no ser, pocos segundos más tarde, más que una masa inerte, si Dios no enviaba en su auxilio uno de esos bravos que no se ocupan de su propia vida y la arriesgan con la mayor decisión por salvar á los demás.

No podía salvarse más que por un milagro. ®

Se verificó.

Juan Montarón había seguido con la mayor atención las escenas que habían tenido lugar en el palco del conde Gabriel y en el de su madre.

Había sido uno de los primeros que habían visto estallar el horroroso incendio.

Viendo el peligro que corría Fernanda, no tuvo más que una idea, salvarla antes de salvarse él mismo.

Pero sereno, sin perder de vista el peligro, no dejaba de ocuparse de la salvación de sus amigos.

El cazador de topes, sin un guía, estaba perdido en aquel dédalo desconocido.

Juan dijo á Samson, confiándole el anciano:

— Marchar... ¡No le abandones!

— ¿Y tú?

— Yo saldré de apuros solo. Id.

## XV

## ¡En paz!

Juan Montarón comprendía que no había que perder un minuto.

El incendio redoblaba su violencia.

Nada podía contenerlo ni combatirlo.

Unos segundos más, y el techo, que ya ardía, iba á caer sobre los muertos, sobre los moribundos, y aplastar á los que habían escapado de la asfixia y del fuego sin haber podido salir aun.

Pero ya Juan Montarón estaba en el palco de la condesa.

Agarrándose al balaustré de los palcos segundos, se había dejado caer á la galería por debajo de ellas, y al través de las muchas chispas que volaban de todas partes, al chisporroteo de las maderas que ardían, había conseguido llegar hasta la señorita de Corbiere.

Medio muerta, yacía cerca del cadáver de su madre.

Hubo un momento en que el valiente joven tuvo la idea de llevarse las dos.

Eso hubiera sido para él el desquite de las durezas y del egoismo de la señora de Corbiere.

Pero este rasgo de heroísmo y de bravura era tan imposible como inútil.

Además, á él mismo no le quedaban más que muy pocas fuerzas.

Como los demás, estaba envenenado por los vapores deletéreos de que estaba llena la sala.

Miró con ojos de piedad á la condesa, tan dura para ellos, tan inflexible, tan altiva, y sintiendo no poder devolverle bien por mal, cogió en sus brazos el cuerpo inanimado de Fernanda y saltó con él á la orquesta.

Lo más difícil estaba hecho.

Dos segundos después se había abierto paso á través de los escasos fugitivos que habían podido llegar hasta los pasillos de la planta baja, y se encontraba en el vestíbulo.

En aquel mismo instante se oyó detrás de él un ruido horrible.

La bóveda del teatro se había hundido.

La explosión de llamas que en aquel momento iluminaron todo París no es posible olvidarlo.

Juan Montaron estaba fuera de peligro.

Un esfuerzo más y llegaba á la plaza Boieldieu, con los cabellos erizados, tostados, lleno de quemaduras, pero radiante por haber salvado á Fernanda.

Únicamente entonces fué cuando la miró ya no respiraba.

¿Estaba muerta?

La llevó hasta la calle Favart, gritando á la multitud con voz ahogada:

—¡Socorro!... ¡Un médico!

Le indicaron una farmacia, á la que habían sido transportados algunos heridos.

Era imposible entrar en ella. Esperó á la puerta.

Su amigo Samson y el cazador de topos que

le esperaban con ansiedad fácil de concebir, le vieron y se unieron á él.

Un practicante derramó un cordial en la boca de la joven que, reanimada por el aire fresco de la noche y aquella poción bienhechora, abrió los ojos.

—¿Dónde estoy?—preguntó.

Y en seguida, recobrando la memoria, exclamó:

—¡Madre mía!... ¡hermano de mi alma!

Juan tuvo una inspiración.

Antes de que ella pudiera darse cuenta de dónde estaba y lo que la ocurría, se metió con ella en un coche, dió al cochero las señas de la duquesa de Riville y dijo á sus dos amigos:

—Id á buscarme allí.

A las diez llegaba el coche al hotel de la duquesa.

La señora de Riville y Teresa miraban, desde una ventana, el resplandor del inmenso brasero que proyectaba sobre París siniestras claridades.

Al ver á Juan y á la señorita de Corbiere, que había vuelto á caer en su aniquilamiento, las dos mujeres comprendieron lo que había pasado.

Juan las puso en pocas palabras al corriente de lo ocurrido.

—Me encontraba allí—dijo,—ví á la condesa y á su hija, al conde y á su futura... El conde ha muerto á manos de un loco: su futura no ha querido abandonarle... Ha debido perecer con él abrasada. La condesa de Corbiere ya no existe... De haber estado viva, hubiera

tratado de salvarla... He salvado á su hija... Os la entrego...

La duquesa y Teresa rodearon á Fernanda con la mayor solicitud.

Pronto volvió en sí.

Juan Montarón, de rodillas, la cogió una mano y la llevó á los labios, sin pronunciar palabra.

Después estrechó á su hermana contra su pecho y la dijo.

—Soy feliz, he pagado una parte de nuestra deuda. Ya no tengo nada que hacer aquí... Parto... ¡Adios!... ¡Velad por ella!

Salió.

Samsón y el anciano estaban esperándole en la calle, como él les había dicho.

Se fueron á la habitación que Juan ocupaba en Bolonia.

Allí el viajero cambió de traje y metió en un saco de viaje la poca ropa blanca que tenía.

El paquete no era pesado; pero un inglés que sale para dar la vuelta al mundo, no lleva más equipaje.

Después escribió esta carta:

«Querido defensor:

»Esta noche abandono la Francia.

»Debieron condenarme creyendo que yo herí al capitán Rolando por odio á los Corbiere, y sin otra razón que la envidia feroz y la aversión celosa que nos inspiraban:

»Vos conocéis la verdad.

»Yo he podido odiar, en efecto, á los Corbiere.

»Sin embargo, ese odio, causado por los ex-

cesivos rigores de la condesa, no me hubiera impedido salvarla esta noche si cuando pude llegar hasta ella no hubiera estado ya sin vida, si mis fuerzas hubieran sido suficientes y si no hubiera visto que me exponía á no poder salvar á su hija, que aun vivía, por llevarme á las dos, siendo así que la condesa había dejado de existir.

»He tenido la inmensa satisfacción de arrancar á las llamas del terrible incendio que tiene loco á todo París en este mismo instante, la señorita de Corbiere.

»Por otra parte, mi hermana Teresa, hoy en seguridad, ha encontrado protectores, á quienes nunca demostraremos suficientemente nuestro mucho agradecimiento.

»Ya no me necesita.

»Nada me detiene, pues, en Francia.

»Marcho á comarcas lejanas, por grande que sea el cariño que tengo á mi país y el deseo de vivir en él pobre mejor que en otra parte rico.

»Comprendo que ya no estoy seguro en él, y que el mejor día me delataría yo mismo.

»Me despido de él.

»No volveré sino con la cabeza levantada.

»Si podéis obtenerme este favor, no podéis figuraros cuánto sería mi agradecimiento.

»Os doy las gracias con todo mi corazón por lo que habéis hecho ya por mí y por los buenos sentimientos que me habéis demostrado.

»Lejos de mi país no tengo nada que temer.

»¿Quién intentaría detenerme en el fondo de un desierto?

»Podéis decirlo todo sin cuidado.



«Vivo, aunque me creen muerto, y no tengo más que un deseo:

»¡Entrar en mi querida Francia y encontrarme al lado de los míos!

»Yo no creo haber merecido el presidio.

»Los Montarón han podido ser violentos y sensibles á un ultraje.

»No son asesinos.

»Hacédselo comprender así á los que disponen de mis destinos, y mi agradecimiento hacia ellos y hacia vos no tendrá límites.

»Vuestro cliente y amigo

»JUAN MONTARÓN.»

Añadió esta postdata:

«Cuando nuestro buen amigo el cazador de topos os entregue esta carta, ya estaré lejos. No temáis nada por mí y obrad según vuestras inspiraciones.»

Puso la dirección:

*Señor Letanneur de la Gigonniere, abogado en Blois.*

Y entregando la carta al anciano, le dijo:

Llevarás esta carta á nuestro abogado; si puede hacer algo, yo seré muy feliz en poder entrar en Francia... de volver á veros... de ser libre.

Terminados sus preparativos, salió con sus dos amigos y tomó el camino de la estación de San Lázaro.

No eran las once.

El tren del Havre no salía hasta las doce y treinta.

No tenían prisa.

El incendio, del que habían escapado tan felizmente los tres, cuando tantos otros habían quedado bajo los escombros, estaba en todo su horror.

Juan Montarón no podía menos de pensar en el terrible drama que se había desarrollado ante sus ojos en el palco del conde Gabriel y del que, con Fernanda de Corbiere, era el único testigo; por que, en el momento en que se desarrollaba, los que, como él, hubieran podido ser espectadores no pensaban más que en su propia salvación.

Veía todavía al loco entrar en el palco, acercarse al conde impasible, amenazarle y por fin clavarle el cuchillo en la garganta.

Se admiraba de la indiferencia con que el conde había esperado la cuchillada que hubiera podido evitar fácilmente.

Juan debía tardar en tener la clave de este enigma.

El conde Gabriel había acogido á su asesino como á un libertador.

A las doce y cuarto, estaban los tres amigos sentados á la puerta de un café, delante de la estación, esperando la hora de la marcha, y el incendio como el sol al ponerse, no lanzaba ya sobre París más que resplandores rojizos, color de sangre.

El desastre era completo, pero nadie podía contar las víctimas.

Juan se separó de sus dos amigos, estrechándoles contra su corazón varias veces, con sentimiento de separarse de ellos y de alejarse de

aquel país en donde dejaba á su anciana madre y tantos seres queridos y amigos sinceros.

Samson le repetía:

—¡Mucho ánimo! ¡Tu volverás! ¡Nos encontraremos de nuevo!

Y el cazador de topos balbució:

—Si, si, no tomas nada... yo la diré...

Pero el pobre hombre temblaba y gruesas lágrimas llegaban á sus pestañas.

Por fin fué preciso separarse.

Había llegado la hora.

Los últimos apretones de manos se cambiaron con las últimas recomendaciones.

—Escribenos... Danos noticias... á menudo.

Un empleado gritaba:

—Señores viajeros para Rouen y El Havre, al tren!

Juan montó en un coche.

El tren partió.

A las seis de la mañana llegaba al Havre.

A las ocho se embarcaba para Southampton, y muy pronto vió desaparecer en el horizonte las costas normandas.

Al día siguiente tomaba, en compañía del honrado señor Turner que quería absolutamente no separarse de él, un billete de primera, que no le costaba más que uno de segunda, por favor especial del dicho señor Turner, administrador de la Compañía de los steamers para la Australia, y al pasar de la Mancha al Océano, enviaba con la mano un beso á las costas que dejaba detrás de sí, preguntándose con el corazón oprimido por una indecible emoción.

—Los volveré á ver algún día?

## QUINTA PARTE

### EL RAMO DE OLIVO

#### I

#### La villa de las nieves.

Hacia mediados de agosto, tres señoras de una edad muy diferente se apearon de un tren que llega á las diez de la mañana á Interlaken.

Por su elegancia, aunque las dos más jóvenes vestían de luto, y por ese yo no sé qué caracteriza á nuestra raza y la distingue de las demás, aun de aquellas que más se le parecen, se conocía en seguida que eran francesas y de la más alta sociedad.

Iban acompañadas de dos doncellas, una de las cuales vestía también de luto.

La señora de edad, hermosa aún y de un aspecto muy imponente, que parecía dirigir la marcha de aquel pelotón femenino, hizo señas á un cochero que con su coche de alquiler, tirado por dos caballos, estaba parado á la puerta de la estación. El auriga se acercó en seguida.

Era un anciano de cabellos blancos y de cara honrada y pacífica.

aquel país en donde dejaba á su anciana madre y tantos seres queridos y amigos sinceros.

Samson le repetía:

—¡Mucho ánimo! ¡Tu volverás! ¡Nos encontraremos de nuevo!

Y el cazador de topos balbució:

—Si, si, no tomas nada... yo la diré...

Pero el pobre hombre temblaba y gruesas lágrimas llegaban á sus pestañas.

Por fin fué preciso separarse.

Había llegado la hora.

Los últimos apretones de manos se cambiaron con las últimas recomendaciones.

—Escribenos... Danos noticias... á menudo.

Un empleado gritaba:

—Señores viajeros para Rouen y El Havre, al tren!

Juan montó en un coche.

El tren partió.

A las seis de la mañana llegaba al Havre.

A las ocho se embarcaba para Southampton, y muy pronto vió desaparecer en el horizonte las costas normandas.

Al día siguiente tomaba, en compañía del honrado señor Turner que quería absolutamente no separarse de él, un billete de primera, que no le costaba más que uno de segunda, por favor especial del dicho señor Turner, administrador de la Compañía de los steamers para la Australia, y al pasar de la Mancha al Océano, enviaba con la mano un beso á las costas que dejaba detrás de sí, preguntándose con el corazón oprimido por una indecible emoción.

—Los volveré á ver algún día?

## QUINTA PARTE

### EL RAMO DE OLIVO

#### I

#### La villa de las nieves.

Hacia mediados de agosto, tres señoras de una edad muy diferente se apearon de un tren que llega á las diez de la mañana á Interlaken.

Por su elegancia, aunque las dos más jóvenes vestían de luto, y por ese yo no sé qué caracteriza á nuestra raza y la distingue de las demás, aun de aquellas que más se le parecen, se conocía en seguida que eran francesas y de la más alta sociedad.

Iban acompañadas de dos doncellas, una de las cuales vestía también de luto.

La señora de edad, hermosa aún y de un aspecto muy imponente, que parecía dirigir la marcha de aquel pelotón femenino, hizo señas á un cochero que con su coche de alquiler, tirado por dos caballos, estaba parado á la puerta de la estación. El auriga se acercó en seguida.

Era un anciano de cabellos blancos y de cara honrada y pacífica.

La duquesa de Reville, que era ella, la preguntó:

—¿Podríais indicarnos alguna casa para alquilar?

—¿En la ciudad?

—O en los arrabales.

—Ciertamente, señora. No faltan. Encontréis todo lo que queráis.

Comenzó el paseo.

Las tres señoras y las dos doncellas se instalaron en el vehículo y la duquesa dijo á una de las dos jóvenes de luto á quienes servía de guía.

—¿No os sentís demasiado fatigada, Fernanda.

La señorita de Corbiere sonrió tristemente.

—Verdaderamente, no hemos hecho bastante camino para que pueda estar cansada—dijo Fernanda. ¡Tres etapas para venir desde Ginebra!

—El doctor ha ordenado las mayores precauciones—observó la otra joven, Teresa Montarón, que seguía desempeñando las funciones de señorita de compañía de la duquesa.

—¡Por mi preciosa salud!—añadió Fernanda con dulce encogimiento de hombros.

—Querida niña—repuso vivamente la condesa—vuestra salud es preciosa para todos los que os quieren y como nosotros os queremos.

La joven dió las gracias con una mirada. Fernanda acababa de salir de una enfermedad larga.

Su cara tan graciosa, tan distinguida, estaba todavía sumamente pálida.

Todo su cuerpo habia adelgazado mucho, andaba con cierta languidez y parecia ligeramente encorvada.

En efecto, á consecuencia de la siniestra escena de la Opera Cómica, del terrible incendio que la habia destruido completamente y del peligro que ella habia corrido, menos conmovida, sin embargo, por aquel peligro del que la abnegación de Juan Montarón la habia salvado que por los seres que habia perdido y por el espectáculo terrorífico que permanecía gravado en su imaginación, habia sido presa de una fiebre que, durante algunas semanas habia causado las más vivas inquietudes á sus amigos.

Además de esto, hasta entonces solo ella conocía una parte de las causas que habian determinado en ella la sacudida que la tenia abatida y como destrozada.

Entre las victimas del desastre de la Opera Cómica, habian registrado los periódicos á la señora de Corbiere y su hijo el conde Gabriel, con tantos otros, pero en la catástrofe, su muerte habia pasado casi desapercibida, y sobre todo, nadie sospechaba el drama que habia tenido lugar en secreto, en el palco del conde Gabriel durante aquella nefasta soirée.

Hasta entonces, todavía Fernanda no habia tenido valor para anunciar á Teresa Montarón, que la prodigaba las más delicadas atenciones y los cuidados más cariñosos, la noticia que debia de cambiar su condición.

No tenía ni la fuerza, ni la decisión necesarias para abordar tales asuntos, y sin embargo

hubiera querido concluirlos; pero su confidente, el dependiente mayor del señor Dubreuil, y el mismo señor Dubreuil, á quienes había consultado, la habían contestado, con el cariño que por todos conceptos la merecía:

—¡Curaos primera!... ¡después veremos!

¿Qué importaba, en efecto, que aquella dulce Teresa fuese rica algunos días más tarde ó más temprano?

Su hermano Juan, al salvar á la señorita de Corbiere, se había rehabilitado por quel rasgo de audacia y de valor.

Después había partido para Australia.

Ahora estaba á cubierto de los peligros que hubieran podido alcanzarle en Francia.

Mientras que Teresa velaba en el hotel de la duquesa de Reville á la cabecera del lecho de Fernanda, la enferma la había tratado como la mejor de las amigas, hablándola de su salvador la había dicho:

—Yo le salvaré á mi vez.

Había añadido varias veces:

—Yo haré la felicidad de todos vosotros... yo lo quiero... debo hacerlo, y además será un acto de justicia.

Pero cuando quería entrar en algunos detalles, cuando la penosa confesión venía á sus labios, Teresa la cerraba la boca diciendo:

—¡Ahora no!... El doctor ha recomendado el silencio, el reposo... ¡Más tarde!

Entretanto el vehículo, tapizado de terciopelo rojo, que constituía un objeto de lujo para la gente del pueblo, acababa de atravesar al trote lento de sus dos caballos, la célebra

avenida de los Nogales, que sirve de paseo favorito y de punto de cita á los extranjeros y á los habitantes de Interlaken, y varios veces se ha detenido ya, inútilmente, delante de villas en las que se veían escritos que anunciaban que se aquilaban, cuando de pronto Fernanda hizo señas con la mano y dijo:

—¡Allí!

Acababa de reconocer la finca ocupada el año anterior por Elena Noel.

Aquella villa estaba vacante.

El cartel ordinario lo indicaba á los paseantes.

Sobre uno de los pilares de la verja se veía una placa de mármol que tenía este nombre en letras doradas:

### VILLA DE LAS NIEVES

La duquesa y su escolta entraron en la casa. No tardaron en salir de ella. En pocos instantes quedó hecho el trato.

Tres mil francos por seis semanas.

La señora de Reville llevó en seguida á su batallón á almorzar al hotel de la Metrópoli; después volvió á tomar posesión de su inmueble, en donde ya un cocinero y tres criados que había dejado en la estación, estaban colocando los equipajes.

Aquella villa era, en efecto, la que el conde Gabriel había alquilado un año antes para aquella Elena que debía tener, como él, un fin trágico.

Es difícil soñar un nido más delicioso.

A las seis de la tarde estaba sentada la señorita de Corbiere en su habitación, en el primer piso de la villa, cerca de la ventana, con los ojos fijos en el macizo de montañas de los que la Jungfran forma la cima á más de cuatro mil metros de elevación.

El sol al ir bajando en el horizonte lanzaba sobre los ventisqueros resplandores de púrpura que hicieron estremecerse á la convaleciente.

En aquella irradiación de luz creía ella volver á ver las llamas del incendio de que había sido testigo.

No podía pensar en aquel incendio sin sentir un estremecimiento de horror.

¡Qué duelo para ella!

En adelante estaba sola.

En aquella catástrofe había perdido todo.

De los Corbiere-Latouche, no quedaba más que ella.

En el espacio de pocos meses había visto perecer á su hermano Rolando, á su madre y al conde Gabriel, todos de muerte violenta.

El hijo de su hermano Rolando y de Teresa Montaron ya no existía.

Por fin, la carta de su hermano Gabriel la había revelado un secreto odioso.

No la había leído hasta hacía pocos días, cuando la fiebre que se había apoderado de ella, cedió por fin vencida por la ciencia del doctor Villiers y los infinitos cuidados de que estaba rodeada.

Aquella carta la había consternado.

Entonces fué cuando, en un momento de

desaliento y de desesperación, se había arrojado en los brazos de la duquesa, diciéndola:

—Os lo suplico, llevadme lejos de aquí, muy lejos.

Quería huir de sus recuerdos y sus recuerdos la perseguían hasta en aquel retiro, en donde se sentía, sin embargo, más tranquila.

Los encontraba también, pero más dulcificados, menos amargos, y un deseo de hacer olvidar el mal de que ella era inocente, y de olvidarlo ella misma la sostenía y la inspiraba las ideas más generosas.

¿No tenía entre sus manos el medio de repararlo todo, de poner remedio á las durezas é injusticias de su madre?

¡Era rica!

¡Desde su infancia, no era su sueño no ver más que gentes felices á su alrededor!

Se decía que si su madre hubiese pensado como ella, se hubieran evitado terribles desgracias.

En el momento en que se sumergía en estas reflexiones, llamaron suavemente á la puerta, que se abrió.

Entró la duquesa.

Se dirigió adonde estaba la convaleciente, la contempló un instante y la preguntó con una maternal sonrisa:

—¿Cómo estamos?

—Me siento mejor.

—¿Estáis bien aquí?

Fernanda se inclinó.

—Espero que recobraréis las fuerzas.

—Yo también lo espero.

Fernanda miró á la duquesa con sus grandes ojos de terciopelo.

—Si ha vuelto á apoderarse de mi el deseo de vivir—dijo con energía,—os juro que es gracias á vos.

—Y yo os aseguro, mi querida hija, que la misión que me he impuesto me es grata.

La señora de Reville cogió una silla, se sentó cerca de su enferma, y dijo:

—Ahora, vamos á hablar un momento...

—Si queréis—dijo Fernanda sorprendida.

—Y muy seriamente—añadió la duquesa.

—Ah!

—Con permiso de la Facultad, porque ya estáis, á Dios gracias, fuera de apuros. Escuchadme pues.

## II

## Confesión.

La señora de Reville se puso muy cerca de Fernanda y con voz acariciadora, empezó diciendo:

—Me han encargado de una misión y tengo interés en cumplirla cuanto ántes. Se trata de vuestro mejor amigo...

—¿Del señor de Sauves?

—Del mismo.

—¡Ah!—dijo la joven.

—El pobre muchacho os ama... ¿Vos no lo dudáis?

—No.

—Os ama desde hace mucho tiempo... El os lo ha dicho y vos le habéis escuchado con complacencia primero... pero después se ha verificado un cambio en vuestro espíritu... un cambio muy grande... ¿Convenís en esto?

—Lo confieso.

—Sin embargo, vos misma me habíais manifestado una gran simpatía por él...

—Esa simpatía sigo sintiéndola.

—Afecto...

—Profundo, es verdad.

—Huberto no ha hecho nada para que se lo retiréis.

—Por eso mi amistad por él no ha hecho más que acrecentar.

—¿Sois sincera?

—No lo dudéis.

—¿Entonces, por qué le rechazáis?

La convaleciente vaciló un segundo, una lágrima asomó á sus ojos, y contestó:

—¡Por deber!

A la duquesa la llamó la atención el tono con que la señorita de Corbiere pronunció estas palabras.

Repitió:

—¿Por deber decís? No os comprendo, Fernanda.

—Es que hay cosas que ignoráis y que yo me avergonzaria de confesaros.

Y como la señora de Reville la mirase con sorpresa, exclamó:

—Pues bien, sea la que quiera mi vergüenza al deciros lo que ha pasado, por lo que sufro, lo que en fin, me hace la vida dolorosa, vais á saberlo todo.

Añadió con acento de súplica:

—Vos sois buena... Me aconsejaréis... me direis lo que debo hacer.... Tengo confianza en vos...

Entonces refirió á la duquesa todo lo que sabía desde el día en que había arrebatado de las manos á Launay el testamento de su hermano Rolando en favor de Teresa Montaron y de su hijo; la contó la escena de que había sido testigo en la Opera Cómica, el asesinato de su hermano Gabriel ante sus ojos. Elena Noel negándose á seguir á su primer marido y muriendo con su amante; después la dió la carta del conde Gabriel diciéndola:

—Leed y veréis si tengo razón de desesperar.

Cuando la señora de Reville hubo concluído la lectura de aquella carta, que la dejó llena de estupor al saber por fin las verdaderas causas de aquel extraño drama, la señorita de Corbiere prosiguió con calor.

—Comprenderéis que una vida de sacrificios no será bastante para reparar tantas faltas. Ignoro lo que haré, pero quiero permanecer libre hasta el momento en que haya acabado mi obra de reparación... Decid, pues, al señor de Sauves que no me casaré con él; que no le deseo más que dicha; que elija una joven pura y buena, que será para él una felicidad unirse á ella; que yo le haría la vida demasiado amarga, y que en adelante no hay ya lugar en mi espíritu más que para los recuerdos más sombríos y más penosos... Decidle que le veré siempre con la mayor alegría, y que mi afecto hacia él no tendrá límites si él consiente en considerarme como á una hermana.

Habló largamente.

Explicó á la duquesa sus disensiones con su madre; la dijo cómo poco á poco, á medida que la condesa se hacía más severa para los Montaron, más injusta, ella creía un deber sostenerles y ayudarles, y por fin la desesperación que de ella se había apoderado al comprender á qué excesos de injusticia y de crueldad se había rebajado su propia madre.

Y concluyó diciendo:

—He creído durante algunos dias que iba á perder la razón... ¡Vos me habéis salvado!

Entonces la dijo la duquesa:

—De modo que no os casaréis con el marqués.



—Ni con él, ni con ningún otro.

—¿Es posible!

—A menos de un acontecimiento que no puedo prever, no me casaré nunca.

Fernanda confesó por fin todo, excepto el sueño misterioso á que se entregaba en secreto, su intriga, por otra parte bien inocente con Marcelo Montaron.

La señora de Reville comprendió que la voluntad de la joven permanecería inquebrantable.

—¡Sea!— dijo. —¿Y ahora qué vais á hacer?

—Primero devolver á Teresa los bienes de mi hermano Rolando.

—Es inútil apresurarse.

—Hablaís como el Sr. Dubreuil.

—Algunos días más ó menos no merecen la pena de precipitarse.

—¿Por qué callar lo que acabo de deciros?

La duquesa sonrió.

—¿No acabáis de decirme que tenéis confianza en mí?

—Una entera confianza.

—¿No queréis casaros con el marqués de Sauves?

—Le haría muy desgraciado... y creo que yo lo sería también.

—¿Entonces no os opondréis á que se case con otra?

—Ciertamente que no...

La señorita de Corbiere, al pronunciar estas palabras, fijó los ojos en los de la duquesa y la dijo;

—Sed franca... ¿Tenéis una idea?...

—Tal vez.

—¿Y es?

—Que el marqués os hubiera amado como vos lo merecéis, Fernanda...

—¿Pero?

—Que si le rechazaráis...

—¿Buscará consuelo en otro lado?...

—¿Os disgustaría eso?

—¡Ah! ¡Dios mio! no. Por el contrario, hago votos porque encuentre una joven digna de él.

—¿Creo que la ha encontrado!

—¡Teresa!— exclamó Fernanda.

—¿Si fuera esa?

—¡Yo lloraría de alegría!

—¿De veras?

—Os lo juro! Partiría mi fortuna con ella.

La señora de Reville movió la cabeza.

—Haríaís muy mal— dijo.

—¿Para qué necesito tantos millones?

—Cuando se tienen, es preciso guardarlos para hacer buen uso de ellos. Afortunadamente estamos aquí el señor Dubreuil y yo para impedir vuestras locuras.

—¿Amará Huberto á Teresa?

La duquesa respondió con delicadeza:

—Mientras que conserve una esperanza de vuestra parte, no amaré más que á vos, estoy segura de ello; el día en que le hayáis quitado toda esperanza, sí, yo creo que amaré á Teresa.

Por la cara de la convaleciente se exparcó una alegría tan viva, que la señora de Reville, segura de su franqueza, la dijo:

—Bueno; puesto que ese proyecto os sonrie,

Fernanda, dejadme obrar; no hagáis nada... Que esa pobre Teresa siga ignorando algún tiempo su nueva fortuna... Vamos á tener visitas... Os distraerán... Todo el mundo os quiere, los que os rodean y los que van á venir...

—¿De Sauves?

—Sí.

—¿Le esperaréis?

—En efecto.

—¿Cuándo?

—Mañana; esta noche tal vez.

—¿Se quedará aquí?

—No en esta villa, pero en Interlaken, sí.

El ruido de un coche que se paraba delante de la verja, hizo que las dos mujeres se asomaran á la ventana.

Un joven en traje de viaje saltó á la acera.

Se detuvo medio segundo mirando á la verja y fijó la vista en esta inscripción: *Villa de las Nieves.*

Después llamó.

Ya salía á su encuentro una criada.

Dejó su pardesús en el coche y entró.

Vestía un elegante terno azul marino; llevaba sombrero del mismo color y una rosita en el ojal.

La ventana del cuarto de Fernanda estaba abierta, y las dos mujeres invitaban con señas al viajero á subir.

Subió, y al entrar preguntó á la señora de Reville:

—¿Y bien?

La duquesa le dijo estas palabras:

—¡Como una hermana!

La mirada que las acompañó era muy expresiva.

El marqués quedó un momento desconcertado; pero tomó su partido, y dirigiéndose á la señorita de Corbiere:

—¿Es vuestro deseo?—preguntó.

Fernanda se inclinó.

—Seré para vos un hermano—dijo el marqués.

E inclinándose sobre las manos de la joven, llevó las dos á sus labios y las dió un casto beso.

Pocos momentos después montaba en su coche y decía al cochero:

—Hotel de la Metrópoli.

## En una excursión.

La señorita de Corbiere parecía más serena después de su entrevista con la duquesa y el señor de Sauves.

En adelante era libre, y á juzgar por su cara animada y francamente alegre, el mismo marqués debía experimentar esa satisfacción íntima que proporcionan las situaciones claras.

Por otra parte, sus afirmaciones recíprocas habían sido sinceras.

Cuando Fernanda decía al marqués: «Os querré como á un hermano», expresaba el fiel sentimiento de su corazón. Cuando de Sauves la contestaba: «Seréis una hermana para mí», estaba bien resuelto á cumplir lealmente su promesa.

Tal vez guardase en el fondo del alma un sentimiento de otro género por aquella hermosa y noble criatura que él había deseado con verdadera pasión, pero esta pasión, en lugar de exasperarse por dilaciones y negativas, se había, poco á poco apagado, ó más bien fundido en la tierna amistad que el marqués y Fernanda se habían profesado siempre.

A partir del día en que se instaló en el hotel de la Metrópoli, uno de los mejores de Interlaken, donde los hay excelentes, se mostró lo más complaciente del mundo con los habitantes de la villa de las Nieves y se convirtió

en el organizador de sus excursiones y de sus distracciones.

El era quien las acompañaba en el paseo de los Nogales, quien las escoltaba al Casino quien hacía de piloto en sus travesía por los lagos, en fin por todas partes á donde su capricho las conducía.

Todas las noches, al comer con sus amigas de la villa, las sometía un programa para el día siguiente, y este programa estaba siempre formado en razón del aumento de fuerzas de la convaleciente, que volvían con una rapidez asombrosa.

Quince días después de la llegada de la duquesa á Interlaken, una admirable mañana de setiembre, á cosa de las nueve, entró el marqués de Sauves en la villa de las Nieves, con cara alegre, una florecita en el hojal, el bigote retorcido y con aires de conquistador nada ferroz, sí no bueno y complaciente.

La doncella de la duquesa le recibió con una sonrisa familiar en la que se veía, sin embargo, la deferencia necesaria de parte de una criada para un amigo de su ama.

—¿Ya en pié, señor marqués?—le dijo.

—¡Ya lo creo!...—levantado desde el alba...

Tal como me veis, he hecho ya una excursión de diez kilómetros en barco, y he dado un paseo por los nogales... Es preciso no perder el tiempo en este hermoso país... Hay muchas cosas que ver... ¿Y las señoras?

La doncella se sonrió.

—¿Por cual de ellas queréis que empiece?

—dijo con malicia.

—Por la que queráis.

—¿Por el ama, entonces?

—Me parece que es lo más natural—observó de Sauves.

—La señora duquesa está un poco cansada de su paseo de ayer al... ¿cómo decís eso, señor marqués?

—¿Al Rugen?

—Justamente...

—No es desagradable, sin embargo, esa pequeña excursión al través de un parque soberbio, con diez descansos en los colmados ó en los bancos que esos buenos suizos han colocado por todas partes, para comodidad de los paseantes, en la Trénkhalle, en Tanzboden y últimamente en Kasthoferstein, que el diablo lleve con sus malditos nombres que nos echan á perder la garganta, y casi todo el tiempo en coche.

Y como la duquesa aparecía en la ventana, de la que la doncella se retiraba para ceder el puesto á su señora:

—¡U!—hizo el joven.—¿Creéis que tengo memoria?

—¡Excelente, amigo mío!

—Es decir que, dentro de uno ó dos meses, sería capaz de servir de guía á todas las caravanas de la vieja Inglaterra!

—¿Qué hacemos hoy?—preguntó la duquesa de Reville.

—Lo que queráis.

—¿Tendréis algún proyecto en la cabeza?

—Seguramente; aun me atrevo á decir que es el que he imaginado de más fácil realización.

—¿Y es?

—Una simple excursión á Lauterbrunnen, ó fuente pura, como queráis, y la cascada de Stanbbach, que significa arroyo polvo! Trescientos metros de altura.

—¿Cómo iremos?

—Hay ferrocarril. Pero creo que sería más sencillo tomar un coche. Nuestro carruaje rojo con sus cuatro caballos.

—¿Cuánto tiempo necesitaremos?

—Estaremos de vuelta á la hora de comer.

—¿Saliendo?...

—Os doy tres cuartos de hora para vuestros preparativos... Almorzaremos á las doce... en Lanterbrunnen... ¿Os conviene eso?

—Perfectamente.

Dos cabezas se mostraron á los lados de la de la señora de Reville.

El marqués las saludó con una sonrisa.

—Os he arreglado una pequeña partida que me valdrá las gracias—dijo con el tono del hombre contento de sí mismo.

—¿A dónde vamos?—preguntó Fernanda.

—A Lauterbrunnen... Doce kilómetros. ¡Un camino soberbio!... Un coche excelente... Un postillón con uniforme... Cuatro caballos.

—¿Y salimos?

—Cuando deis la señal.

—La doy—dijo Fernanda.

Estaba todavía un poco triste: se veía en ella un fondo de melancolía que no podía dominar, pero esta melancolía no era ya desgarradora como la de los primeros tiempos de su estancia en Interlaken.

El mal estar disminuía.

Teresa había ido á dar la última mano á su tocado, bien sencillo, negro como el de la mayor parte de las institutrices y de las señoritas de compañía, y que por otra parte convenia tanto á su luto como á su condición.

Pero el negro y la sencillez sientan bien á jóvenes y frescos rostros.

El marqués de Sauves se lo había dicho veinte veces á Teresa.

Así es que ella queria aquel negro que gustaba á su joven salvador.

Cuando Fernanda de Corbiere volvió á presentarse, no fué ya en el primer piso sino en la planta baja, en el perron, tendiendo las dos manos al alegre factotum.

Los caballos hacían ya sonar sus cascabeles del lado de la avenida de los Nogales que atravesaban para llegar á la villa de las Nieves.

Fernanda dijo al marqués;

—¿Vamos á Lauterbrunnen?

—Sí.

—¿De qué lado está eso?

El marqués extendió la mano hacia el Sur.

—Por allí—dijo.

—¿Y Lucerna?

—¡Oh! Lucerna es otra cuestión.

Extendió la mano hacia el noroeste.

—Lucerna está por allí—dijo.—¿Por qué me lo preguntáis?

—Quisiera ir allí...

—¿Para?

—A causa de un recuerdo que tengo.

—¡Ah! ¡sí! por el piano.

—Justamente.

—Es un poco lejos, pero nada imposible.

—¿Entonces, iremos?

—Cuando querrais.

—Pues bien, cuanto ántes mejor.

Se inclinó hacia él y en tono confidencial le dijo.

—Haced que vayamos, Huberto, pero sin decir á nadie que yo os lo he suplicado... Os lo agradeceré mucho.

La duquesa y Teresa llegaban al perrón.

De Sauves estrechó la mano de la señorita de Corbiere y dijo muy bajo:

—Comprendido... ¡Contad conmigo!

Cinco minutos después, los cuatro caballos salían por el camino de Lanterbrunnen al compás de sus cascabeles y del latigo del postillón, llevando al marqués, la duquesa, Teresa, Fernanda y las dos doncellas.

El carruaje, al salir de Interlaken, tomó al trote de sus cuatro caballos un llano sembrado de villas y de casas de labradores y jardineros, todas coquetas, limpias como interiores holandeses, con plantas trepadoras; flores y grupos de árboles arrojados acá y allá, al azar tal vez, y del más pintoresco efecto.

La pequeña caravana se entregaba al placer de una excursión fácil y sin fatiga.

El marqués, que iba muy alegre, sentado enfrente de la señorita de compañía, preguntó á esta tan luego como llegaron á la sombra de un bosque de pinos.

—¿Habéis traído vuestro álbum Teresa?

—Ya sabéis que nunca me abandona.

—¿Qué habéis hecho de nuevo?

—Nada.

—Dejádmelo.

La artista sacó del bolsillo un cuadernito y se lo entregó al joven, que lo hojeó en seguida.

—¡Oh! sí—dijo.—Ved, duquesa.

El álbum había sido enriquecido por una media docena de croquis de cabezas más ó menos grotescas, dibujadas con una gracia de primer orden.

Erán las de turistas encontrados en el casino ó en el paseo de los Nogales y tomadas del natural.

Y en todas las hojas, de todas clases y posturas, había silnetas de hombres y de animales, de casas, de árboles, de montañas y de valles, suficientes para ilustrar un viaje por Suiza.

Fernanda sonrió á Teresa.

Sois muy feliz en tener una habilidad semejante—la dijo—Es una distracción preciosa.

—Sí,—contestó la joven suspirando—ayuda á olvidar.

—Vamos, no nos enternecemos—dijo el marqués—Gozad del espectáculo que se ofrece.

Era magnífico.

El carruaje atravesó arroyos, aldeas de nombres raros, pasó al pie de picos gigantescos, de los que cada uno tenía sus títulos de nobleza, la Rothenfluch, la Suloyg, el Wetterhorn y otros.

Y por fin á las doce y media, con retraso de algunos minutos, operó su entrada en la boni-

ta aldea de Santerbrunneen, cuyas casas se esparcen en el fondo de un valle de un cuarto de legua de ancho y bordeado de rocas de una altura horrible, á pieo, de donde se precipitan una infinidad de arroyuelos para ir á perderse en el lecho del rio que conserva en el fondo de sus gargantas un verdor intenso y una frescura casi constantes.

El marqués se encargó del oficio de furriel y ordenó el almuerzo al dueño del hotel Steinbock, mientras que la duquesa y su séquito paseaba por delante de los puestos de juguetes de madera, único comercio de los montañeses de Lanterbrunnen y sus alrededores.

Teresa, sentada en la barandilla de un puente rústico, hacia el croquis de aquel paisaje extraordinario, como la mayor parte de los que se encuentran á cada paso en aquel país de mil sorpresas.

La duquesa, que marchaba lentamente al lado de Fernanda, la preguntó con cariño:

—¿Y bien, hija mía, cómo os encontráis?

—¡Mejor!

En efecto, los colores de la salud volvian rápidamente á aquel rostro tan gracioso y tan atrayente.

—¿Luego, va bien?

Fernanda se inclinó.

Y acercándose á Teresa:

—¿Tenéis noticias de vuestros hermanos?—la preguntó.

—Ya hace días que no las recibo.

—Yo las he recibido esta mañana... buenas.

—¡Ah!

—El señor Letanneur ha visto al ministro.

—¿Por Juan?

—Sí, por ese pobre Juan.

—¿Y?...

—El ministro se ha mostrado muy bondadoso; ha prometido ocuparse activamente del asunto, dar su dictamen favorable.

—¿No es él el dueño?...

—No es él solo... Tienen que informar en el negociado correspondiente... Pero lo conseguiremos aunque tenga yo que ir á ver al presidente en persona... ¡Tengamos esperanza!

—¡Dios os oiga!

La duquesa cambió el rumbo de la conversación.

—¡Es muy bonito lo que estáis haciendo!

—¿Sabéis que tenéis una fortuna en los dedos?

—Felizmente no la necesitará—afirmó Fernanda.

Iba á decirlo todo.

La duquesa la tocó el brazo.

—Todavía no—ordenó en voz baja.

—¿Por qué?

—Ya lo sabréis.

—¿Cuándo?

—Muy pronto. Tal vez esta noche. ¡Silencio.

Y añadió con tono misterioso:

—Dejadla la alegría de ser amada por ella misma.

—¡Ah!—dijo estremeciéndose la señorita de Corbiere.

Teresa, ocupada de su paisaje, no había notado la misteriosa recomendación de la duquesa á Fernanda.

Su espíritu estaba en otra parte.

Los cuidados del marqués de Sauves, sus atenciones, la dulzura de sus ojos cuando se encontraban con los de ella, la habían llamado la atención.

Desde hacía algunos días, sobre todo, se sentía turbada por el presentimiento de instancias cuyo objeto temía comprender.

Evitaba encontrarse sola con su salvador, á quien, sin embargo, estaba tan obligada, y tal vez fuese su propia debilidad lo que más temía en la explicación que creía inevitable entre ellos.

El almuerzo se pasó lo más alegremente del mundo.

Después fueron á hacer una visita á la célebre cascada de Stanbbach, cuyas aguas se convierten en polvo luminoso al caer de una altura de trescientos metros y se esparcen en nubes sobre las praderas cercanas, á merced del viento, formando innumerables arcos iris del más pintoresco efecto.

Ante aquel hermoso espectáculo, la caravana lanzó un grito de admiración.

—Hay otra mucho más bonita—dijo de pronto el marqués.

—¿En dónde?

—Cerca de aquí.

—¿Se llama?

Fingió haberlo olvidado.

Consultó su guía y dijo:

—Trümmelbach. Es mucho más imponente.

—¿Creeis vos?

—Estoy seguro de ello.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Todo el mundo.

—¿Está lejos?— preguntó la condesa.

—Muy cerca de aquí.

—¿Pero cuánto?

—Una hora, ida y vuelta, con buenos mulos. ¿Quién quiere venir?

—Yo no— declaró la condesa, haciendo una seña de inteligencia á la señorita de Corbiere.

—Ni yo— repitió Fernanda.—No tendré fuerzas para llegar.

El marqués se volvió hacia Teresa,

—¿Tendréis la crueldad de dejarme subir solo?— suplicó.

La joven consultó á la señora de Reville con una mirada.

—Si el corazón os lo dice, id, querida.

—¿Podía negarse decentemente?

—Id— repitió Fernanda, insistiendo.

Teresa vaciló todavía.

Una palabra del marqués la decidió.

—Os lo suplico— la dijo de manera que nadie más que ella pudiera oírlo.

—Sea, puesto que todo el mundo lo quiere— dijo ella.

La señora de Reville se pellizcaba los labios.

La parecía llegado el momento psicológico de las declaraciones.

—Nosotras os esperamos aquí— dijo.

Fernanda y la duquesa vieron al marqués y á su compañera de excursión encaramarse sobre los mulos, precedidos de un guía que hacía chasquear su látigo.

Los tres desaparecieron por un sendero que iba á parar á las costas rocosas que cierran al Levante el valle de Lanterbrunnen.

Teresa tenía el corazón oprimido al subir aquella pendiente abrupta sobre el lomo de un mulo que seguía á pocos pasos al del marqués, el que marchaba sobre las huellas de la cabalgadura del guía.

Comprendía cómo la duquesa le había insinuado con una mirada á la señorita de Corbiere que la hora de las explicaciones decisivas acababa de sonar.

—¿Qué iba á decir ella á aquel hombre á quien se había acostumbrado á considerar como el mejor y el más cariñoso de los amigos?

A esta pregunta un pliegue amargo crispó sus labios.

Sin duda estaba condenada á oír confesiones que ponían fin al periodo de tranquilidad que le parecía tan delicioso al salir de los caminos de traviesa porque había tenido que pasar desde que había abandonado la Boca del Lobo.

—¿Se renovaría la escena odiosa ocurrida la noche de la calle de Rivoli?

No, sin duda, con las mismas formas y la misma violencia.

La boca del marqués ignoraba las brutalidades á que la del antiguo patrón de la desgraciada cajera estaba acostumbrada.

—¿Pero qué importaban las palabras si el fondo era el mismo?

Veía, temblando, que se aproximaban al sitio objeto de su excursión.

La pequeña comitiva no tardó en llegar á él.



Muy pronto se encontraron el marqués y su compañera en frente de una cascada como no se ve en toda la Francia, donde los sitios salvajes son raros y permanecen tal como la naturaleza los ha hecho cuando, por casualidad, se encuentran.

Los tres jinetes se pararon á la entrada de una garganta por la que el Trümmelbach, un torrente impetuoso, salía de las neveras de Jungfran, se precipita de una altura enorme en un vasto pilón de piedra que los siglos han abierto.

El efecto era incomparable y espléndido.

Esto es una palabra que se ve uno obligado á repetir á cada instante en un viaje por Suiza.

El marqués entregó la brida de su mulo al guía, diciéndole:

—Nos esperareis aquí.

Y cogiendo á la joven por el talle la levantó de la silla y la depositó en tierra.

Después subieron juntos la escalera que conduce á la plataforma, desde donde se puede admirar aquel panorama sin rival en su género.

En aquel sitio salvaje no se ha olvidado nada para la seguridad y la comodidad del turista: ni barandillas, ni rampas, ni descansos.

El marqués se detuvo á medio camino.

Bajo un grupo de pinos se ofrecía un banco á los raros paseantes que había por allí aquella tarde.

—Detengámonos aquí—dijo el marqués rareando.—El aspecto de estas montañas de

embriaguez y de placer hace estremecer mi corazón.

Y de pronto cesó de cantar.

Aquella reminiscencia del chalet evocaba en él el recuerdo de la catástrofe tan reciente de la Opera Cómica.

Cogió á Teresa de la mano y la atrajo hacia el banco.

Desde lo alto de la plataforma, apoyados en el balaustre que la protege, algunos paseantes contemplaban el espectáculo que tenían ante sus ojos, la Jungfran, con su deslumbradora blancura y su majestad sin rival, envuelta por sus velos de nieve, de donde las avalanchas ruedan al fondo de los precipicios, y la cascada irisada por los rayos del sol, que se lanzaba en el vacío con un ruido de trueno.

Pero aquellos paseantes no molestaban al marqués.

Estaban demasiado lejos para oírle.

—Teresa—comenzó,—si os he traído aquí, no ha sido para admirar la cascada, soberbia, sin embargo; es para estar cerca de vos, solos como estamos en este momento, libres para poder hablar con el corazón en la mano. Hace mucho tiempo que me ahoga mi secreto... Es preciso que conozcáis mis sentimientos por vos. Con una sola palabra os diré todo: ¡Os amo!

—¿Vos?—exclamó Teresa.

—¡Con toda mi alma!

La joven cubrió el rostro con las manos y murmuró:

—¡Es la desgracia que más temía en el mundo!

—¿Una desgracia decís?

—Tenía un amigo y lo perderé.

—Ese amigo ¿quién es?

—¿No me habeis comprendido?

El marqués se mordió los labios quedándose un momento pensativo.

Y de pronto exclamó:

Teresa, ¿qué suponeis que he querido decir?

La joven contestó tristemente:

—Lo que se dice á las mujeres por quienes no se siente más que un deseo mezclado de desprecio...

—¿Me creeis capaz?

Teresa interrumpió con viveza:

—No es á vos á quien acuso, es á mí—dijo.

—¿No os he dado derecho á obrar como lo habeis? Cuando miro atrás me avergüenzo de mí misma... Cometí una falta cuyas consecuencias durarán tanto como mi vida. ¡No hay juez más severo para mí que mi propia conciencia! El pasado es inolvidable, el porvenir me espanta. Causa de tantas desgracias, me digo que la tranquilidad de que gozo, gracias á vos, no está hecha para mí, y en cuanto estoy sola, principio á pensar en que ya ha durado demasiado... Vos acabais de confirmar mis temores... Lo que debía ocurrir ocurre... Yo no os quiero mal...

Se paró sofocada por su emoción.

Al cabo de un instante murmuró:

—¡Y sin embargo, estaba tan bien así!

—¿De modo que me rechazais?

—¿Qué pensaríais de mí, si culpable ya de

una falta, si después de una caída como la mía, cediese á vuestras súplicas, deshonrándome con una nueva debilidad?... ¿Qué pensaría la duquesa, tan buena y tan indulgente?... ¿Qué pensaría, en fin, la señorita de Corbiere?

—Fernanda ha declinado el honor de llevar mi nombre—declaró el marqués con viveza.

—Me ha devuelto mi libertad. Nuestras conferencias han concluido. No quiere ser para mí más que una hermana. La duquesa, de cuya mediación me he valido, puede atestiguarlo...

—¡Eh! ¿qué importa?—exclamó la joven.

—¿La señorita de Corbiere podía llamarse la marquesa de Sauves?... ¿Qué hombre de honor daría su nombre á la querida de otro... á una muchacha tan tristemente comprometida como yo?

—¿Creeis que eso sería imposible?

Teresa por la primera vez desde el principio de su conversación, se atrevió á levantar los ojos hacia el marqués.

De Sauves sonreía.

Su cara tenía una expresión indecible de maliciosa bondad.

Gozaba al ver el apuro, el azoramiento de su protegida.

—¿De modo que yo os doy pena?—dijo tratando de coger una mano, que Teresa retiró dulcemente.

—¡Muy grande!

—No era esa mi intención, os lo aseguro.

—¿Qué prueba de desdén más sensible po-

diais darme que la declaración de un amor como el vuestro?

—Yo no lo creo así—contestó el marqués con estudiada indiferencia.

—Si yo fuera de esas con quienes un hombre como vos, haciendo un sacrificio, puede casarse, podría conservar alguna ilusión; pero sabéis bien que no es así... Os lo suplico, no prolonguéis mi suplicio.

Las lágrimas asomaban á los ojos de la pobre Teresa.

Se sentía demasiado débil enfrente de aquel amigo, hacía el que la arrastraba su corazón.

Quiso levantarse.

El señor de Sauvés la retuvo con violencia, se apoderó á la fuerza de sus dos manos y la atrajo hacia él, confusa y temblorosa.

—No, querida criatura—dijo en una explosión de alegría.—Vos no sabéis que es imposible no amaros... Os he dejado hablar... ¿Pero yo despreciaros?... ¿yo desdeñaros, porque entregada á vos misma, en vuestro aislamiento, habíais, amado á un ser adorable, seductor?... Yo le conocía... ¡Rolando de Corbiere era casi un hermano mío! ¡Vamos, no lloréis así!... ¿Yo, quereros mal por una debilidad que solo un milagro hubiera podido impedir?... ¡Ah! ¡cómo os engaáis!... ¿Yo, trataros como á una de esas mujeres que después de la primera falta, siguen una serie de caídas más degradantes las unas que las otras?... ¡Ah! ¡cómo os despreciáis y cómo juzgáis mal el sentimiento que me habéis inspirado!... Os he hecho algún favor... Vos me habéis prestado uno muy

grande, el de curarme de la pasión que yo tenía por otra, digna de estimación y de amor también.

«Pasión inútil, puesto que la señorita de Corbiere tiene el corazón y el alma llenos por una quimera que ignoro, pero que no puede ser sino noble y generosa. Esta pasión que os confieso, porque no quiero que ni un solo rincón de mi corazón os sea desconocido, me hubiera ocasionado grandes disgustos. Me habeis curado de ella. ¡Teresa, mi querida Teresa! una voz secreta me ha dicho que seríais mi consuelo como yo he sido vuestra salvación. A partir de ese momento, he comenzado á amaros...»

El marqués se interrumpió.

Hasta entonces se había expresado con un ardor que hubiese enternecido á una roca.

Ahora empezó en tono jocoso:

—¿Qué es lo que digo? Mi inclinación por vos se remonta aun más lejos... Sentí esa corriente de simpatía desde el momento en que os ví en la estación Montparnasse... Ya sabeis, con vuestro trajecito de modista que va de campo... ¡Si supieseis que hermosa estabais! ¿Y en Rambouillet? ¿Y en el bosque cuando aquel imbecil de guarda?... Estad tranquila... Le despediremos.

Se interrumpió de nuevo, y atrayendo á la joven hacia su pecho, sin que ella tuviera fuerzas para defenderse.

—En fin, ¿para qué tanto hablar?—dijo.—Os amo, os amo y os digo: Teresa, alma mia, ¿quereis ser mi mujer?

Ella no se atrevía á creer en tanta felicidad

y, sin embargo, esto era la realización de su sueño.

Todo lo decía, su aptitud inclinada, sus lágrimas, su corazón cuyos latidos levantaban su corpiño, sus brazos que temblaban entre los del joven.

—Qué, ¿vos consentiriais?—murmuró.

—¿Es necesario que os lo suplique de rodillas?

Un grupo de turistas bajaba la escalera y se aproximaba á ellos.

Eran ciudadanos de la alegre Inglaterra.

El de más edad hizo oír sonidos guturales y dijo en buen inglés:

—Es completamente sorprendente, ¿no es verdad, Kate?

—Completamente extraordinario, Paddy.

Dicho esto, Paddy sacó un excelente martillo de su bolsillo, rompió un pedazo de la roca que tenía á su lado, y dijo á su compañera:

Llevaremos este recuerdo de nuestra excursión, Katte, para enseñárselo á mistress Simmer, que no ha querido acompañarnos.

Guardó en el bolsillo el martillo y el pedazo de roca, y añadió:

—Escribiréis en esta piedra Katte: «Cascada de Trümmelbach...» ¿Digo bien? «Trümmelbach. ¡Es admirable verdaderamente!

—Completamente admirable, Paddy! ¡Tenéis razón!

El marqués reía.

Teresa, ganada por el buen humor del marqués, reía y lloraba á la vez.

—¿Y nosotros—preguntó el joven—no lle-

varemos también un recuerdo de la cascada de Trümmelbach?

Teresa bajó los ojos, y se echó á llorar con más fuerza.

—¡Tened cuidado!—dijo el marqués.—Si os deshacéis en lágrimas, ¡vais á hacer desbordar el torrente!

Mostraba con la mano el arroyo que marchaba serpenteando al través del estrecho valle, por debajo de la cascada de Trümmelbach, y que visto desde aquellas alturas, parecía un hilo de plata en una pradera color de esmeralda.

La alegría de la joven era tan grande que estuvo á punto de desmayarse.

—¡Ah! ¡Esta es demasiada dicha!—balbució.

—¿Me amáis, pues?

Teresa repitió con voz ahogada lo que él la decía minutos antes:

—¿Es que se puede no amaros?

El marqués la cogió en sus brazos, la estrechó contra su pecho.

Cuando la pequeña comitiva, con el guía á la cabeza, se incorporó á la duquesa y Fernanda, el marqués de Sauves y Teresa, radiantes de alegría, tenían cara de conspiradores.

Al primer golpe de vista comprendió la duquesa que la explosión prevista desde hacía tiempo, acababa de producirse, y que la visita hecha á la cascada de Trümmelbach no había sido más que el pretesto.

Comprendió, además, que los dos conjurados se habían prometido el secreto por delicadeza.

Era preciso dejar al alma enferma de la señorita de Corbiere tiempo para curarse y tranquilizarse, antes de darla el espectáculo de la alegría de los demás.

A pesar de los esfuerzos de Teresa, el resplandor de felicidad que se escapaba de sus ojos, había hecho comprender todo á la señora de Reville.

Tal vez fuera la joven á hacerla su confesión, cuando fué distraída la atención de los expedicionarios por uno de esos pequeños acontecimientos que no son, después de todo, más que incidentes de viaje.

En frente del hotel, del otro lado del río que divide el valle de Lanterbrunnen, un turista vestido de una manera chocante, con una blusa de terciopelo gris tirando á amarillo, un calzón del mismo género y color, abrochado por debajo de la rodilla, con medias negras, un ancho sombrero á lo Rubens, caído hacia un lado, se sentaba en una silla de tijera que una joven había colocado delante de un caballete y de una caja de pinturas.

Aquella joven, vestida también de una manera caprichosa, medio de aldeana, medio de señorita, parecía desempeñar el papel de paje de aquel turista á quien se hubiera podido creer desprendido de un cuadro de Van Dyck.

—Esperad,—exclamó el marqués.—Me parece conocer aquel tipo.

Dirigió su lente hacia el sitio en donde estaban el hombre y la joven, y volviéndose hacia las tres mujeres dijo.

—Pero si es nuestro pintor, mi querida Fernanda.

—En efecto.

—¿Krug?—preguntó Teresa.

—¡Vuestro profesor... sí!

—¿Y su hija es quien le acompaña?

—Sin duda alguna. El pobre embadurnador viaja como un potentado.

—¡Oh, embadurnador!—dijo Teresa en tono de reproche.

—¿Queréis que le llame Rafael, El Corregio, Miguel-Angel? No tenéis más que hablar. Para mí es perfectamente igual.

Era Krug en efecto; pero Krug portador de un bolsillo suficientemente repleto, no millonario seguramente, pero con bastantes monedas de cinco francos para permitirse hacer una excursión por su país natal, pasear su hija para que tomara el aire puro de las montañas y devolverla las fuerzas, completando así la obra del excelente doctor Villiers.

Fué un encuentro feliz.

La duquesa de Reville y su elegante caravana atravesaron la pradera, franquearon el arroyo por un puentecito de madera, y fueron á buscar al artista, que comenzaba á trazar aquel paisaje riente y grandioso que se extendía delante de él.

Y tuvieron lugar esas preguntas sin fin y esos abrazos que los amigos y aun simples conocidos, cambian cuando se encuentran fuera de sus fronteras.

—¿Cómo por aquí? ¿Qué hacéis aquí?

Mediaron las explicaciones.

Krug estaba en Suiza á causa de su hija. Tenía parientes en Lucerna y los alrededores de Interlaken: tíos, tías, primos.

Por el momento estaba en casa de una tía, en Sandberg, y á tres kilómetros de allí, una propietaria, no rica, como toda la familia Krug, pero que no hubiera cambiado su chalet, sus prados, las tres ó cuatro tierrecitas y la docena de vacas que poseía por las Tullerías y la dotación del Presidente de la República.

El debía volver de allí á dos días cerca de Lucerna á Winkel, en la orilla del lago, en donde tenía un hermano, labrador codicioso que le habia acogido muy bien desde que se habla un poco de él. Antes le trataba como á un réprobo; pero Krug no le quería mal.

Venid á vernos; es un pequeño paseo, y yo diré á mi hermano: «Aquí tienes á quienes debo todo...» ¡Se os recibirá bien! ¿Por qué no?

La invitación era tan cordial, que no habia medio de rehusarla.

El marqués consultó con una mirada á la duquesa y sobre todo á la señorita de Corbiero.

—Corriente—dijo.—Dentro de tres días.

Contó por los dedos.

—El Jueves! ¿Queréis?

—Buena.

—Nos daréis una satisfacción—dijo Krug.— De Lucerna á Winkel no hay más que media hora en barco ó en coche, y el país es hermoso; ya veréis.

— ¡Convenido!

Krug recogió sus útiles de pintor, y cuando el carruaje emprendió la marcha, estaba á la portezuela; estrechó las manos tendidas hacia él, y dijo muy alegre.

—Hasta muy pronto... hasta el jueves. Os esperaremos á las doce para almorzar.

— ¡Sí, sí, hasta muy pronto!

## IV

## Esperanza fallida.

Después de la última carta de Marcelo Montarón dirigida á la señorita Tres Estrellas. Fernanda no había insistido con el empleado del señor de Dubrenil para nuevas pesquisas respecto al paradero de aquél, que, sin embargo, tanto deseaba encontrar.

El pudor la impedía revelar su secreto, aunque fuese el mejor de sus amigos, y al más decidido de sus servidores.

Pero ¿por qué en sus noches de insomnio, en la fiebre que la había tenido en cama durante seis semanas en casa de la duquesa de Reville, era de aquel joven tan mal tratado por la fortuna, pero tan pundonoroso, tan noble de carácter, de quien esperaba el consuelo de sus penas y del duelo porque estaba agobiada?

¡Qué de veces había leído y releído sus queridas cartas!

Las sabía de memoria.

El amor que sentía por aquel protegido, á quien apenas había entrevisto, no se parecía á ningún otro.

Era la atracción de dos almas, en la que no entraba nada material.

La señorita de Corbiere perseguía una idea fija.

Quería encontrar á Marcelo Montarón; no pensaba más que en él.

Esperaba á cada momento verle aparecer delante de ella.

A él era á quien buscaba en la multitud de paseantes de Interlaken, en la ola de viajeros que se apiñaba, en los barcos que surcaban el lago, en el tren, por todas partes, en fin, adonde el capricho de las excursiones les impulsaba.

Si su deseo debía quedar sin efecto; si no le encontraba, ó si después de haberle encontrado, no realizaba él el ideal que ella se había formado con las cualidades que exigía del hombre de quien quería hacer el compañero de su vida, pues bien, su partido estaba tomado: se encerraría en un convento.

Se consagraria al servicio de los enfermos y de los pobres.

Efecto de uno de esos misterios del corazón, de que no podría uno darse cuenta, Fernanda ligaba íntimamente la idea de Marcelo á la de la frase tan triste, de la conmovedora melodía del señor Mertens, que había oído en la iglesia de Lucerna, en el concierto á que asistió el año anterior.

Aquella frase creía oirla sin cesar; se complacía en repetirla en el piano, como se complacía en leer y releer las cartas de Marcelo, de las que no se separaba jamás, y que llevaba consigo como un talismán.

Así es que la excursión á Lucerna era el objeto de sus deseos y una causa de alegría y de esperanza para ella.

Dió las gracias al marqués, por aprovechar la ocasión que se presentaba de satisfacer su

deseo de ir á Lucerna, con la más dulce y casi la más tierna de las miradas.

A las ocho de la mañana del jueves, un excelente vaporcito condujo á los expedicionarios á Brienz.

En Brienz les esperaba el carruaje de los cuatro caballos.

Hubieran podido tomar el tren.

¡Quita allá!

¡Qué diferencia de hacer la excursión en el tren á hacerla en aquel confortable carruaje de que podían disponer, que podían parar donde quisieran, y en el que irían con más intimidad!

Al menos podían ver todo detenidamente, admirarlo todo.

Tenían tiempo para ello.

¡Qué magníficos panoramas por todas partes, y en particular en las inmediaciones de Lucerna!

¿Qué tristeza hubiera resistido á tales distracciones?

Así es que la misma señorita de Corbiere se metamorfoseó.

Parecía renacer á la vida.

Su melancolía había desaparecido.

Sonreía dulcemente á la duquesa, á Teresa y al marqués, siempre tan solícito, y al que demostraba un agradecimiento infinito por haberla devuelto su libertad, y tal vez también por sus atenciones significativas con Teresa.

A las doce en punto, después de haber parado dos veces en el camino, entró el carruaje en la aldea de Winkel.

Krug, muy alegre, estaba en la puerta de la casa de su hermano.

Winkel es una aldea de las más coquetas, y su situación es sumamente pintoresca, á tres ó cuatro kilómetros de Lucerna.

Una iglesia ó más bien una capilla muy sencilla ocupa el centro de la plaza, y algunas casas de propietarios, cultivadores y pescadores se agrupan á su alrededor.

Está rodeada de jardines, y allí, como por todas partes en las inmediaciones de Lucerna, hacia cualquier lado que se dirigía la vista, se descubren horizontes que rivalizan en majestuosidad.

El hermano de Krug era un buen hombre, muy sencillo, que había visto con pena que su hermano se dedicara á la pintura.

Pero los recientes éxitos del pintor que había obtenido por su solo mérito, un segundo premio en el salón y cuyo bolsillo no estaba ya vacío, reconciliaba á aquel prudente suizo con la pintura.

Ayudado por su mujer, una valiente aldeana muy simpática y por la hija del pintor, acogió con una hospitalidad cordial á la caravana que acababa de invadir su modesta casa.

El almuerzo fué abundante y confortable.

Huevos, truchas que se encuentran en todas las mesas de la patria de Guillermo Tell, chuletas y patatas, y todo esto regado con unas cuantas botellas de vino del Rhin, formaba un *menú* de los más aceptables.

Para hacer honor á sus huéspedes, el hermano del pintor había invitado á su cura,



Era este un sacerdote de unos cuarenta años de edad y, como la mayor parte de sus compatriotas, apasionado por la música.

Tenía en su iglesia, que hizo visitar á los viajeros, un harmonium del que confesó servirse muy mal.

La señorita de Corbiere aprovechó la ocasión de hacer al buen sacerdote una pregunta que la abrasaba los labios.

—¿Vais con frecuencia á Lucerna?—le preguntó.

—A cada instante.

—¿Hay conciertos de órgano?

—En la iglesia de Saint Leger.

—¿El organista es un hombre de talento, según dicen?

—De un gran talento, en efecto.

—¿Le habéis oído vos?

—Muchas veces.

—¿Le conocéis?

—No.

—¿Sabéis cómo se llama?

—No me acuerdo... Sí... Esperad... Marcellus... Creo... Sí, eso es... Estoy seguro.

La señorita de Corbiere se estremeció.

¡Marcellus, Marcelo! ¡Era él!

—¿Y por qué no?

No se atrevió á continuar su interrogatorio.

Se prometió informarse cuando estuviera en Lucerna.

Se contentó con decir al marqués de Sauevec, esforzándose para aparecer indiferente, dominando la alegría que se apoderó de ella.

Ya lo sabeis, arreglaos como podais, quiero no faltar esta noche al concierto de órgano.

—¿Es verdaderamente tan interesante?—preguntó la duquesa de Reville.

—Parece...—dijo el joven.—El único inconveniente será que saldremos demasiado tarde para ir á Interlaken.

La tarde se empleó en paseos por la orilla del lago.

Cuando los visitantes se despidieron de sus huéspedes, Fernanda y la duquesa deslizaron discretamente en la mano del cura una suma bastante considerable diciéndole:

—¡Para vuestros pobres!

El carruaje se puso en marcha para Lucerna á donde llegó para la hora del concierto.

Lucerna estaba muy animada.

Había todavía en aquella época de la estación, que tocaba á su fin, una enorme afluencia de turistas de todos los países, entre los que dominaban los ingleses.

Las anchas calles de los Alpes y de Zurich estaban llenas de paseantes.

Pero no eran ni el panorama, ni los museos, ni los jardines públicos los que llamaban la atención de Fernanda.

En sus oídos sonaba sin cesar el nombre de Marcellus que el cura de Winkel había pronunciado delante de ella.

Así era que, con actividad febril, daba prisa á la duquesa, al marqués, á Teresa y á las doncellas, para ir á la iglesia.

La parecía que por fin iba á ver á Marcelo, á aquel Marcelo tan inútilmente buscado des-

pués de tanto tiempo, desvanecido, desaparecido; que estaba allí y que la primera cara que se la aparecería al entrar en la iglesia sería la suya.

Su espera fué frustrada.

La iglesia esta llena de oyentes.

La nave principal, las capillas, todo estaba de bote en bote.

En el pórtico, vendían las entradas como en los alrededores de los teatros los días de estreno.

Un revendedor les ofreció entradas.

Concluyeron por entenderse pronto.

Mediante la suma de veinticinco francos, es decir, de cinco francos por silla, la señora de Reville fué colocada en una capilla lateral, desde donde no se veía más que la mediana pintura de un artista bávaro, representando el martirio de San Sebastián atravesado por flechas.

En cambio los oídos fueron pronto acariciados por el preludio de una fuga, lenta en un principio y cuya velocidad se aceleraba por grados, hasta el punto de hacerse vertiginosa.

La señora de Reville se inclinó hacia un caballero ya de edad que estaba cerca de ella, y le preguntó:

—Caballero, ¿no hay programa?

—Nunca, señora. No estamos en un teatro —contestó el interpelado, que cerrando los ojos llevaba el compás con la cabeza.

—Sin embargo, se paga para entrar.

—Es una limosna que se da á la Iglesia.

—¿Y el organista?

—¡Oh! ¡es un gran artista, un muy gran artista!

Cuando la fuga acababa en un diluvio de notas, rodando como un trueno, se volvió hacia la duquesa, y con la condescendencia de un buen profesor para con un discípulo ignorante dijo:

—Es la vigésimoquinta fuga del gran maestro Sebastián Bach, una obra maestra divina. En cuanto al concierto, dura una hora justa. Esto es todo lo que puedo decirlos.

Volvió á tomar su postura, abriendo todo lo posible el aparato auditivo para la absorción de las nuevas obras maestras con que contaba.

No se hicieron esperar.

Se sucedieron las unas á las otras sin intervalo, por decirlo así.

El potente instrumento se mostró unas veces dulce hasta la ternura, otras brillante como una banda militar ó gimiendo como un violoncello.

En realidad aquello era hermoso.

Hacia el fin del concierto, el marqués de Sauyes, que se encontraba cerca de la señorita de Corbiere, se inclinó hacia ella y la dijo en voz baja:

—¿Llorais, Fernanda?

Ella levantó sus húmedos ojos y murmuró, avergonzada de su debilidad:

—¡Es verdad, y estas lágrimas me hacen bien!

En aquel momento el órgano suspiraba aquella melodía del amor y de la melancolía que

ella había oído el año antes y que la había emocionado tan profundamente.

Tocó con su enguantada mano el brazo del marqués y le dijo:

—Esto es enternecedor. ¿No os parece, Huberto?

—Sí, es admirable.

Llegó la última pieza.

Era evidentemente una improvisación.

La concurrencia permaneció encantada durante veinte minutos.

El artista variaba sus efectos.

Se apoderó de la frase tan querida por la señorita de Corbiere y la giró bajo todos sus aspectos con delicadeza extrema, una elocuencia y un arte que nadie podía desconocer.

Cuando los últimos acordes dejaron de vibrar bajo las sonoras bóvedas, Fernanda estaba de rodillas en su reclinatorio, con la cabeza entre las manos, y se decía con el corazón oprimido por la espera de un acontecimiento que iba á decidir de su porvenir.

—¡Dios mío, haced que sea él!

Muy pronto se hizo el vacío alrededor de la capillita en donde la duquesa de Reville se encontraba con su acompañamiento.

También ellos se pusieron en marcha, y cuando llegaban á la salida tuvieron que detenerse.

Los rezagados que llegaban al portal se hacían atrás para dejar paso á dos ancianos que acababan de salir por una puerta gótica que conducía á la tribuna del órgano.

Algunos concurrentes, que eran sin duda de

Lucerna y pertenecían á la parroquia de la Hofkirche, se inclinaron al paso de aquellos dos personajes.

Los dos eran de edad; pero el uno parecía tener diez años más que el otro.

Admirada la duquesa de tantas muestras de respeto, preguntó al primero de los concurrentes que encontró á su lado:

—¿Quiénes son esos señores?

El interpelado contestó con complacencia:

—Uno de ellos, el más cercano á nosotros y más bajo, es el señor Muller, cura de la parroquia...

—¿Y el otro?

—Es el artista... un hombre de genio; sí, señora, de genio... Esta es la palabra.

—¡Mil gracias!—dijo la duquesa.

En la salida de Hofkirche, cerca del portal, hay una pila enorme para el agua bendita; es una concha grandísima, tallada en un bloque colosal de mármol blanco.

La marquesa vió con gran sorpresa que Fernanda se apoyaba en la pila como el que hieren en el corazón se agarra al primer sostén que encuentra á mano.

—¿Qué tenéis?—la preguntó.

Teresa, por su parte, se apresuró á dar el brazo á la convaleciente, diciéndola:

—Es la fatiga... Somos imprudentes... No estáis aún para una excursión tan larga...

Fernanda se había repuesto ya.

—No, no—dijo con sonrisa llena de bondad, —Esto no es nada...

Respiró con fuerza.

—¡Veis, ya desapareció. Vámonos—dijo, Y muy bajo suplico, apoyándose en el brazo de la duquesa con viveza febril:

—¡Os lo suplico! ¡Vámonos! ¡Marchemos!

—¡Sí, hija mía!

La señorita de Corbiere llevo hacia la salida á la duquesa, que cediendo á los deseos de aquella enferma, á la que profesaba un afecto profundo, una ternura de madre, dió la orden de ponerse en camino.

De Sauves se había adelantado.

Apenas llegados al hotel los excursionistas, encontraron el carruaje ya enganchado, los caballos impacientes y el cochero en el pescante haciendo chascar el látigo.

El marqués anunció:

—Comeremos en Sarnen: he puesto un despacho.

—Pensáis en todo—le dijo la duquesa.

El marqués se inclinó al oído de la excelente señora y dijo de manera que pudiera ser oído por Fernanda:

—¡Quisiera tanto que todo el mundo fuese feliz!

La señorita de Corbiere le dió las gracias con una afectuosa mirada.

Pero en el fondo aquella mirada era desgarradora.

Iba desesperada.

Porque durante aquel concierto se había hecho la ilusión de que el artista á quien debía aquellas sensaciones exquisitas, el olvido de sus penas, no podía ser otro que Marcelo, su protegido, su amigo, aquel que la escribía con

pasión aquellas frases ardientes que la conmovían el corazón, en la carta de despedida cuyos términos tenía grabados en su memoria en caracteres imborrables.

Si, había creído por un instante que solo aquel que había escrito las líneas que tan profundamente habían penetrado en su alma, era capaz de enternecer con armonías tan conmovedoras como las que acababa de oír.

Y de pronto había matado sus esperanzas el caballero á quien preguntó la condesa quienes eran los dos ancianos.

El artista era aquel alto y venerable anciano de cabeza de asceta, de ojos llenos de viveza y de fuego á quien había visto á la salida de la iglesia acompañado del señor Muller, párroco de Hofkirehe.

Si la pobre joven hubiera podido seguir á dos pasos de distancia al párroco y al señor Mertens, en lugar de desesperarse hubiera sentido correr por sus venas una dulce embriaguez.

El señor Mertens decía á su amigo:

—¡Qué talento ese Marcelo!

—¡Y qué corazón!—añadía el señor Muller. Y hasta que llegaron al presbiterio no cesaron los elogios en honor del joven.

—Mi discípulo—exclamó Mertens.—¡Casi mi hijo, Muller!

—¡No podíais tener uno que os hiciese más honor!

Y si en lugar de alejarse tan precipitadamente, en el desaliento de su decepción, la señorita de Corbiere hubiera permanecido cinco

minutos más en el portal monumental de la iglesia, hubiera visto un hermoso joven vestido de negro, de aire triste y grave, presentarse á su vez bajo los arcos de la escalera de piedra, por la que el señor Muller y su amigo Mertens habian bajado de la tribuna del órgano, examinar el portal desierto, y seguro de que nadie podía esperarle, salir á la plaza de la Hotkirche, tomar una calle menos populosa que las otras y dirigirse hacia el extremo del arrabal del otro lado del Kursall y del muelle Nacional.

Signiéndole hasta el fin de su excursión, le hubieran visto llegar ante una casita sepultada bajo una avalancha de verdura, entrar en el vestibulo de aquella casa, encontrarse enfrente de una vieja sirvienta que le interrogaba con la mirada, y decirle:

—No os ocupéis de mí esta noche, Juana; como en el presbiterio con el señor Mertens.

Entretanto la duquesa y sus compañeras marchaban al trote largo de los cuatro caballos hacia Sarnen, primera etapa de la vuelta de aquel viaje tan deseado que dejaba en el alma de Fernanda una tan profunda desilusión y una tan cruel pesadumbre.

El sol habia desaparecido hacía ya largo rato detrás de los macizos del Pilate, cuando el carruaje depositó sus viajeros en el vasto patio del hotel situado á las orillas del lago donde se reflejaban las luces de la pequeña ciudad de Sarnen.

La comida fué silenciosa.

Las noches de los días de fiesta inclinan á la melancolía.

La contemplación íntima de las cosas más bellas cansa á lo largo.

Al fin de la comida, el marqués, viendo los síntomas de cansancio de todos los viajeros, propuso tomar el tren.

La proposición fué aceptada por unanimidad.

A las diez estaban reunidos en un confortable vagón que los llevó á Brienz en cincuenta minutos, y de allí, por el vapor, á la villa de las Nieves, á cerca de las doce.

La excursión á Lucerna habia concluido.

Fernanda no traía de ella más que un doloroso recuerdo.

Para Teresa, al contrario, el viaje no habia sido más que una serie de goces deliciosos.

A cada instante, los ojos del marqués, un gesto, una palabra deslizada con disimulo, una alusión, comprendida por ella sola, la recordaba su dicha.

Pero en el momento en que entró en su cuarto, la llamó la atención una carta llegada durante su ausencia.

La abrió apresuradamente.

Desde las primeras palabras empezó á palidecer.

Aquella carta era de su hermano Pedro, y su contenido el siguiente:

«Mi querida Teresa:

»Nuestra madre va á morir.

»La ha dado un ataque de parálisis y el médico dice que es peligroso.

»No me ha ocultado sus temores.

»Si quieres encontrarla viva, apresúrate á venir.

»Será para ella un gran consuelo verte y abrazarte por última vez.

»Escribo al mismo tiempo á Marcelo; pero como tenemos que valer nos de intermediario, no recibirá sin duda el aviso que le doy hasta veinticuatro horas más tarde y tal vez entonces no sea ya tiempo.

»Hasta muy pronto, Teresa!

»Estamos muy afligidos y te abrazamos tiernamente.

»Tu hermano

»PEDRO.

»P. D. He escrito también á Guillermo y á Juan; pero están tan lejos que es imposible que vengan.

»Además, ¿cuándo llegará esa carta á su poder?

Era preciso esperar hasta el día siguiente. Teresa cayó de rodillas, ocultó la cabeza entre las manos y murmuró derramando abundantes lágrimas.

— ¡Sí, era demasiada felicidad la mía!

## V

## Despedidas.

Aquella noche estaba muy iluminado el comedor de la casa del venerable párroco de la Hofkirche.

En él hubiera reinado la alegría si la amenaza de la inminente partida del señor Mertens para Nueva York, no hubiese estado suspendida como una espada de Damocles sobre la cabeza de los convidados.

El señor Mertens había cumplido la promesa hecha á sus viejos amigos, y satisfecho su propio deseo yendo á volver á ver el teatro de sus primeros éxitos, su país natal, el objeto de sus eternos recuerdos.

Hacía diez días que estaba allí, mimado, rodeado, mostrado con el dedo por sus conciudadanos, que se decían unos á otros: con orgullo: «Ahí está...», acogido con un cariño que justificaba su antigua reputación y su gran talento.

El señor Mertens era casi octogenario; pero se afirmaba, con alguna razón, que conservaba aun el vigor de sus mejores años y creían oírle todas las noches.

Se engañaban.

No era él quien tocaba en los conciertos.

Era su discípulo.

Casi siempre, el anciano profesor, fatigado, medio baldado, cedía el puesto al discípulo,

que hacía prodigios delante de su bienhechor. Pero todos creían oír al señor Mertens.

La ciudad estaba llena de su nombre. Todos los demás se eclipsaban ante él.

El concierto á que la señorita de Corbiere acababa de asistir era el último que él debía dar.

Había sido más brillante que los otros.

El burgomaestre, que ocupaba el puesto de honor en la mesa del banquete de despedida, enfrente del cura, que tenía á su derecha á su amigo Mertens, no cesaba de hacer elogios.

—Una cosa admirable, pasmosa, querido amigo—le dijo.

El anciano se sonrió.

—¿A quién crees haber oído?—preguntó.

—¡A ti, pardiez!

—Error.

—¿A quién entonces?

El señor Mertens contó á su amigo que él había mantenido el error popular en interés de los ingresos para la iglesia; que casi siempre había sido Marcelo quien había tocado en lugar de él; que especialmente al principio del concierto de aquel día se había encontrado mal, que se disipó pronto el malestar, pero que felizmente su sustituto estaba allí dispuesto á suplirle.

Y concluyó diciendo al burgomaestre:

—Tienes razón, Waldmann, amigo mio, ha estado muy bien.

Se volvió hacia Marcelo y añadió:

—Sí, era hermoso, verdaderamente hermoso.

El joven contestó ruborizándose:

—¡Es que estábais allí vos, querido maestro! En el comedor sencillo y severo del presbiterio de Lucerna, no había más que íntimos.

Después de la comida, el anciano tocó en el hombro á Marcelo, y mostrándole el piano, le dijo:

—Vamos, danos el último concierto; quiero decir el último para mí. ¡Creo no oiré más!

—¡Oh!

El Sr. Mertens se golpeó el pecho y añadió muy bajo, como si hubiera hablado con un hijo.

—Esto se descompone, ¿pero qué importa? he vuelto á ver á todos, he visto de nuevo mis queridas montañas, moriré contento.

Marcelo se sentó al piano y, con una memoria prodigiosa y un verdadero genio de ejecución, repasó todas las obras del maestro, las principales al menos, las que habían hecho su gloria, y durante dos horas tuvo al auditorio pendiente de sus dedos.

Se hizo escuchar con religiosa atención.

Cuando por fin la hora separó aquellos compañeros de juventud, afectuosos, cargados de años, algunos de ellos de honores, todas las manos se tendieron hacia el maestro y su discípulo, y la emoción, pintada en el rostro de aquellas buenas gentes, decía cuánto era el cariño que les unía.

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, el burgomaestre Waldmann, el cura, el señor Muller y Marcelo acompañaban á pie al señor Mertens, que volvía á tomar tristemente el camino de lo que él llamaba su destierro.

Acompañaban al anciano al tren que iba á

llevarle hacia Francia primero, y en seguida hacia el Havre, donde debía embarcarse.

Se paró un instante en la orilla del lago, por la que tantas veces había paseado durante su juventud persiguiendo una idea, buscando una inspiración.

La hora de la separación sonó por fin.

Cuando los tres amigos que estaban al pie de la portezuela del vagón en que había montado el Sr. Mertens, oyeron la señal de partida, cambiaron con él una última mirada y un postrer saludo.

Con un movimiento de cabeza llamó el señor Mertens á su discípulo y le dijo muy bajo:

— ¡No temas nada! ¡Ten esperanza, hijo mío! ¡Adiós!

Y con un movimiento de la mano saludó á sus compañeros y á su país.

Se le vió palidecer.

Su corazón se desgarraba.

Pero el tren se puso en movimiento.

Sonó el silbato de la máquina, lanzó al aire un torbellino de humo, se sintió un ruido que fué desapareciendo, y desapareció todo.

Aquello había concluido.

Los presentimientos del anciano debían realizarse.

Aquella visita había sido la última que hacía á su patria.

Debía morir antes de llegar á los Estados Unidos.

## VI

## Al lado de un féretro.

Había muerto. La pobre anciana había entregado su alma al Creador.

La triste casa de la Boca del Lobo estaba más triste que de costumbre.

Pocas horas antes de exhalar el último suspiro, había recibido la anciana una visita inesperada.

La de Fernanda de Corbiere.

La joven y la moribunda habían hablado largamente.

Cuando la castellana de la Ferté-Montarón salió de la habitación de la aldeana, los allí presentes pudieron notar dos cosas: primera, que la señorita de Corbiere marchaba con paso ligero, como si se hubiera descargado de un enorme peso; que sus facciones tenían una animación desacostumbrada y se iluminaban por una especie de deseo de sacrificio, mientras que el rostro de la moribunda tenía impresa una profunda alegría, una esperanza que la transfiguraba y una fe en el porvenir que contrastaba con la desconfianza y la tristeza de sus últimos años.

La señorita de Corbiere salió de la Boca del Lobo después de haber abrazado á Teresa, á quien había acompañado con la duquesa de Rville y el marqués de Sauves, en su vuelta de Isterlaken.



Hevarle hacia Francia primero, y en seguida hacia el Havre, donde debía embarcarse.

Se paró un instante en la orilla del lago, por la que tantas veces había paseado durante su juventud persiguiendo una idea, buscando una inspiración.

La hora de la separación sonó por fin.

Cuando los tres amigos que estaban al pie de la portezuela del vagón en que había montado el Sr. Mertens, oyeron la señal de partida, cambiaron con él una última mirada y un postrer saludo.

Con un movimiento de cabeza llamó el señor Mertens á su discípulo y le dijo muy bajo:

— ¡No temas nada! ¡Ten esperanza, hijo mío! ¡Adiós!

Y con un movimiento de la mano saludó á sus compañeros y á su país.

Se le vió palidecer.

Su corazón se desgarraba.

Pero el tren se puso en movimiento.

Sonó el silbato de la máquina, lanzó al aire un torbellino de humo, se sintió un ruido que fué desapareciendo, y desapareció todo.

Aquello había concluido.

Los presentimientos del anciano debían realizarse.

Aquella visita había sido la última que hacía á su patria.

Debía morir antes de llegar á los Estados Unidos.

## VI

## Al lado de un féretro.

Había muerto. La pobre anciana había entregado su alma al Creador.

La triste casa de la Boca del Lobo estaba más triste que de costumbre.

Pocas horas antes de exhalar el último suspiro, había recibido la anciana una visita inesperada.

La de Fernanda de Corbiere.

La joven y la moribunda habían hablado largamente.

Cuando la castellana de la Ferté-Montarón salió de la habitación de la aldeana, los allí presentes pudieron notar dos cosas: primera, que la señorita de Corbiere marchaba con paso ligero, como si se hubiera descargado de un enorme peso; que sus facciones tenían una animación desacostumbrada y se iluminaban por una especie de deseo de sacrificio, mientras que el rostro de la moribunda tenía impresa una profunda alegría, una esperanza que la transfiguraba y una fe en el porvenir que contrastaba con la desconfianza y la tristeza de sus últimos años.

La señorita de Corbiere salió de la Boca del Lobo después de haber abrazado á Teresa, á quien había acompañado con la duquesa de Rville y el marqués de Sauves, en su vuelta de Isterlaken.

La duquesa y su séquito estaban en el castillo de la Ferté, abandonado desde el trágico fin de la condesa.

Teresa no sabía nada todavía.

Por consejo de la duquesa y de sus amigos, Fernanda se había resignado al silencio. Pero había querido que la pobre mujer llevase á la tumba la seguridad de que su hijo Juan sería rehabilitado, que Teresa sería feliz y rica, y que los otros también lo serían, puesto que ella hacía depender su dicha de la de ellos.

Esta era la confesión que acababa de hacer á la moribunda.

Eran cerca de las ocho.

El día iba desapareciendo.

Era á fines de setiembre y la oscuridad se esparcía sobre los campos, llanos y pantanosos que rodean la granja Montarón.

Cerca de la anciana estaban: Pedro que no se separaba de ella nunca; Teresa, que velaba desde hacía veinticuatro horas al lado de la moribunda, que la miraba con sus ojos medio apagados y con la ternura de siempre.

Después de la partida de la señorita de Corbiere, la madre la atrajo hacia sí y la dijo:

—Quiere mucho á esa que acaba de salir, querédla todos, ¡es una santa!

Allí estaban también el cazador de topes, el amigo fiel de los malos tiempos, y Magdalena, la buena criada á quien no había espantado nunca la miseria y quien consolaba á su amigo Pedro, diciéndole:

—¿Por qué llorar?... ¡Os quedan los otros! Guillermo y Juan no estaban allí.

No podían estar.

No podían ni aun saber nada.

A la distancia que se encontraban no recibirían la triste noticia sino mucho tiempo después del suceso.

¿Pero Marcelo?

¿Por qué tardaba en llegar?

¡Debía haber recibido la carta y su madre deseaba tanto verle!

A cada instante la pobre mujer volvía la cabeza hacia la puerta: Pedro y Magdalena prestaban atento oído al menor ruido hecho en el patio.

El tiempo apremiaba.

A medio día había estado el médico y había dicho:

—No pasará de las doce de la noche.

Y en efecto, la enferma se ahogaba suavemente, casi sin sufrimiento.

Era que el corazón se paraba como un resorte desgastado por el uso y el tiempo, y que no puede regir.

Sonaron las diez en el alto reloj del castillo de la Ferté.

De pronto, el cazador de topes, que estaba en pie, recostado contra la pared, en la vasta habitación casi desamueblada en donde estaba el lecho de la enferma, dijo con voz cascada:

—¡Ahí está!

Un ruido de coche, apenas perceptible todavía, había llegado á sus oídos.

Aquel ruido fué aumentando con rapidez. Una berlina de alquiler entró en el patio, y

poco después se abrió la puerta de la habitación de la enferma.

Marcelo entró.

Fué derecho á la cama de su madre, la estrechó en sus brazos y la dijo al oído algunas palabras que hicieron asomar á los labios de la moribunda una sonrisa divina.

Después, como si no hubiese esperado más que la llegada de su hijo para morir, cerró los ojos, su pecho se hinchó por última vez, y exhaló el último suspiro.

Había muerto.

Teresa, Pedro y Marcelo, oraban de rodillas cerca de ella.

Magdalena sollozaba.

El cazador de topos, consternado, oraba también.

Dos días después, á las nueve de la mañana, en la iglesia de la Ferté, una multitud de aldeanos de ambos sexos y de todas las edades, acompañaban un féretro que llevaban aldeanos vestidos de negro.

La duquesa de Reville, Fernanda y el marqués de Sauves, que asistían á aquella tenebrosa ceremonia, estaban cerca del coro.

Detrás del féretro era considerable la afluencia de gente.

Parecía que el honor de los Montarón, ajado con el proceso de Blois, estaba ya restaurado.

Y lo estaba en efecto.

Una reacción se verificaba en la opinión pública.

Se sabía que Juan Montarón se había esca-

pado de la Nueva Caledonia, que vivía, que había habitado en París, desafiando á la policía y á la fuerza pública y que, en fin, en la catástrofe muy reciente de la Opera Cómica á él era á quien debía su salvacion la señorita de Corbiere.

En seguida había desaparecido de nuevo.

Se había transformado en un héroe casi legendario.

Se decía vagamente que había vuelto á Australia, en donde su hermano Guillermo y el vizconde de Fleuse estaban en vías de hacer fortuna.

El asunto de Blois había, pues, sido para los Montarón la causa y el punto de partida de una especie de restauración.

Además, ¿no era la verdadera absolución del condenado la presencia de la heredera de los Corbiere Latouche, rindiendo los últimos deberes á la madre del asesino de su hermano?

¿No demostraba esto el perdón y la reconciliación?

Comenzó el funeral.

Detrás del féretro no estaban más que Teresa y Pedro Montarón, que representaban á los hijos de la muerta.

Fernanda de Corbiere, de riguroso luto y con un velo sobre la cara, contaba los ausentes.

Su corazón se oprimió.

Más que nunca pensaba en aquel Marcelo misterioso, cuyas cartas guardadas en su pecho, la abrasaban el corazón.

Había creído encontrarle allí, y no estaba;

lo mismo que en la iglesia de Lucerna, sus esperanzas estaban frustradas.

¡La última desaparecía también!

¡Pues bien, su partido estaba tomado!

Haría dos partes de su fortuna: una para los pobres y la otra para los Montarón, sus únicos parientes.

Después se encerraría en un convento.

¿Dónde?

¿Qué la importaba?

Estaba decidida á sacrificarse á sí misma por aquella muerte anticipada, contra la que todo su ser, joven y lleno de savia, se sublevaba.

De rodillas en un reclinatorio, con la frente apoyada en el respaldo, estaba absorta en sus meditaciones, cuando de pronto se irguió.

En la tribuna del órgano, regalado por su padre el conde Corbiere-Latouche, apasionado por la buena música y músico también, un sonido dulce y triste acababa de hacerse oír y se deslizaba lastimero bajo la bóveda de finas molduras de piedra.

Era un canto doloroso que penetraba hasta el fondo del alma.

Poco á poco se animó y, en una sonoridad vibrante y suave se desarrolló en armonías poderosas é inspiradas.

Era evidentemente un profesor quien saludaba á la muerte con un supremo adiós desde lo alto de aquella tribuna alumbrada sólo por un rosetón de tintas sombrías.

¿Pero quién?

Permanecía invisible.

El corazón de Fernanda dió un salto.

—¡El!

Se repetía temblando:

—¡Es él!

¡Sólo él podía hacer gemir así bajo sus dedos aquel magnífico instrumento al pensar en la que ya no existía!

¡En su madre!

¿Qué otro, en aquella aldea perdida en el fondo de la Sologne, en aquellas regiones en donde únicamente el castillo de la Ferté Montarón, despertaba la idea del lujo y de la riqueza, hubiera tenido el poder de conmoverla así?

Sin embargo, como tantas veces se había equivocado ya, tenía ser la burla de una nueva ilusión.

De pronto se llevó la mano al pecho y sus ojos se nublaron.

Una voz celeste suspiraba la frase amada que había oído dos veces y que ella misma repetía todos los días.

Parecía bajar del cielo y cantaba bajo las bóvedas, acompañada de acordes de una riqueza extrema.

El artista, más inspirado en aquella iglesia de aldea, más enternecedor sin duda porque sentía enfrente de su querida madre muerta su dolor más profundo.

—¡Marcelo!—murmuró la joven en un éxtasis de alegría.

Estaba, pues, por fin, encontrado.

Su corazón no la había engañado.

A él era á quien oía en Suiza cuando una secreta advertencia, una voz misteriosa la decía que iba á encontrarle.

A partir de aquel momento, ya no dudó.

Se deshizo en lágrimas silenciosas.

La señora de Reville, que estaba de rodillas cerca de ella, la oyó sollozar.

Vió que su pecho se agitaba.

La tocó suavemente en el brazo y la dijo en voz baja:

—¿Cómo en Lucerna?

—Es el que yo esperaba!—murmuró la joven.

—¿Marcelo?

—¡Está ahí!

La señora de Reville tenía en el oído la quejumbrosa y desesperada súplica de Fernanda: «¡Llevadme!... ¡Vámonos!...»

—Ese era mi secreto... ¡Si, le quiero y le amo!...

—¿Lo sabe él?

—No... ¡Si él no me ama, renunciaré al mundo!

Sus lágrimas se redoblaron.

La duquesa no la contestó más que con un apretón de manos.

El funeral había acabado.

En el cementerio, Teresa y Pedro Montarón no estaban ya solos.

Marcelo estaba á su lado.

—¿Es él?—preguntó la duquesa á Fernanda.

—El es.

Fernanda añadió:

—Habéis tenido razón en aconsejarme el silencio. A él será á quien yo haga mi confesión... delante de vos.

—¿Delante de mí?

—Vos me habéis servido de madre... No os negaréis á asistirme... en esta prueba... á sostenerme, si debilito...

—Cierto...

—Os lo suplico...

—¿Cuándo?

—Al instante, ó al menos tan luego como él quiera oírme.

—¿Pero habéis reflexionado, Fernanda?

La joven contestó á la objeción inquieta de la condesa:

—¡Es el corazón más noble que he conocido!...

La duquesa examinaba á Marcelo, y todo en él la seducía y la ganaba.

Desde el primer golpe de vista quedó conquistada.

Su aspecto dulce y grave, sus facciones altivas y nobles, de una distinción tan notoria la había sorprendido desde luego.

Al estudiarle con atención reconocía en él los caracteres de fuerza y de franqueza que había encontrado en la mayor parte de los Montarón, cuyos retratos cubrían las paredes del castillo de la Ferté.

Cuando las últimas oraciones hubieron concluido, la señorita de Corbiere se acercó á la fosa y al recibir de manos de Marcelo el ramo de boj con que los concurrentes echaban agua bendita sobre el féretro de la muerta, le dijo con voz temblorosa:

—Caballero, quisiera hablaros.

—¿A mí?—dija con cierta admiración.

—A vos.

—Estoy á vuestras órdenes, señorita.

—En el presbiterio, si queréis.

—¿A qué hora?

—A la que vos digais.

—Cuando queráis.

—Si no temiera molestaros diría que en seguida.

—Allí estaré dentro de un instante.

Momentos después he aquí lo que pasó en una de las habitaciones de la modesta casa del cura de la Ferté.

En presencia de la señora de Reville, Fernanda, con voz segura, porque estaba decidida á esta humillación y la aceptaba como una última prueba y una expiación, contó á Marcelo que la escuchaba sin pronunciar una palabra, muy pálido y sufriendo por el dolor que aque-lla joven tan noble, tan pura y tan hermosa, debía experimentar al hacer tales confesiones, todo lo que había pasado en la familia después de la muerte de su hermano Rolando de Corbiere hasta el día del incendio de la Opéra Comica.

Le confesó, excusándola por el odio que su madre tenía á aquellos parientes pobres que se llamaban los Montarón, los actos porque Teresa había sufrido tanto; explicó el drama de la muerte de su hermano Gabriel y el encañamiento fatal de circunstancias que lo habían traído.

Y cuando él hubo oído todo, al verle lleno de estupor y aterrado por una revelación tal, más bien que alegre por la fortuna que iba á

recaer sobre aquella Teresa, á quien quería más que á sí mismo, Fernanda le dijo:

—Vuestra madre ha muerto consolada, confiada en el porvenir de sus hijos; yo la he prometido consagrar todos mis esfuerzos á la rehabilitación de un condenado que la opinión pública ha absuelto ya; mi hermano Rolando, ligero tal vez, pero valiente y generoso, lo había hecho ya antes de morir. En cuanto á mí, que no he participado de esos odios que yo no comprendía, y que no aprecio el dinero más que por el bien que se puede hacer con él, me he impuesto una misión secreta: la de apagar esos odios y suprimir su causa. Muy niña, encerrada en ese vasto castillo, donde erraba sola, estudiaba su pasado: sabía que somos de la misma sangre, y me decía que hubiéramos debido estar unidos, sostenernos y querernos los unos á los otros. En mi joven cabeza se había formado un sueño de porvenir y perseguía en secreto su realización... Los acontecimientos han contrariado mis proyectos... He quedado sola de una familia cuyos odios secretos no me atreveré á hacer conocer más que aquellos que tienen interés en salvar su honor, puesto que forman parte de ella. En adelante, no me queda más que retirarme del mundo y vivir en la obscuridad, y estoy resuelta á ello... á menos que...

Se detuvo.

Una visible emoción la cortaba la palabra, pero hizo un esfuerzo y repuso lentamente:

—A menos que un día, un hombre que me ha dicho cosas que no podré olvidar se presen-

te ante mí, que la casualidad nos proporcione un encuentro y que me repita las palabras tiernas y consoladoras que dirigía á una incógnita.

Marcelo había escuchado hasta entonces en silencio, con la cabeza baja, meditando cada una de las palabras que salían de aquellos labios encantadores.

Pero al oír estas palabras un estremecimiento le agitó de los pies á la cabeza, é irguiéndose dijo lentamente, interrogándola con los ojos:

—¿A una incógnita, decís?

—Sí, á una mujer que le había hecho un servicio un día de apuro y hacia la que una corriente de simpatía la arrastraba.

—¿Y esas palabras eran?...

Fernanda sacó de su pecho una carta, una sola, la última, la abrió y leyó:

«Os amo como á esas madonas á quienes se ve con los ojos de la fe, que se complace uno en adornar con todas las gracias y que nos miran desde el cielo con una sonrisa angelical.

«¡Viviré, pues, en un sueño!

«Y en ese sueño, sois vos, vos sola, quien será la luz, el encanto, la inspiración y el amor, el amor puro, eterno y divino...»

—¡Mis cartas!— exclamó Marcelo.

—Sí, vuestras cartas, que guardaba yo preciosamente, y que me hacen amaros á mí también, á causa de su dignidad y de su nobleza.

Marcelo dió un paso para echarse de rodillas á los pies de la señorita de Corbiere, pero un escrúpulo le detuvo.

Ella era rica y poderosa.

El era pobre.

Fernanda lo comprendió.

—Marcelo—dijo—á mí es á quien toca hablar y no á vos. Solo nosotros conocemos los secretos de una familia que ha tenido sus días de gloria y que tiene sus horas de tristeza y de duelo. Nosotros podemos borrar los malos recuerdos y expiar las faltas haciendo el bien. He aprendido á estimaros desde hace mucho tiempo; no conozco un desfallecimiento en vuestra vida. Yo no sé si me amais verdaderamente, porque esas cartas tan pundonorosas, tan dignas, no era á mí á quien estaban dirigidas. Yo estoy dispuesta amaros, si vos quereis, y os ofrezco mi mano.

Marcelo vaciló en responder, pero gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

Fernanda añadió:

—Si algún escrúpulo os detiene, os lo he dicho, mi partido está tomado. Entraré en un convento... cuéstemelo lo que me cueste.

El joven miró á la duquesa como para pedirle consejo.

En aquel momento entró el cura diciendo:

—Marcelo, un despacho para vos.

Venía de Lucerna y decía:

«Mi pobre amigo Mertens ha muerto al ir á París de la rotura de un aneurisma. Os instituye su heredero universal.»

«Sois rico. Venid.»

»MULLER.»

Marcelo permaneció un instante inmóvil, herido por aquella noticia que le llegaba al corazón.

Tendió el telegrama á la señora de Reville, murmurando:

— ¡El también, era mi bienhechor!

Sus ojos velados por las lágrimas encontraron los de Fernanda.

Y cayendo de rodillas, la cogió las manos, las llevó á los labios y murmuró:

— ¡Cuán buena sois y cómo merecéis ser amada!

Tres meses después, en la pequeña iglesia de La Ferté-Montarón, dos bodas se celebraron al mismo tiempo.

Una de ellas era la de la señorita de Corbiere con Marcelo de Montarón: la otra, la de Teresa con el marqués Huberto de Sauves.

El sueño, largo tiempo vago é incierto de Fernanda se había realizado.

Teresa Montarón se casaba con su ideal.

Aquellas dos uniones parecían contraerse bajo deplorables auspicios.

Los esposos y el acompañamiento, que se componía de los amigos y de los parientes de las dos casas, estaban de luto.

Sin embargo debían ser felices.

Guillermo y Juan no estaban allí, pero habían enviado la víspera un telegrama expresando su alegría y sus votos por la felicidad de los novios.

Aquella misma noche el marqués de Sauves llevó á su mujer á París al hôtel del conde Gabriel de Corbiere, el regalo de boda de Fernanda á su cuñada.

Pedro Montaron se volvió á la Boca del Lobo, que no quería abandonar, y al entrar en

la casa medio derrumbada, que debía restaurar en la primavera, preguntó á Magdalena con sencillez y buena sonrisa:

— Y tú, Magdalena, ¿no quieres ser marquesa?

Ruborizada y confusa, la pobre muchacha, no sabía qué contestar:

El cazador de topos, que se había instalado familiarmente en la habitación del pórtico, dijo á Magdalena, empujándola hacia los brazos de Pedro:

— Di que sí, tú eres una valiente y honrada muchacha y habrá más de una gran dama que no valdrá lo que tú.

Y Fernanda, en la habitación donde triste en el pasado pero feliz al presente, se encerraba con el elegido de su corazón, murmuró al verle á sus pies:

— Me tomábais por un hada y no era más que una criatura que se compadecía de vos y que tal vez os amaba sin saberlo.



## VII

## Hoy.

El tiempo es el mejor calmante para las enfermedades morales del alma y del corazón.

Juan y Guillermo Montarón habían obrado con delicadeza no haciendo más que enviar á la señorita de Corbiere y á su hermana un telegrama lleno de ternura y de votos por su felicidad.

Presentes, hubieran recordado demasiado vivamente á Fernanda la muerte de su hermano Rolando y reavivado penas demasiado recientes para estar completamente olvidadas.

Además, Juan Montarón no podía entrar en Francia.

Seguía sufriendo los efectos de la condena que sobre él pesaba.

Estos efectos han sido por fin destruidos, pero no por una rehabilitación judicial.

La rutina de los golillas es tal, que no han querido salir de su absurdo razonamiento: Juan Montarón estaba muerto legalmente.

No se le podía resucitar sin proclamar un error crasísimo, y sin embargo explicable.

Ha sido preciso que el jefe del Estado, más razonable que toda esa gente de toga, devolviese de un plumazo la libertad á ese difunto recalcitrante que se obstinaba en vivir y que el favor popular proclamaba inocente, ó al menos excusable, digno de interés y de perdón.

De tal suerte, que en el año 1882, después de tres años de gestiones del Sr. Letanneur de la Gigonniere, de la condesa Fernanda de Montarón y de sus amigos, se vió el fenómeno de que el presidente de la república indultase á un muerto.

Hoy, Juan Montarón está libre y es rico.

La hora del olvido y del perdón ha sonado, y se prepara á entrar en su país con su hermano Guillermo y el marqués de Fleuse.

Se han hecho inseparables.

Ocho años de vida común los han unido para siempre.

El matrimonio de Fernanda de Corbiere ha sido para ellos la causa y el origen de una era de prosperidad grandiosa.

La generosidad de la joven, puso á su disposición inmediatamente después de su boda con Marcelo, una suma de un millón, gracias á lo que han dado ellos un vuelo increíble á sus negocios.

Han cedido todos los terrenos que habían adquirido y se disponen á venir á disfrutar del fruto de sus trabajos á su querido país.

Boissier, el excelente pasante del Sr. Dubreuil, á quien ha sustituido hoy, ha rescatado la casa solariega del vizconde de Fleuse, con grande extensión de bosques y granjas que la limitan.

Igualmente ha adquirido y pagado con el dinero que Guillermo y Juan Montarón le han enviado de la Australia mil hectáreas alrededor de la Boca del Lobo, de manera que componga un dominio que permita á los hermanos

que quieren permanecer solteros no cazar más que en su posesión.

Se les espera en el país dentro de pocos días y se preparan grandes fiestas de familia para celebrar la vuelta de aquellos á quienes llaman los desterrados.

Si el azar os lleva á los alrededores de la Ferté Montarón, no veréis allí más que gentes felices.

Todo el antiguo personal de servidores sigue allí.

No falta más que Barasson, que ha recibido su retiro, no sin llevar consigo la promesa de una renta que le permita vivir á cubierto de sus necesidades.

Ha habido amnistía general.

Tres niños, muy pequeños aún, ruedan por la pradera delante de la inmensa fachada de la vieja y señorial mansión, ó se pasean en cochecitos tirados por asnos, y á veces en bicicletas por los hermosos paseos.

La fiesta es completa cuando el marqués de Sauves, su mujer y sus dos hijos van á pasar algunas semanas á la Ferté, de la que salen poco sus propietarios.

La unión es, no solo cordial entre los dos matrimonios, sino de una solidez á toda prueba.

El hotel de Corbiere, hoy hotel Montarón, está la mayor parte del tiempo solitario y silencioso.

Las riquezas artísticas y los recuerdos que contiene, tienen por guardianes al marqués de Sauves y á Teresa, que lo vigilan por cuenta de Fernanda y de su marido.

Los propietarios hacen en él alguna que otra corta estancia, y entonces es una solemnidad artística para sus amigos.

Marcelo es un ejecutante incomparable y un compositor extraordinario, pero no le gusta el ruido, ni el brillo, y su genio no es admirado más que por un pequeño círculo de amigos.

De cuando en cuando va á pasar unos días á Lucerna, en donde ha comprado una villa, en recuerdo de su maestro y amigo señor Mertens; á quien ha hecho trasladar al cementerio de su país, y al que ha elevado una sepultura grandiosa.

El señor Mertens, por su testamento, legó á su discípulo, á quien llamaba su hijo, toda su fortuna, que ascendía á seis millones de francos, menos un millón, que fué dividido en partes iguales entre su amigo Muller y la ciudad de Lucerna.

El heredero dió dos.

Es muy querido en Lucerna y, sin haber hecho nada para gozar allí de una popularidad apasionada, la tiene y con justo título.

Muchas veces es él quien dá los conciertos en la Hofkirche, en las tardes del verano.

Fernanda le acompaña en la tribuna del órgano y á veces le dice:

Toca para mi sola.

Entonces Marcelo hace prodigios en el órgano.

Jamás se ha encontrado bajo la bóveda celeste pareja más unida, y vibrando mejor al unísono.

Otro tanto puede decirse del marqués de Sauves y de Teresa; pero no es el mismo estilo.

Fernanda es la gracia dulce y conciliadora, conmovida y poética, Teresa la alegría, el ingenio, la malicia espiritual, la adorable alegría del hogar que habita.

Las dos hermanas se completan la una á la otra.

¡Y se adoran!

Si se quiere saber lo que ha sido de los demás personajes de esta historia, no hay más que leer las pocas líneas que siguen.

La prometida del desgraciado Escoubere está al abrigo de la necesidad.

La señora de Montarón la ha señalado una renta vitalicia de tres mil francos y un dote de treinta mil para casarse con Brossois que ha sido el sucesor de su amigo.

Siguen de coristas en la Opera Cómica y quieren continuar hasta la apertura del nuevo teatro que se levanta lentamente sobre las ruinas del antiguo.

Samson, el antiguo capataz de los hermanos Morard, se ha casado con una encantadora Solognesa y dirige el arreglo de los jardines de la Ferté.

Fernanda lo ha tomado á su servicio por recomendación de su cuñado y no tiene más que motivos para estar contenta de sus servicios.

El antiguo amigo de Juan está encantado.

Habita una bonita casa, rodeada de las mejores canastillas del mundo.

Caza libremente en los bosques, pesca en los

estanques durante sus horas de asueto y lleva la vida que él había soñado en todos tiempos sin esperar gozar de ella.

Launay vive en un castillo de los alrededores de Caen.

La jorobada se da aire de gran señora y goza de una consideración general.

Todo el mundo cree que su pequeña fortuna la debe á la simpatía de su ama la condesa de Corbiere, nacida Natalia Beauvillars, y que la ha obtenido en recompensa á sus leales servicios.

El bueno del señor Quillet ha perdido su portera de la calle del Echaudé.

Murió hace dos años de una pulmonía.

Esta pérdida le tiene triste.

Tiene apego á sus costumbres y le gustaba hablar con la señora Guignard de sus antiguos inquilinos.

El pobre hombre tiene fuertes y frecuentes ataques de gota, lo que no le impide pensar algunas veces en su conquista del Jardín de París.

Y siempre se dice suspirando:

— ¡Qué hermosa era!

Los Krug están en plena era de prosperidad; la reputación del pintor aumenta de día en día, gracias, sobre todo, á los esfuerzos de la marquesa de Sauves, su antigua discípula, que le recluta con celo tantos aficionados como puede encontrar.

La señora Firmin ha recibido una suma doble que la que el conde Gabriel de Corbiere la había legado, y bendice su memoria.

La nodriza de Fontaine y su hija están encargadas de las aves del castillo y adoran á su joven y graciosa cliente de otros tiempos.

El cazador de topos vive aún.

Se conserva firme y saludable.

Vive en la Boca del Lobo, que ya está restaurada.

Es tal vez el que con más impaciencia espera la llegada de Juan y Guillermo Montarón.

—Después de esto—decía estos últimos días á la compañera del marqués Pedro de Montarón, feliz como una reina, ves tú, Magdalena, me iría sin sentimiento al otro mundo!

Para concluir, el Estado, según el pronóstico del conde Gabriel, ha heredado, por no haber sido reclamados, los diez mil francos rehusados por Escoubère y enviados al comisario de policía, sección de objetos hallados.

No por esto es más rico.

Su caja es un verdadero tonel de los Donnaises.

¡Tanto peor para él... y para nosotros!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DE LA NOVELA.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD

DE LA AMÉRICA LATINA

DE BUENOS AIRES

100